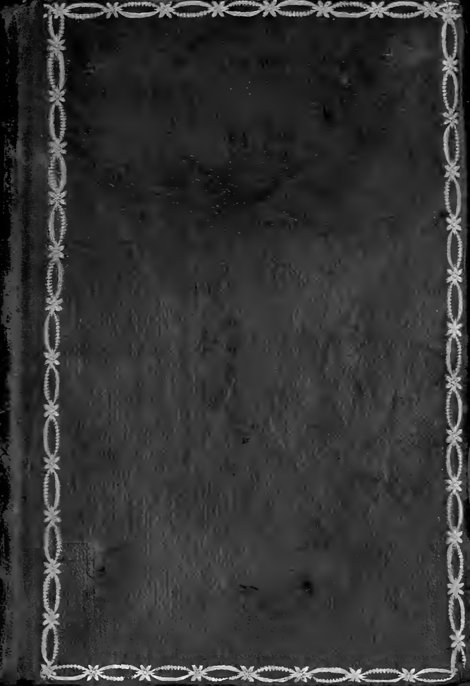
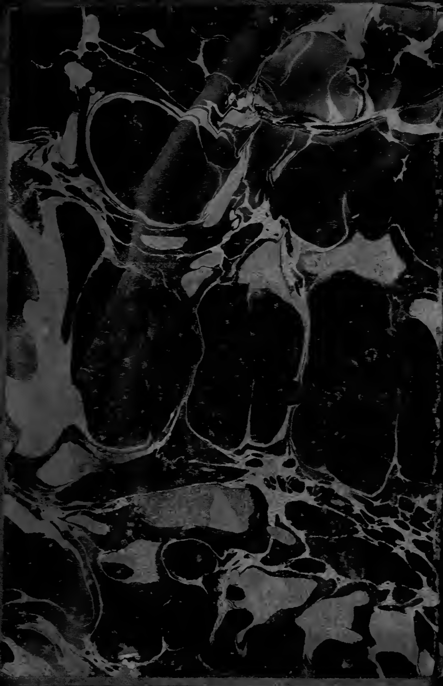
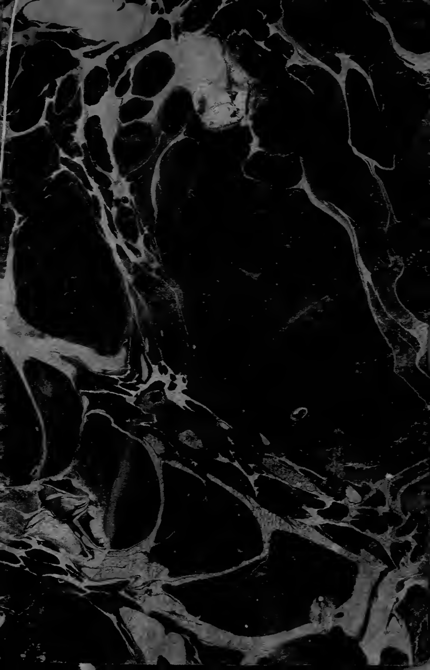






LA REPÚBLICA
DE PLATÓN,

Ó

COLOQUIOS
SOBRE LA JUSTICIA.

TRADUCIDOS EN CASTELLANO,
É ILUSTRADOS CON VARIAS NOTAS

POR

D. J. T. Y G.

TOMO PRIMERO.

Scribendi rectè, sapere est principium & fons,
Rem tibi Socraticæ poterunt ostendere chartæ.
Hor. Art. Poet.

MADRID:
EL LA IMPRENTA DE DON JOSEF COLLADO.
AÑO DE 1805.

Lo que los músicos llaman en el canto armonía, esto es en la ciudad la concordia, á saber, un estrechísimo é importantísimo vinculo para la conservacion de qualquier república, que de ningun modo puede haber sin la justicia. San Agust. lib. 2. cap. 21. de la Ciudad de Dios.

EL TRADUCTOR AL QUE LEYERE.

Habiendo sido tantas las eloqüentes traducciones de autores clásicos, así griegos como latinos, con que desde el siglo catorce acá enriqueciéron la lengua castellana y nuestra literatura erudítos y laboriosos españoles; extraño parecerá que del filósofo Platón no se haya hasta ahora, que se sepa, traducido nada en castellano, quando sus obras se tuviéron siempre por lo mas selecto, instructivo y docto que escribiéron los filósofos de la Grecia sábia. Este descuido se hace mas notable al considerar, que sobre todos los antiguos tiene la ventaja de ser á un mismo tiempo el mas sólido y el mas eloqüente; aprendiéndose en sus escritos no solo el buen lenguage, sino ademas la ciencia de bien vivir: en términos que solo con su lectura puede quedar qualquiera instruido perfectamente de quanto supiéron los gentiles en órden á la ciencia moral; cuyas verdades esparcidas en las obras de los otros filósofos, y recopiladas en las suyas,

componen con las nuevas luces que les dió, un cuerpo de doctrina de lo mejor que conoció el paganísmo. Sus grandes pensamientos y sublíme genio le grangearon el sobrenombre de divino, y no se detuvo Cicerón en compararle á Homero y Demósthenes, respetándole como á su maestro y su Dios, hasta llegar á decir que mas queria engañarse con Platón, que pensar bien con los otros.

Algunos Padres de la Iglesia le miraron con gran veneracion, y las sublímes verdades que se encierran en sus escritos y formaron tan grandes filósofos, tuviéron bastante fuerza para arrancar de la docta pluma de San Agustin, hablando de estos, aquella fuerte hipérbole, que en mudando algunas proposiciones y unos pocos términos se convertirian en hombres christianos. Es cierto que otros Padres, en especial San Juan Chrisóstomo, hiciéron contra él terribles invectivas; pero esta oposicion de pareceres debe atribuirse á los dos modos con que se consideraba la filosofia de Platón. Los filósofos christianos la miraban como doctrina que conducia naturalmente á la religion christiana.

Y los filósofos paganos la consideraban como que contenia en sí una moral tan perfecta como la de los christianos, y aún que podia ocupar el lugar de esta santa religion. Baxo el primer respeto era digna de todos los elogios que le diéron los grandes Doctores de la Iglesia que saliéron de su escuela. Baxo el segundo no hay anatema á que no sea acreedora; siendo bien notorios los defectos de esta filosofia, y tan desmesurado el orgullo de los filósofos que en ella prevaleciéron. Hoy dia cesó ya esta diferencia, y no hay ninguno, á no ser ciego é insensato, que se atreva á preferir, ni aun siquiera á comparar á Platón y Sócrates, no digo con los Evangelistas y Apóstoles, sino aun con el menor de los buenos christianos.

El defecto principal de nuestros dias consiste en el abuso que se hace de aplicar con prodigalidad el augusto título de filósofo á toda clase de personas de qualquier arte y profesion que sean, que por lo raro llaman la atencion con alguna singularidad, ó que se distinguen por su libertinage; habiendo sucedido á la filosofia lo que á las familias mas distinguidas,

quando usurpados sus ilustres apellidos por otras obscuras y bastardas, vienen á parar en que no se sabe distinguir quienes sean los verdaderos herederos, que tengan derecho de llevar aquel nombre. Á causa de esto se halla hoy dia, como en los tiempos de Platón, desconocida, abatida y despreciada esta profesion, hasta no tenerse idea ninguna del verdadero filósofo; cuyo carácter consiste en ser prudente, justo, fuerte y templado; en amar la verdad, huir del deleite, renunciar á todos sus deseos, y en quanto sea posible despreciar su cuerpo, opuesto siempre á la sabiduría; en no temer ni la pobreza, ni la afrenta que pueden padecerse por sostener la justicia y la verdad, en hacer bien á todos los hombres, aun hasta sus mismos enemigos, y no pensar en otra cosa que en morir bien, y para conseguirlo renunciar á todo y renunciarse á sí mismo. Esta idea tuviéron los mas ilustrados paganos Sócrates y Platón, y de consiguiente tuve por cosa útil y provechosa hacer ver mediante esta traduccion el progreso cierto y visible que ellos hiciéron en la averiguacion de estas verdades, y cono-

cer hasta qué grado de luz plugó á Dios el conducirles. Por poco que se reflexîone sobre lo que enseñaron, dice Mr. Dacier, se ve claramente que para cerrar Dios la boca á la incredulidad, preparaba ya la conversion de los gentiles, tantas veces predicha por los Profetas; porque á la verdad obra de Dios fué, y como un preludio de esta conversion, que dos paganos, en la mas idólatra de todas las ciudades, y quatrocientos años ántes que la luz del evangelio alumbrase al universo, anunciáran y probáran una gran parte de las verdades de la religion christiana. Digna es de notarse la circunstancia del tiempo, pues que Platón empezó á divulgar las doctrinas de Sócrates poco despues que muriéron los tres últimos Profetas que hubo en Israél. De suerte, que al punto que cesaron los Profetas entre los judíos, suscita Dios filósofos que empiezen á ilustrar á los gentiles, y sirvan de desengaño al hombre sobre lo poco que puede su flaco y débil entendimiento sin los auxîlios de la revelacion, á vista de que estos sublímes ingenios desde la cumbre de los mas elevados pensamientos, se despeñan en el

abismo de los errores mas exêcrables é inesperados, aun en la persona mas idiota, manifestando á la postre que son hombres.

Esto deberán no perder de vista los lectores, para que en tropezando en alguna de las manchas con que desfiguró Platón sus excelentes escritos, léxos de retraerse de su lectura por semejantes caidas, se aprovechen de aquella humillacion de la razon humana para conocerse á sí mismos, y acostumbrarse á desconfiar de sus propias luces. Á qualquiera le será fácil comparar la moral de Sócrates con la que se lee en los libros de los que en nuestros dias se tienen únicamente por sábios; y encontrará que en medio de sus defectos discurrió mucho mejor sobre la ley natural y sobre la esencia de la justicia, que aquellos que no conocen mas ley natural que el instinto físico, ni otra justicia que el interés del mas fuerte. Se sorprehenderá tambien al ver levantar á un gentil un edificio de moral, que separadas unas pocas nulidades, tiene toda la perfeccion que era capaz de darle el espíritu humano entregado á sus propias fuerzas; miéntras que algunos christianos que se

vanaglorían de haber heredado algo de la sabiduría de Sócrates, y le miran como modélo de virtud, trabajan por destruir no solo la obra de la revelacion y de una sabiduría infinitamente superior á todo el saber de los hombres, sino aun hasta la obra misma de la razon. Quanto mas grandes fuéron las tinieblas de aquellos tiempos, tanto mayor aprecio debemos hacer de Platón y de Sócrates, que parece fuéron escogidos de Dios para ser los primeros pregoneros de estas grandes verdades, y si puede decirse, los precursores de San Pablo en la mas supersticiosa y la mas idólatra de todas las ciudades de Grecia. La doctrina de estos filósofos fué la que conservó las chispas del conocimiento que este grande Apóstol encontró en el corazon de algunos atenienses, sobre la resurreccion de los muertos, y sobre la inmortalidad del alma.

Para expresar mejor el ingenio y método Socrático, prefirió Platón escribir en diálogo, siendo cada conversacion una escena viva y animada, donde se ve obrar á todos los actores, dirigiéndose mejor al blanco de persuadir é instruir, por tener

la fuerza de un juicio contradictorio, en el qual las dos partes se defendiéron quanto fué su voluntad, ó alcanzaron sus talentos, y por lo mismo la victoria conseguida por una de las dos partes, no se le puede disputar, sobre todo quando el diálogo está trabajado por un hombre diestro que no busca mas que la verdad. Ántes de Platón este modo de escribir era poco conocido, habiéndolo apénas usado Zenón de Elea, y Alexamenes de Teos; pero fué tanta la urbanidad, la elegancia, la hermosura y gracia que derramó Platón en esta especie de conversaciones, que le mereciéron la gloria de la invencion, y fué mirado en todos los siglos como el primer compositor de los diálogos. Cada uno de los suyos es una pintura sacada de la misma naturaleza, donde se describen las costumbres y caractéres de los sofistas, de los políticos, de los niños, de los mozos, de los viejos, de las mugeres, de los esclavos y de las personas libres; no siendo estos unos meros rasgos generales, sino retratos personales que no desconocerian las gentes que viviéron en su tiempo. En una palabra, no hay sátiras, ni comedias

que le igualen en el número de sales y gracias, en la variedad de pensamientos y expresiones, y en el modo de manejar la ironía, siendo en su género lo que Aristóphanes en el suyo; aunque con la diferencia que sus pinturas son ménos libres, sus rasgos ménos cínicos y mas delicados, sin que para llamar la atencion cargue con exceso de ridículo, ni desfigure sus personages como hizo Aristóphanes, en especial respecto de Sócrates, viniendo á ser inimitable su artificio, y superior en mi sentir á Luciano mismo.

Lo que mas contribuye á que su lectura sea tan agradable y tan útil, es que la verdad va saliendo poco á poco del seno de la misma disputa, como quando se desenvuelve el lienzo de una pintura, se vén levantarse poco á poco los personages, y parecer al fin del todo enteros: porque es cierto que para nuestra alma no hay cosa mas dulce que esta verdad que principia, y cuyo progreso casi insensible le dexa tiempo de prevenirla y adivinarla, muy diferente de quando se nos prueba, que no hace por lo comun sino agriarnos y inquietarnos. Otro de los provechos

que pueden sacarse de los escritos de Platón, es el de formarse el juicio, y de adquirir la precision de entendimiento y exàctitud de razon tan necesarias en todos los estados de la vida para discernir la verdad del error, y tomar el mejor partido en todos los sucesos que se presenten, pues que como dice Horacio en su arte poética la filosofia de Sócrates es la fuente del *buen gusto.* En suma, los diálogos de Platón fuéron la admiracion de todo el mundo, y en tiempo del Emperador Trajano tuviéron en Roma tanto aprecio, que se introduxo y fué recibida con mucho aplauso la costumbre de hacer aprender de memoria á los niños los mejores de entre ellos, á fin que los recitásen en los convites con los diferentes tonos y gesticulaciones que convenian á cada uno de los personages. Conservaron gran reputacion hasta el tiempo de los árabes, los quales por desgracia se inclinaron mas á su discípulo Aristóteles, y con sus comentarios le proporcionaron el magisterio exclusivo en todas las escuelas. Al presente apénas se lee el uno ni el otro, teniéndoles el mismo respeto, que en otro

tiempo tuviéron los gentiles á los bosques sagrados, es decir, que los miran de léxos, y no se acercan á ellos. Me inclino á creer, á lo ménos respecto de Platón, que es por no conocerle, y estoy persuadido, que si se resolviesen á leer sus diálogos, tendria tantos admiradores como lectores.

El mas hermoso é interesante de todos es el que escribió sobre la *justicia*, conocido comunmente con el nombre de la *República*. Es el que trabajó con mas cuidado, y no cesó de limarle y retocarle hasta los ochenta años cumplidos. Despues de su muerte en un manuscrito de su República, se encontró el exôrdio mudado de veinte maneras; sin duda porque no queria que la doctrina de Sócrates perdiese en sus escritos aquella fuerza y gracia que tenia en boca de su maestro. En general no hay cosa mas harmoniosa y divina, que la colocacion de las palabras en Platón; y si en la eleccion hubiese sido tan felíz, seria igual á Homero, y superior á todos los otros. Su imaginacion bella y fecunda alimentada con las enérgicas frases de los oradores, y enrique-

cida con las gracias de los poetas, lé suministraba los rasgos mas sublímes y las imágenes mas risueñas y mas naturales, de modo que su prosa es tan rica en figuras como la mas hermosa poesía. En suma, este escrito es de lo mejor que los antiguos nos dexaron sobre la filosofia, y en sentir de Cicerón ningun filósofo le ha igualado. La filósofa *Axiotea*, habiendo leido por casualidad uno de los coloquios de la República, se inflamó en tanto grado de amor á la filosofia, que se partió corriendo á Atenas, y disfrazada de hombre se metió en la Académia por oir á Platón.

En diez libros se suele dividir esta difusa conversacion, ó largo diálogo, que he llamado yo diez coloquios, por parecerme mas acomodada esta denominacion al génio de nuestra lengua. Dos cosas se propone el filósofo como objeto principal: la una es inquirir qué es lo que hace al hombre justo, ó en qué consiste la justicia: la otra es comparar la condicion del bueno con la del malo, para decidir quál de las dos debe preferirse á la otra. Suscítase la qüestion primera de resultas de

un coloquio que tiene Sócrates con el anciano Céphalo, y Thrasimaco de Calcedonia dá motivo á la segunda, quando para apoyar la definicion de la justicia, que decia ser *el interés del mas fuerte*, añade que la felicidad del hombre crece á proporcion de su maldad, con tal que al deseo de hacer mal, se junte el poder de cometerle impunemente. Refúta Sócrates lo que con tanta temeridad habia osado proferir Thrasimaco, y obliga por fin á enmudecer al sofista en el primer coloquio, que debe mirarse como proemio de los demas, y en donde se desenvuelve la materia simplemente.

Renuévase la disputa en el segundo, y Glaucon y Adimanto, hermanos de Platón, se empeñan en continuar la objecion de Thrasimaco, exponiéndola con la mayor claridad, y reduciendo la qüestion á términos muy claros y precisos. Pretenden los hermanos que no se haga ningun caso de las buenas ó malas conseqüencias que resultan de la justicia é injusticia, sino que se consideren entrambas como desnudas, y solo por lo que son en sí mismas: y que entónces exâminada su naturaleza y

los efectos que producen en el corazon del hombre, se decida si el que sigue la virtud es mas felíz que el partidario del vicio. Les propone Sócrates, que para conocer mas fácilmente lo que es la justicia en un particular, se observe ántes lo que es en una sociedad entera, haciéndole ver que aquí será mucho mayor, y por lo mismo se descubrirá con ménos trabajo: y luego que se comparen estos dos modélos, valiéndose del grande como de medio mas adequado para conocer mejor el pequeño. Porque, dice Sócrates, lo que hace justo á un estado, debe tambien hacer justo al particular; en todo se corresponden el uno con el otro: por consiguiente no puede haber entre ellos otra diferencia que la de mas á ménos. Formémos pues una República, y veámos cómo y por dónde se introducen allí la justicia é injusticia. Comienza á establecerla desde los fundamentos, subiendo al orígen de la sociedad civil, y se la vé como nacer, crecer y engrandecerse. Al pronto no concede mas á los ciudadanos de su nueva República que lo puramente necesario, y los representa quales se conciben los hombres en el es-

tado natural, advirtiendo que una ciudad compuesta de tales habitantes, es una ciudad sana, es una ciudad perfecta. Proporciónales despues algunos alivios, y les hace vivir ya con mas desahogo, añadiendo comodidades y aun superfluidades á lo meramente necesario; de modo que algunas artes inventadas por solo el placer entran en esta ciudad con todo el tren y aparato que suelen llevar consigo. Desde entónces dexa de ser una sociedad formada para un número pequeño de habitantes, y pasa á constituir un gran mundo. En tres clases divide este cuerpo político, la del pueblo, la de los guerreros, y la de los magistrados; y despues de haber demostrado que el estado es justo quando el pueblo y los guerreros están sujetos á los magistrados, y los magistrados mismos á las leyes, empieza á exâminar en el coloquio quarto y continúa en los siguientes, si acaso en el alma de cada hombre se hallen tres partes que correspondan á las dichas tres clases. Descubre que en efecto la razon representa al magistrado; al guerrero la ira; y las otras pasiones al pueblo; de donde concluye,

que el hombre es justo quando la ira y demas pasiones obedecen á la razon.

Conocida la naturaleza de la justicia, pasa en el coloquio octavo á inquirir quáles sean sus efectos. Y tomando de nuevo la comparacion del hombre político con el gobierno interior del hombre, comienza por distinguir cinco maneras de gobiernos. Gobierno *monárquico* ó *aristocrático*, que era el de su República, y le prefiere por ser el mas perfecto de todos. Gobierno *timocrático*, donde reynan la íntriga y ambicion, quales fuéron el de Creta y Esparta. Gobierno *oligárquico*, donde solos los ricos tienen parte en los negocios; el *democrático* ó puramente popular, y en fin el *tyránico*. Á estas cinco especies de gobiernos, opone otras tantas maneras de hombres, á saber, hombre justo, hombre ambicioso, hombre interesado, hombre que se vá tras todas sus pasiones sin refrenar ninguna, y hombre en fin tiranizado por una pasion violenta que se apodera y enseñorea de toda su alma. Explica en seguida de qué modo se hace el tránsito sucesivo de un gobierno á otro gobierno ménos perfecto, de un hombre á

otro hombre mas corrompido. Y concluido este paralelo, decide en el coloquio nono la qüestion segunda con decir, que así como el mas felíz de todos los estados es el que está gobernado por un Rey filósofo, esto es, amante de la razon y de la verdad, y el mas desgraciado el que tiene por Señor á un tyrano, del mismo modo la condicion mas dichosa es la del hombre justo; y la del malo dominado por sus pasiones, la mas miserable. Por último, á fin que la victoria de la justicia contra la injusticia fuese completa, pide Sócrates en el coloquio décimo, que se tenga consideracion con lo que habia dexado pasar por alto al principio. Para que no se complicase demasiado la disputa, consintió en que en el exâmen de la qüestion propuesta, no se cuidasen por entónces de los bienes ni de los males exteriores afectos á la práctica de la virtud y del vicio; pero supuesto que está dada la sentencia, quiere ahora que se restituyan á la virtud los honores y premios que tiene derecho de esperar, y que recibe en efecto de los hombres y de los Dioses durante esta vida y despues de la muerte: y

al igual que se le vuelvan al vicio las afrentas y castigos que merece, de los quales no se puede libertar.

Concluyese el diálogo con una relacion de lo que sucede á los buenos y á los malos en la otra vida, que pone Sócrates en boca de un armenio llamado *Hér*, y le supone resucitado á los doce dias de su muerte, á tiempo que su cuerpo tendido sobre la pyra iba á ser consumido por las llamas. Platón bebió sin duda estas ideas en las tradiciones de los egipcios, que las recibiéron del pueblo de Dios y de los antiguos Patriarcas; pero andando el tiempo se alteraron y corrompiéron por los idólatras estas tradiciones con la mezcla de tantos errores, que nadie debe admirarse que unas mismas verdades se expliquen por pinturas tan diversas y fabulosas.

Á esto se reduce el asunto principal de esta obra, enriquecido por el autor con varios é interesantes episodios; pero con tanta oportunidad, que ninguno con razon los pueda censurar de inútiles digresiones. El primero que empieza al fin del segundo coloquio, y acaba casi á la entrada

del quarto, es sobre la educacion de los guerreros, y se trata de los exercicios propios para formar el espíritu y el cuerpo, comprendidos baxo los nombres de *música* y *gymnástica*. Condena con este motivo y destierra de su República á Homero y demas poetas que osaron proferir falsedades á cerca de los Dioses, de los Héroes, de los infiernos, y otras cosas pertenecientes á la religion. No reprueba absolutamente toda especie de poesía, sino solo aquella que es imitativa y cuyo objeto se dirige á lisongear las pasiones. Extiende su reforma á la música y á la armonía propiamente dicha, y aun hablando de la gymnástica, dice como de paso algo de la medicina y del modo de curar los enfermos.

El segundo episodio es la abertura del coloquio quinto, en el qual con motivo de haber dicho Sócrates, hablando de los guerreros, que entre amigos todo debia ser comun, bienes, mugeres, é hijos, se le obliga á desentrañar esta proposicion, que apénas habia insinuado ántes como de paso. Se empeña pues en probar,

1.º que los empleos deben ser comunes á los guerreros y á sus mugeres, y por lo mismo que se las debe educar en la música y en la gymnástica. 2.º Que las mugeres de los guerreros deben ser todas comunes á todos, con el designio sin duda de que se compusiese su República de una sola familia, que se aboliesen en ella los odiosos nombres de *mio* y de *tuyo*, y se cortase de raiz toda semilla de discordia y division. Los fines que se proponia eran muy buenos, pero los medios de que se valió, mejor los llamarémos delirios de un hombre que sueña, que discursos sérios de un filósofo.

La objecion que en seguida le presentan, de que el plan de su República es demasiado hermoso, para que pueda realizarse, dá motivo al tercer episodio, que sin duda es el mas largo y el pedazo mas completo de toda la obra. En respuesta dice, que no debe esperarse que se vea sobre la tierra una República tal como la suya, á ménos que la filosofia suba al trono en persona de los sábios, ó que los Reyes vengan á ser filósofos. Y para preca-

ver toda equivocacion en materia tan importante, describe el carácter del verdadero sábio, al qual y no á otro conviene únicamente el título de filósofo. En el coloquio sexto prueba que pocas veces nacen hombres de este carácter, y que conspira todo, aun hasta las buenas calidades suyas, á que se corrompa este corto número, en términos de ser muy dificil que puedan ellos conservarse. Objétanle de nuevo, que léxos de tener la filosofia bastante fuerza para producir en la sociedad civil tan maravillosa mudanza; se advierte al contrario que el número mayor de los filósofos son malos y perjudiciales á los estados, y los restantes quando ménos son enteramente inútiles. Conviene Sócrates en que esta reprension no carece de algun fundamento, pero añade que de ningun modo debe recaer sobre la filosofia; y para justificarla plenamente distingue los verdaderos de los falsos filósofos, exponiendo las causas de la inutilidad de los primeros y de la perversidad de los segundos. Manifiesta en seguida cómo debe educarse el filósofo que se destina para gobernar el

estado, disponiendo en el coloquio séptimo que se le haga pasar por toda especie de pruebas que acrisolen su virtud y su capacidad, que su vida vaya mezclada de contemplacion y de accion, que se instruya en todas las ciencias propias para sublimar el espíritu y generalizar las ideas, como son la arithmética, álgebra, geometría y astronomía, haciéndolas servir como de otras tantas gradas para llegar al mas elevado de todos los conocimientos que es el del soberano bien, á donde deben encaminarse, y parar allí todos los conocimientos filosóficos.

Por fin, en el coloquio décimo descarga Sócrates los últimos golpes contra la poesía imitativa, impugnándola en sus principios y en su misma naturaleza. Demuestra que es fútil y de poca substancia, agena de la verdad, y que su objeto es dar gusto á la parte frívola del alma, estudiando sus flancos para seducirla con mas facilidad y mayor seguridad. Que entre todas las pasiones siempre lisongea las que son mas indecentes á un sábio: por tanto la destierra nuevamente de su República,

despues de haberle permitido defender su causa por sí misma, ó por medio de sus amigos.

Del resúmen que acabo de hacer, resulta, 1.º que este diálogo es en parte moral, en parte político, y que el designio principal de Platón no es formar un plan de República como creen muchos, engañados sin duda por el título de la obra, que no es conocida con otro nombre que con el de *República*, sino de conocer al hombre justo, virtuoso y perfecto, comparándole con una forma de gobieruo tan excelente en su género, como el gobierno interior del hombre lo es en el suyo. Otros habian dicho del hombre que es un pequeño mundo; Platón le considera aquí como una pequeña República. 2.º Que la hipótesis de la República perfecta no tiene mas de chimérica, que la del hombre perfecto, debiéndose colocar la una y la otra baxo el mismo grado de posibilidad. De modo que si Platón en la pintura que traza de un gobierno sin defectos, no hubiese dado lugar á sus desvaríos sobre los matrimonios y sobre la comunidad de mugeres;

quanto ha dicho ni sería ménos hermoso, ni ménos sólido que lo que dice con motivo del hombre justo y del verdadero filósofo. 3.° Que Platón tenia demasiado juicio para creer que ni su República ni su sábio pudiesen exîstir tales como se los imagina, diciendo él mismo en el coloquio quinto. " Que no debe esperarse del hom»bre una perfeccion que iguale á la virtud »misma, y que harto hace si se asemeja »en los principales rasgos. Que habiendo »de discurrir sobre la naturaleza y los »efectos de la justicia é injusticia, era pre»ciso tener á la vista dos modélos com»pletos, uno de bondad, otro de malicia, »que de ningun modo pretende puedan »exîstir; pero sí que el hombre será ó mas »felíz, ó mas desdichado, segun mas se »acerque al uno ó al otro. Hallándose en »órden á esto en el caso mismo de un pin»tor, que aun despues de haber pintado »el mas hermoso hombre que puede ima»ginarse, con todo no estaria en estado de »probar que la naturaleza puede producir »una hermosura tan completa. En una pa»labra, que es imposible en la naturaleza

»de las cosas, que la execucion de un pro-
»yecto corresponda exâctamente á la idea
»que se formó en el ánimo."

Algun tanto me he dilatado en la exposicion de este diálogo, por considerar que muchas personas instruidas por otro lado, no tomaban el sistéma de Platón por la parte que debian, con perjuicio de la verdad. Deben pues tener presente, que es un autor profundísimo, que para entenderle bien es menester estudiarle, y que la mayor parte de los errores á que diéron lugar sus escritos, provienen sin duda de que no se lee sino superficialmente.

Aunque estoy muy léxos de pensar que concurran en mí los talentos que tenia por necesarios Dacier para hacer una buena traduccion de la República; con todo me parece puedo asegurar á mis lectores que les presento á Platón tal como es, sin mudar, añadir, ni quitar nada. Para conseguirlo no he perdonado fatiga, ni escusado diligencia alguna, á fin de expresar con fidelidad y con la claridad posible el sentido del autor, teniendo á la vista el texto griego, consultando siempre las ver-

siones latinas de Ficino y Serrano, y la francesa del P. Grou, que me suministró muchas luces, y esmerándome en buscar las voces y frases castellanas que mas se conformasen con el original. Con todo se hallarán muchos defectos, que no deben atribuirse por ningun título á la lengua española, que congenia como la que mas con la griega, sino á mi poca habilidad y práctica en este género de escribir; aunque por haber sido el primero que respecto de Platón hizo este servicio á los que solo saben el castellano, confio se me perdonará con facilidad que no haya llegado al grado de perfeccion que debia esperarse de otra persona mas diestra y exercitada. He cuidado tambien de ilustrar mi traduccion con las notas que á la suya puso el P. Grou, añadiendo otras muchas sacadas de autores acreditados, que diesen á conocer á los ménos instruidos, los personages fabulosos é históricos, el orígen de algunos adagios, y los usos y juegos antiguos que se mencionan en esta obra. Pocas son las reflexîones morales y políticas que ofrezco á mis lectores de las muchas que se pre-

sentan á cada paso sobre el total del sistéma, y sobre algunos pasages particulares, creyendo será mejor que se las haga cada uno, y que reflexîones por reflexîones valdrán mucho mas las suyas, y le incomodarán ménos que las mias. Por último, me parece no será fuera de propósito, que al diálogo de la República preceda una noticia historiada de la vida de Sócrates, que es el principal interlocutor, y otra de su discípulo Platón por ser el autor; los dos principales personages que interesa conocer para la mejor inteligencia de la obra.

VIDA DE SÓCRATES.

Sócrates nació en Atenas en el arrabal llamado *Alopece* el seis del mes *Thargelion*, que corresponde al diez y seis de Mayo, año quarto de la Olympiada setenta y siete, quatrocientos sesenta y ocho años ántes de Jesu-Christo. Su padre era escultor, y llamábase *Sophronisco*, y su madre era partera, y se llamaba *Phenaretta*. Educáronle desde luego en la profesion de su padre, que era de las mas honrosas de la Grecia, y se adelantó tanto, que muchos autores aseguran que las tan decantadas estatuas de las tres *Gracias* que se veian en la ciudadela de Atenas, detras de la estatua de Minerva, eran obra suya. Es de notar con Diógenes Laercio, que fué el primero que, contra el uso comun de los artistas, las representó vestidas, pudiéndose llamar con Horacio las Gracias esculpidas por Sócrates, *Gracias honestas*.

El profundo silencio que se observa sobre los primeros años de su vida, nos hace presumir que los ocupó en trabajar

en la escultura, hasta tanto que *Critón*, noble ateniense, advirtiendo la extension de sus conocimientos naturales, y pareciéndole que talentos tan extraordinarios podian emplearse mejor, le hizo abandonar el exercicio de esta profesion, y le persuadió á que se dedicase por entero á la contemplacion de la simetría moral; cuyo objeto principal consiste en acercar nuestra alma, quanto sea posible, á la perfeccion y excelencia de la divinidad. Quieren unos, que sus primeros maestros de filosofia fuesen *Anaxágoras*, y *Archelao*, apellidado el *fisico*; y otros con buenos fundamentos, que lo fué *Pródico*, habiendo sido el único de los filósofos de aquel tiempo con quien dividió su gloria, y á quien se empeñó en ridiculizar sobre las mismas opiones teológicas *Aristóphanes* en sus *Nubes*. Luego que hubo recibido Sócrates del generoso *Critón* lo preciso para socorrer las necesidades de la vida, que seria á los treinta años de su edad, se aplicó con toda intencion á la filosofia natural, estudio que constituía entónces una de las principales ocupaciones de la juventud de Aténas, y en el que hizo rápidos pro-

gresos; pero consideradas las insuperables dificultades que acompañan á esta ciencia, y convencido por experiencia de la inutilidad de estas averiguaciones, aun quando salen con ellas, le abandonó y estableció por objeto principal de su aplicacion la felicidad de la especie humana. Éste fué, dice Cicerón, el primero que hizo baxar la filosofia del cielo, donde parecia haber fixado su morada; que la colocó en las ciudades, la introduxo en las casas particulares, y la obligó á servir de guia al conocimiento de la vida, de la moral, del bien y del mal.

Permaneció algun tiempo en este estado tranquílo sin darse á conocer, hasta que se le presentó ocasion de manifestar el valor, la amistad y todas las virtudes que caracterizan al verdadero ciudadano. Acia el año quarto de la Olympiada 87, siendo Sócrates como de unos treinta y seis años, *Potidea*, ciudad de Trácia y tributaria de Aténas, se reveló contra la República: los atenienses juntaron al punto su exército y se partiéron á sujetar los rebeldes, los quales al ruido de su llegada saliéron de la ciudad y fuéron á recibirles,

y despues de un sangriento combate, en que perdiéron mucha gente, se viéron precisados á retirarse dentro de sus muros. El exército vencedor puso sitio á la ciudad, y aunque fué muy riguroso, con todo los sitiados se defendiéron obstinadamente por espacio de dos años, no habiéndoles podido obligar á que se rindiesen sino por la falta de víveres. Durante este combate y este sitio se señaló Sócrates con acciones muy distinguidas, que le grangearon los elogios de sus conciudadanos, pero con destreza hizo resaltar la gloria sobre Alcibiades (á quien habia libertado la vida), con el fin de acrecentar el esfuerzo de este jóven ateniense, y despertar en su corazon los deseos de merecer mayores honras de parte de su pátria. De aquí tomó principio su intimidad con Alcibiades, en cuya tienda se aloxó durante esta expedicion; pero sin que la suntuosidad y abundancia de regalos que allí se disfrutaban, hubiesen podido jamas hacer renunciar á nuestro filósofo la vida dura y militar que habia abrazado desde el principio de la guerra. En lo fuerte del invierno, quando los otros soldados au-

mentaban ropas para libertarse de los rigores del frio, conservó siempre su vestido ordinario, y caminaba á pie descalzo sobre los hielos; lo qual junto á la templanza y sobriedad que constantemente observó, le formaron un temperamento capáz de resistir á todas las enfermedades, de modo que casi fué el único que no padeció la epidemia esparcida en todo el campo y ciudad de Potidea.

Concluida la expedicion se volvió á Aténas, y á poco empezó á dar lecciones públicas, no con la ostentacion ni orgullo de los sofistas, ni con las miras mercenarias de los maestros asalariados por los Magistrados para enseñar en las escuelas, sino con la mayor modestia y gratuitamente, en las calles, en los paseos, en los baños, y en las casas particulares. En suma, en todos los parages que encontraba favorables para enseñar á los hombres las obligaciones de la religion, y los deberes esenciales de la humanidad. En una de estas ocasiones encontró á Alcibiades que iba á orar á el templo, y segun costumbre le preguntó qué intencion llevaba, demostrándole el riesgo que habia en ha-

cer á Dios peticiones indiscretas, no fuese que creyendo pedir un bien, le pidiese el mayor de todos los males. Por lo que repetia con freqüencia esta breve oracion, que puede decirse las encierra todas, sacada de un antiguo poeta: *Gran Dios, concedednos lo que nos conviene, ora os lo pidamos, ora no; y alexad de nosotros quanto pueda dañarnos, aunque os lo pidamos.* Miéntras que se ocupaba Sócrates en desterrar la supersticion del ánimo de los atenienses, trabajaba tambien infatigablemente por refutar la incredulidad de los que impugnaban la exîstencia de Dios, y el libertinage de los que veía tiranizados por sus pasiones, persuadido que no les faltaba mas de dar un paso para el ateismo.

Establecida insensiblemente su reputacion, vino bien pronto á ser el objeto de la envidia de los sofistas, que advertian despoblarse de cada dia sus escuelas por escuchar las lecciones de nuestro filósofo. La atencion contínua que ponia en impugnar sus principios, y quitar la máscara á su ignorancia, contribuía en extremo á redoblar su ódio. Leemos en Platón que disputaba freqüentemente con ellos,

y que á pesar de su eloqüencia no dexaba siempre de triunfar y recibir aplausos de sus discípulos, de los quales hizo muchos proselitos que siguieron su doctrina. Sin embargo los sofistas se habian acreditado tanto con el pueblo, que hubiera sido imposible refutarles por medio de una impugnacion manifiesta, aun quando se hubiese valido de la eloqüencia mas enérgica y de las pruebas mas bien fundadas. Por esto introduxo Sócrates un nuevo método de disputar llamado de *induccion*, por el qual con un ayre de humildad y desconfianza de sus propias luces (jamás con tono dogmático), hacia á su contrario continuas preguntas, y le conducia de argumento en argumento hasta las conseqüencias mas absurdas; de modo que el sofista sin percibir el lazo que se le armaba, acababa por contradecirse y refutar él mismo la falsedad de sus proposiciones. Tales eran los medios de que se valia nuestro filósofo para desacreditar á estos falsos sábios, y exponer con toda claridad los presuntuosos designios de estos pretendidos dispensadores de la sabiduría.

Aumentábase cada dia mas y mas la

reputacion de Sócrates, no solo en Aténas, sino aun en toda Grecia, de modo que de las provincias mas remotas acudian á oir sus lecciones; y aunque segun el uso recibido desde antiguo le hubiese sido permitido recibir estipendios que le habrian enriquecido hasta lo sumo, fué tal su desinterés, que aun en las necesidades mas urgentes no quiso recibir retribucion alguna pecuniaria de sus instrucciones, enseñando siempre gratuitamente á todo el mundo la sabiduría y la virtud, bienes mas apreciables que todo el oro del universo.

Proyectaron en este tiempo los atenienses una expedicion militar contra los beocios, y la preferencia que siempre daba á las necesidades de la pátria sobre sus inclinaciones particulares, le determinaron desde luego á tomar parte en esta empresa. Encontráronse los exércitos junto á la ciudad de *Delion*, y dióse la batalla, en la que fuéron rechazados los atenienses con gran pérdida; pero Sócrates acreditó su esfuerzo en el combate y en la retirada, sin huir precipitadamente como los mas del exército, sino paso á

paso, haciendo frente al enemigo, hasta que viendo caido del caballo y cubierto de sangre á *Xenophonte*, le levantó, le puso sobre sus hombros, y le llevó hasta dexarle á cubierto de la persecucion de los vencedores.

Concluida la expedicion se volvió Sócrates á Aténas, donde encontró que los *sofistas*, los *sacerdotes*, y los *oradores*, aprovechándose de su ausencia, habian formado contra él un partido considerable. El famoso *Aristóphanes*, infame poeta cómico, ganado por esta faccion, fué el primero que para sondear las disposiciones del pueblo, se atrevió á desacreditarle en la comedia llamada las *Nubes*. Sabiendo el filósofo que se habia de representar, aunque solo concurria á las tragedias de Eurípides, se fué al teátro para ser espectador de esta pieza. Á pesar del notorio desprecio y burla que en ella se hace de su carácter, no se le escapó la menor señal de descontento; ántes al contrario dió una prueba rara de la bondad de su corazon. Habia algunos extrangeros que tenian ansia por saber quien era este Sócrates de quien se hablaba en toda la pieza,

y él se levantó de su puesto y estuvo en esta actitud miéntras duró la comedia. Este ayre de confianza que su mérito y su inocencia podian autorizar, sirvió para advertir á sus discípulos quan contrarios eran los preceptos que les enseñaba, á los que le hacian proferir en aquella pieza, y para desconcertar los designios maliciosos del poeta, que habiendo querido poco despues presentar la misma comedia en el teátro, no encontró mas que el desprecio y las reprensiones que merecia.

Apénas los atenienses se habian reparado del descalabro padecido en *Delion*, quando se viéron obligados á tomar otra vez las armas contra *Brasidas*, general lacedemonio, que habiendo entrado en la Trácia con un exército, se apoderó de algunas ciudades que pertenecian á la República, y entre otras la de *Amphipolis*, plaza de mucha consideracion. Aunque Sócrates acababa de experimentar el riesgo que habia en ausentarse de su pátria, la necesidad urgente que tenia ella de soldados le determinó á marcharse á esta tercera expedicion, la que no habiendo sido mas felíz que la pasada,

se hubo de volver á Aténas, de donde no salió hasta su muerte.

Continuaba con ardiente zelo la obra que tan felizmente habia comenzado de franquear á sus oyentes los preciosos tesoros de la filosofia, y trabajaba constantemente por gravar en su corazon y en el de sus discípulos el amor á la verdad, á la piedad y á la justicia, teniendo presente en todos sus discursos la analogía que reyna entre la perfeccion *moral* y la perfeccion *natural*, que algunos expresaron con el nombre de *simetría*. Este conocimiento de la *bondad* y de la *hermosura* en materia de moral, le conducia por una correspondencia sucesiva de ideas á mirar la regularidad de los rasgos del rostro, como una señal exterior que denotaba infaliblemente la excelencia del carácter. De aquí aquel gran gusto de preferencia que tenia para con los jóvenes bien agestados, y en especial por Alcibiades, en cuya educacion se ocupaba sin cesar, á fin de retraerle de los placeres peligrosos, á los quales la opulencia y la fuerza del natural continuamente le incitaban. Pero á pesar de este afecto parti-

cular, ninguno de los enemigos de su tiempo se atrevió á reprenderle la infame pasion con que algunos modernos, por malicia ó por ignorancia de las costumbres de Grecia, se esforzaron amancillar la reputacion de nuestro filósofo.

Veíase entónces en el punto mas alto á que puede aspirar una ambicion gobernada por la razon, sin que el interes, la vanidad ni el orgullo tuviese cabida en su corazon. Declárale el oráculo de Apolo preguntado por *Cerephón*, por el mas sábio de todos los hombres. Y Sócrates le interpreta modestamente con decir, que el oráculo solo le nombró para proponer un exemplo, como si hubiese dicho: *el mas sábio es aquel, que, como Sócrates, reconoce que verdaderamente no hay en sí ninguna sabiduría.* Fué siempre enemigo del ayre y nombre de maestro, y quando *Demónico* le presentó su hijo para que aprendiese de él la sabiduría, despues de haberle remitido á los sofistas que presumian ser los maestros, le preguntó al jóven *Theages*, si sabia qué cosa era la sabiduría? El qual respondiéndo afirmativamente, le replicó Sócrates: *os enga-*

ñais ; pero yo quiero enseñaros lo que es: por un favor particular de la providencia he tenido siempre desde mi niñéz una guia interior que no me inspira sino para separarme de lo que he resuelto , y nunca me incita á ninguna empresa. Esta inspiracion , ora se llame *génio* , ora *angel* , ora *demonio familiar* , segun los pareceres varios de los antiguos , la qual debe mirarse no con ojos supersticiosos, sino simplemente como el fruto de la exàctitud de sus juicios , jamás le engañó en el discurso de su vida ; y no era otra cosa que la sensacion interior , inseparable del corazon de los hombres de un juicio penetrante y exâcto , que obra en nosotros y nos dá un presentimiento profético de lo que puede suceder , ántes que las facultades de nuestra alma puedan probar la verdad de esta inspiracion.

Cincuenta años tendria quando se casó con *Xantipa* , muger la mas insociable que habia en Aténas. Esta esposa hizo de su casa , que debia ser para el marido lugar de paz y de tranquilidad , una morada de alborotos , disensiones é inquietudes , sin que jamás hubiese podido conseguir , co-

mo ella misma declaró transportada en cólera, que Sócrates perdiese su moderacion ordinaria. Añádase que en este tiempo la anarquía habia desterrado la felicidad de las asambleas del pueblo; de la religion y de la filosofia, la supersticion y las falsas preocupaciones; y de la sociedad, la corrupcion de costumbres; pero todo junto no fué bastante para desterrar la paciencia de su corazon, donde se habia retirado como á plaza inexpugnable. Esta deprabacion general le impidió aceptar ningun empleo público; y aunque por constitucion del Estado, todo ciudadano tuviese derecho de dar su voto en las asambleas, reusó constantemente asistir hasta la edad de sesenta años que fué elegido por representante de su tribu en el Senado. Ascendió por su turno á la dignidad de *Epistate*, que tenia el cargo de custodiar las llaves de la fortaleza y del tesoro público, y quando su tribu tuvo la presidencia dió un exemplo memorable de sabiduría, valor y probidad, exponiendo generosamente su vida contra el furor de un populacho ciego, por defender la de los valerosos y expertos capitanes de la

esquadra ateniense que venció á los lacedemonios en el combate naval de las islas *Arginusas*. Conseguida la victoria sobrevino repentinamente una tempestad, que obligó á los comandantes á hacerse á la vela, sin haber podido enterrar los muertos. Llegados á Aténas, en vez de recibir las señales de reconocimiento que les eran debidas por el servicio que acababan de hacer á la República, fuéron por esta omision involuntaria acusados ante el Senado, y condenados á sufrir una muerte ignominiosa. Sócrates fué el único que perseveró constantemente en defenderlos, y que no quiso dar su voto para esta inhumanidad, prefiriendo exponerse al resentimiento de los ciudadanos mas poderosos de la República, que quebrantar el juramento que habia hecho al entrar en su empleo, de no hacer jamás cosa contra la razon y contra la equidad.

Los atenienses experimentaron bien pronto las funestas conseqüencias del yerro que acababan de cometer; porque *Lisandro*, General lacedemonio, atacó su esquadra al año siguiente, la derrotó y echó á pique casi todos los navios, des-

pues de haberles muerto muchos miles de hombres, y hecho multitud de prisioneros. Se aprovechó el lacedemonio de estas primeras ventajas, y se marchó ácia Aténas bloqueándola por mar, miéntras que un exército mandado por los Reyes de Esparta la tenia sitiada por tierra: los atenienses atacados por todas partes, sin víveres, sin navios, sin esperanza alguna de socorro, les fué forzoso rendirse á discrecion, y pedir humildemente á sus enemigos una paz que ellos les habian rehusado muchas veces con altanería. Lisandro, algun tiempo despues, se valió de las discordias que se levantaron entre los ciudadanos para mudar la forma del gobierno: abandonó la *democracia*, y estableció un consejo *oligárquico*, compuesto de treinta hombres, que con justo título se trasmitiéron á la posteridad baxo el nombre de los *treinta tiranos.* Sócrates tuvo el sentimiento de ver al frente de este consejo á *Cricias*, que habia sido discípulo suyo, y de quien debia esperar mas consideraciones de las que recibió. Este tirano conservando en su corazon la memoria de las justas reprensiones que le dió

su maestro por su brutalidad y por sus infames pasiones; lo primero que hizo por un efecto de resentimiento suyo, fué prohibirle la instruccion pública de la juventud, y por este medio impedirle que inspirase á los atenienses el amor á la sabiduría y á la virtud, que hubiera infaliblemente perjudicado á sus malvados proyectos; pero Sócrates sin aterrarse con la prohibicion de este tirano, y despreciando las órdenes de estos magistrados, establecidos no solo contra las leyes naturales, sino tambien contra las del Estado, persistió con una firmeza sin exemplo en medio de los asesinatos y execuciones públicas, á sostener los privilegios de la humanidad, y á exôrtar á sus conciudadanos á hacer esfuerzos nuevos para recobrar su antigua virtud y libertad. Por mas que expuso repetidas veces su vida para oponerse á la tiranía, con todo sus enemigos tomaron ocasion de que Cricias habia sido su discípulo, para insinuar en el ánimo del pueblo tan absurda como falsamente, que el carácter bárbaro y sanguinario de este tirano era efecto de las instrucciones de Sócrates. Sin embar-

go, la oligárquia no duró mucho; porque el pueblo acalorado con las escenas contínuas de barbarie, tomó las armas en su propia defensa, y ayudado por *Pausanias*, Rey de Esparta, arrojó los tiranos, y se restableció la forma antigua de gobierno.

Tomó entónces nuevas fuerzas la conspiracion tramada contra Sócrates por los *sacerdotes*, los *sofistas*, los *poetas* y los *oradores*, y reunidos baxo la direccion de *Melito de Anyto*, y de *Lycon*, juraron su pérdida, pretextando ser un efecto de las doctrinas de Sócrates las maniobras tiránicas de *Cricias* contra la República, y los rasgos de libertinage de *Alcibiades*, quando pocos años ántes habia desfigurado en compañía de otros amigos las estatuas de *Mercurio*, y representado de un modo ridículo los misterios de *Eleusis*. Esparcidos entre la multitud estos falsos rumores tan opuestos al carácter de Sócrates, y por medio de este artificio preparado el pueblo á recibir todas las calumnias que podrian inventarse contra él en lo sucesivo; *Melito*, segun la costumbre practicada en Atenas, puso su acusa-

cion en forma ante los Magistrados, los quales despues de dar aviso al pueblo, convocaron el Senado *Heliástico* para decidir este negocio.

Informados los amigos de Sócrates de la malignidad de sus enemigos, fuéron á darle aviso á su maestro; unos ofreciéndole defensas trabajadas con esmero, otros aconsejándole que compusiese alguna respuesta á estas calumnias. Sócrates les respondió con una tranquilidad increible: *Nunca hice mal á nadie, y miro este testimonio de mi conciencia como la mejor defensa que puedo dar. Sin duda que Dios por un efecto de su bondad infinita ha permitido este suceso, á fin que mi vida no se termíne por la edad, sino por otro medio mucho mas suave.*

Al dia aplazado compareció ante los jueces, no con el ayre abatido de un delinqüente, sino con la dignidad de un magistrado, efecto de su grandeza de alma, y de la firmeza que dan ordinariamente la inocencia y la verdad. Leyóse entónces la acusacion concebida en estos términos: *Averigua con curiosidad impía lo que pasa en el seno de là tierra. No recono-*

ce los Dioses que adora su pátria. Presume estar inspirado por un Dios desconocido, ó mas bien no cree en ningun Dios. Corrompe la juventud, enseñandola á despreciar las leyes, y el uso establecido en la eleccion de los magistrados. En fin, con sus consejos les incita á que sean perturbadores de la quietud pública. Sócrates, segun la costumbre observada en los procesos, respondió separadamente á cada uno de los capítulos de acusacion que se habia formado contra él, y concluido el discurso, que puede verse en la apología de Platón, pasaron á recoger los votos de los jueces, que le condenaron á muerte con pluralidad de treinta y tres.

Habia ley en Aténas por la qual el acusado declarado culpable, estaba obligado á confirmar la equidad de la sentencia condenandose á sí mismo, ó á multa pecuniaria, ó á destierro, ó á prision perpetua; pero Sócrates llegado este caso, rehusando constantemente el confesar que era culpable, se dirigió á sus jueces con el ayre de dignidad que le inspiraba su sabiduría y su inocencia, y les dixo: que

por los buenos servicios que habia hecho á la República y á su pátria, y por el cuidado que se habia tomado en inspirar el amor á la virtud, se condenaba á ser mantenido toda su vida en el *Pritaneo* á costa del Estado. Sin embargo, como siempre fué observantísimo de los estatutos de su país, se dexó persuadir con facilidad por sus amigos *Platón*, *Critón*, *Critobulo* y *Apolodoro*, que saliéron por sus fiadores, y se impuso á sí mismo la multa de treinta minas, que serian como unos cien ducados.

Satisfecha esta formalidad, los jueces que votaron su condenacion, deliberaron un poco tiempo sobre el género de suplicio, y le sentenciaron á beber la *cicuta*. Pronunciada la sentencia volvió á dirigir su discurso á los jueces, y predixo á los que le habian condenado, que pronto se arrepentirian de haberle quitado la vida; y á los que le absolviéron, y estaban afligidos de su suerte, les hizo ver que la muerte no es un mal, sino un bien para el justo. Quando le llevaban á la prision, muchos de sus discípulos y amigos se le acercaron llorando y dando amar-

gas quexas por la crueldad con que se le trataba; y á *Apolodoro* que le manifestó el dolor que tenia de verle morir inocente, le respondió poniéndole la mano sobre la cabeza: *Pues qué! querriais mas verme morir culpable?*

Luego que llegó á la prision le entregaron al oficial de los Once magistrados, que tenia la responsalidad de los reos de Estado. Pero en la tarde de aquel dia en que fué condenado, el sacerdote de *Apolo* coronó la popa del navio sagrado, que todos los años iba á ofrecer sacrificios á la isla de *Delos*, y la execucion se dilató hasta su vuelta; porque durante este viage estaba prohibido por las leyes quitar la vida á ningun reo. Los discípulos se aprovecharon de esta dilacion para visitarle continuamente en su prision, y recibir de su boca las últimas lecciones de filosofia, que fuéron admirables, y pueden verse en los diálogos de Platón, el *Critón* y el *Phedon*, y en la admirable *tabla alegórica de la vida humana* de Cebes el tébano.

Pasados veinte y ocho dias, Critón su discípulo favorito se fué muy de mañana

á la cárcel para darle la triste nueva de la vuelta del navio, y le encontró pacíficamente durmiendo. Esperó á que dispertase, y despues de manifestarle su sorpresa, de que estando en víspera de morir pudiese tomar aquel reposo, le propuso las medidas que tenia tomadas para que se saliese de la prision y se retirase á Tesalia. Sócrates estuvo firme, y léxos de rendirse á las razones y lágrimas de su amigo, le persuadió que era obligacion suya permanecer allí, y sufrir la pena impuesta por los jueces, por injusta que fuese. Llegado el dia fatal los discípulos y amigos de Sócrates que se hallaban en la ciudad, á excepcion de Platón que estaba enfermo, se fuéron temprano á la cárcel, para hacer la última despedida á su maestro, y le encontraron en la pieza donde debia morir, acompañado de su muger y sus tres hijos, á quienes habiendo dado los últimos consejos, dispuso que Critón les hiciese salir afuera. Quedóse con sus discípulos conversando sobre la inmortalidad del alma, hasta que el executor dixo, que era ya tiempo de beber la cicuta. Tomó la copa en la mano, sin

la menor señal de turbacion, y sin mudarsele el color, y con ayre sereno le dixo: *si era permitido hacer libaciones.* Y respondiéndole que no, hizo una breve oracion á Dios, y se bebió la cicuta con la mayor tranquilidad. Visto por sus amigos que la habia bebido, no pudiéron contener las lágrimas, y se abandonaron á un llanto desmesurado. *Qué es esto, amigos mios?* les dixo Sócrates, *yo habia hecho salir expresamente las mugeres por evitar este lance: alentaos, y no lloreis.* Este valor y constancia calmaron el dolor de sus discípulos, y no pudiéron ménos de avergonzarse de su conducta, comparada con la de su maestro que iba á espirar. Sócrates despues de haberse paseado un poco, segun le previno el executor, conociendo que se le adormecian las piernas se echó en la cama, se cubrió la cabeza, y á poco se volvió á descubrir, y dixo estas últimas palabras: *Critón, debo un gallo á Escapulario, no os olvideis de cumplir este voto por mí*: y con hacer un pequeño movimiento dió el último suspiro el año primero de la Olympiada noventa y cinco, á los 70 años de su edad.

Al punto que quedaron satisfechos con su muerte la envidia y ódio de sus enemigos, los atenienses empezaron á reflexîonar sobre las virtudes de este filósofo, y á venerar la memoria de un hombre que habian tan cruelmente perseguido en vida. Los magistrados publicaron luto universal, mandando cerrar las tiendas, los gymnasios y los lugares públicos, y le erigieron en el parage mas elevado de la ciudad una estatua de bronce trabajada por *Lysipo*; y no satisfechos con esto condenaron á muerte al infame Melito, y á los demas acusadores á un destierro perpetuo. Por la misma razon que no pretendia Sócrates enseñar, jamás quiso escribir nada; pero sus discípulos *Cebes el tébano*, *Xenofonte* y *Platón* tuviéron cuidado de instruirnos de su doctrina, que se contiene la mayor parte en la presente obra de la República.

VIDA DE PLATÓN.

Platón nació en *Colyto*, aldea de Atenas, dia siete del mes Targelion, que corresponde al diez y siete de Mayo, año tercero de la Olympiada ochenta y siete, ántes de Jesu-Christo 430, quando cumplia Sócrates los treinta y nueve de su edad. Tuvo por padres á *Aristón* y *Perictiona*, descendientes de las ilustres familias de *Codro* y de *Solón*, y le pusiéron por nombre *Aristocles*, que habia sido el de su abuelo. *Platón* empezó á llamarle su maestro de gymnasio, por ser ancho de espaldas, y este nombre conservó toda la vida. Entre las relaciones fabulosas que se cuentan de este filósofo, una merece particular atencion, por ser como anuncio de su gloria. Dícese que Sócrates vió en sueños, que un pollo de cisne volando desde el altar consagrado al *Amor*, que estaba en la académia, habia ido á ocultarse en su seno, y que despues levantandose de allí dirigió su vuelo ácia el cielo, recreando con su canto á los hombres y á los Dioses. Añaden que

pasados algunos años, quando Aristón le presentó su hijo, habia exclamado Sócrates: *Ved aquí el cisne que ví salir del altar para reposar en mi seno.* Apreciada esta historia por su justo valor, es decir, como inventada expresamente por algun autor ingenioso, para dar una idea grande de un génio superior; se debe considerar que Platón correspondió en todas sus partes al sentido figurado de este emblema.

Empezó á estudiar baxo la direccion del gramático *Dionisio*, y á exercitarse en la palestra con *Aristón* de Argos, en la que aprovechó tanto, que dicen algunos que luchó en los juegos Pytios. Aprendió la música con *Dracon* ateniense, y con *Metelo* de Agrigento, y se dedicó con particular aficion á la pintura y á la poesía, llegando á componer muchos poemas ditirámbicos y épicos, y una perfecta *tetralogia* de tragedias que quemó á los veinte años, despues de haber oido á Sócrates. Estrechóse enteramente con este filósofo, y como su natural era inclinado á la virtud, se aprovechó tan bien de los discursos de este grande hombre,

que á los veinte y cinco años de su edad dió muestras de una sabiduría extraordinaria, y de que era capáz ya entónces de gobernar un Estado.

Los lacedemonios en aquel tiempo se apoderaron de Aténas, y *Lisandro* su General estableció en ella el gobierno de los *treinta*, que bien pronto usurparon la autoridad tiránica, y fuéron conocidos despues por los treinta tiranos. Desde entónces dió Platón señales nada equívocas de tener una alma libre, incapáz de baxarse á hacer la corte á un tirano. Lisandro, á cuyo poder todo se rendia, y que por sus crueldades se habia hecho temible, estaba rodeado de poetas que lisongeaban su vanidad y celebraban su gloria. Entre otros *Antimaco* y *Nicerato* se empeñaron en hacerle versos á porfia, y tomandole á él mismo por árbitro para que juzgase de su mérito, aplicó el premio á Nicerato: Antimaco despechado de esta afrenta recogió su poema, y Platón que le estimaba por su bella poesía, sin temer el resentimiento de Lisandro, le consoló diciendo, que mas digno de lástima era el Juez que no él, porque

la ignorancia es un mal mayor respecto del alma, que lo es la ceguera respecto del cuerpo.

Siendo ya entónces muy conocido el mérito de Platón, hiciéron quanto pudiéron los ministros de la tiranía para ganarle y obligarle á tomar parte en su gobierno. Nada se le proponia que no fuese muy conforme á su edad y á sus máxîmas, y toda su ambicion se dirigia á que las luces que habia adquirido fuesen útiles á su pátria, esperanzado en las promesas de estos treinta tiranos, que al fin los determinaria á dexar sus modales tiránicos, y á gobernar la ciudad con la sabiduría y moderacion de buenos Magistrados. Ocupado dia y noche de estos pensamientos, y buscando los medios mas propios de salir con su designio, observaba con cuidado todos sus pasos; pero conoció desde luego que el mal iba en peor, y que el espíritu de tiranía estaba tan arraigado, que era imposible destruirle. Afligido de esta calamidad que Dios solo podia remediar, y en la qual teniendo parte en los negocios, era preciso ó ser cómplice de sus crímenes, ó víctima de su

furor, reprimió todos sus deseos con la esperanza de tiempos mas favorables. Quiso la fortuna favorecer sus buenas intenciones, pues á poco fuéron arrojados los treinta tiranos, y se restableció la antigua forma de gobierno.

Este suceso alentó algun tanto las casi del todo muertas esperanzas de Platón; aunque conoció bien pronto que el nuevo gobierno no era mejor que el pasado, pues se despreciaban las leyes, no habia órden ni disciplina, y toda la autoridad estaba en manos del pueblo, siempre mas temible que los mismos tiranos. Sócrates fué una de las víctimas sacrificadas por este gobierno, y Platón que tenia entónces treinta años, y era Senador, subió á la tribuna para defenderle, obligandole sus concolegas á callar, quando apénas habia empezado su discurso. Este desenfreno de iniquidad aumentó el amor que tenia á la filosofia, y despues de muerto Sócrates, temiendo la inhumanidad de los atenienses se retiró á Megara en casa de Euclides con otros amigos suyos. Entónces empezó á oir las lecciones de *Cratylo*, que enseñaba la filo-

sofia de *Heraclito*, y á *Hermógenes*, que enseñaba la de *Parmenides*. De Megara pasó á Cyrene para perfeccionarse en las matemáticas baxo la direccion de Theodoro, que era el mejor matemático de su tiempo. Visitó de camino el Egipto, sujeto entónces al imperio de *Artaxerxes Mnemon*, y valiéndose del pretexto de vender aceyte, conversó mucho tiempo con los sacerdotes egipcios, de quienes aprendió gran parte de sus tradiciones; y aun Dacier cree que adquirió entónces alguna noticia de los libros y doctrinas de los Hebreos, fundado en lo que dicen Aristobulo, Josepho, Numenio, y los Padres de la Iglesia, Justino, Clemente Alexandrino, Eusebio y Theodoreto. Reconocido todo el Egipto, se fué en seguida á Italia, en donde oyó á *Philolao* y á *Euryto*, filósofos pitagóricos; y de allí pasó á Sicilia por ver las maravillas de aquella isla, quando tendria los quarenta años de su edad. Este viage que no tuvo mas motivo que el de satisfacer su curiosidad, puso los primeros fundamentos de la libertad de Siracusa, y preparó los grandes hechos que fuéron exe-

cutados por *Dion*, cuñado y favorito de Dionisio el viejo.

Era Dion jóven esforzado y magnánimo, pero acostumbrado á las baxezas y esclavitud de un cortesano cobarde y tímido, y lo que aun es peor, criado en el luxo, en la opulencia y en la ociosidad, hubiera dexado morir aquellas preciosas semillas si Platón no las hubiese animado por medio de sus discursos. Apénas oyó los preceptos de su doctrina, quando inflamado de amor á la virtud, no deseaba mas que seguirle, y como veía la facilidad con que Platón habia mudado su corazon, creyó que haria lo mismo con el de Dionisio, y así no tuvo descanso hasta que determinó á este Príncipe á tener una conversacion con el filósofo. No se habló al principio sino de la virtud, y luego se disputó sobre la esencia de la verdadera fortaleza; probando Platón que de ningun modo era herencia de los tiranos, los quales muy léxos de ser valerosos y fuertes, son mas débiles y tímidos que los mismos esclavos. Vino por fin á tratarse de la utilidad y de la justicia, y Platón hizo ver que en realidad no se

puede llamar útil, salvo lo que es honesto y justo, y demostró que la vida de los justos era felíz en medio de las mayores adversidades, y la de los injustos al contrario miserable en el seno de la misma prosperidad. Dionisio que se sentia convencido por su propia experiencia, no pudo sufrir mas tiempo la conversacion, y aparentando burlarse de su moral, le dixo: *que sus discursos sabian á vejeces*: y Platón le respondió: *que los suyos sabian á tiránicos*. Este Príncipe poco acostumbrado á oir verdades tan odiosas, le preguntó algo acalorado, *á qué habia ido á Sicilia*? y el filósofo respondió: *que á buscar un hombre de bien. Al oirte hablar*, replicó Dionisio, *se diria que no le habias aun encontrado*? Pero Dion temiendo que el descontento de Dionisio tuviese funestas conseqüencias, le pidió su permiso para que se marchase Platón, sin perder la ocasion de un navio que debia volver á su pátria á *Poluides*, Embaxador de Lacedemonia. Convino Dionisio, encargándole secretamente al Embaxador que en el viage quitase la vida á Platón, ó á lo ménos que le vendiese

por esclavo; en lo que no le haria agravio alguno, porque siendo justo seria felíz, ora fuese libre, ora no. Poluides le llevó á la isla de Egina, donde fué acusado por Charmandro como reo de pena capital, en virtud de la ley que mandaba se le quitase la vida á todo ateniense que abordase en dicha isla. Esperando estaba la sentencia de muerte, quando por burla le ocurrió decir á uno, que aquel hombre era filósofo, y no ateniense, cuyo dicho le salvó la vida. Solamente se le condenó á ser vendido, y le compró Anniceris de Cyrene por treinta minas, el qual le puso en libertad y le envió á Aténas, sin querer nada por el rescate; diciendo que no solo los atenienses conocian el mérito de Platón, ni solo ellos eran dignos de hacerle servicios. Plutarco y Diogenes refieren estas particularidades, de las que nada dice Platón en su séptima carta, donde cuenta este viage á Sicilia, y no es creible que se le hubiese olvidado de hablar á lo ménos de su bienhechor.

Muerto Dionisio el viejo, le sucedió su hijo Dionisio, á quien crió su padre

en un encierro, temiendo que con el trato de hombres de talento é instruccion se llegase á conocer, y cansado de la esclavitud, conspirase contra su persona. Apénas subió al trono este jóven Príncipe, quando deslumbrado con su grandeza no pudo ménos de caer en los lazos de sus cortesanos, que nada omitiéron para corromperle, y viniéron á ser los ministros y artífices de sus placeres. Dion que tenia por mas perjudiciales al Estado las disoluciones del jóven Dionisio, que las crueldades de su padre, no perdia ocasion de hacerle ver los abismos donde iba á precipitarse; y creyendo que sus vicios provenian de ignorancia y de ociosidad, procuraba meterle en ocupaciones honestas, é inclinarle á las ciencias, sobre todo á la que puede reformar las costumbres. Entre los muchos consejos y avisos que le daba, solia decirle, que la virtud sola podia hacerle disfrutar la verdadera felicidad, que se extendiese sobre todo su pueblo: y que el temor y la fuerza no eran los apoyos verdaderos del trono, sino el afecto y amor de los vasallos, frutos indefectibles de la virtud y de la jus-

ticia de los Príncipes. Mezclaba con estos discursos multitud de verdades y sentencias que habia aprendido de Platón, diciéndole que solo este filósofo era capáz de comunicarle todas las virtudes con que debia estár adornada una alma real. Por este medio consiguió Dion inspirarle al jóven Dionisio un deseo tan vehemente de ver á Platón y ponerse en sus manos, que envió correos á Aténas con cartas muy expresivas, acompañadas de otras de Dion y de los filósofos pitagóricos de la Gran-Grecia, que le suplicaban con instancia que no perdiese aquella ocasion de hacer á un Rey filósofo, y que se diese prisa ántes que la relaxacion de la corte extinguiese en Dionisio el amor á la filosofia, que ardia en su corazon.

Platón que conocia perfectamente quán poco hay que fiar de los fervores de la juventud, que por lo comun pasan muy en breve, no podia resolverse á hacer este viage; pero al cabo considerando que con curar un solo hombre haria feliz á todo un pueblo, se resolvió á partir, no por vanidad, ni por adquirir riquezas, como le acusaron sus enemigos;

sino vencido de los respetos que se debia á sí mismo, para no dar ocasion á nadie de reprehenderle, que no hacia mas que discurrir sobre la virtud, sin ponerse jamás voluntariamente en estado de practicarla. Otro de los motivos, y no el ménos poderoso, que acabó de resolverle à dexar sus ocupaciones á la edad de sesenta y quatro años, para ir acaso con demasiada confianza á experimentar los caprichos de un jóven tirano, fué la verguenza de abandonar á Dion en el riesgo eminente en que se hallaba, combatido de todas partes por las calumnias de sus enemigos, que no pudiendo sufrir sus costumbres severas, y su modo sábio de vivir, procuraban hacerle sospechoso á Dionisio, y le hubieran perdido infaliblemente si se le hubiese dado tiempo á este Príncipe de recaer en sus primeros desórdenes.

Llegado á Sicilia salió el Rey mismo en persona á recibirle al puerto con una magnífica carroza, en la que fué conducido al palacio, y mediante un sacrificio público dió gracias á los Dioses de su venida, que la miraba como la

mas grande felicidad que podia conseguir su Reyno. Un principio tan dichoso tuvo aun conseqüencias mas felices; pues como si un Dios se hubiese aparecido y mudado los corazones, toda la corte se halló tan reformada, á lo ménos en apariencia, que el palacio de Dionisio mas parecia escuela de filosofia, que habitacion de un tirano. Pasados algunos dias llegó el tiempo del sacrificio que se hacia todos los años en el alcázar por la prosperidad del Príncipe. El heraldo habiendo, segun costumbre, pronunciado en alta voz la oracion solemne, reducida á decir, *que pluguiese á los Dioses mantener por largo tiempo la tiranía, y conservar al tirano*; Dionisio, á quien estos nombres empezaban á ser odiosos, le dixo de modo que todos lo oyeron: *no acabarás por fin de maldecirme*? Este dicho del Príncipe hizo pensar que los discursos de Platón habian hecho una verdadera y fuerte impresion en su ánimo: por lo que *Philisto* y quantos favorecian la tiranía, creyeron que no se debia perder tiempo, y que era menester arruinar á Dion y á Platon ántes que se apodera-

sen del corazon de Dionisio, en términos que no pudiesen contrarestarles.

Bien pronto les vino á mano ocasion muy favorable, de la que no dexaron de aprovecharse. Platón habia persuadido al Rey que licenciase los diez mil extrangeros que componian su guarda, y que suprimiese diez mil hombres de caballería, con mucha parte de infantería, y que reduxese á corto número las quatrocientas galeras que tenia siempre armadas. Los mal intencionados envenenaron este consejo, haciendo entender á Dionisio, que Dion se habia valido de aquel sofista para persuadirle que se deshiciese de sus guardas y de sus tropas, á fin que los atenienses hallandole desprevenido, pudiesen destruir la Sicilia, y vengarse de las pérdidas que habian sufrido en tiempo de Nicias, ó que él mismo pudiese arrojarle y ocupar su puesto. Esta y otras calumnias que tenian bastante apariencia para sorprender á un tirano, no hiciéron al pronto sino la mitad del efecto que ellos se prometian: porque Dion solo fué la víctima del furor de Dionisio, que le hizo á presencia suya meter en un barco,

y le desterró vergonzosamente á Italia, á los quatro meses de venido Platón. Corrieron tambien voces en Siracusa que habia mandado quitar la vida á este filósofo, como á primer autor de todo el daño, lo que seguramente fué sin fundamento: pues al contrario, Dionisio se esmeraba en acariciarle mucho mas, ora porque creyese que habia sido él engañado primero por los artificios de Dion, ora porque no pudiese en realidad pasarse sin verle ni oirle.

Con la freqüencia de su trato se aumentaba todos los dias la pasion que le tenia, hasta que su amor llegó á ser tambien tiránico, no queriendo que nadie fuese amado de Platón mas que él solo, y ofreciéndole á este filósofo el supremo poder en su Reyno, con tal que prefiriese su amistad á la de Dion. Mas temiendo que Platón abandonase la Sicilia sin su permiso para volverse á Grecia, con apariencias de honrarle, y en realidad por asegurar su persona, le hizo alojar en el alcazar, sin mas libertad que para pasearse en los jardines contiguos. Allí redoblaba sus esfuerzos, valiendose de las

mas lisongeras ofertas, á fin de ganarle por entero su voluntad; y Platón que de ningun modo podia en competencia de la virtud dar preferencia al vicio, respondia siempre á Dionisio que le amaria otro tanto que á Dion, quando fuese tan verdaderamente virtuoso como lo era éste. Estas respuestas irritaban sobremanera al tirano, y transportado en cólera, le amenazaba de muerte, bien que á pocos minutos le solia pedir perdon de todas sus violencias. En fin, la fortuna sacó á Platón de este cautiverio, porque una guerra que sobrevino, obligó á Dionisio á enviarle á su pátria. Quiso á su partida llenarle de regalos, que rehusó constantemente, contentándose con la promesa que le hizo de llamar á Dion luego que se hiciese la paz. Estando para embarcarse, le dixo Dionisio: *Platón, quando estés en la académia con tus discípulos, vas á hablar mucho mal de mí.* Replicóle Platón, *no quiera Dios que estemos tan ociosos en la académia, que nos ocupemos en hablar de Dionisio.*

De vuelta á Grecia pasó por Olympia por ver los juegos, y se alojó en com-

pañía de otros extrangeros distinguidos, con quienes comia y pasaba los dias enteros, viviendo de un modo sencillo y comun, sin darles á conocer mas que se llamaba Platón. Quedaron prendados los extrangeros de su trato dulce y sociable; pero como solo hablaba de cosas muy ordinarias, jamás creyeron que fuese el filósofo, cuyo nombre era tan conocido. Concluidos los juegos se fuéron juntos á Aténas, donde los hospedó, y apénas eran llegados, le pidieron que los llevase á ver aquel hombre tan grande que se llamaba como él, y era discípulo de Sócrates. Platón les dixo sonriéndose, que él mismo era; y los extrangeros quedaron sorprendidos de ver como con sola la dulzura de sus costumbres, sin los socorros de su eloqüencia y sabiduría, ganaba la amistad de todos quantos trataba. Poco despues presentó juegos al pueblo, y á fin que Dion por su liberalidad se ganase la benevolencia de los atenienses, le permitió, aunque con repugnancia, que hiciese todos los gastos.

Concluida la guerra, temió Dionisio que el trato que habia dado á Platón le

desacreditase entre los filósofos; y para enmendar este yerro hizo venir los mas sábios de toda Italia con quienes tenia conferencias, profiriendo en ellas á cada paso los discursos y sentencias que habia oido á Platón, aunque casi siempre fuera de propósito. Entónces conoció lo que habia perdido, sintiendo no haberse aprovechado mejor de aquel tesoro de sabiduría, y empezó á desear con impaciencia que volviese, haciéndoselo saber por varias cartas. Platón se escusaba con la edad, y con que Dionisio nada habia cumplido de lo que ofreció. Este Príncipe no pudiendo sufrir mas esta resistencia, obligó á *Archítas de Taranto* á que le escribiese, asegurándole que podia venir sin ningun recelo, y que se le cumpliria la palabra. Mandó al mismo tiempo que partiese una galera con algunos de sus amigos, de cuyo número era el filósofo *Archidemo*, los quales juntos con Dion, le suplicaron encarecidamente que no les abandonase, manifestándole que si se resistia ir á Sicilia, les haria sospechosos á Dionisio, que creería seguramente que se los habia recomendado para que le

hiciesen traicion. Estos ruegos eficaces de los amigos, y sus poderosas consideraciones, determinaron á Platón á volver tercera vez á Sicilia á los setenta años de su edad.

Dionisio salió á recibirle en una quadriga de caballos blancos, donde le hizo sentar, haciendo él mismo de cochero; cuyo espectáculo, al paso que recreaba á Dionisio, alentó las esperanzas del pueblo, que se lisongeaba que su sabiduría triunfaría al cabo de la tiranía. Alojado Platón en el mismo palacio, y logrando toda la confianza del Príncipe, aplicó desde luego toda su habilidad para conocer si realmente tenia un deseo verdadero de ser virtuoso; pero conoció bien pronto que no le habia llamado sino por vanidad, y por separarle de la compañía de su fiel amigo Dion. Apénas quiso proponerle la vuelta de este desterrado, prohibió Dionisio á sus Intendentes que enviasen nada á Dion de sus rentas, só color que todos los bienes pertenecian á su hijo Hippasino, que era sobrino suyo, y por lo mismo su tutor natural. Ofendido Platón de semejante injusticia, le pidió su per-

miso para volverse á su pátria, y Dionisio le ofreció un navio; pero habiéndole entretenido mucho tiempo, le dixo un dia: *que con tal que permaneciese en su compañía un año, le remitiría á Dion todos sus bienes, con condicion que se emplease el capital, y no disfrutase mas que la renta, porque temia no se valiese de aquel dinero contra su persona.* Platón aceptó el partido, y Dionisio le volvió á engañar; pues pasada que fué la estacion de embarcarse, dixo que no queria dar mas que la mitad de los bienes de Dion, y la otra mitad retenerla para su hijo.

Cansado el filósofo de tantos engaños y ficciones, y convencido que la filosofia era débil y blanda contra la dureza de un tirano, no buscaba mas que el momento de dexar la Sicilia. Sin el permiso de Dionisio era imposible partirse, y la licencia muy dificil de conseguir, porque presentaba todos los dias nuevos obstáculos. Por entónces Platón abrazó con calor la defensa de Theodoto y Heráclides, á quienes se acusaba de haber querido sublevar las tropas, y á causa de esto empezó Dionisio á mirarle con des-

confianza, dando órden que dexase la habitacion de los jardines, y se alojase en elc uerpo de guardia; con el fin, dicen, de que los soldados irritados contra él, porque habia aconsejado suprimirles ó disminuir su prest, le sacrificasen á su resentimiento. Avisarónle algunos amigos del riesgo en que estaba, y Platón se lo hizo saber á Archytas que estaba en Taranto. Este amigo despachó una galera al instante con cartas para Dionisio, recordándole que habia ofrecido á Platón entera seguridad, y así que ni podia detenerle, ni permitir que se le hiciese ningun insulto sin faltar á su palabra, de la qual quiso que él y los demás honrados de su corte saliesen garantes. Estas razones tuvieron bastante fuerza para levantar una chispa de pudor en el alma del tirano, que permitió al cabo á Platón que se volviese á Grecia. En esto vino á parar su tercer viage, sobre que le calumniaron tanto sus enemigos con decir, que solo habia vuelto á Sicilia por disfrutar las abundantes y delicadas mesas de Dionisio, y por sumergirse en todas las disoluciones que reynaban en su corte.

Llegó al Peloponeso á tiempo que se celebraban los juegos Olympicos, en donde encontró á su amigo Dion, y le refirió todos los procedimientos de Dionisio. Dion mas ofendido de las injurias que recibió Platón, y del riesgo á que estuvo expuesto, que de todas las injusticias hechas á su persona, juró que habia de tomar venganza. Platón hizo quanto pudo por disuadirle, pero viendo que eran inútiles sus esfuerzos, le predixo todas las desgracias que iba á causar, y le manifestó que no esperase de él ni socorros, ni consejos; y pues que habia tenido la honra de ser conmensal de Dionisio, de alojarse en su palacio, y tener parte en los mismos sacrificios, se acordaria siempre de los debéres á que esto le obligaba; y que para cumplir tambien con la amistad de Dion, estaria neutral, siempre pronto á hacer los oficios de buen mediador para reconciliarles. Dion juntó algunas tropas, pasó á Sicilia, destruyó la tiranía, arrojó al tirano, y restituyó la libertad á su pátria; pero son bien sabidos los males que acarreó esta empresa, habiendo sido asesinado á la postre

el mismo Dion en medio de sus prosperidades y de sus triunfos. Platón no sobrevivió á la muerte de su amigo Dion mas que unos seis años, sin querer de ningun modo entrometerse en el gobierno, por ver en extremo depravadas las costumbres de sus conciudadanos. Murió de vejéz sin haberse casado, el año primero de la Olympiada ciento y ocho, trescientos quarenta y ocho ántes de Jesu-Christo, á los ochenta y uno cumplidos de su edad, y fué sepultado en el *Ceramico*; dexando por succesor en la académia á *Espeusippo*, hijo de la hermana, y por heredero de sus bienes á *Adimanto*, hijo del hermano. Le colmaron de honras despues de su muerte, y entre otros Mitridates Persa le erigió una estatua en la académia; Aristóteles, su discípulo, una ara; los que siguieron su escuela, acostumbraron celebrar con banquetes el dia de su nacimiento, y los atenienses en sentir de Cárlos Patin, ofreciéron á Augusto una medalla, en la qual pospuestos los símbolos de los Dioses y de las virtudes morales, las coronas y los frutos de su provincia, que era lo que se

acostumbraba poner en los reversos, quisieron que acompañase á su busto el del filósofo Platón, como epílogo de toda la sabiduría. De sus escritos llegaron á nosotros treinta y cinco diálogos legítimos, y trece cartas, de los quales se hicieron repetidas ediciones desde el siglo quince acá; y parte de ellos se hallan traducidos en hebréo, en persa, en alemán, en italiano, en francés y en inglés, como puede verse en el tomo primero de la ediccion de sus obras que se hizo en Dos-Puentes año 1781.

LA REPÚBLICA DE PLATÓN,

ó

COLOQUIOS SOBRE LA JUSTICIA (1).

COLOCUTORES.

Sócrates.
Céphalo.
Polemarco, hijo de Céphalo.
Glaucon. } hijos de Aristón, y her-
Adimanto. } manos de Platón.
Clitophón.
Thrasimaco, sofista.

COLOQUIO PRIMERO.

Sóc. Baxé ayer al Pireo (2) con Glaucon hijo de Aristón a orar (3) á la Diosa (4), y juntamente con deseo de ver como celebrarian los moradores la fiesta, que hacian ahora por primera vez. Hermosa me pareció la procesion (5)

de los naturales; y á mi ver no era ménos lucida la que formaban los de Tracia. Hecha nuestra oracion y vista la ceremonia, nos volviamos á la ciudad. Pero Polemarco hijo de Céphalo, divisando de léxos, que nos encaminabamos á casa, mandó al criado que corriendo nos hiciese aguardar; el qual tirándome por detras de la capa, me dixo: Polemarco os ruega que le aguardeis. Volvíme yo y le pregunté, dónde estaba su amo: tras mí viene, dixo; esperadle un momento. Le esperarémos pues, replicó Glaucon. De allí á poco llegó Polemarco, y Adimanto hermano de Glaucon, y Nicerato hijo de Nicias (6), y algunos otros que volvian de la pompa. Ó Sócrates, me dixo Polemarco, paréceme que os encaminais á la ciudad? No te parece mal, le dixe yo. *Polem.* Por ventura veis quántos somos nosotros? *Sóc.* Sí. *Polem.* Ó poder pues mas que estos, ó quedaros aquí. *Sóc.* Todavia hay un medio, que es persuadiros que nos dexeis ir. *Polem.* Cómo podreis persuadirlo, sino queremos oir vuestras razones? *Glauc.* De ninguna manera. *Polem.* Resolveos pues, en el supuesto que no las hemos de oir. *Adim.* No sabeis que á la tarde se correran hachas (7) á caballo en honor de la Diosa? *Sóc.* Á caballo? Esto es nuevo. Cómo? correrán á caballo, llevando en la mano hachas, que se las daran unos á otros? *Polem.* Sí; y ademas celebraran la fiesta (8) *pannychida*, que es digna de verse. Por tanto nos levantarémos en cenando, y verémos esta fiesta

nocturna, y encontrarémos allí muchos jóvenes con quienes conversar. Quedaos pues, y no os hagais mas de rogar. *Glauc.* Yo veo que es preciso quedarse. *Sóc.* Puesto que vos lo quereis, hágase así.

Fuímonos pues á casa de Polemarco, y encontramos allí á sus dos hermanos Lysias (9) y Euthydemo, con Thrasímaco de Calcedonia (10), Charmantides de la tribu Peana, y Clitophón hijo de Aristonymo. Dentro estaba tambien Céphalo, padre de Polemarco, y por no haberle visto despues de largo tiempo, me pareció que se habia envejecido mucho. Sentado estaba en una silla, apoyado sobre un rico almohadon, y con corona en la cabeza, por haber ofrecido en este dia un sacrificio doméstico (11). Nos sentamos pues junto á él en asientos que estaban dispuestos en círculo. Al instante que me vió Céphalo, me saludó, y me dixo: Sócrates, pocas veces baxais al Pireo á visitarnos, en lo que nos dariais mucho gusto. Si tuviese yo bastantes fuerzas para subir fácilmente á la ciudad, no tendriais necesidad ninguna de venir aquí, pues nosotros iriamos á veros. Mas ahora me hariais gran favor en venir acá con mas freqüencia; porque bien podeis creerme, que á proporcion que los placeres del cuerpo se disminuyen y me abandonan, encuentro todos los dias nuevos gustos y atractivos en la conversacion. Hacedme pues esta gracia y estrechaos con estos jóvenes, viniendo acá á menudo, como á visitar

á vuestros amigos (12) y muy apasionados. Y yo, ó Céphalo, le dixe, me deleito infinito de tratar con los muy ancianos (13) como vos; porque me parece que conviene informarse de ellos, como que han andado aquel camino, por el qual deberemos nosotros pasar necesariamente algun dia, si es escabroso y dificil, ó llano y expedíto. Y puesto que os hallais al presente en la edad que los poetas llaman el *umbral de la vejez* (14), me dariais gran gusto en decirme si por ventura mirais este periódo como el mas penoso de la vida. *Céph.* Asi Dios me ayude, Sócrates, que os diré mi pensamiento, sin ocultaros nada. Me sucede (15) muchas veces, segun el antiguo proverbio, concurrir con algunos de mi misma (16) edad. En la conversacion muchos de ellos se quexan, acordándose de los placeres del amor y regalos de la mesa, y otros de esta naturaleza, que disfrutaban en su juventud, y se indignan de esta pérdida, como si fuese de los mas grandes bienes, diciendo: que la vida que entónces llevaban era feliz; mas, que al presente ni aun merecia el nombre de vida. Algunos se lamentan de los ultrages de sus domésticos á que les expone la vejéz, y sobre esto la insultan con repetidos clamores, siendo para ellos causa de tantas penas. Pero á mí me parece, Sócrates, que no dan en la verdadera causa de sus males; porque si ésta fuese la vejéz, deberia sin duda causar los mismos efectos en mí, y en todos aquellos que llegaron á esta edad. Pues

yo he conocido otros de un carácter muy diferente. Y me acuerdo, que encontrándome una vez con el poeta Sophocles (17), llegó uno á preguntarle, si la edad le permitia aun tener parte en los placeres del amor. Á lo qual respondió: *No lo quiera Dios, ó hombre. Hace ya tiempo que sacudí el yugo de este tirano furioso y brutal.* Parecióme entónces que tenia razon para hablar de este modo, y ahora me parece lo mismo. La vejéz en efecto es un estado de reposo y entera libertad de semejantes cosas. Porque despues que la concupiscencia y lascivia dexan de atormentarnos y se amortiguan, se verifica en un todo el dicho de Sophocles, de verse uno libre de innumerables y envejecidos tiranos. En quanto á los disgustos de los viejos, y mal trato que reciben de sus próxîmos, una es la causa, Sócrates, no la vejéz, sino el carácter de los hombres. Con costumbres dulces y afables se encuentra una vejéz llevadera, con un carácter opuesto; creeme, Sócrates, ni la vejéz, ni la juventud misma tiene nada de agradable.

Sóc. Encantado quedé de su respuesta y deseando meterle mas y mas en la conversacion, le incitaba, y decia: Céphalo, estoy persuadido que quando vos hablais de este modo, la mayor parte no aprueba vuestras razones; y se imaginan que os es tolerable la vejéz, no por vuestro carácter, sino por los muchos bienes que poseeis; los quales, dicen, que proporcionan á los ricos no pocos alivios. *Céph.* Vos decís ver-

dad; mas ellos no me entienden. Alguna razon tienen en lo que dicen, pero mucho ménos de lo que piensan. Vos sabeis muy bien la respuesta que Themistocles (18) dió á Seriphio, que le echó en cara, que debia su reputacion mas á la ciudad donde habia nacido, que á su mérito: *Es cierto*, le replicó, *que ni yo, siendo Seriphio, seria conocido; ni tú, siendo ateniense*. Lo mismo podia responderse á los viejos no muy ricos y regañones, que llevan con impaciencia la vejéz; que ni al sábio mismo seria soportoble la vejéz con extremada pobreza; ni al necio se la harian mas dulce sus muchas (19) riquezas. *Sóc.* Pero estos grandes bienes que poseeis, Céphalo, os han venido de vuestros antepasados, ó habeis adquirido la mayor parte? *Céph.* Alguna cosa he adquirido, Sócrates. En esto ocupé el medio entre mi abuelo y mi padre; porque mi abuelo, que se llamaba como yo, habiendo heredado un patrimonio casi igual al que en el dia yo poseo, hizo adquisiciones que excedian en mucho los fondos que habia recibido. Mi padre Lysanias, al contrario, me dexó aun ménos bienes de los que ahora tengo. Yo me daré por satisfecho si dexase á mis hijos una herencia que no sea menor, sino algo mayor que la que recibí de mi padre. *Sóc.* Por este motivo os hice la pregunta; porque no me pareciais muy pegado á las riquezas; lo que es muy comun en los que no las adquiriéron por sí mismos. Pero los que deben sus riquezas á su industria, las aman al doble que

los otros. Porque desde luego las aman por ser hechura suya, á la manera que los poetas estiman sus versos y los padres á sus hijos; y las aman tambien por la utilidad que de ellas sacan como todos los demas. Por tanto son molestos en su trato, no queriendo alabar otra cosa sino su dinero. *Céph.* Decís mucha verdad.

Sóc. Muy bien. Mas decidme aun, quál ha sido, á vuestro parecer, el mayor bien que os han procurado las riquezas? *Céph.* Apénas podria yo persuadir á muchos lo que voy á deciros. Vos sabeis muy bien, Sócrates, que en llegando á consentir alguno que en breve ha de morir, le sobreviene el temor y cuidado de aquellas cosas que ántes no le causaban ninguna pena. Lo que se cuenta de los infiernos, como deben padecer allí suplicios los que aquí fuéron malos, de lo que se reian hasta entónces, empieza á inquietarle el ánimo y á temer que sea verdad lo que habia tenido por fábula. Y él mismo, ahora sea por flaqueza de la edad, ahora tambien por tener ya mas cerca las cosas de allá, las vé con mayor claridad. De aquí el llenarse de sospechas y temores, y recorrer las acciones de su vida, por ver si hizo mal á alguno. Si en el exâmen de su conducta, la encuentra llena de injusticias, despertando con freqüencia de sus sueños, tiembla como los niños, y dexa llevarse de la desesperacion. Pero el que no encuentra en sí que reprehenderse, vive acompañado de una dulce esperanza, *nodriza excelente de la vejéz*, como

habla Pindaro (20). Porque has de saber, Sócrates, que Pindaro dice sábiamente, *que á los que llevaron vida pura y santa, les acompaña una dulce esperanza que ensancha el corazon, y nutre la vejéz, y gobierna como quiere el ánimo flutuante de los mortales.* Cosa muy bien dicha, y admirable hasta lo sumo. Ademas de esto, yo pienso que la posesion de las riquezas es digna de tenerse en mucho, no para todo hombre, sino solamente para el sábio (21). Porque para no engañar á nadie, ni aun involuntariamente, ó no mentir, para salir de este mundo sin temor de no haber cumplido ciertos sacrificios debidos á Dios, ni satisfecho deudas á los hombres, contribuye en gran parte el ser un hombre rico. Tienen aun las riquezas otros muchos provechos; pero todo bien premeditado, estableceria yo, Sócrates, que en un hombre de juicio una mediana fortuna es la mejor para esto. *Sóc.* No he oido cosa mejor que la que vos, Céphalo, acabais de decir.

Mas definiriamos bien la justicia, haciéndola consistir simplemente en decir la verdad, y en restituir á cada uno lo que de él se ha recibido? ó el hacer esto seria mas bien á veces justo, á veces injusto? Por exemplo, si alguno recibiese las armas de un amigo estando cuerdo, y se las volviese á pedir enloquecido, todo el mundo diria que no se le debian volver, ni que seria hombre justo el que lo hiciese, ni al que está en tal estado no disfrazase en nada la verdad. *Céph.* Decís muy bien. *Sóc.* Luego no es definicion de la

justicia, *decir la verdad, y volver á cada qual lo que es suyo.* En esto precisamente consiste, Sócrates, replicó Polemarco, si hemos de creer á Simonides. *Céph.* Continuad vosotros la conversacion (22); porque á mí me precisa ya acudir al sacrificio. *Sóc.* Polemarco pues será el que os suceda? Sí, replicó Céphalo sonriéndose, y al mismo tiempo se partió á sacrificar. Decidme vos pues, ó Polemarco, puesto que tomais el lugar de vuestro padre, qué es lo que aprobais de lo que dixo Simonides acerca de la justicia? *Polem.* Que es propio de ella volver á cada uno lo que se le debe, y en esto hallo que tiene razon. *Sóc.* No es fácil contradecir á Simonides (23), varon sábio y divino. Pero tal vez entendereis vos, ó Polemarco, lo que quiso decir con esto; pues por lo que á mí toca yo lo ignoro. Porque es evidente que él no entiende, segun ántes deciamos, que se deba volver qualquier depósito que sea, al que le repite vuelto loco. Pero entre tanto este depósito es una deuda; no es así? *Polem.* Ciertamente. *Sóc.* Con todo, de ningun modo debe restituirse quando alguno la repite enloquecido. *Polem.* Verdad es. *Sóc.* Otra cosa pues parece quiso decir Simonides, quando dixo, que era justo volver á cada uno lo que le era debido. *Polem.* Á fé mia que sí; porque era de parecer que los amigos debian hacer bien á sus amigos, y ningun mal. *Sóc.* Ya entiendo que no vuelve lo que es debido el que restituye el dinero que recibió en depósito, si la entrega y el re-

cibo fuesen perjudiciales, y ambos fuesen amigos, el que recibe y el que restituye. No es este el sentido de las palabras de Simonides? *Polem.* Sí. *Sóc.* Pero se debe restituir á los enemigos lo que se les debe? *Polem.* Sin duda, sí, lo que se les debe. Mas pienso que al enemigo le es debido por su enemigo lo que conviene que se le deba, esto es algun mal. *Sóc.* Luego Simonides al parecer (24), se explicó como poeta, y de un modo enigmático sobre la justicia; pues que creía, segun manifiesta, que la justicia consistia en restituir á cada uno lo que le es conveniente, bien que se valió de la expresion de debido. *Polem.* Pero qué pensais vos? *Sóc.* Por Dios os ruego que me digais, qué os parece nos habria respondido él si alguno le hubiese preguntado, Simonides, qué facultad es aquella y á quiénes dá lo debido y conveniente, de modo que merezca llamarse medicina? *Polem.* Claro está que la que prescribe á los cuerpos los medicamentos, la comida y la bebida. *Sóc.* Mas quál deberia llamarse arte de cocina, porque diese á ciertas cosas lo que les era debido y conveniente? *Polem.* Lo que dá á cada guisado su sazonamiento. *Sóc.* Muy bien. Quál pues seria aquel arte, que es lo que dá, y á quiénes, de modo que se llamase justicia? *Polem.* Si hemos de ir consiguientes, ó Sócrates, á lo que dexamos dicho ántes, la que hace bienes á los amigos, y daños á los enemigos. *Sóc.* Luego Simonides llama justicia, hacer bien á los amigos, y mal á los enemigos? *Polem.* Á lo mé-

nos, así me parece. *Sóc.* Pero quién puede en caso de estár enfermos, hacer mas bien á los amigos y mas daño á los enemigos, en órden á la enfermedad, ó á la salud? *Polem.* El médico. *Sóc.* Y quién á los navegantes, en órden á los riesgos del mar? *Polem.* El piloto. *Sóc.* Y el justo, en qué ocasion, ó en qué cosa puede hacer bien á los amigos y daño á los enemigos? *Polem.* Á mi parecer, en la guerra defendiendo á unos, y atacando á otros. *Sóc.* Muy bien. Pero para los que están sanos, mi amado Polemarco, es inútil el médico. *Polem.* Esto es verdad. *Sóc.* Y el piloto para los que no navegan. *Polem.* Tambien es cierto. *Sóc.* Luego por la misma razon es inútil el justo para los que no están en guerra. *Polem.* No apruebo esto. *Sóc.* Luego sirve tambien la justicia en tiempo de paz? *Polem.* Es utilísima. *Sóc.* Pero la agricultura sirve tambien en este tiempo; no es así? *Polem.* Ciertamente. *Sóc.* Acáso para la recoleccion de frutos? *Polem.* En efecto. *Sóc.* Y el arte de zapatería (25) sirve tambien? *Polem.* Tambien. *Sóc.* Vos me direis, sin duda, que para tener calzados. *Polem.* Es así. *Sóc.* Decidme aun, para qué seria útil la justicia en tiempo de paz? *Polem.* Para el comercio, Sócrates. *Sóc.* Qué entendeis vos por comercio, los tratos mútuos que los hombres tienen entre sí? ó por ventura otra cosa distinta? *Polem.* No: eso mismo entiendo. *Sóc.* Para aprender pues á jugar á las tablas (26), será mejor y mas útil tratar al hombre justo, ó al jugador de profesion?

Polem. Al jugador de profesion. *Sóc.* Y para la construccion de una casa valdrá mas consultar al justo, que al arquitecto? *Polem.* De ninguna manera. *Sóc.* En qué caso pues me dirigiria yo al justo con preferencia al músico: así como para instruirme en la ciencia de los tonos me dirigiria á éste ántes que á aquel? *Polem.* Para tener el dinero en compañía, segun á mí me parece. *Sóc.* Con tal, Polemarco, que no sea preciso usar del dinero; porque si quisiera comprar ó vender un caballo, mas bien haria compañía con un picador. No es así? *Polem.* Yo pienso lo mismo. *Sóc.* Y con el piloto ó fabricante, si se tratase de un navio. *Polem.* Así me parece. *Sóc.* Quándo pues el justo me seria mas útil que los demas, si quisiese emplear en compañía la plata, ó el oro? *Polem.* Quando se tratase, Sócrates, de ponerle en depósito y tenerle seguro. *Sóc.* Es decir, quando no quisiera hacer uso ninguno del dinero, sino dexarle ocioso. *Polem.* Es así á la letra. *Sóc.* Segun eso, la justicia me será útil entónces quando el dinero de nada me sirva? *Polem.* Hay grande apariencia. *Sóc.* Y la justicia me servirá tambien quando convenga guardar una podadera; pero si quiero servirme de ella, el arte de viñador seria mas del caso? *Polem.* Desde luego. *Sóc.* Vos direis lo mismo, que si quiero guardar un broquel y una lyra, me seria útil la justicia; pero si quiero servirme de ellos, tendria que recurrir á las artes de la esgrima y de la música. *Polem.* Seria preciso. *Sóc.* Y en

general, respecto de qualquier cosa que ésta sea, quando tenga que servirme de ella, la justicia será inutil; y util quando no me sirva. *Polem.* Muy bien puede ser esto. *Sóc.* Luego la justicia, amado mio, no es de mucha importancia, si ella no nos es útil, sino para las cosas inútiles. Poned aun cuidado en lo que voy á deciros. Aquel que es mas diestro en dar golpes, sea en la guerra, sea en el pugilato, ú otra especie de lucha, no es tambien el mas diestro en guardarse de los que se le dan? *Polem.* Es muy cierto. *Sóc.* Y el que es mas hábil en guardarse de una enfermedad y prevenirla, no es al mismo tiempo el mas capáz de darla á otro? *Polem.* Yo lo creo. *Sóc.* Segun esto, aquel es buen General de un exército, que sabe hurtar los designios y los consejos y demas proyectos del euemigo. *Polem.* Sin duda. *Sóc.* Por consiguiente el que es propio para guardar una cosa, es tambien á propósito para hurtarla. *Polem.* Así parece. *Sóc.* Si pues el justo es propio para guardar (27) el dinero, él será á propósito tambien para hurtarle. *Polem.* Á lo ménos esta es conseqüencia de lo que acabamos de decir. *Sóc.* Con que el justo es cierto ladron temible, segun parece se ha demostrado; y acaso acaso bebiste esta doctrina en Homero (28), el qual celebra mucho á Autolico, abuelo materno de Ulises, y dice *que se aventajó á todos los hombres en el arte de robar y engañar con juramentos.* Por consiguiente, segun vos, Homero y Simonides, la justicia parece no es otra

cosa que el arte de robar en provecho de los amigos y daño de los enemigos. No es así como vos lo entendeis? *Polem.* En verdad que no, ni aun supe lo que me decia.

Con todo, me parece siempre que la justicia consiste en obligar (29) á los amigos y hacer daño á los enemigos. *Sóc.* Pero qué entendeis vos por amigos? Acaso aquellos que nos parecen hombres de bien y útiles, ó los que lo son, aunque no los tengamos por tales? Y lo mismo de los enemigos. *Polem.* Paréceme natural amar á los que uno tiene por buenos, y aborrecer á los malos. *Sóc.* Mas por desgracia, no es muy comun en los hombres engañarse en este punto, hasta juzgar que muchos son hombres de bien, no lo siendo, y otros muchos al contrario? *Polem.* Convengo en ello. *Sóc.* Con que á quienes esto sucede, tienen por enemigos á los hombres de bien, y por amigos á los malos. *Polem.* Es muy cierto. *Sóc.* Así, respecto de estos, la justicia consiste en hacer bien á los malos y daño á los buenos. *Polem.* Así me parece. *Sóc.* Pero los buenos son justos é incapaces de hacer mal á nadie. *Polem.* Esto es verdad. *Sóc.* Luego es justo, segun lo que vos decís, hacer mal a los que no nos hacen ninguno. *Polem.* De ninguna manera, Sócrates: es una iniquidad pensar de este modo. *Sóc.* Luego será preciso que digamos, que es justo ofender á los malos y hacer bien á los buenos. *Polem.* Esto es mas conforme á razon que lo que acababamos de decir. *Sóc.* Acontecerá pues, ó Pole-

marco, que respecto de todos los que se engañan en los juicios de los hombres, será justo dañar á sus amigos, porque estos serán los malos; y hacer bien á sus enemigos, porque estos serán los buenos: y por este medio vendremos á decir todo lo contrario de lo que diximos que decia Simonides. *Polem.* La conseqüencia está bien sacada. Mas mudemos alguna cosa, porque sospecho no es exâcta la definicion que hemos dado del amigo y del enemigo. *Sóc.* Cómo deciamos nosotros, Polemarco? *Polem.* Nosotros deciamos, que nuestro amigo era aquel que nos parecia hombre de bien. *Sóc.* Y ahora qué mudanza haremos? *Polem.* Yo diria que el que nos parece hombre de bien y lo es en efecto, es nuestro amigo; pero el que lo parece sin serlo, no es amigo sino en la apariencia. Y lo mismo debe decirse del enemigo. *Sóc.* Por esta cuenta parece que el verdadero amigo sea el hombre de bien, y el malo el enemigo verdadero. *Polem.* Ciertamente. *Sóc.* Quereis pues que mudemos tambien algo á lo que deciamos ántes tocante á la justicia: que ella consistia en hacer bien al amigo y daño al enemigo; y que añadamos que es justo obligar al amigo quando es bueno, y ofender al enemigo quando es malo? *Polem.* Sí, yo hallo esto muy bien dicho. *Sóc.* Pero acaso es propio del varon justo ofender á ninguno de los hombres? *Polem.* Sin duda debe hacerlo á los que son malos y enemigos suyos. *Sóc.* Los caballos maltratados se hacen mejores ó peores? *Polem.* Se hacen peo-

res. *Sóc.* En qué? en órden á la bondad de los perros, ó á la de los caballos? *Polem.* Á la de los caballos. *Sóc.* Luego tambien los perros maltratados se empeorarán respecto de su especie, y no respecto de la de los caballos? *Polem.* Necesariamente. *Sóc.* No dirémos pues tambien, ó amigo mio, que los hombres á quienes se hace mal llegan á ser peores en órden á la virtud propia del hombre? *Polem.* Es muy cierto. *Sóc.* Pues la justicia no es la virtud propia del hombre? *Polem.* Tambien esto es cierto. *Sóc.* Luego es preciso, mi amado amigo, que los hombres á quienes se hace mal, vengan á ser mas injustos (30). *Polem.* Así parece. *Sóc.* Los músicos en virtud de su arte pueden hacer á los hombres ignorantes en la música? *Polem.* Esto es imposible. *Sóc.* Pero los picadores por su arte de gineta los harán sin maña para montar un caballo? *Polem.* En verdad que no. *Sóc.* Mas por acaso los justos en virtud de su justicia volverán injustos á los hombres? ó en general los buenos con su virtud harán á los otros malos? *Polem.* Esto no puede ser. *Sóc.* Porque el refrescar no creo que sea efecto propio de lo caliente, sino de su contrario. *Polem.* Es así. *Sóc.* Ni el humedecer de lo seco, sino de su contrario. *Polem.* Así parece. *Sóc.* Luego ni el hacer daño es efecto propio del bueno, sino de su contrario. *Polem.* Sin duda. *Sóc.* Mas el hombre justo es bueno? *Polem.* Seguramente. *Sóc.* Luego no es accion propia del justo, amado Polemarco, el ofender ni al amigo, ni á

otro alguno; sino de su contrario, esto es, del injusto. *Polem.* Paréceme, Sócrates, que vos teneis mucha razon. *Sóc.* Si pues alguno dixese que la justicia consiste en dar á cada uno lo que le es debido, y entiende por esto que el hombre justo no debe á sus enemigos sino mal, como bien á sus amigos, no seria sábio hablando de este modo; porque no diria verdad y porque acabamos de ver que jamás es justo dañar á nadie (31). *Polem.* Estamos de acuerdo. *Sóc.* Luego nos opondremos á una tú y yo, si alguno se atreviese á proferir que semejante máxîma es de Simonides, ó de Bias (32), ó de Pitaco (33), ó de algun otro de los hombres sábios y bienaventurados. *Polem.* Pronto estoy á sostener con vos la disputa. *Sóc.* Pero sabeis vos de quién me parece esta máxîma, que *es justo hacer bien á los amigos y daño á los enemigos*? *Polem.* De quién? *Sóc.* Yo creeria que ella era de Periandro (34), ó de Perdiccas (35), ó de Xerxes (36), ó de Ismenias (37) el tébano, ó de algun otro hombre rico que hiciese vanidad de ser muy poderoso. *Polem.* Decís mucha verdad.

Sóc. Enhorabuena. Pero pues que la justicia, ni lo justo consiste en esto, desearia yo que alguno me dixese en qué consiste. Durante nuestra disputa intentó interrumpirnos muchas veces Thrasimaco (38); pero los que estaban á su lado se lo impidieron, con el deseo que tenian de oirnos. Mas luego que cesamos de hablar, y de proferir yo lo que llevo dicho, no pudo contenerse

mas, y revolviéndose de repente, vino sobre nosotros como una fiera, en ademan de devorarnos. Polemarco y yo penetrados del temor, nos quedamos atónitos. Pero él gritando en medio de los concurrentes, dirigiéndome la palabra, dixo: Sócrates, qué vagatelas os ocupan hace rato? Y qué necios estais ambos á dos, cediéndoos como de acuerdo la victoria el uno al otro? Pues si quereis con sinceridad saber qué cosa sea la justicia, no os limiteis vos á solo preguntar y haceros como una especie de gloria de refutar las respuestas de los demas, sabiendo que es mucho mas fácil el preguntar que el responder. Respondedme pues vos, y decidme: qué cosa es la justicia? Y no me vengais ahora con decir, que *es aquello que conviene, aquello que es útil, aquello que es provechoso, aquello que es lucroso, ni aquello que es conducente*; sino respondedme clara y terminantemente, porque no soy hombre que pase por buenas respuestas tamañas necedades. Al oir esto me atemorizé y le miraba con espanto, y á no haberle yo mirado primero que él á mí, creo que hubiese enmudecido del todo; pero tuve la fortuna que quando empezaba á enardecerse, eché primero los ojos sobre él y quedé en estado de poderle responder, y aun le dixe temblando todo: no os encolericeis, Thrasimaco, contra nosotros. Porque si en nuestra disputa nos hemos engañado yo y Polemarco, estad persuadido, que na sido esto contra toda nuestra intencion. Pues si buscasemos oro, no pen-

seis que por gusto nos cederiamos la victoria uno á otro, y nos imposibilitariamos con esto de su descubrimiento. No creais pues, amigo, que en la averiguacion de la verdad, cosa mil veces mas preciosa que el oro, seamos nosotros tan insensatos, que trabajemos para engañarnos mútuamente, en lugar de aplicarnos con ahinco á descubrir su naturaleza. Pero ya lo veo, esta averiguacion es superior á nuestras fuerzas. Por tanto, á vosotros los sábios os corresponde mas bien compadecerse que indignarse de nuestra debilidad. Al oir esto, soltó Thrasimaco la carcaxada con una risa sardónica (39) é insultante, y dixo: ved aquí, ó Dios, la ironía ordinaria de Sócrates. Ya sabia yo muy bien, y habia prevenido á estos, que vos no querriais responder, sino que recurririais á vuestras acostumbradas ficciones, y tentariais todos los medios ántes que responder. *Sóc.* Astuto sois por cierto, Trasimaco. Muy bien conocisteis, que si preguntais á alguno quantas son doce, añadiendo á prevencion, no me digais, amigo, que doce son dos veces seis, ni tres veces quatro, ni seis veces dos, ni quatro veces tres, porque no me contentaré con ninguna de semejantes vulgaridades; bien conocido era, decia yo, que nadie podria responder á una qüestion propuesta de este modo. Pero si él os dixese á su vez: buen Thrasimaco, cómo entendeis la prohibicion que me habeis hecho de no daros por respuesta ninguna de las que acabais de decir? quereis por ventura, hombre insigne,

que si la verdadera respuesta se encuentra entre éstas, diga yo otra cosa agena de la verdad? ó de qué modo lo entendeis? Qué tendriais vos que responderle? *Thrasim.* Sea enhorabuena; mas qué tiene que ver uno con otro? *Sóc.* Nada se opone á esta semejanza. Pero aun quando la cosa fuese diferente, si el que pregunta juzga que es semejante, creeis vos que él dexaria de responder segun su pensamiento, ahora se lo prohibamos nosotros, ahora no? *Thrasim.* Es esto lo que vos pretendeis hacer? Vais á darme por respuesta una de las que desde luego os he prohibido? *Sóc.* No me admiraria que exáminandolo bien todo, tomase este partido. *Thrasim.* Ahora bien, si os hago ver que hay otra respuesta tocante á la justicia, mejor que todas las ante dichas, á qué pena os condenais? *Soc.* Á qué otra, que la que merece el ignorante: reducida á aprender de aquel que sabe mas, y yo me sujeto voluntariamente á esta pena. *Thrasim.* Chistoso sois por cierto. Mas sobre la pena de aprender, me dariais aun dinero. *Sóc.* Sí, quando lo tuviese. *Glauc.* Pues aquí le hay. Si ésta sola es la causa, hablad Thrasimaco, que todos nosotros pagaremos por Sócrates. *Thrasim.* Conozco vuestra intencion. Vosotros quereis que Sócrates guardando su costumbre, en lugar de responder, me pregunte, y me pille en contradiccion. *Sóc.* Pero buen hombre, quién quereis que os responda? primeramente no sabiéndolo, ni presumiéndolo saber. Ademas ha-

biéndosele prohibido por un hombre que lo sabe todo, dar ninguna de las respuestas que podian ocurrirle. Á vos mas bien os toca decir lo que es la justicia, pues que os lisongeais saberlo. No os hagais pues de rogar, y hacedme la gracia de responder, y no escaseeis á Glaucon y á todos los que aquí estamos la instruccion que esperamos recibir de vos. Luego que hube dicho esto, Glaucon y los demas que presentes estaban, encarecidamente le rogaron que condescendiese. Claramente se le traslucian á Thrasimaco los deseos vehementes que tenia de hablar para grangearse los aplausos, estando persuadido que diria divinidades; con todo disimulaba, instandome á que respondiese; aunque al cabo se convino, y sin detenerse, dixo: Este es el gran saber de Sócrates, él no quiere enseñar nada á los otros, miéntras que de todas partes anda mendigando ciencia, sin agradecerlo á nadie. *Sóc.* Vos teneis razon, Thrasimaco, en decir que yo aprendo con gusto de los demas; pero os engañais en añadir que no les soy agradecido: manifiestoles mi reconocimiento en quanto puedo: les alabo y aplaudo, que es quanto puedo hacer, no teniendo dinero. Vos vereis de contado con quanta voluntad celebro yo lo que me parece bien dicho, quando hayais respondido; porque estoy convencido que lo hareis perfectamente. *Thras.* Escuchad pues.

Yo digo que la justicia no es otra cosa que aquello *que es ventajoso* (40) *al mas fuerte.* Aho-

ra bien, por qué no aplaudís? Ya sabia yo que no querriais hacerlo. *Sóc.* Esperad á lo ménos que comprenda yo primero vuestro pensamiento, porque aun no lo entiendo: la justicia es, decís vos, *lo que es ventajoso al mas fuerte.* Qué entendeis por esto, Thrasimaco? porque no me persuado querais decir, que si Polidamas (41) *es mas fuerte* athleta que nosotros y le conviene á él para la robustéz corporal comer carnes de buey, sea tambien justo y ventajoso para nosotros, que somos mas débiles, usar de tal vianda. *Thrasim.* Malísimo hombre sois, Sócrates; y siempre tomais las proposiciones por donde mas se eche á perder quanto digo. *Sóc.* Nada de eso, buen hombre; sino de gracia os pido, que os expliqueis con mas claridad. *Thrasim.* No sabeis vos, que de los Estados unos son monárquicos, otros aristocráticos, otros populares? *Sóc.* Muy bien lo sé. *Thrasim.* En cada Estado, aquel que gobierna no es el mas fuerte? *Sóc.* Es cierto. *Thrasim.* Cada uno de ellos no promulga leyes en provecho suyo; el pueblo, leyes populares; el monarca, leyes monárquicas, y así de los demas? Y en estando las leyes establecidas declaran ellos, que la justicia respecto de los vasallos consiste en la observancia de estas leyes, y al que las traspasa le castigan como injusto y transgresor de la ley: ved aquí pues mi pensamiento. En todos los gobiernos la justicia es la ventaja de aquel que tiene la autoridad en la mano, y que es por consiguiente el *mas fuerte*. De donde

se sigue para todo hombre que discurre bien, que en todas partes la justicia y lo que es ventajoso al mas fuerte son una misma cosa. *Sóc.* Ahora comprehendo lo que queriais decir, si con verdad, ó sin ella, es lo que voy á exâminar. Vos definisteis la justicia, ó Thrasimaco, por *lo que es ventajoso*; aunque me habiais prohibido definirla de este modo. Verdad es que vos añadisteis *al mas fuerte*. *Thrasim.* Pequeña añadidura por cierto. *Sóc.* No sé todavia si es muy grande: lo evidente es, que es necesario averiguar si lo que decis es verdad; porque desde luego yo convengo en que la justicia es algo de ventajoso; pero añadis vos que es solamente *al mas fuerte*: esto es lo que yo ignoro, y lo que hay necesidad de averiguar. *Thrasim.* Exâminadlo pues. *Sóc.* Al instante. Respondedme: no decís vos que la justicia consiste en obedecer á los que mandan? *Thrasim.* Sí. *Sóc.* Mas por ventura los que mandan en cada uno de los Estados son infalibles, ó pueden tambien engañarse? *Thrasim.* Pueden engañarse muy bien. *Sóc.* Luego quando se pongan á establecer leyes, unas serán bien establecidas, y otras mal. *Thrasim.* Así lo pienso. *Sóc.* Es decir que serán bien promulgadas aquellas que les son ventajosas, y mal las que les son perjudiciales: no lo entendeis vos de este modo? *Thrasim.* Sí. *Sóc.* Entretanto los súbditos deben conformarse en su voluntad, y en esto consiste la justicia. *Thrasim.* No hay duda. *Sóc.* Luego segun vuestro modo de pensar, no

solamente es justo hacer lo que es ventajoso, sino aun tambien lo que es perjudicial *al mas fuerte*. *Thrasim.* Qué es lo que vos decís? *Sóc.* En mi sentir, lo mismo que vos. Sin embargo, averiguemoslo mejor. No quedamos convenidos en que los que gobiernan se engañan á veces sobre sus intereses, en las leyes que imponen á los súbditos, y que es justo que los súbditos sin distincion executen quanto les fuese mandado? No es cierto que nos convenimos en esto? *Thrasim.* No puedo negarlo. *Sóc.* Confesad pues tambien, que en diciendo, que es justo que los súbditos hagan todo lo que les es mandado, os habeis convenido en que la justicia consiste en hacer lo que es perjudicial á los que gobiernan, esto es, *á los mas fuertes*, quando sin quererlo, mandan ellos cosas contrarias á sus intereses. En tal caso pues, sapientísimo Thrasimaco, no es preciso concluir que es justo hacer todo lo contrario de lo que vos decís, por quanto entónces lo que es mandado al mas débil, es perjudicial al mas fuerte? *Polem.* Par diez, Sócrates, que esto es evidente. *Clitoph.* Si es que (42) tú lo atestiguas. *Polem.* Y qué necesidad hay de testigo? pues que el mismo Thrasimaco confiesa, que los que gobiernan mandan á veces cosas contrarias á sus intereses, y que es justo aun en este caso que los súbditos obedezcan. *Clitoph.* Thrasimaco dixo solamente, amigo Polemarco, que era justo que los súbditos hiciesen lo que les era mandado. *Polem.* Y ademas añadió, querido Clitophón, que la justicia

es lo que es ventajoso al mas fuerte. Establecidos estos dos principios, quedó consiguientemente de acuerdo en que los mas fuertes mandan á veces hacer á los inferiores cosas contrarias á sus intereses. De estas confesiones se sigue, que la justicia es tanto aquello que es ventajoso, como lo que es perjudicial al mas fuerte. *Clitoph.* Pero por la ventaja del mas fuerte, Trasimaco entendió lo que el mas fuerte creía serle provechoso, y pretendió que esto era lo que debia hacer el mas débil, y que en esto consistia la justicia. *Polem.* Pues Thrasimaco no se explicó de este modo. *Sóc.* Nada importa eso, Polemarco; si Thrasimaco adopta esta explicacion, nosotros la recibiremos. Decidme pues, Thrasimaco: entendiais vos así la definicion que habiais dado de la justicia? Queriais vos decir, que es aquello que el mas fuerte creía serle ventajoso, ahora lo fuese, ahora no? Diriamos acaso que lo entendiais de este modo? *Thrasim.* Yo? de ninguna manera. Creiais vos que yo llamo *mas poderoso* (43) al que se engaña, en quanto que se engaña? *Sóc.* Yo pensaba que esto era lo que deciais, quando confesasteis que los que gobiernan no son infalibles y que se engañan algunas veces. *Thrasim.* Sois un sycophanta (44), Sócrates, que dais á mis palabras sentido que ellas no tienen; llamais de improviso médico al que se engaña en órden á los enfermos, en aquello mismo que se engaña? ó aritmético al que yerra un cálculo, en el hecho mismo de errarle? Ver-

dad es que suele decirse, el médico, el calculador, el gramático se ha engañado; pero creo que ninguno se engaña en quanto él es, lo que de él se dice. Y hablando con exâctitud (puesto que tomais con tanto rigor las palabras) ningun artesano se engaña; porque no se engaña sino en quanto su arte le abandona, y en esto no es artesano. Por tanto ningun artesano, ó sábio, ó magistrado se engañaria, en quanto es tal magistrado, sábio, y artesano; aunque todo el mundo dixese el médico erró, el magistrado se ha engañado. En el mismo sentido pues debeis tomar lo que yo os he respondido. Lo qual tomado con rigor se reduce, á que el que gobierna, considerado como tal, no puede engañarse, y no engañandose manda siempre lo que es mas provechoso para él, y esto es lo que debe hacer aquel que le está sujeto. Así es verdad, como dixe desde luego, que la justicia consiste en hacer lo que es *ventajoso al mas fuerte*. *Sóc.* Sea así en buen hora, Thrasimaco; pero os parece que soy yo un calumniador? *Thrasim.* Sí, vos lo sois. *Sóc.* Pensais que he procurado poneros lazos por medio de preguntas capciosas? *Thrasim.* Y muy bien que lo he conocido; pero no adelantareis nada en ello, porque no se me ocultan vuestras malas intenciones, y aun quando se me escapasen, podriais vos concluirme en la disputa? *Sóc.* Yo me guardaré bien de intentarlo, buen hombre. Mas para que en lo sucesivo no nos suceda cosa semejante, quiero que me di-

gais, si se deben entender, segun el uso ordinario, ó en sumo rigor, estas expresiones, que poco ántes dixiste, *el que gobierna, el mas fuerte*, cuyo provecho siendo el mas poderoso, será la regla de lo justo para el mas débil. *Thrasim.* Deben tomarse con el mayor rigor. Poned ahora en obra todas vuestras astucias y artificios para refutarme, si es que podeis; no os pido ningun favor, pero me temo que no lo habeis de conseguir. *Sóc.* Me creeis tan insensato que me atreva á cortar el pelo á un leon (45), y poner emboscadas á Thrasimaco? *Thrasim.* Vos lo habeis intentado; pero os ha salido mal.

Sóc. Cortemos la conversacion sobre esto, y servíos de responderme. El médico tomado rigorosamente, como vos le acabais de definir, es mercenario, ó no tiene acaso otro objeto que curar los enfermos? *Thrasim.* No tiene otro objeto que éste. *Sóc.* Y el piloto, yo entiendo el verdadero piloto, es marinero, ó gefe de los marineros? *Thrasim.* Gefe de los marineros. *Sóc.* Poco importa que navegue como ellos sobre la misma nave, ni por esto se ha de llamar marinero, que no por navegar es piloto, sino por su arte y por la autoridad que tiene sobre los marineros. *Thrasim.* Esta es mucha verdad. *Sóc.* Pues acaso no tienen uno y otro un interés que les es propio? *Thrasim.* No tiene duda. *Sóc.* Y el objeto de su arte, no es el de buscar y procurar á cada uno de ellos este interés? *Thrasim.* Es así. *Sóc.* Pero el arte que ellos profesan tiene otro interés que

su propia perfeccion? *Thrasim.* Cómo decís vos? *Sóc.* Como si vos me preguntárais, si le basta al cuerpo ser cuerpo, ó si le falta aun alguna cosa; yo os responderia absolutamente que sí, y que por esto se habia inventado ahora la medicina (46), porque el cuerpo está á veces enfermo, y no le conviene este estado. Para procurar pues al cuerpo lo que le es ventajoso, ha sido inventada la medicina. Te parece que tengo razon en lo que digo, ó no? *Thrasim.* Teneis mucha razon. *Sóc.* Os ruego me digais ahora: si la medicina ó qualquiera otra arte que sea, está sujeta en sí á alguna imperfeccion, y si necesita de otra facultad, como los ojos de la facultad de ver, y los oidos de oir? Y si así como estas partes del cuerpo tienen necesidad de un arte que busque y las provea de lo que les es útil; cada arte está tambien sujeto á algun defecto, y necesita de otro arte que procure su interés, éste de otro, y así hasta el infinito? ó si por ventura cada arte se provee á sí mismo de lo que le conviene, ó por fortuna no tiene necesidad para esto ni de sí mismo, ni del socorro de ningun otro, siendo de su naturaleza exênto de todo defecto y de toda imperfeccion? De suerte que el arte no tenga otro objeto, que buscar la ventaja de aquello á lo qual se ha aplicado, miéntras que él mismo permanece siempre entero, sano y perfecto, en quanto conserva su esencia. Exâminad con todo rigor si esto es así, ó no. *Thrasim.* Me parece que es así. *Sóc.* Luego la medicina no

piensa en su provecho , sino en el del cuerpo. *Thrasim.* Ciertamente. *Soc.* Ni el arte eqüestre atiende á su utilidad , sino á la de los caballos, y lo mismo sucede en las otras artes (47) , las quales no necesitando nada para sí mismas , se ocupan únicamente en la ventaja de aquello sobre que se exercitan. *Thrasim.* Así me parece. *Soc.* Pero, Thrasimaco, las artes dominan y mandan á aquello de que son artes. Aunque con mucha dificultad me concedió este punto. No hay pues ningun arte ni ciencia que se proponga y ordene lo que es ventajoso al mas fuerte , sino al mas débil y subordinado á ella misma. Al pronto quiso embrollar el asunto , pero al fin se conformó. Luego que hubo concedido , le dixe yo : de este modo, ningun médico en quanto médico , se propone ni ordena lo que es en provecho suyo , sino en utilidad del enfermo ; porque hemos convenido en que el médico tomado con toda exâctitud , gobierna los cuerpos , y no es mercenario. No es esto verdad ? Convino en ello. Y el verdadero piloto no es marinero , sino gefe de los marineros. Tambien lo concedió. Semejante piloto pues no tendrá en vista , ni dispondrá lo que es ventajoso á él , sino al súbdito y al marinero. Lo confesó aún , pero con grandísima pena. Por consiguiente , ó Thrasimaco, todo el que gobierna , considerado como tal , de qualquier naturaleza que sea su autoridad , jamas se propone en lo que manda su interés personal, sino el del subdito , y de aquello que está con-

fiado á su cuidado. Y teniendo siempre en vista este objeto, y para procurarle lo que le es conveniente y ventajoso, dice todo quanto dice, y hace todo quanto hace. En esto estabamos, y todos los asistentes veían claramente que la definicion de la justicia era directamente opuesta á la de Thrasimaco, quando éste en lugar de responder, me preguntó, si yo tenía ama (48) de leche. Á qué viene esto? mas os valia responder, le dixe yo, que hacer tales preguntas. *Thrasim.* Dígolo, porque hace muy mal en dexaros las narices atestadas sin quitaros los mocos, teniendo harta necesidad de ello; vos que ni aun siquiera sabeis lo que son rebaños, ni lo que son pastores.

Soc. Por qué razon, si os parece? *Thrasim.* Porque vos creeis que los ovejeros y bueyeros se ocupan del bien de sus ovejas y de sus bueyes, y que los engordan y cuidan con otras miras que las de su propio interés y el de sus amos. Vos os imaginais tambien, que los que gobiernan los Estados (yo entiendo siempre los que verdaderamente gobiernan) tienen otros sentimientos en órden á sus súbditos, que los pastores respecto de sus rebaños, y que dia y noche se ocupan ellos en otra cosa, que en pensar en lo que será mas útil á sus personas. Y estais tan léxos de conocer la naturaleza de lo justo y de la justicia, y de lo injusto é injusticia, que ignorais aún que la justicia y lo justo son un bien para todos, ménos para el justo, y que ella es mas útil al mas fuerte que manda, y por

esencia nociva al súbdito que obedece; que la injusticia al contrario exerce su imperio sobre los bien morigerados y justos, que por sencilléz ceden en todo al interés del mas fuerte, y por obsequiarle no se ocupan sino en procurar su felicidad, sin pensar en la suya propia. Ved pues, simplísimo Sócrates, cómo debe tomarse la cosa: el hombre justo en todas partes tiene el último lugar en concurrencia con el injusto. Por de contado en los mútuos contratos y comercio de la vida, quando se junta éste con aquel, jamás encontrareis que al separarse la compañía saque mas utilidades el justo que el injusto, sino muchas ménos. En los negocios públicos, quando las urgencias del Estado exîgen alguna contribucion, el justo con bienes iguales contribuirá mas, el injusto ménos; pero si ha de recibir, el justo nada, el injusto se lleva todos los provechos. Suceda pues que uno y otro regenten algun empleo público, aquel por lo mismo que es justo, en lugar de enriquecerse á costa del Estado, dexará aún perder las cosas de su casa, por el poco cuidado que se tomará de ellas, y aún sera mucho para él, sino le sucede otra cosa peor. Ademas se hará odioso á los amigos y parientes, porque no querrá hacer nada por ellos fuera de lo justo. Suerte enteramente contraria experimentará el injusto; porque yo le supongo, como ya he dicho, con poder bastante para vencer a los otros. Sobre un hombre pues de este caracter debeis echar los ojos si quereis compre-

hender quánto mas le valga á cada qual en particular el ser injusto, que justo. Vos lo comprendereis mucho mejor, si considerais llevada á colmo la injusticia, cuyo efecto es hacer felicísimos á los que la cometen, y desgraciados por extremo á los que son víctimas y no quieren rechazar la injusticia con la injusticia. Hablo de la tiranía, la qual con fraude y violencia se ampara de lo ageno, no poco á poco, sino de un solo golpe, metiéndose por lo santo y sagrado, sin perdonar los bienes así particulares como públicos. Pero si algun ladron particular fuese sorprehendido en el hecho, se le castiga con el mayor rigor, llenandole de grandes oprobios. Segun la especie de latrocinio que exercen, se les trata de sacrílegos, raptores, rateros, tramposos, salteadores; pero un tirano que sobre ocupar los bienes, reduce á esclavitud las personas de sus conciudadanos, en lugar de estos nombres detestables, es colmado de elogios y tenido por hombre felíz y dichoso, no solo por estos mismos que él reduxo á esclavitud, sino por todos quantos tienen conocimiento de su consumada maldad. Porque si algunos vituperan la injusticia, no es por temor de cometerla, sino porque temen sufrirla. Tan cierto es, ó Sócrates, que la injusticia llevada á cierto punto, es mas fuerte, mas libre, mas poderosa que la justicia, y que, como desde luego decia, la justicia trabaja por el interés del mas fuerte, y la injusticia por su propio interés.

Soc. En diciendo esto Thrasimaco meditaba marcharse, despues de habernos roto los oidos como guardabaño con tan largo y tan estrepitoso discurso; pero no le dexaron los concurrentes, ántes le precisaron á quedarse y dar razon de quanto habia adelantado. Yo mismo le rogué con grande instancia, y le dixe: divino Thrasimaco, cómo pensais vos en salir de aquí, habiendo traido la conversacion á una materia tan interesante, ántes que de todo punto nos enseñeis, ó aprendais vos mismo si la cosa es en efecto, ó no, como vos decís? Creeis á dicha que el punto que tenemos que decidir es de pequeña conseqüencia? No se trata quando ménos de definir qué regla de conducta debe guardar cada uno de nosotros, para disfrutar miéntras viva la mas perfecta felicidad? *Thrasim.* Quién os ha dicho que piense yo de otro modo? *Soc.* Me parecia que no os tomabais mucha pena por nosotros, y que os importaba poco que viviesemos felices ó infelices, ignorando lo que vos pretendeis saber; por tanto, buen varon, instruidnos de buena voluntad, y estad seguro que ninguno de nosotros, siendo tantos, os sera ingrato al beneficio que nos hiciereis. Por lo que á mí toca, yo os declaro, que no pienso como vos, y que jamas se me persuadirá que la injusticia sea mas provechosa que la justicia, por mas que tenga el poder de hacerlo todo impunemente. Sí, sea en buen hora, ó buen Thrasimaco, que el malo haya adquirido, ora por fuerza, ora por astu-

cia, el poder de hacer mal, sin tener que temer nada; sin embargo á mí no me persuadiriais (49) que su estado sea preferible al del hombre justo, de cuyo parecer creo no ser yo solo, y acaso alguno de los circunstantes pensará lo mismo. Probadnos pues, dichosísimo hombre, que nosotros andamos errados en preferir la justicia á la injusticia. *Thrasim.* Y cómo quereis que os persuada? Si con las cosas que os he dicho no os he convencido, qué mas puedo hacer por vosotros? Es cosa de meteros por fuerza mis razones en vuestro ánimo? *Soc.* Por Dios que nada de eso; pero por de contado querria que estuvieseis firme en lo que una vez decís, ó si mudais alguna cosa, hacedlo abiertamente y no nos engañeis. Porque para volver de nuevo á lo que ántes deciamos; vos veis, ó Thrasimaco, que despues de haber definido al médico y al pastor, segun su verdadera nocion, habeis en seguida abandonado esta definicion, en órden á este último, haciendonoslo mirar, no como verdadero pastor, que toma cuidado del rebaño por el rebaño mismo, sino como fondista que le engorda para un banquete, ó como negociante avaro para venderlo; lo qual es contrario á la profesion (50) del pastor, cuyo único objeto es procurar el bien del rebaño que le está confiado. Porque por lo que mira al arte pastoril, miéntras que conserva su esencia es perfecto en su género, hasta no faltarle nada de lo que necesita para esto. Por la misma razon yo creia

que estabamos forzados á convenir en que toda administracion ó empleo, sea público, sea particular, se ocupaba únicamente del bien de aquello que le está subordinado y puesto á su cuidado. Pensais vos en efecto que los que gobiernan los Estados, entiendo los que merecen en realidad este título y cumplen con su obligacion, sean muy gustosos de mandar (51)? *Thrasim.* Á fé mia, que no solo lo pienso, sino que lo sé de cierto. *Soc.* No habeis advertido, Thrasimaco, en órden á los demas empleos, que nadie quiere exercerlos graciosamente, sino que exîge un salario; porque está persuadido que del tal mando no se le ha de seguir á él ningun provecho, sino á los súbditos? Ruegoos aún que me digais: las artes no se distinguen unas de otras por sus diferentes efectos? Si quereis, buen hombre, que convengamos en algo, respondedme segun vuestro modo de pensar. *Thrasim.* Así es, que se distinguen por sus diferentes efectos. *Soc.* Luego cada una de las artes nos procura una utilidad que le es propia, y no comun á otra? Por exemplo, la medicina, la salud, el pilotage, la seguridad de la navegacion, y asi de las demas. *Thrasim.* No tiene duda. *Soc.* Y la utilidad del arte mercenario, no es el salario? porque esto es su efecto propio. Confundís vos una con otro, la medicina y el pilotage? ó si quereis continuar hablando con exâctitud, como dixisteis desde luego, direis que el pilotage y la medicina son una misma cosa, si acon-

tece que un piloto recobre la salud exerciendo su arte, porque le es saludable ir por el mar? *Thrasim.* Ciertamente que no. *Soc.* Tampoco pienso que direis, que el arte del mercenario y el del médico es uno mismo, porque el mercenario se halla bueno exerciendo su oficio. *Thrasim.* En efecto que no. *Soc.* Ni que la profesion del médico sea la misma que la del mercenario, porque el médico exîja alguna recompensa por la curacion de los enfermos? *Thrasim.* Tampoco. *Soc.* Nosotros pues, no hemos confesado que cada arte tenia su utilidad propia? *Thrasim.* Sea en buen hora. *Soc.* Luego si hay un provecho comun á todos los artesanos, es evidente que no puede venirles sino de un arte que todos añaden á aquel que ellos exercen. *Thrasim.* Así parece. *Soc.* Deciamos tambien, que el salario que reciben en comun los artesanos les proviene en calidad de mercenarios. *Thrasim.* Pase en buen hora. *Soc.* Luego no de su arte le viene á cada qual este provecho, esto es, el recibo del salario; sino, hablando con rigor, debe decirse que el objeto de la medicina es restituir la salud; el del arte mercenaria, el salario; el de la arquitectura, edificar una casa; y que si resulta un salario al médico y al arquitecto, es que entrambos á dos son mercenarios, y lo mismo de las otras artes. Cada una de ellas produce su efecto propio, siempre con ventaja del sugeto al qual esta destinada. Pero qué provecho sacaria en efecto de su arte un artesano, si le exer-

ciese gratuitamente? *Thrasim*. Ninguno. *Soc*. Entónces pues su arte dexaria de serle útil? *Thrasim*. Así lo pienso. *Soc*. Luego es evidente, vuelvo á decir, ó Thrasimaco, que ningun arte, ningun empleo procura su propio interés, sino, como hemos ya dicho, el interés de su súbdito; es decir, que procura y ordena lo provechoso al mas débil y no al mas fuerte. Á causa de esto decia yo poco há, amigo Thrasimaco, que nadie se entrometia á gobernar y enderezar males agenos de gracia, sino que exîgia alguna recompensa; porque el que quisiese exercer su arte como debe, nada sacaria de bueno para sí, segun los preceptos del arte, sino meramente para el súbdito. Para obligar pues á los hombres á que tomasen los empleos, parece que fué preciso proponerles alguna recompensa, como dinero, honores, ó algun castigo si rehusaban aceptarlos.

Glauc. Cómo entendeis vos esto, Sócrates? Porque yo bien conozco las dos primeras especies de recompensa; pero no alcanzo qué cosa sea este castigo que vos proponeis como una tercera especie de recompensa. *Soc*. Luego no conoceis vos la recompensa de los sábios, movidos de la qual se determinan á tomar parte en los negocios? ó acaso ignorais que el ser ambicioso é interesado es cosa vengonzosa, y tenida por tal? *Glauc*. Yo lo sé muy bien. *Soc*. Por esto pues no quieren los hombres de bien entrar en los empleos públicos movidos de las riquezas y del

honor, porque temerian ser mirados como mercenarios, si abiertamente exîgian algun salario por el mando; ó como ladrones, si convertian con disimulo en provecho suyo las rentas públicas; ó como ambiciosos, si tenian en vista los honores. Luego es menester que sean compelidos á tomar parte en el gobierno por algun motivo poderoso, qual seria el temor de algun castigo. De donde acaso vendria el mirarse como cosa torpe encargarse de la administracion pública de su grado, sin ser compelido por fuerza. El mayor castigo pues para el hombre (52) de bien, quando rehusa gobernar á los demas, es sufrir el mando de uno peor que él, y este temor es el que me parece obliga á los sábios á encargarse del gobierno, si alguna vez lo hacen, y entónces aceptan los empleos, no por interés ni por recreo, sino por la necesidad y por la falta de sugetos tanto ó mas dignos que ellos de gobernar. De manera que si se encontrase un Estado compuesto únicamente de hombres de bien, se disputaria la condicion del particular como se intrigan en el dia los empleos, y se reconoceria claramente en semejante República, que el verdadero Magistrado no tiene en vista su propio interés, sino el del súbdito. Y así cada ciudadano persuadido de esta verdad estimaria en mas ser felíz por los cuidados de otro, que trabajar en provecho de los demas. De ningun modo pues concedo yo á Thrasimaco, que la justicia sea el interés del mas fuerte; bien que

en otra ocasion exâminarémos aún este punto. De mayor conseqüencia me parece aún lo que ahora añade Thrasimaco, diciendo, que la vida del malo es mas felíz que la del hombre justo. Sois por ventura, ó Glaucon, del mismo sentir? y entre estos dos partidos, quál escogeriais por mas cierto? *Glauc.* La vida del hombre justo, por ser la mas provechosa.

Soc. Habeis oido vos la enumeracion que acaba de hacer Thrasimaco de los bienes afectos á la condicion del malo? *Glauc.* Oíla; pero yo no creo nada. *Soc.* Quereis vos que busquemos algun medio, si por dicha podemos encontrarle, de convencerle que él se engaña? *Glauc.* Por qué no he de quererlo? *Soc.* Si nosotros oponemos al largo discurso que acaba de hacer, otro discurso tan largo en favor del hombre justo, y él en seguida otro, y otro nosotros, nos será preciso numerar y pesar las ventajas de una y otra parte; y ademas necesitarémos jueces que pronuncien la sentencia: en lugar que conviniendo amistosamente de lo que nos parecerá verdadero ó falso, como poco há haciamos, nosotros seremos á un tiempo los jueces y abogados. *Glauc.* Esto es muy cierto. *Soc.* Quál de estos dos métodos os agrada mas? *Glauc.* El segundo. *Soc.* Ea pues, Thrasimaco, respondednos á lo primero: pretendeis que la injusticia consumada es mas ventajosa que la justicia perfecta? *Thrasim.* Sí, y he dado las razones. *Soc.* Permitidme aun que os pregunte, qué pensais de estas dos cosas, no dais á la una el

nombre de *virtud*, y á la otra el nombre de *vicio*? *Thrasim.* Por qué no? *Soc.* Y probablemente vos dareis el nombre de *virtud* á la justicia, y el de *vicio* á la injusticia? *Thrasim.* Buena traza tiene, precioso; puesto que pretendo yo que la injusticia es útil, y la justicia no lo es. *Soc.* Pues qué es lo que vos decís? *Thrasim.* Todo lo contrario. *Soc.* Qué? la justicia es un vicio? *Thrasim.* No por cierto; pero es una solemne fatuidad. *Soc.* Luego llamais malignidad (53) á la injusticia? *Thrasim.* No, sino sagacidad. *Soc.* Acaso pues, ó Thrasimaco, para vos los injustos son hombres *prudentes* y *buenos*? *Thrasim.* Sí, aquellos que son injustos en supremo grado; que son bastante poderosos pára sujetar ciudades y reynos. Vos creeriais tal vez que yo queria hablar de los corta bolsas. No es que este oficio no tenga tambien sus utilidades, miéntras se exercita impunemente; pero estas ventajas nada son comparadas con las que acabo de referir. *Soc.* Conozco muy bien lo que vos quereis decir; pero lo que me sorprende es, que coloqueis la injusticia al lado de la *virtud* y de *la sabiduría*, y la justicia en la parte contraria. *Thrasim.* Esto es no obstante lo que yo pretendo.

Soc. Esto es ya muy duro, amigo, y no sé qué medio tomar para refutaros. Si vos dixeseis siquiera, como algunos otros, que la injusticia aunque útil, es una cosa en sí vengonzosa y mala, se os podria responder lo que se responde vulgarmente (54). Pero pues que vos os ade-

fantais hasta llamarla *virtud* y *sabiduría*, claro está que no balanzeareis en atribuirle la hermosura, la fuerza, y todos los demas títulos que comunmente se dan á la justicia. *Thrasim.* Vaticinais con mucho acierto. *Soc.* Con todo yo no me he de acobardar en este exâmen, miéntras comprenda que vos hablais seriamente; porque me parece, Thrasimaco, que al presente no os burlais, sino que referís por verdaderas las cosas que os parecen tales. *Thrasim.* Qué os importa que yo piense, ó no, como hablo, miéntras no refuteis mis razones? *Soc.* Por cierto nada; pero dignaos responderme aún á esto: el hombre justo querria tener en alguna cosa la ventaja sobre otro justo? *Thrasim.* Verdaderamente que no; porque de otro modo ni seria tan complacedor, ni tan simple, como le supongo. *Soc.* Qué! ni aún en lo que mira á una accion (54) justa? *Thrasim.* Ni aún en esto. *Soc.* Pero á lo ménos querria aventajarse al injusto, y creeria poderlo hacer justamente? *Thrasim.* Creeria poderlo hacer, y aún lo querria; pero serian inútiles sus esfuerzos. *Soc.* No es esto lo que yo quiero saber, una sola cosa os pregunto: si el justo no tendria ni pretension, ni voluntad de aventajarse á otro justo, sino meramente al injusto? *Thrasim.* Es así verdad. *Soc.* Y qué diriamos del injusto? querria por dicha aventajarse al justo, aún en órden á las acciones justas? *Thrasim.* Sin duda que sí; pues que él quiere aventajarse á todo el mundo. *Soc.* Querria pues tambien tener

ventaja sobre el injusto, aún en las acciones injustas, y se esforzará á tomar la superioridad sobre todos? *Thrasim.* Así es. *Soc.* En conclusion pues decimos: que el justo no quiere aventajarse sobre su semejante, sino sobre su contrario; en lugar que el injusto quiere aventajarse sobre uno y sobre otro. *Thrasim.* Muy bien lo has dicho. *Soc.* Pero el injusto es sábio y bueno, y el justo ni es uno ni otro. *Thrasim.* Tambien está bien dicho. *Soc.* Luego el injusto se asemeja á los buenos y á los sábios, y el justo no se les parece en nada. *Thrasim.* Sin duda, aquel que es tal, se parece á los que son lo que él es, y aquel que no es tal, no se les parece. *Soc.* Muy bien: tal es pues cada uno de ellos, qual de aquellos á quienes se asemeja. *Thrasim.* Pero qué tenemos con eso? *Soc.* Sea así, Thrasimaco: mas decís vos de un hombre que es músico, y de otro decís que no lo es? *Thrasim.* Sí. *Soc.* Quál de los dos es sábio, y quál no lo es? *Thrasim.* El músico es *sábio* (55), el otro no lo es. *Soc.* Pues lo que es sábio es bueno, y lo otro es *malo* por la razon contraria. *Thrasim.* Ciertamente. *Soc.* No es esto lo mismo respecto del médico? *Thrasim.* Sí. *Soc.* Creeriais vos, buen hombre, que el músico que templa su lyra, quisiese apretar ó aflojar las cuerdas de su instrumento, mas de lo que debe hacer un músico? *Thrasim.* Me parece que no. *Soc.* Pero mas de lo que haria un ignorante en la música? *Thrasim.* Es como preciso. *Soc.* Y qué diriais del médico? querria en órden

á la comida y bebida aventajarse sobre otro médico, ó sobre el arte mismo que profesa? *Thrasim.* De ninguna manera. *Soc.* Y sobre aquel que no es médico? *Thrasim.* Sin duda. *Soc.* Ved pues si respecto de qualquier ciencia que sea, os parece que el instruido quiera tener la ventaja en lo que dice y en lo que hace, sobre otro versado en la misma ciencia, ó si él no aspirará á mas que á parecerse á su semejante en iguales circunstancias? *Thrasim.* Acaso es preciso que sea así. *Soc.* Mas el ignorante al contrario, no quiere aventajarse tanto sobre el instruido, como sobre el ignorante? *Thrasim.* Esto puede ser. *Soc.* Pero el instruido es sábio? *Thrasim.* Concedo. *Soc.* El sábio es bueno? *Thrasim.* Tambien. *Soc.* Luego el sábio y bueno no quiere aventajarse sobre su semejante, sino sobre su desemejante y contrario. *Thrasim.* Apariencia hay que así sea. *Soc.* En lugar que el malo é ignorante quiere sobrepujar al uno y al otro. *Thrasim.* Así parece. *Soc.* No habeis confesado vos, ó Thrasimaco, que el injusto quiere aventajarse sobre su semejante, y sobre su contrario? *Thrasim.* Confesadolo he. *Soc.* Y que el justo no quiere sacar ventaja sobre su semejante, sino sobre su contrario? *Thrasim.* En efecto. *Soc.* Pareceme pues que el justo se asemeja al bueno y al sábio, y el injusto al malo é ignorante. *Thrasim.* Su peligro corre. *Soc.* Pero nosotros hemos convenido, que ellos

eran uno y otro tales como aquellos á quienes se asemejaban. *Thrasim.* En verdad convenimos. *Soc.* Es pues evidente que el justo es bueno y sábio, y el injusto malo é ignorante. Thrasimaco convino en todo esto, pero no con tanta facilidad como yo ahora lo cuento, sino arrastrado y á duras penas, sudando á mares, por estar en lo caloroso del estío. Entónces ví por primera vez, ántes jamás, avergonzado á Thrasimaco. Despues que hubimos convenido en que la justicia era sabiduría y virtud, y la injusticia vicio é ignorancia; mirémos, le dixe yo, este punto como cosa decidida. Nosotros hemos dicho ademas que la injusticia tenia la *fuerza* por herencia. No os acordais de esto Thrasimaco? *Thrasim.* Sí me acuerdo; pero yo no estoy satisfecho de lo que vos acabais de decir, y tengo que responderos; aunque sé muy bien que si solo abro la boca, direis que hago una arenga. Dexadme pues la libertad de hablar quanto quiera, ó si quereis preguntar, hacedlo; que yo diré amen á todo, y concederé y negaré con movimientos de cabeza, como hacen los niños con las viejas que les relatan cuentos. *Soc.* Lo que encarecidamente os ruego es, que nada digais contra vuestra opinion y modo de pensar. *Thrasim.* Pues que no me dexais decir lo que me parezca, yo hablaré á gusto de vuestro paladar: deseais aún por dicha otra cosa? *Soc.* Por cierto, nada, con tal que cumplais esto, que sí lo

hareis. Voy pues á preguntaros. *Thrasim.* Preguntad.

Soc. Pregunto pues ahora lo que poco ántes (para llevar seguido el discurso); en qué estado se halla la justicia comparada con la injusticia? vos habeis dicho, me parece, que era mas fuerte y mas poderosa la injusticia que la justicia. *Thrasim.* Y lo digo aún. *Soc.* Si la justicia es sabiduría y virtud, creo me seria muy facil manifestar que ella es mas fuerte que la injusticia; puesto que la injusticia es ignorancia, y nadie hay que ignore esto. Pero no quiero, Thrasimaco, detenerme en esta sencilla prueba, sino convenceros con esta otra. Diriais por ventura que hay algun estado tan injusto, que intente sujetar y dominar injustamente otros estados, y aún tener á muchos en esclavitud? *Thrasim.* Por qué no? sin duda que lo hay. Y esto debe suceder á proporcion que el gobierno será mas excelente, y habrá llegado en él la injusticia á mayor altura. *Soc.* Yo sé que este es vuestro modo de pensar. Lo que yo queria saber, es si un estado que se hace dueño de otro estado, puede tener este dominio, sin tener de su parte la justicia, ó si estará precisado á servirse de ella. *Thrasim.* Si la justicia es sabiduría, como vos hace poco deciais, será preciso que este estado recurra á ella; pero si es como yo digo, él echará mano de la injusticia. *Soc.* Mucho os agradezco, Thrasimaco, que no solamente digais sí, y no con movimiento de cabeza, sino que res-

pondais tan á propósito. *Thrasim.* Hágolo por obligaros. *Soc.* Os estoy reconocido. Pero hacedme aún la gracia de decirme, si os parece que una ciudad, un exército, una compañía de bandidos ó de ladrones, ó qualquiera otra sociedad de esta naturaleza podria salir bien en sus empresas injustas, si los miembros que la componen violasen unos respecto de otros, todas las reglas de la justicia? *Thrasim.* Ciertamente que no. *Soc.* Y qué si las observasen? no saldrian mejor en sus injustas empresas? *Thrasim.* Sin duda. *Soc.* Y esto es, ó buen Thrasimaco, porque la injusticia levantaria entre ellos sediciones, enemistades, contiendas, en vez que la justicia mantendria allí la paz y la concordia. No es así? *Thrasim.* Sea, por no tener disputa con vos, *Soc.* Vos haceis muy bien, amigo. Pero os ruego que me contesteis á esto; si es propio de la injusticia engendrar ódios y disensiones, donde quiera que se halle, producirá sin duda los mismos efectos de ódio y sedicion, metida entre hombres, ora sean libres, ora esclavos, y los pondrá en disposicion de no poder emprender nada de comun acuerdo? *Thrasim.* Ciertamente es así. *Soc.* Y si se encuentra en solos dos hombres, no estarán siempre en disension y en guerra, y se aborrecerán y serán enemigos uno de otro, como aborrecen á los justos? *Thrasim.* En efecto será así. *Soc.* Pero porque no se encuentre sino en uno solo, buen hombre, perdera por suerte la injusticia su propiedad, ó bien la con-

servará? *Thrasim.* Á fé mia que la conserve. *Soc.* Tal parece pues la naturaleza de la injusticia, que en donde quiera que se encuentre, ahora sea en un estado, ahora en una nacion, ahora en un exército, ó en qualquiera otra sociedad, la constituya primeramente en una imposibilidad absoluta de emprender cosa alguna, por las sediciones y querellas que en ella excitaria; en segundo lugar, que la haga enemiga de sí misma, de todos sus contrarios, y de los hombres de bien. No es esto verdad? *Thrasim.* Verdad es. *Soc.* Encuentrese pues en un solo hombre, yo pienso que producirá los mismos efectos naturales (57). Lo primero, le constituirá en la imposibilidad de obrar, por los alborotos que levantará en su alma, y por la oposicion contínua en que le tendrá consigo mismo; haciéndole ademas enemigo de sí propio, y de todos los justos. No es así? *Thrasim.* Es muy cierto. *Soc.* Pero amigo, son justos tambien los dioses? *Thrasim.* Seanlo enhorabuena. *Soc.* Luego el injusto, ó Thrasimaco, será enemigo de los dioses, y el justo será su amigo. *Thrasim.* Sacad con confianza hasta saciaros las conseqüencias que os dé la gana; porque yo no me opondré, por no enemistarme con los que me escuchan.

Soc. Llevad pues al cabo la complacencia del banquete, respondiéndome como hasta ahora. Acabamos de ver que los justos son mejores, mas sábios y mas fuertes que los malos: que estos

nada pueden emprender, ni solos, ni en compañía de otros; y quando hemos supuesto confiadamente que la injusticia á veces no les impedia executar en comun algun designio, esta suposicion no era del todo cierta; porque si fuesen completamente injustos, convertirian contra sí mismos su injusticia. Por el contrario es evidente que ellos guardan entre sí cierta especie de justicia, que es la que les impide ofenderse recíprocamente á sí mismos y á los que con ellos viven, y por la qual logran el fin de sus designios. Á la verdad la injusticia es la que les hace formar empresas criminales, siendo malos á medias; porque los que de todo punto son malos é injustos, se hallan tambien en una imposibilidad absoluta de. obrar. Yo concibo que la cosa debe ser así, y no como vos supusisteis al principio. Restanos exâminar si la condicion del justo es mejor y mas felíz que la del injusto, que es lo que propusimos averiguar á la postre. Yo me inclino á creer que es así, por lo que dexamos dicho. Pero tratemos el asunto mas á fondo, tanto mas que no es qüestion de bagatela, sino de lo que debe ser la regla de nuestra vida. *Thrasim.* Exâminad pues. *Soc.* Esto es lo que voy á hacer, respondedme: el caballo no tiene una funcion que le es propia? *Thrasim.* Sí. *Soc.* No llamais vos funcion de un caballo, ó de qualquier otro animal, lo que no puede hacerse, ó por lo ménos hacerse bien, sino por su medio? *Thrasim.* No lo entiendo *Soc.* To-

memoslo de otro modo. Podeis ver de otra manera que por los ojos? *Thrasim.* En verdad que no. *Soc.* Y oir de otra manera que por los oidos? *Thrasim.* Tampoco. *Soc.* Con razon pues podemos decir, que ésta es su funcion. *Thrasim.* Ciertamente. *Soc.* No podria cortarse el sarmiento de la vid con un cuchillo, con un tranchete, ó algun otro instrumento? *Thrasim.* Sin duda. *Soc.* Pero cómo con ningun otro se hace tan cómodamente como con la podadera, hecha expresamente para esto, diriamos que ésta es su funcion? *Thrasim.* En efecto que sí. *Soc.* Ahora pienso que comprehendereis mejor lo que ántes preguntaba, si acaso la funcion de una cosa era aquello que sola ella lo puede hacer, ó que lo hace mejor que ninguna otra. *Thrasim.* Lo comprendo, y lo que vos decís me parece cierto. *Soc.* Muy bien. Mas todo lo que tiene una funcion particular, no tiene tambien una virtud que le es propia? Y por volver á los exemplos de que ya me he servido, los ojos, no deciamos que tienen su funcion? *Thrasim.* Sí. *Soc.* Luego tambien tienen ellos una virtud que les es propia? *Thrasim.* Tambien. *Soc.* Y los oidos tienen su funcion? *Thrasim.* Sí. *Soc.* Luego tambien su virtud. *Thrasim.* Así es. *Soc.* Y no diriamos lo mismo de qualquier otra cosa? *Thrasim.* Lo mismo. *Soc.* Aguardaos un poco: podrian acaso los ojos desempeñar bien su funcion, sino tuviesen la virtud que les es propia, ó si en lugar de esta virtud tuviesen el vicio contrario? *Thrasim.* Cómo

podrian hacerlo? porque vos hablais sin duda de la ceguera substituida á la facultad de ver. *Soc.* Qualquiera que sea la virtud de los ojos, poco importa: no es esto lo que ahora quiero saber, pregunto solamente en general, si cada cosa desempeña bien la funcion que le es propia, por la virtud que es propia suya, y mal, por el vicio contrario? *Thrasim.* Esto es así verdad como vos lo decís. *Soc.* Por tanto los oidos privados de su propia virtud, desempeñarán mal su funcion? *Thrasim.* Ciertamente. *Soc.* No podemos decir lo mismo de qualquier otra cosa? *Thrasim.* Yo así lo pienso.

Soc. Ea pues, exâminemos ahora esto: el alma no tiene su funcion propia, que ninguna otra cosa criada salvo ella, podria cumplir? como por exemplo, el *cuidar*, el *gobernar*, el *deliberar*, y así de lo demas. Podriamos por ventura atribuir con razon estas funciones á otra cosa que al alma, y no tendriamos derecho de decir que ellas le son propias? *Thrasim.* Por cierto á ninguna otra. *Soc.* La accion de vivir no diriamos aun que es una de las funciones del alma? *Thrasim.* Y la mas principal. *Soc.* Con que tambien decimos que el alma tiene su virtud particular? *Thrasim.* Es cierto. *Soc.* Podria pues por suerte, ó Thrasimaco, desempeñar bien jamas el alma sus funciones, privada de esta virtud que le es propia? ó le seria imposible? *Thrasim.* Imposible le seria. *Soc.* Luego es preciso que el alma mala, gobierne mal, administre mal: la

buena, al contrario, que lo haga bien todo esto. *Thrasim.* Es muy preciso. *Soc.* Pues no hemos quedado de acuerdo en que la justicia era la virtud, y la injusticia el vicio del alma? *Thrasim.* Acordadolo hemos. *Soc.* Seguirase pues que el alma justa y el hombre justo, vivirán bien; y el hombre injusto vivirá mal. *Thrasim.* Así debe de ser segun lo que vos decís. *Soc.* Mas aquel que vive bien es dichoso y felíz; y el que mal, desdichado? *Thrasim.* Quién lo duda? *Soc.* Luego el justo es felíz, y el injusto malaventurado. *Thrasim.* Sean en buen hora. *Soc.* Pues el ser desdichado no es nada provechoso; pero sí el ser felíz. *Thrasim.* Quién os dice lo contrario. *Soc.* Luego es falso, divino Thrasimaco, que la injusticia sea mas provechosa que la justicia. *Thrasim.* Regalaos, ó Sócrates, con estos bellos discursos en la fiesta de Diana (58). *Soc.* Á vos, ó Thrasimaco, os soy deudor, despues que os suavizasteis y dexasteis el mal humor que teniais conmigo. Con todo no me he regalado como hubiera querido: mia ha sido la culpa y no vuestra. Sucedióme lo que á los glotones, que andan salpicando todos los manjares sin saciarse de ninguno. Antes de resolver la primera qüestion que fué propuesta sobre la naturaleza de la justicia, dexandola indecisa me fuí á buscar, si ella era vicio ó virtud, sabiduría ó ignorancia. Cayendo despues la conversacion en si la injusticia es mas ventajosa que la justicia, no pude ménos de dexar la primera para pasar á

esta otra. De suerte que de toda esta conversacion nada he aprendido; porque ignorando qué cosa sea la justicia, con dificultad podré saber si es una virtud, ó no, y si aquel que la posee es felíz ó desgraciado.

COLOQUIO SEGUNDO.

Soc. En hablando de este modo, creia yo haberme desembarazado de la disputa; pero al parecer esto no era aún sino el preludio. Porque Glaucon que para todo manifestaba siempre mucho esfuerzo, se mostró descontentísimo del apocamiento de Thrasimaco, y tomando la palabra me dixo: quedais por ventura satisfecho, ó Sócrates, con sola la apariencia de habernos persuadido que la justicia por todos respetos es preferible á la injusticia, ó quereis persuadirnoslo en efecto? En realidad querria, le dixe yo, si estuviese esto en mi mano. *Glauc.* No habeis hecho pues aún lo que pretendeis. Porque decidme: no os parece que hay cierta especie de bienes que deseamos y buscamos nosotros por sí mismos, sin ocuparnos de sus conseqüencias? como la alegría y demas deleytes que carecen de toda mezcla de mal, aunque de ellos no nos resulte despues otra ventaja que el placer de disfrutarlos. *Soc.* Sí, me parece, que hay bienes de esta naturaleza. *Glauc.* No hay tambien otros que amamos por sí mismos y por sus conseqüencias; el juicio, por exemplo, la vista y la salud? porque estos dos motivos igualmente nos inclinan á abrazarlos. *Soc.* Esto es cierto. *Glauc.* No veis vos otra tercera especie de bienes, en la

qual comprehendo los exercicios corporales, los remedios que se toman por la salud, el curar los enfermos, y todos los medios honestos de enriquecerse? Estos bienes, diriamos nosotros, son bienes penosos, pero útiles; nosotros no los buscamos por sí mismos, sino por las recompensas y otras ventajas que de ellos nos resultan. *Soc.* Reconozco esta tercera especie de bienes. Pero á dónde vais á parar? *Glauc.* En quál de estas tres clases colocais vos la justicia? *Soc.* En la mas hermosa, en la de los bienes que deben ser amados por sí mismos y por sus conseqüencias, de los que quieren ser verdaderamente felices. *Glauc.* No es esta la opinion comun de los hombres, que la colocan entre los bienes, que solo merecen nuestra atencion por los premios, honores y gloria que de ellos nos resultan, y que deben huirse por sí mismos como árduos y dificiles. *Soc.* Sé muy bien que por lo comun se piensa de este modo; y por esto Thrasimaco la desecha con desprecio y hace tantos elogios de la injusticia. Mas yo debo de ser un tonto, siendo de otra opinion. *Glauc.* Ea pues, quiero ver si vos sereis de la mia; oidme.

Porque me parece que Thrasimaco, á manera de sierpe (1), se rindió demasiado presto á los encantos de vuestros discursos. Para mí aún no se ha hecho una demostracion racional de lo uno, ni de lo otro. Yo deseo saber quál es la naturaleza de la justicia y de la injusticia, y qué efectos produce una y otra inmediatamente

en el alma, prescindiendo de las recompensas y demas conseqüencias buenas ó malas, que de ellas se siguen. Ved pues lo que voy á hacer, si es que merece vuestra aprobacion. Tomaré de nuevo el discurso de Thrasimaco y diré en primer lugar, qué cosa es la justicia segun la opinion comun, y de dónde trae su origen. Haré ver en seguida, que todos los que la practican no la miran como un bien, sino que se sujetan á ella como á una dura necesidad. Por último, mostraré que tienen razon de obrar así, porque la condicion del malo es infinitamente mas ventajosa que la del justo, á lo que comunmente dicen; pues por lo que á mí toca, Sócrates, aún no he tomado partido, porque tengo desechas las orejas de oir mil discursos semejantes al de Thrasimaco, que yo no sé á qué atenerme. Todavia no he oido á nadie que me probase como querria, que la justicia es mejor que la injusticia. Quisiera oirla alabar en sí misma y por sí misma, y de vos especialmente es de quien espero este elogio. Á este fin voy á estenderme un poco sobre las ventajas de la condicion del malo; y en mi modo de hablar os manifestaré la forma que yo querria que adoptaseis en vituperar la injusticia, y celebrar la justicia. Ved pues si os agradan estas condiciones. *Soc.* Sobremanera: porque de qué otro asunto un hombre sensato podria conversar mas amenudo y con mas gusto? *Glauc.* Teneis mucha razon.

Escuchad pues, quál sea, segun la opinion

comun, la naturaleza y orígen de la justicia, que es lo primero de que ofrecí tratar. El injuriar, dicen, que por naturaleza es un bien, y un mal recibir la injuria; pero que hay mucho mas de mal en recibir la injuria, que de bien en hacerla. Por esto, despues que los hombres hubieron probado de lo uno y de lo otro, y se hicieron daños entre sí por largo tiempo, los mas débiles no pudiendo evitar los ataques de los mas fuertes, ni acometerles á su vez, pensaron en decir que era interés de todos el pactar que no se hiciese y no se recibiese ningun daño. De aquí quieren que tomasen principio las leyes y sus convenios, y el llamarse justo y legítimo lo que estaba mandado por la ley, y que el orígen y esencia de la justicia sea tal, que ocupe el lugar medio entre el mayor bien que consiste en ser injusto impunemente, y el mayor mal que consiste en no poder vengarse de la injuria recibida. Atuviéronse pues á la justicia puesta entre estos dos, no porque ella fuese un bien en sí, sino porque la imposibilidad en que se estaba de dañar á los demas, hacia mirarla como tal; porque el que tiene la fuerza en la mano y es verdaderamente hombre, se guardaria muy bien de hacer semejante pacto, á no estár enteramente loco. Ved aquí, Sócrates, quál es la naturaleza de la justicia, y la fuente de donde se pretende que tomó su orígen. Y para probaros aún mejor que los que abrazan la justicia lo hacen forzados, por no estár en estado de hacer

daño á otros, hagamos una suposicion. Demos al hombre de bien y al malo un poder igual de hacer lo que se les antoje. Sigamosles despues los pasos y veámos á dónde les conducirá la codicia al uno y al otro. Por cierto no tardariamos en sorprender al hombre de bien caminando sobre las huellas del malo, arrastrado como él por el deseo de tener mas que los otros; deseo cuyo cumplimiento fomenta la misma naturaleza como una cosa en sí buena; pero la ley reprime y reduce por fuerza a la igualdad.

Mas para que el poder que yo les concedo sea el mayor, démosles que sea como el que dicen que tuvo Gyges, uno de los progenitores de Lydo. Cuéntase pues que siendo pastor asalariado del Rey de Lydia, hubo una grandísima tempestad de agua con violentos terremotos, que abrieron la tierra, é hicieron una hendedura en el parage mismo donde apacentaba sus ganados. Visto lo qual por Gyges y sorprendido, baxó por esta abertura y vió, entre otras maravillas que se refieren, un caballo de bronce hueco, en cuyos hijares tenia unas puertas, las quales abiertas, descubrió un cadáver al parecer de una talla mas que humana. Este cadáver estaba desnudo, solamente tenia en el dedo un anillo de oro, que tomó Gyges y se retiró. En seguida tuvieron los pastores la acostumbrada asamblea mensual, para informar al Rey del estado de sus rebaños, á la qual vino tambien Gyges llevando puesto su anillo. Sentado pues en-

tre ellos, volvióse casualmente la piedra de la sortija ácia la palma de la mano, con lo qual quedó invisible á los que con él estaban, en términos que hablaban de él como si estuviese ausente. Admirado de este prodigio, moviendo otra vez el anillo, volvió la piedra hácia la parte de afuera, con cuyo movimiento se hizo de nuevo visible. Advirtiólo él, y con mayor cuidado observó por varias experiencias si el anillo tenia tal virtud. En efecto descubrió que quando volvia la piedra ácia dentro se hacia invisible, y visible quando la volvia ácia fuera. Hecha esta experiencia, procuró inmediatamente que le nombrasen por uno de los dos enviados, que debian ir á dar cuenta al Rey. Llegado pues al palacio y adulterando con la Reyna, resolvió con su ayuda matar al Rey y apoderarse del trono (2).

Si hubiera pues dos anillos como éste, de los quales poseyese uno el hombre de bien, y otro el malo, parece que no habia de encontrarse nadie de un carácter tan firme, que perseverára en la justicia y se abstuviera de llegar á los bienes de otro, aunque pudiese impunemente tomar de la plaza pública quanto tuviese en voluntad, y entrándose en las casas, abusar de toda clase de personas, matar á unos, libertar de las cárceles á otros, y hacer entre los hombres quanto le diese la gana, con un poder igual al de los dioses. Obrando de este modo, en nada se diferenciaria uno de otro, sino que entrambos á dos seguirian unas pisadas, y se dirigirian al mis-

mo objeto ; y éste es el mejor testimonio para probar que nadie es justo de grado, sino por fuerza ; como que el serlo no es en sí un bien, puesto que se hace injusto qualquiera en el momento que cree poderlo ser sin temor. Porque todo hombre piensa allá en su interior que la injusticia es mas provechosa que la justicia ; y con razon, segun dicen los que tratan de esto. De suerte que si alguno habiendo recibido tal poder no quisiese hacer mal á nadie, ni llegar á los bienes de otro, seria mirado por los advertidos como el mas infelíz y mas insensato de todos los hombres. Mas entre tanto cada uno haria en público elogio de su virtud, con designio de engañar á los otros y temiendo recibir injurias, si hablaba de otro modo. Esto supuesto, yo no veo sino un medio y ningun otro de pronunciar con seguridad sobre la condicion de aquellos de quienes hablamos, y es el considerar aparte al uno y al otro en el mas alto grado de justicia y de injusticia. Para esto no quitemos al malo ninguna parte de la injusticia, ni tampoco parte ninguna de la justicia al hombte de bien, sino supongamos á cada uno perfecto en el género de vida que abrazó. Primeramente pues el malo obre como los buenos artífices, por exemplo, un hábil piloto, ó un gran médico que de un golpe descubre hasta donde puede llegar su arte, y sobre la marcha toma su partido, acometiendo lo accesible y dexando lo desesperado, y si por desgracia yerra en algo, sabe endere-

zarlo diestramente. Digo pues que el malo dirija sus empresas injustas con tanta sutileza que no sea descubierto, si es que ha de ser completamente malo: pues si fuese sorprehendido sería tenido por un necio. Porque el grado sumo de injusticia consiste en parecer hombre de bien sin serlo. Demos pues al completamente injusto toda la maldad de que es capáz, sin quitarle nada; ántes bien le permitamos que cometiendo los mas atroces delitos, sepa adquirirse con todos la reputacion de hombre justificado; y si por acaso llega á tropezar, pueda levantarse luego al punto, y sea bastante eloqüente para persuadir su inocencia á aquellos ante quienes fuese delatado, y sea tambien fuerte, atrevido, y bastante poderoso, ora sea por sí mismo, ora por medio de sus amigos para conseguir por la fuerza lo que no pudiese de otro modo.

Pongamos ahora junto á éste al hombre de bien, cuyo carácter sea la sencilléz é ingenuidad, y que como dice Eschylo (*a*), *sea mas zeloso de ser bueno que de parecerlo*. Quitemosle aún la reputacion de hombre honrado; porque si pasa por tal será colmado en conseqüencia de honores y de bienes; y no podremos ya juzgar si ama la justicia por sí misma, ó por los bienes y honores que ella le procura. En una palabra, despojemosle de todo, salvo de la justicia; y para poner entre uno y otro

(*a*) Sep. Cont. The. v. 598.

una perfecta oposicion, que sea tenido por el peor de los hombres, sin haber cometido jamás la menor injusticia; de suerte que su virtud sea puesta á las mas fuertes pruebas, sin titubear ni por la infamia, ni por los malos tratamientos; sino que hasta la muerte camine á paso firme por las sendas de la justicia, pasando toda su vida por un malvado, siendo hombre de bien. Hagamos esto para que á vista de estos dos modélos, uno de justicia, otro de injusticia consumada, podamos conocer quál de los dos es mas felíz. *Soc.* Ó amigo Glaucon! con qué exâctitud y con qué rigor despojais á entrambos, como si fueran estatuas, de todo lo que es estraño al juicio que debemos hacer! *Glauc.* Pongo la mayor que puedo. Siendo pues tales, quales acabo de decir, no es dificil, á lo que me parece, juzgar de la suerte que les espera al uno y al otro. Digamoslo con todo, y si lo que voy á decir os parece demasiado fuerte, acordaos, Sócrates, que no hablo de mi cabeza, sino en nombre de los que prefieren la injusticia á la justicia. Dirán pues que el justo (3) tal como le hemos pintado, será azotado, atormentado, aherrojado, y se le quemarán los ojos; y en fin despues de haberle hecho sufrir todos los males, se le pondrá en cruz, y por este medio se le hará conocer, que no se debe ocupar de ser justo, sino de parecerlo. Pero el verso de Eschylo (4) con mas razon dirán que debe aplicarse al malo, porque no arreglando su conducta por la opinion de los hombres,

como que se ocupa de cosa sólida, real y verdadera, no quiere parecer malo, sino serlo en efecto, concibiendo su profundo y fecundo ingenio, y pariendo felizmente los mas brillantes proyectos (5). Por de contado con la reputacion de hombre justo se alza con todo el mando en la ciudad, se casa donde quiere, establece sus hijos con quienes le dá la gana, y entabla todas las conexìones que tiene gusto, y sobre esto saca provecho de todo, por no tener el menor reparo en injuriar. En todo quanto se empeña, ahora sea en público, ahora en particular, queda superior y logra ventaja sobre todos sus concurrentes, y de aquí resulta el enriquecerse, hacer bien á los amigos, daño á los enemigos, ofrecer á los dioses muchos sacrificios y dones magníficos, y conciliarse la benevolencia de los dioses y de los hombres mucho mas fácil y seguramente que el justo: de donde puede concluirse con verosimilitud, que es tambien mas amado de los dioses, que el justo (6) mismo. Con este fundamento, Sócrates, pretenden ellos que su condicion es mas dichosa que la del justo, de qualquier lado que se la mire, así respecto de los dioses, como de los hombres.

Soc. Quando Glaucon hubo acabado de hablar y me disponia yo á responderle, díxome su hermano Adimanto: creeis vos, Sócrates, que la objecion esté ya bastantemente desenvuelta? Por qué no? le dixe yo. *Adim.* Porque á mi hermano se le olvidó lo principal. *Soc.* Ahora pues

tiene lugar lo del proverbio, que el hermano (7) venga al socorro de su hermano; y así suplid vos lo que él ha omitido. Aunque él ha dicho bastante para convencerme y ponerme en términos de no poder defender la justicia. *Adim.* Todas vuestras escusas son inútiles: es menester que vos me oigais ahora. Porque conviene exponer un discurso en todo contrario al suyo, á saber, el de aquellos que alaban la justicia y vituperan la injusticia; para que con esta oposicion se os haga mas sensible lo que me parece quiso decir Glaucon. Es cierto que los padres recomiendan la justicia á sus hijos, y todos los maestros á sus discípulos; pero esto no lo hacen alabando la justicia misma, sino las ventajas que de ella resultan: á fin que la reputacion de hombre honrado les procure dignidades, bodas ventajosas, y todos los otros bienes de que Glaucon hizo mencion, que provenian al tenido por justo. Aun ellos adelantan mas las glorias; porque hablandoles de los favores que los dioses derraman á manos llenas sobre los justos, son inagotables en el asunto. Á la manera que el ilustre Hesiodo (*a*) (8) y Homero, de los quales dice el primero *que los dioses hacen que las encinas ofrezcan á los justos en las extremidades de las ramas bellotas, en lo interior panales, y que sus ovejas queden oprimidas con el peso de sus vellocinos*, y otros muchos bienes a estos parecidos. Cosas semejantes

(*a*) Oper. et dier. v. 232.

dice tambien el otro (*a*), porque asegura que *quando un buen Rey, imágen de los dioses, hace justicia á sus vasallos, la negra tierra le rinde trigo y cebada, los árboles se cargan de frutos, sus ganados se multiplican con fecundidad y el mar le ofrece los mas regalados peces.* Museo (9) y su hijo encarecen sobre estos, y prometen á los justos de parte de los dioses recompensas aún mucho mayores. Porque conduciéndoles de palabra despues de la muerte á los campos elisios, y haciéndoles sentar á la mesa con los bienaventurados coronados de flores, les hacen pasar la vida en los festines, como si una embriaguéz eterna fuese la mas bella recompensa de la virtud. Aún hay otros que no limitan á sus personas estos premios de los dioses; porque dicen que los hijos y nietos del hombre santo y justo perpetúan su linage de generacion en generacion. Á estos y otros semejantes se reducen los elogios que ellos dán á la justicia. En órden á los malos é impíos, sumergenlos en un hediondo cieno en los infiernos y les condenan á llevar agua en una criba (10). Añaden aún que durante su vida no hay afrentas ni suplicios á que no les expongan sus maldades, y todo lo que Glaucon ha dicho de los justos que pasan por malos, dicen ellos lo mismo de los malos, y nada mas. Ved aquí el resúmen de sus discursos en favor del justo, y en contra del injusto.

(*a*) Ody. 19. v. 109.

Oid ahora, Sócrates, un lenguage muy diferente tocante á la justicia é injusticia: lenguage que el pueblo y los poetas mismos toman en boca sin cesar. Todos publican á una voz, que no hay cosa mas hermosa, y al mismo tiempo mas trabajosa y dificil, que la templanza y la justicia; que por el contrario no hay cosa mas dulce que la injusticia y el libertinage, y que ménos cuesten á la naturaleza; que estas cosas no son afrentosas sino en la opinion de los hombres y porque la ley así lo ha querido. Pero que en la práctica las acciones injustas son mas provechosas que las justas, como dicen la mayor parte de los hombres, los quales facilmente se inclinan en público y en secreto, á honrar y tener por felices á los malos, ricos y poderosos: y á despreciar y afrentar á los justos, flacos y menesterosos, aunque confiesen que estos son mejores que aquellos. Mas de todos estos discursos, los mas extraños son los que corren sobre los dioses y la virtud; como que los dioses no tienen por lo comun sino males y desgracias para los hombres virtuosos, miéntras que colman de prosperidades á los malos (11). Los embahucadores y adivinos por su parte, correteando las casas de los ricos, les persuaden que si cometieron algun pecado, ellos ó sus antepasados, este pecado puede expiarse con sacrificios y encantamentos, con fiestas y juegos, en virtud del poder que los dioses les han concedido. Y que si alguno tiene un enemigo de quien quiera vengarse, sea hombre de

bien ó malo, nada importa, puede hacerle el mal que quiera á muy poca (12) costa; pues segun dicen, tienen ellos ciertos secretos, unos suaves y otros violentos para atar el poder de los dioses, y disponer á su arbitrio. Confirman ellos todo esto con autoridades de los poetas. Para probar quán fácil es el ser malo, citan estos versos de Hesiodo (*a*), *que se puede ir en quadrilla trás el vicio, que el camino es liso y llano, y que está muy cerca de cada uno de nosotros; que al contrario pusieron los dioses delante de la virtud los sudores y trabajos, y que el sendero que allí nos conduce es largo y escabroso.* Y para mostrar que es muy fácil aplacar á los dioses, traen por testigo á Homero (*b*) que dice: *los dioses mismos se dexan doblar; y quando los hombres han traspasado su ley, se les puede aplacar con sacrificios, ofrendas, libaciones y sahumerios.* En quanto á los ritos de los sacrificios, llevan consigo una multitud de libros compuestos por Museo y por Orpheo (13), descendientes, segun dicen, éste de las Musas, y aquel de la luna, por los quales se gobiernan, haciendo creer, no solo á particulares, sino á ciudades enteras, que por medio de los sacrificios y de los regocijos de los juegos pueden expiarse los pecados tanto de los que aún viven, como de los que ya finaron. *Telétas* llaman á los sacrificios instituidos para

(*a*) Oper. et die. v. 287.
(*b*) Ilia. 9. v. 493.

libertarnos de los males de la otra vida, y pretenden ellos que los que se descuidan en sacrificar, deben prometerse los mayores tormentos en los infiernos.

Pues qué impresion, mi amado Sócrates, pensamos que deben hacer tantos y tales discursos sobre la naturaleza del vicio y de la virtud, y de la reputacion en que los tienen los dioses y los hombres, en los ánimos de unos jóvenes, dotados de un buen ingenio y de un espíritu capáz de sacar oportuna y prontamente conseqüencias de todo quanto oyen, en órden á lo que deben ser, y al género de vida que deben abrazar para ser felices? No es verosimil que revuelvan en su ánimo aquello de Pindaro (14), diciéndose á sí mismos: *Subiré por ventura con esfuerzo ácia los palacios encumbrados que habita la justicia, ó emprenderé las torcidas sendas del engaño? Qué guia tomaré para asegurar la dicha de mi vida?* Todo quanto oigo me dá á conocer que de nada me servirá el ser justo, sino tengo reputacion de tal; pero que las penas y trabajos serán seguros. Suerte felíz se me promete al contrario, si sé asociar la injusticia con la reputacion de hombre justificado. Supuesto pues que los sábios me enseñan que mas puede contribuir á mi dicha la apariencia de la virtud, que la realidad; no me volveré por entero de este lado? He de hacerme pues un átrio y como una cerca al rededor con las sombras y exterioridades de la virtud; llevando trás mí á la rastra la astuta y engañosa

zorra del sábio Archiloco (15). Pero si alguno me dixese que no le es fácil al malo ocultarse por mucho tiempo, responderiale yo, que todas las empresas grandes tienen sus dificultades, y que sea lo que fuese, si queremos ser felices, no hemos de seguir otras huellas que las trazadas en los discursos que se han oido. Porque para libertarnos de las persecuciones de los hombres, nos procuraremos amigos y cómplices. Y tambien hay maestros que nos enseñarán el arte de seducir con discursos artificiosos al pueblo y á los jueces. Nos valdremos pues de la eloqüencia, y quando ella no bastáre, con la fuerza, como que somos mas poderosos, nos libertaremos del castigo de nuestros crímenes. Es verdad que la fuerza y el artificio nada pueden contra los dioses. Pero, si ó no los (16) hay, ó no se cuidan de las cosas de acá baxo, poco nos importa que ellos nos conozcan por lo que somos. Mas si los hay y toman parte en los negocios de los hombres, no lo sabemos sino por oidas, y por lo que nos han dicho los poetas que han escrito su genealogía. Pues estos mismos poetas nos enseñan que se les puede aplacar y cortar la cólera, por medio de sacrificios (17), votos y ofrendas, á los quales ó creerlos en todo, ó no creerlos en nada. Y si se les ha de creer, ha de ser uno un malvado, y del fruto de los delitos ofrecer sacrificios á los dioses. Verdad es que siendo justos, no tendriamos que temer de su parte; pero tambien perderiamos los provechos que dá de sí la injusticia.

En lugar que ganariamos seguramente siendo injustos, y nada tendriamos que temer de parte de los dioses, juntando á nuestras maldades los votos y oraciones. Pero á buena cuenta seriamos castigados en el infierno, ó en nuestra persona, ó en la de nuestros descendientes, por los males que habriamos hecho en este mundo. Pues á esto, amigo, se responde, que los sacrificios expiatorios son muy eficaces, y los dioses á quienes se invoca por los difuntos exorables, como dicen ciudades enteras, y los hijos de los dioses los poetas, y los adivinos inspirados por los dioses, los quales todos atestiguan que esto es así.

Por qué razon pues preferirémos aún la justicia á la injusticia consumada, puesto que segun el sentir del vulgo y de los sábios, todo nos saldrá bien para con los dioses y para con los hombres, así en vida, como en muerte, con tal que encubramos nuestros crímenes con la apariencia de la virtud? Despues de todo lo dicho, quién imaginaria, ó Sócrates, que un hombre de calidad, de talentos, de riquezas, á quien se ofreciese risueña la fortuna, tomase el partido de honrar la justicia, y no mas bien el de mofarse de los elogios que se le diesen en su presencia? Digo aún mas, que aún quando alguno estuviese persuadido que lo que yo digo es mentira, y que la justicia es el mayor de los bienes, léxos de irritarse contra los malos, no podria ménos de escusarles; porque sabe que á

excepcion de aquellos á quienes la excelencia de su carácter inspira un horror natural al vicio, ó que por reflexîon se abstienen conociendo su fealdad, ninguno de los otros es justo de buena gana (18); y que si por suerte alguno vitupera la injusticia, es que ó por cobardía, ó por vejéz, ó por alguna otra flaqueza está imposibilitado de hacer mal. Y ved aquí la prueba. Que entre las gentes de este carácter el primero que recibe el poder de hacer mal, en quanto de él depende, es tambien el primero en ponerle en práctica. La causa de todos estos desórdenes, ó Sócrates, es precisamente la que nos ha empeñado á Glaucon y á mí en la presente disputa; quiero decir, respetable varon, que empezando por los antiguos héroes, cuyos discursos se han conservado hasta nosotros en la memoria de los hombres, todos los que como vos han pasado por defensores de la justicia, ninguno alabó la virtud, sino en vista de las glorias, honores y recompensas afectas á ella, ni abominó del vicio, sino por los castigos que le acompañan. Nadie considerando la injusticia y la justicia tales como son en sí mismas y en el alma de los virtuosos y del malo, ignorados de los dioses y de los hombres, ha probado hasta ahora ni en verso, ni en prosa, que la injusticia es el mayor mal del alma, y la justicia su mayor bien. Porque si todos vosotros hubieseis andado acordes desde el principio en decir esto mismo, y á nosotros se nos hubiese persuadido desde la niñéz

esta verdad, en lugar de guardarnos recíprocamente contra la injusticia de otro, cada qual de nosotros estaria de guardia contra la suya, temiendo incurrir en el mas grande de los males, obrando injustamente.

Thrasimaco, ó algun otro hubiera sin duda, ó Sócrates, podido decir otro tanto que yo sobre este asunto, y aún tal vez mas, alterando importunamente en mi sentir las idéas de la justicia é injusticia. Por lo que á mí toca, no quiero ocultaros que lo que me ha movido á alargar un poco estas objeciones, fué el deseo de oir lo que me respondereis. No os limiteis pues á manifestarnos que la justicia es preferible á la injusticia; sino explicadnos los efectos que producen una y otra por sí mismas en el alma, y hacen que la una sea un bien y la otra un mal. No tengais ningun respeto á las opiniones de los hombres, como Glaucon os lo ha encargado. Porque sino separais absolutamente todas las idéas falsas del vicio y de la virtud para fixaros en solas las verdaderas, diremos nosotros que vos no alabais la justicia, sino la apariencia de la justicia, y que no vituperais tampoco el vicio, sino sus apariencias, y que nos aconsejais que seamos malos, con tal que esto sea de oculto, y que vos convenís con Thrasimaco que la justicia, bien extraño al que la posee, no es útil sino al mas fuerte; que al contrario, la injusticia útil y provechosa á sí misma, no es perjudicial sino al mas débil. Por quanto pues, os habeis conveni-

do en que la justicia es uno de estos bienes excelentes que deben buscarse por sus ventajas, y aún mas por sí mismos, como por exemplo, la salud, el uso de la vista y del oido, y de la razon, y los otros bienes fecundos de su naturaleza, independientemente de la opinion de los hombres; alabad la justicia por lo que en sí misma tiene de ventajosa, y vituperad la injusticia por lo que ella en sí tiene de nociva. Dexad para otros los elogios fundados sobre las recompensas y sobre la opinion del vulgo. Yo podria tal vez sufrir en boca de qualquier otro este modo de celebrar la virtud y abominar del vicio por sus efectos exteriores de opiniones y recompensas; pero no podria perdonaroslo á vos, á ménos que me lo mandaseis, por haber consumido toda vuestra vida en reflexîonar sobre solo esto. No os contenteis pues en mostrarnos que la justicia es mejor que la injusticia. Hacednos ver en virtud de que la una es un bien, la otra un mal en sí, ahora se oculten á los hombres y á los dioses, ahora no (19).

Soc. Embelesado quedé de los discursos de Glaucon y de Adimanto, y aunque siempre tuve en mucho la belleza de sus ingenios, nunca quedé tan admirado como entónces, y así les dixe: con razon, ó hijos de un padre ilustre, que os distinguisteis en la batalla de Megara (20), dixo de vosotros, dando principio á su elegia el amigo de Glaucon: *Hijos de Ariston, raza divina de un varon insigne.* Lo que en mi sentir, ami-

gos, estuvo muy bien dicho. Porque es menester que haya en vosotros algo de divino, si despues de lo que acabais de decir en favor de la injusticia, no estais persuadido de esto. Pero creo que no, porque vuestras costumbres y vuestra conducta me lo prueban bastantemente, aunque pudiera dudar, si me atuviese solo á lo que os acabo de oir. Pero quanto mas lo creo, tanto mas perplexo estoy en órden al partido que debo yo tomar. Por una parte, no puedo defender los intereses de la justicia. Esta empresa es superior á mis fuerzas, y lo que me obliga á creerlo es, que yo pensaba haber probado suficientemente contra Thrasimaco, que la justicia es mejor que la injusticia; mas entre tanto no os han satisfecho las pruebas, ni encuentro medio de mejorarlas. De otro lado, abandonar la causa de la justicia y sufrir que se la vitupere en mi presencia, sin defenderla y auxîliarla, miéntras quede en mí un solo aliento de vida y fuerzas suficientes para hablar, seria una impiedad. Por tanto, yo no veo que pueda hacer otra cosa mejor que defenderla como pudiere.

Entónces Glaucon y los otros me pidieron encarecidamente que aplicase en su defensa toda mi habilidad, y que no dexase imperfecta esta disputa, sino que averiguase con ellos la naturaleza de la justicia é injusticia, y lo que hay de realidad en las ventajas que se les atribuyen. Yo les dixe, que me parecia que la averiguacion en que me querian empeñar, me era muy esca-

brosa, y pedia un espíritu muy agudo. Pero añadí, puesto que no nos lisongeamos vosotros ni yo de tener bastantes luces para salir con la empresa, ved de qué modo pienso que debemos proceder en esta averiguacion. Si mandase alguno á personas que tienen la vista corta leer de léxos letras escritas en pequeño carácter, y uno de ellos advirtiese que estas mismas letras se hallaban en otra parte mayor escritas en grande; le seria sin duda ventajoso ir á leer primero las letras grandes, y confrontarlas despues con las pequeñas, para ver si eran las mismas *Adim.* Esto es verdad; pero qué tiene que ver con esto, Sócrates, la qüestion presente sobre la justicia? *Soc.* Yo os lo diré. No decimos que la justicia se encuentra en un hombre particular y en una ciudad entera? *Adim.* Sí. *Soc.* Pero la ciudad es mas grande que el particular? *Adim.* Sin duda. *Soc.* Por consiguiente la justicia podria muy bien encontrarse allí en caractéres mas grandes y mas fáciles de discernir. Y así nosotros buscaremos primero, si os parece, quál es la naturaleza de la justicia en las sociedades: despues la estudiaremos en cada particular, y comparando estas dos especies de justicia, veremos la semejanza que tiene la pequeña con la grande. *Adim.* Que me place, está esto muy bien dicho. *Soc.* Pero si con el pensamiento exâminasemos el modo cómo se forma un estado, acaso descubririamos como nacen allí la justicia y la injusticia? *Adim.* Bien podia ser. *Soc.* Y por este medio tendriamos entónces

la esperanza de descubrir mas facilmente lo que buscamos? *Adim.* Es cierto. *Soc.* Ahora bien, os parece que empecemos? porque entiendo no es pequeña empresa la que meditamos: deliberad. *Adim.* Ya estamos resueltos: haced lo que acabais de decir.

Soc. Lo que dá principio á la sociedad, pienso yo que es la imposibilidad en que está cada qual de nosotros de abastecerse á sí mismo, por la necesidad que tenemos de muchísimas cosas. Ó acaso creeis vos que es otra la causa de su origen? *Adim.* Ninguna otra. *Soc.* Así, la necesidad de una cosa habiendo obligado al hombre á juntarse á otro hombre, y una otra necesidad á un otro hombre mas, la multiplicidad de necesidades ha reunido en una misma habitacion á muchos hombres con la idéa de ayudarse unos á otros; y pusieron á esta sociedad el nombre de ciudad (22). No es así? *Adim.* Ciertamente. *Soc.* Pero el comunicarse unos á otros lo que tienen para recibir lo que no tienen, es porque creen encontrar en esto su ventaja. *Adim.* Sin duda. *Soc.* Edifiquemos pues con el pensamiento una ciudad desde los principios: nuestras necesidades la formarán, segun se vé. *Adim.* No hay remedio. *Soc.* Pero la primera y la mayor de nuestras necesidades es la del alimento, del qual depende la conservacion de nuestro sér y de nuestra vida. *Adim.* Es muy cierto. *Soc.* La segunda necesidad es la de la habitacion, y la tercera la del vestido y cosas tales. *Adim.* Esto es

verdad. *Soc.* Ahora pues, cómo podrá nuestra ciudad acudir á estas necesidades? No será preciso para esto que el uno sea labrador, el otro arquitecto, y el otro texedor? Y aún acaso añadiremos un zapatero, ó algun otro artesano semejante de los que aderezan las cosas que son de uso del cuerpo? *Adim.* Desde luego. *Soc.* Toda ciudad pues, constaria esencialmente por lo ménos de quatro ó cinco personas. *Adim.* Así parece. *Soc.* Pero qué? Debe cada uno de ellos trabajar en comun para todos los otros? el labrador, por exemplo, preparar la comida para quatro, y consumir quadruplicado tiempo y trabajo en prepararla, y dar parte de ella á los otros? Ó acaso no le estaria mejor, que sin ocuparse de los otros, emplease la quarta parte del tiempo en aderezar su comida, y las otras tres, una en edificarse casa, otra en hacerse vestidos, y otra en calzados? y no andar afanado cuidando de los demas, sino proveerse á sí mismo por sí solo de quanto necesita? *Adim.* Acaso por este medio, ó Sócrates, le seria mas cómodo que por el otro. *Soc.* Vive Dios, que es un absurdo. Porque en el momento en que vos hablais hice reflexîon que nosotros no nacemos todos con los mismos talentos, y que uno tiene mas disposicion para hacer una cosa, y otro para hacer otra. Qué pensais vos? *Adim.* Soy de vuestro parecer. *Soc.* Decidme pues, irian mejor las cosas si uno solo tuviese muchos oficios, ó si cada uno se limitase al suyo? *Adim.* Si cada qual se limitase

al suyo. *Soc.* Aún tengo tambien por evidente, que se echa á perder una cosa quando se hace fuera de tiempo. *Adim.* No hay duda. *Soc.* Porque la obra no espera la comodidad del artífice, sino que es preciso que el artífice se acomode á la naturaleza de su obra, sin descuidarse un momento. *Adim.* Es muy necesario. *Soc.* De donde se sigue que se hacen mas cosas y mejores, y con mas facilidad, quando cada uno hace aquella para la qual tiene disposicion, en tiempo oportuno, y desasido de otro cuidado. *Adim.* Enteramente es así.

Soc. Mas de quatro ciudadanos pues son necesarios para acudir á las necesidades de que acabamos de hablar. Porque si en efecto queremos que todo vaya bien, parece que el labrador no debe hacerse él mismo el arado, ni el azadon, ni las demas herramientas de la labranza: ni tampoco el arquitecto, el qual necesita de muchísimas, y lo mismo el zapatero y el texedor. No es así? *Adim.* Verdad es. *Soc.* Ved pues los carpinteros, los herreros, y los otros artesanos de esta naturaleza, que van á entrar y engrandecer nuestra pequeña ciudad. *Adim.* Ciertamente. *Soc.* Pero no seria aún mucho, si añadiesemos bueyeros y pastores de todas especies, á fin que el labrador tuviese bueyes para arar y bestias de carga, necesarias tambien al arquitecto para transportar los materiales, y por sus pieles y lanas al zapatero y texedor. *Adim.* No seria por cierto pequeña una ciudad en donde se encon-

trasen tantas gentes. *Soc.* Pues casi es imposible edificar una ciudad en un suelo de donde pueda sacarse todo lo necesario á su subsistencia, sin valerse de transportes. *Adim.* En efecto es imposible. *Soc.* Tendrá pues aún necesidad de personas destinadas, que le traigan de otras ciudades lo que le falta. *Adim.* Las necesitaria por cierto. *Soc.* Pero el destino de estas gentes seria inútil, si en cambio de lo que sacan no llevasen á estas ciudades lo que ellas necesitan, pues se volverian de vacío. No te parece? *Adim.* Es muy probable. *Soc.* No bastará pues á cada uno trabajar para sí y sus conciudadanos; sino que será preciso trabaje tambien para los extrangeros de quienes necesita. *Adim.* Esto es verdad. *Soc.* Nuestra ciudad segun esto, necesitará de mayor número de labradores y demas artesanos. *Adim.* Sin duda. *Soc.* Aún hay otra especie de gentes que se ocupa en la introduccion y extraccion de mercaderías, que son los comerciantes. No es así? *Adim.* Ciertamente. *Soc.* Luego tambien tendremos necesidad de comerciantes? *Adim.* Es muy cierto. *Soc.* Y si el comercio es por mar, necesitamos una multitud de personas instruidas en las maniobras de la navegacion. *Adim.* En verdad que de muchísimas. *Soc.* Pero en la misma ciudad, cómo nuestros ciudadanos se darian parte unos á otros de sus trabajos, habiendo sido esta la principal razon, que para hacerles vivir en sociedad tuvimos de edificar la ciudad? *Adim.* Es claro, que vendiendo y comprando. *Soc.* Segun

esto aún nos es necesario un mercado, y una moneda, que facilite la permuta en el comercio. *Adim.* No tiene duda.

Soc. Pero si el labrador, ó algun otro artesano, habiendo llevado á la plaza lo que tiene que vender, no llegó precisamente al mismo tiempo que los otros que necesitan de su mercancía, interrumpirá por aquel tiempo su trabajo, esperándoles en el mercado? *Adim.* Nada de eso. Hay gentes que de su voluntad se encargan de este ministerio para obviar aquel inconveniente, y en las ciudades bien civilizadas, son por lo comun personas débiles de cuerpo, é inútiles para otros destinos. Su oficio es permanecer en el mercado y comprar con dinero de unos lo que llevan á vender, para revenderlo despues á otros que necesitan comprarlo. *Soc.* En conseqüencia pues de esta necesidad, nuestra ciudad no puede pasarse sin regatones y chalanes: no es éste el nombre que damos á los que estableciéndose en la plaza, no tienen otro oficio que comprar y vender, reservando el nombre de mercaderes para los que andan de una ciudad en otra? *Adim.* En efecto que sí. *Soc.* Paréceme que aún hay otros que no hacen grandes servicios á la sociedad por sus talentos; pero cuyos cuerpos son robustos y capaces de muy grandes trabajos. Estos trafican pues con las fuerzas de sus cuerpos, llamando jornal el estipendio que resulta de este trafico, de donde les vino, en mi sentir, el nombre de jornaleros. No es esto así?

Adim. Ciertamente. *Soc.* Al parecer pues los jornaleros sirven tambien para hacer una ciudad completa. *Adim.* Así me parece. *Soc.* Por ventura pues, ó Adimanto, nuestra ciudad se aumentó ya bastante, de modo que pueda mirarse como perfecta? *Adim.* Acaso sí.

Soc. Dónde encontrariamos en ella la justicia é injusticia? y en quál de las cosas que hablamos creeriáis vos que tomaron ellas su orígen? *Adim.* Yo no lo veo, Sócrates, á ménos que esto sea en las relaciones mútuas que nacen de la necesidad de los ciudadanos. *Soc.* Acaso habreis vos acertado: veamoslo, y no nos acobardemos. Empezemos por echar una ojeada sobre el género de vida que llevarán los habitantes de esta ciudad. Su primer cuidado será procurarse comestibles, vino, vestidos, calzados y alojamientos: trabajarán en verano, las mas veces desnudos y á pie descalzo; por el invierno bien vestidos y calzados. Seránles de sustento los panes y exquisitas tortas, preparados de la molida y amasada harina de trigo y cebada. Estos manjares se los servirán en cestas de junco, ó sobre limpias hojas, y los comerán á su placer, recostados ellos y sus hijos en lechos compuestos de las verdes plantas de correguela y mirto. Beberán vino, coronados de flores, cantando las alabanzas de los dioses, y pasarán juntos su vida agradablemente. Por último, proporcionarán á sus bienes el número de sus hijos, para evitar las incomodidades de la pobreza, ó de la guerra.

En estò tomando la palabra, replicó Glaucon, paréceme que á estos hombres no les dais vianda ninguna que comer. Vos teneis razon, le dixe yo: habiaseme olvidado que ellos tendrian por vianda, sal, aceytunas, queso y cebollas, y la hortaliza y legumbres, que son los guisados del campo. Tampoco quiero privarles de los postres de higos, garbanzos, habas, bellotas y nueces del mirto, que tostarán al fuego y se las comerán bebiendo con moderacion. Y pasando así la vida llenos de alegría y de salud, llegarán, como es regular, á una extremada vejéz, y dexarán á sus hijos herederos de su felicidad. *Glauc.* Si hubieseis, Sócrates, formado una sociedad de cerdos, los alimentariais de otro modo? *Soc.* Pues qué es lo que se debe hacer, mi amado Glaucon? *Glauc.* Lo que comunmente se hace. Si quereis que vivan á gusto, hacedles comer en mesa, echados sobre sofaes, sirviendoles los platos que están en uso hoy dia. *Soc.* Muy bien; os entiendo. Parece que no buscamos ahora simplemente el orígen de una ciudad, sino el de una ciudad que rebose en regalos. Acaso no haremos mal en considerar tambien esto: podriamos muy bien descubrir por este camino de dónde nacen en la sociedad la justicia y la injusticia. Aunque sea lo que fuese, la verdadera ciudad, en mi sentir, es la que acabamos de describir, como á ciudad sana. Si quereis ahora que echemos la vista sobre la ciudad enferma y llena de humores, nada nos lo impi-

de. Hay grande apariencia, que muchos no estarán satisfechos del género de vida sencilla, que les hemos propuesto. Ellos añadirán camas, mesas, muebles de toda especie, guisados, olores, perfumes, rameras y toda variedad de golosinas y regalos. Ya no deberán contarse solamente entre las cosas necesarias, aquellas de que poco hace hablabamos, mesas, vestidos, calzados; sino que en adelante vá á ponerse en movimiento la pintura, y todas las otras artes hijas del luxo. Ya es necesario tener oro, marfil y materias preciosas de todas especies. No es así?
Glauc. Ciertamente.

Soc. Preciso pues será ensanchar mucho la ciudad, porque la sana de que yo he hablado vá á ser muy pequeña y se ha de rehinchir con un peso y multitud de gentes, que el luxo y no la necesidad han introducido en los estados, como los cazadores de toda especie, y aquellos cuya arte consiste en la imitacion, ahora sea en órden á las figuras y á los colores, ahora en órden á los tonos, los poetas con toda su comparsa, romanceros, actores, baylarines, impresarios, los artífices en todo género, en especial los que se ocupan en el adorno de las mugeres. Aún necesitaremos allí de muchos sirvientes, ayos, ayas, amas de leche, peluqueros, barberos, bodegoneros y cocineros, y aún añadiremos á estos los porquerizos. Nada de esto habia en nuestra primera (23) ciudad, porque no era necesario. Pero en ésta, cómo pasarse sin ello,

y sin todas las especies de ganados, cuyas carnes á cada uno se le antojase comer? *Glauc.* No es posible. *Soc.* Mas, llevando este tren de vida, los médicos, de los quales ántes apénas teniamos necesidad, nos serán absolutamente precisos. *Glauc.* Convengo en ello. *Soc.* Y el país que ántes bastaba para sustentar cómodamente á sus habitantes, no será en lo sucesivo demasiado pequeño? Ó qué diremos? *Glauc.* Que esto es verdad. *Soc.* Si pues queremos nosotros tener bastantes pastos y tierras de labor, necesidad tendremos de usurpar algo á nuestros vecinos; y nuestros vecinos harán otro tanto con nosotros, si traspasando los límites de lo necesario, se entregan como nosotros al deseo insaciable de enriquecerse? *Glauc.* Es como preciso que así suceda, Sócrates.

Soc. Haremos pues la guerra en pos de esto, Glaucon? ó qué partido tomaremos? *Glauc.* Haremos la guerra. *Soc.* No hablemos aún de los bienes ni de los males que la guerra trae consigo Digamos solamente que hemos descubierto nosotros el orígen de este azote, que quando descarga, acarrea funestos males á los estados y á los particulares. *Glauc.* Es muy cierto. *Soc.* Aún pues necesitamos encontrar puesto en nuestra ciudad para alojar nada ménos que á todo un exército, y por lo mismo engrandecerla considerablemente. Este exército, por lo que ahora deciamos, saldrá de los muros de la ciudad para defenderla con todas sus posesiones, contra las invasiones del ene-

migo. *Glauc.* Pues qué nuestros ciudadanos no podrán ellos mismos atacar y defenderse? *Soc.* No, si son ciertos los principios de que hemos convenido, quando levantabamos el plan de un estado. Porque, si os acordais, quedamos convenidos en que era imposible que un solo hombre desempeñase á un tiempo bien muchos oficios. *Glauc.* Decís mucha verdad. *Soc.* Y qué, á vuestro parecer, la guerra no es una especie de oficio? *Glauc.* En efecto que sí. *Soc.* Creeis vos que el estado deba cuidar mas del arte de zapatería, que del arte militar? *Glauc.* Seguramente que no. *Soc.* Pues nosotros no hemos querido que el zapatero fuese á un tiempo labrador, texedor, ó arquitecto, sino solamente zapatero, á fin que nos hiciese mejores zapatos. De la misma manera destinamos los otros, cada uno á lo que le era propio, sin permitirle mezclarse en oficio ageno, ni tener en toda su vida otro objeto que la perfeccion de su arte, no perdiendo la ocasion oportuna. Pensais vos que el exercicio de la guerra no sea de la mayor importancia, ó que sea tan fácil de aprender, que un labrador, un zapatero, ó qualquier otro artesano pueda al mismo tiempo ser guerrero? Qué! podria acaso alguno ser buen jugador de tablas (24) ó de dados, no aplicandose á estos juegos desde niño, sino jugando rara vez? Y con solo tomar un escudo, ó qualquier otra arma é instrumento bélico, salir en un solo dia soldado diestro en toda especie de peléa? Quando ninguno de los ins-

trumentos de qualquier otra arte que sea, por mas que se tome en mano, formará ningun artesano ni atleta, ni servirá de nada, á ménos que no se tenga un conocimiento exâcto de cada arte y se hubiese exercitado en él por mucho tiempo. *Glauc.* Si esto así fuese, serian por cierto muy apreciables los instrumentos. *Soc.* Segun esto, quanto de mayor importancia es el oficio de estos custodios del estado, tanto necesitará de mas desembarazo de los otros, de mas estudio y de mayor cuidado. *Glauc.* Yo así lo pienso.

Soc. No se necesitan tambien disposiciones particulares para desempeñar bien este empleo? *Glauc.* Sin duda ninguna. *Soc.* Luego nuestra obligacion seria al parecer, en quanto pudiesemos, escoger entre los diferentes caractéres los que sean mas á propósito para la custodia de un estado. *Glauc.* No tiene duda que esta eleccion deberia ocuparnos. *Soc.* Par diez, que nos encargamos de una cosa bien dificil: sin embargo no perdamos ánimo, adelantemos miéntras nos lo permitan las fuerzas. *Glauc.* En efecto no debemos acobardarnos. *Soc.* Encontrais vos que se diferencian en algo, en órden á la custodia, las propiedades de un perro de buena raza y las de un jóven guerrero? *Glauc.* Qué quereis vos decir? *Soc.* Quiero decir que uno y otro deben tener agudo el sentido para descubrir al enemigo, ligereza para perseguirle en descubriéndolo, y fuerza para combatirle, si dándole alcance con-

viniese hacerlo. *Glauc.* Ciertamente son necesarias todas estas cosas. *Soc.* Deberá tambien ser esforzado para combatirle con valor? *Glauc.* Sin disputa. *Soc.* Pero un caballo, un perro, ó algun otro animal puede ser esforzado, no siendo iracundo? No habeis advertido que la cólera es inexpugnable é invencible, y que hace al alma intrépida é incapáz de ceder al peligro? *Glauc.* Advertidolo he. *Soc.* Tales pues son las qualidades del cuerpo que debe tener un defensor del estado. *Glauc.* Ciertamente. *Soc.* Y tambien las del ánimo, esto es, ser iracundo. *Glauc.* Tambien esto. *Soc.* Pero mi amado Glaucon, si son tales, quales acabamos de decir, cómo no serán ellos feroces entre sí mismos, y para losd emas ciudadanos? *Glauc.* En verdad que es dificil no lo sean. *Soc.* Con todo, ellos deben ser dulces para con sus amigos, y guardar toda su ferocidad para los enemigos; pues sin esto no aguardarán á que vengan otros á destruirlos, sino que se aniquilarán prontamente á sí mismos, obrando de este modo. *Glauc.* Esto es verdad. *Soc.* Qué haremos pues? dónde encontraremos un carácter que sea juntamente dulce é irácundo? porque una de estas dos qualidades es contraria (25) á la otra. *Glauc.* Así parece. *Soc.* Pues ello es que no podria haber un buen defensor, si una de las dos le faltase: tenerlas entrambas, parece imposible; de donde se concluye que un buen militar en parte ninguna puede encontrarse. *Glauc.* Su riesgo corre.

Soc. Despues de haber titubeado algun tiempo y reflexîonado sobre lo que habiamos dicho mas arriba : mi amado amigo , dixe yo á Glaucon , si nos hallamos perplexos , bien lo merecemos , porque nos hemos descarriado del exemplo que nos habiamos propuesto. *Glauc.* Qué es lo que decís? *Soc.* No hemos reflexîonado que en efecto se encuentran tales caractéres , quales hemos tenido por chiméricos , y que reunen estas dos qualidades opuestas. *Glauc.* Dónde están? *Soc.* Qualquiera los puede notar en diferentes animales, y sobre todo en aquel guarda que nosotros tomamos por exemplo. Porque vos sabeis, que el carácter de los perros de buena raza es el sér muy halagüeños para aquellos á quienes conocen, y al contrario perversos para con los que les son desconocidos. *Glauc.* Muy bien lo sé. *Soc.* Luego la cosa es posible ; y queriendo nosotros un defensor de este carácter , no pedimos nada que sea contra naturaleza. *Glauc.* En efecto que no.

Soc. Pero no os parece que aún le falta algo á nuestro guarda , y que sobre el esfuerzo , es menester que sea naturalmente filósofo? *Glauc.* Qué quereis decir con esto? yo no os entiendo. *Soc.* Es muy fácil de advertir tambien este instinto en los perros, lo que en una bestia es muy digno de nuestra admiracion. *Glauc.* Qué instinto es éste? *Soc.* El ladrar contra aquellos que no conocen, aunque de ellos no hayan recibido ningun mal, y halagar á los conocidos , aunque ellos no les hayan hecho ningun bien. Por fortuna no habeis

admirado este instinto en los perros? *Glauc.* Yo no puse mucho cuidado hasta ahora ; pero de que hagan esto no tiene duda. *Soc.* Con todo parece que hay en este carácter natural alguna cosa singular y verdaderamente filosófica. *Glauc.* En qué? *Soc.* En que no distinguen al amigo del enemigo , sino porque conoce al uno y no conoce al otro. Cómo pues no seria deseoso de aprender , quando la regla por donde discierne al doméstico del extraño , es porque conoce al uno y desconoce al otro? *Glauc.* La cosa no es posible de otro modo. *Soc.* Ahora bien. El tener deseo de saber , y el ser filósofo , no es lo mismo? *Glauc.* Lo mismo. *Soc.* Digamos pues confiadamente del hombre , que para ser de un carácter dulce para con aquellos que conoce y para con sus amigos , es menester que sea filósofo y tenga deseo de saber. *Glauc.* Digamoslo en buen hora. *Soc.* Luego para que uno sea excelente guarda de nuestro estado , sobre ser esforzado, fuerte y ligero , debe ser tambien naturalmente filósofo. *Glauc.* Enteramente es así.

Soc. Tal sea pues el caráter de nuestros guerreros. Mas de qué modo les formaremos el espíritu y el cuerpo? Exâminemos ántes si esta averiguacion puede conducirnos al objeto de esta nuestra conversacion , que es conocer cómo la injusticia y la justicia nacen en la sociedad , á fin de no dexarla si puede contribuir en algo , ó de omitirla si es inútil. Yo pienso , replicó el hermano de Glaucon , que esta pesquisa contribuirá

en gran manera al descubrimiento de lo que buscamos. En verdad que pienso lo mismo, le dixe yo: y así, mi amado Adimanto, entremos en este exâmen y no lo dexemos por largo que sea. *Adim.* Ciertamente que no. *Soc.* Ea pues instruyamos nuestros guerreros por modo de conversacion, á la manera de aquellos que por pasar el tiempo se entretienen en contar cuentos. *Adim.* Soy muy gustoso, por ser lo mas acomodado.

Soc. Pero qué educacion conviene darles? Es dificil, creo yo, encontrar una mejor que aquella que de largo tiempo está en uso entre nosotros, y consiste en formar el cuerpo con la gymnástica, y el alma con la música (26). *Adim.* En efecto es así. *Soc.* No empezaremos pues nosotros su educacion por la música ántes que por la gymnástica? *Adim.* No hay inconveniente. *Soc.* Pero quando hablais vos de la música comprendeis tambien los discursos, ó no? *Adim.* Sí los comprendo. *Soc.* Pero los discursos son de dos especies, verdaderos unos, falsos otros. *Adim.* Ciertamente. *Soc.* Entrambos entrarán en el plan de educacion, empezando por los discursos falsos. *Adim.* No alcanzo vuestro pensamiento. *Soc.* Qué! no sabeis vos que lo primero que se hace con los niños, es contarles (27) fabulas? pues aunque en éstas se encuentre á veces alguna verdad, por lo comun no son sino un texido de mentiras: pero con ellas se divierte á los niños, hasta el tiempo de enviarles al gymnasio. *Adi-*

mant. Esto es mucha verdad. *Soc.* Á causa de esto dixe, que debia empezar ántes la educacion por la música, que por la gymnástica. *Adim.* Vos teneis razon. *Soc.* Tampoco ignorareis que todo pende de los principios, en especial respecto de la juventud; porque en esta edad aún tierna su alma recibe fácilmente todas las formas que se le quieren imprimir. *Adim.* No hay cosa mas cierta. *Soc.* Sufriremos pues nosotros con facilidad, que oigan los niños indiscretamente toda especie de fábulas, forjadas por qualesquiera advenedizos, y que su alma reciba impresiones la mayor parte contrarias á las idéas, que queremos nosotros que ellos tengan en edad mas adelantada? *Adim.* No se debe sufrir esto.

Soc. Empezemos pues desde luego por velar sobre los compositores de fábulas, eligiendo la que fuese buena y conveniente, y las que no, despreciandolas. Hecha la eleccion obligaremos á las ayas y madres, que con ellas entretengan los niños, y por este medio formen sus almas con mas cuidado, que el que ellas ponen en formar sus cuerpos con las manos. Por lo que hace á las fábulas que en el dia se les relatan, despreciarse deben la mayor parte. *Adim.* Qué fábulas son éstas? *Soc.* Juzgaremos de las pequeñas por las grandes, pues que ellas deben forjarse todas sobre un mismo modélo, y dirigirse al mismo objeto. No te parece bien? *Adim.* Muy bien. Pero yo no entiendo quáles son estas grandes fábulas de que vos hablais. *Soc.* Estas son las que He-

siodo, Homero y los otros poetas nos han vendido. Porque los poetas así los de ahora, como los de tiempos pasados, no tienen otro oficio que divertir al género humano con mentirosas fabulas. *Adim.* Qué fabulas vuelvo á decir? y qué encontrais en ellas de reprehensible? *Soc.* Yo reprehendo lo que en efecto y sobre todo merece ser reprehendido en esta especie de mentiras, en especial quando pecan contra la verosimilitud. *Adim.* Pero qué es esto? *Soc.* Es decir, quando se nos presentan los dioses y los héroes diferentemente de lo que ellos son: como quando un pintor hace retratos que no son parecidos. *Adimant.* Yo convengo en que esto es digno de reprehenderse; pero esta reprehension en qué conviene á los poetas? *Soc.* Primeramente, no es una mentira de las mas enormes y de la mayor conseqüencia aquella de Hesiodo, en las acciones que refiere de Urano, y la venganza que tomó Saturno, en el mal trato que éste dió á Jupiter, y en lo que tuvo él que sufrir de su hijo? Y aun quando todo esto fuese verdad, no son cosas éstas para decirse delante de niños desproveídos de razon, sino mas bien para enterrarlas en el silencio. Y si tuviese alguno precision de hablar, no debe hacerlo sino en secreto y á presencia de muy pocos jóvenes, despues de haberles hecho sacrificar, no un puerco, sino una víctima mas preciosa y mas rara (28), de la que muy pocas personas hayan oido hablar. *Adim.* Sin duda, que semejantes discursos son muy peli-

grosos. *Soc.* No deben, Adimanto, proferirse jamás en nuestra ciudad. Tampoco quiero que se diga, oyendolo un niño, que cometiendo los mas atroces delitos, aunque sea el vengarse cruelmente de su padre por injurias que hubiese recibido, no haria en esto nada de extraordinario y de que no le hubiesen dado exemplo los primeros y mas grandes de los dioses. *Adim.* Por cierto que tampoco me parece á mí que tales cosas sean buenas de decirse. *Soc.* Y si queremos que los defensores de nuestra república miren con horror las disensiones y discordias, no les hablaremos ni remotamente de las guerras y combates de los dioses, ni de los lazos que se armaban unos á otros; porque esto no es verdad. Aún ménos les contaremos con todos los adornos de la poesía, las guerras de los gigantes, y tanta especie de rencillas como han tenido los dioses y los héroes con sus parientes y con sus amigos. Si nuestro designio es persuadirles que jamás reynó la discordia entre los ciudadanos de una misma república, y que no puede verificarse esto sin gran crímen, obliguemos á los poetas á no componer nada, y á los viejos de uno y otro sexô á no contar cosa á los niños que no se encamine á este fin. Nunca por siempre se oiga decir entre nosotros que Juno fué aherrojada por su hijo, y Vulcano precipitado del cielo por su padre, por haber querido dar socorro á su madre, á tiempo que él la castigaba; ni contar todos estos combates de los dioses inventados por

Homero, ahora se encierren, ahora no, alegorías (29) ocultas en estas relaciones. Porque un niño no está en estado de discernir lo que es alegórico, de lo que no lo es; y todo lo que en esta edad se imprime en el alma, dexa allí huellas que con dificultad despues pueden borrarse, ni arrancarse.

Adim. Lo que vos decís es muy juicioso; pero si alguno nos preguntase qué cosas son éstas, y quáles las fábulas que conviene contarles, qué responderiamos nosotros? *Soc.* Adimanto, ni vos ni yo somos al presente poetas, sino fundadores de una república, y en calidad de tales nos toca conocer sobre qué modélos deben los poetas componer sus fábulas, prohibiendo absolutamente que no se separen de ellos; pero á nosotros no nos toca componerlas. *Adim.* Vos teneis mucha razon: mas declaradme aún, qué es lo que deben enseñarnos estas fabulas tocante á la divinidad. *Soc.* Es necesario que los poetas en todas sus composiciones nos representen á Dios tal como él es, ahora sea en la epopeya, ora en la óda, ora en la tragedia. *Adim.* Por cierto así corresponde. *Soc.* Pues Dios no es esencialmente bueno y siempre debe hablarse de este modo? *Adim.* Quién lo duda? *Soc.* Pues nada de lo que es bueno, es inclinado á dañar. No es así? *Adim.* Me parece que no. *Soc.* Y lo que no es inclinado á dañar, no sabria dañar en efecto? *Adim.* De ninguna manera. *Soc.* Pues lo que no daña, no hace mal ninguno? *Adim.* Tambien es

cierto. *Soc.* Y lo que no hace mal ninguno, tampoco seria causa de ningun mal? *Adim.* Cómo. *Soc.* Pero lo que es bueno, no es amigo de hacer bien? *Adim.* Sí. *Soc.* Luego es causa de aquel bien que se hace. *Adim.* Ciertamente. *Soc.* Luego lo que es bueno, no es causa de todas las cosas, sino causa solamente de las buenas y no de las malas. *Adim.* Enteramente es así. *Soc.* Cómo pues Dios sea esencialmente bueno, no es causa de todas las cosas, como se dice vulgarmente. Y porque los bienes y los males están divididos entre los hombres, de modo que siempre domina el mal, Dios solo es causa de una pequeña parte de lo que á los hombres acaece, no lo siendo de todo lo demas. Y así los bienes no deben atribuirse á otro que á solo Dios; pero en órden á los males es necesario buscar otra causa (30) que el Dios mismo. *Adim.* No hay cosa mas cierta que lo que vos decís.

Soc. No debe pues darse fé á Homero, ni á ningun otro poeta tan insensato que se haya atrevido á blasfemar contra los dioses y decir (*a*): *que en el palacio de Júpiter hay dos hidrias llenas de hados, la una de buenos y la otra de malos. Y que á quien Júpiter se los dá mezclados, tropieza por veces, ya en buenos, ya en malos acaecimientos; pero á quien no se los dá, sino puros de la una ó de la otra, la cruel miseria persigue al segundo por todas partes.* Ni tampoco debe

(*a*) Ilia. 24. v. 527.

creerse, *que Júpiter sea el repartidor de los bienes y de los males*. Y si alguno dixese tambien, que instigado de Júpiter y de Minerva, violó Pandaro los juramentos y rompió las treguas, nos guardariamos bien nosotros de aprobarselo; ni tampoco lo de la querella de los dioses apaciguada por Themis y por Júpiter. Ni sufriremos, que se diga en presencia de nuestra juventud, aquello de Eschylo, *que quando Dios quiere destruir una familia de raiz, hace nacer la ocasion de castigarla*. Pero si alguno compusiese una tragedia, sobre las desgracias de Niobe (31), ó de los descendientes de Pelope (32), ó sobre las de Troya, ú otras semejantes, nosotros le obligaremos á decir, que estas desgracias no son obras de Dios, ó que si Dios es el autor se encontrará en ellas una razon parecida á la que ahora buscamos: diciendo, que en esto nada hizo Dios que no fuese justo y bueno, y que este castigo se convirtió en provecho de aquellos que le recibieron (33). Pero que aquellos á quienes Dios castiga sean malaventurados, de modo alguno se ha de permitir que lo diga ningun poeta. Digan enhorabuena que los malos son dignos de compasion, en quanto tienen necesidad de castigo; pero digan tambien, que las penas que Dios les envía son un bien para ellos. Mas si por acaso se sostuviese en presencia nuestra que Dios, siendo bueno, ha causado mal á alguno, lo rechazaremos con todas nuestras fuerzas, y si queremos que nuestra república esté

bien gobernada, no hemos de permitir que nadie diga ni oiga semejantes discursos, ahora sea jóven, ahora sea viejo, ora sea en verso, ora sea en prosa, como que ellos son injuriosos á Dios, perjudiciales al estado, y que se oponen unos á otros. *Adim.* Mucho me agrada esta ley y de buena gana subscribo á su establecímiento. *Soc.* Sea pues esta una ley y el modélo de las que se establezcan tocante á los dioses (34), obligar á nuestros ciudadanos á decir, ya sea de palabra, ya sea por escrito, que Dios no es causa de todas las cosas (35), sino de las buenas. *Adim.* Esto basta.

Soc. Qué decís vos de esta segunda ley? Debe mirarse á Dios como un hechizero y como que puesto en zelada se divierte en tomar mil formas diferentes, tan pronto mostrándose el mismo y convirtiéndose en figuras extrañas; tan pronto alucinándonos, moviendo nuestros sentidos, como si estuviese realmente presente? ó por ventura no debe mas bien mirarse como un sér simple, y de todos los seres el ménos capáz de mudar de figura? *Adim.* Yo no sé que responderos por ahora. *Soc.* Pero á lo ménos vos respondereis á esto. Quando alguno dexa su forma natural, no es preciso que esta mudanza venga de sí mismo, ó de otro? *Adim.* No hay remedio. *Soc.* Pues las cosas quanto mejor constituidas, ménos sujetas están á mudanza y alteracion de parte de causas extrañas. Por exemplo, los cuerpos quanto mas sanos y robustos, son

ménos maltratados por los alimentos y el trabajo. Lo mismo sucede á todas las plantas respecto de la quemazon y de los vientos, y demas calamidades de las estaciones. *Adim.* Esto es cierto. *Soc.* El alma tambien quanto es mas esforzada y mas sábia, no es ménos turbada y alterada por los accidentes exteriores? *Adim.* Sí. *Soc.* Y por la razon misma, todas las obras de mano de hombre, los edificios, los vestidos resisten mas al tiempo y á todo lo que puede destruirles, á proporcion que están ellos mas bien hechos y bien trabajados. *Adim.* No tiene duda. *Soc.* En general, todo lo que es perfecto, ó por naturaleza, ó por arte, ó por entrambos, está muy poco sujeto á la mudanza de parte de una causa extraña. *Adim.* Asi debe de ser. *Soc.* Pero Dios y todo lo que á su naturaleza pertenece es perfecto. *Adim.* No me opongo. *Soc.* Considerándole pues de este lado, de ninguna manera es susceptible de mudanza. *Adim.* Ciertamente que no. *Soc.* Pero se mudaria y alteraria él á sí mismo? *Adim.* Es evidente, que si en Dios hubiese alguna mudanza, no podria venir de otra parte. *Soc.* Y acaso se mudaria á sí mismo en mejor ó en peor? *Adim.* Forzoso sería que esta mudanza fuese en peor; porque nosotros nos guardaremos bien de decir que le falte á Dios algun grado de hermosura y de virtud. *Soc.* Vos decis muy bien. Y esto supuesto, creeriais vos, Adimanto, que qualquiera que éste sea, hombre ó Dios, tome de su grado una forma ménos

hermosa que la suya? *Adim.* Esto es imposible. *Soc.* Luego es tambien imposible que Dios quiera mudarse; sino que siendo, como parece, hermoso y bueno de su naturaleza hasta no mas, conserva siempre la forma que le es propia (36). *Adim.* Paréceme que la cosa no puede ser de otro modo. *Soc.* Que á ningun poeta pues, varon ilustre, se le acuerde el decirnos, *que los dioses, á manera de peregrinos, andan de ciudad en ciudad, disfrazados de formas extrañas*: ni encajarnos mentiras con motivo de las metamórfoses de Proteo (37) y de Thetis (38): ni que en la tragedia, ó en qualquier otro poema se nos represente á Juno baxo la figura de una sacerdotisa, recibiendo regalos por los hijos del rio Inaco de Argos (39), á quienes habia dado vida: ni que se nos cuenten otras muchas semejantes falsedades. Ni que las madres, llenas de estas ficciones poéticas, amedrenten á sus hijos, haciéndoles creer intempestivamente tan vanas fábulas, como que ciertos dioses andan por la noche á todas partes, disfrazados en varios trages de viandantes y pasageros; porque esto es blasfemar contra los dioses, y hacer á un tiempo á los hijos cobardes y tímidos. *Adim.* Que se guarden muy bien de hacer ninguna cosa de éstas.

Soc. Pero acaso los dioses no pudiendo mudar de figura, pueden á lo ménos alucinar nuestros sentidos por prestigios y encantamentos, de modo que nos parezca que los vemos baxo de varias formas? *Adim.* Esto pudiera ser. *Soc.* Pues

qué Dios querria mentir de obra ó de palabra, presentandonos un fantasma en lugar de sí mismo? *Adim.* Yo no lo sé. *Soc.* Pues qué vos ignorais que la verdadera mentira, si me es lícito hablar así, es aborrecida igualmente de los hombres y de los dioses? *Adim.* Cómo entendeis vos esto? *Soc.* De este modo. Qué nadie quiere voluntariamente alojar la mentira en la parte mas noble de sí mismo, respecto á las cosas de grande importancia, sino que al contrario no hay cosa que tema más. *Adim.* Aún no os comprehendo. *Soc.* Vos creeis sin duda, que yo digo alguna cosa muy sublime. Pues lo que digo es, que nadie quiere engañar, ni ser engañado, ni que se le dexe en su alma la ignorancia tocante á la naturaleza de las cosas, y que no hay nada que temamos y abominemos mas, que alojar la mentira en nosotros mismos en órden á esto. *Adim.* Es muy cierto. *Soc.* La mentira pues, hablando con exâctitud (40) y propiedad es, lo que poco ántes decia, la ignorancia en el ánimo de aquel que es engañado; porque la mentira en las palabras no es mas que una expresion del sentimiento que el alma experimenta; y no es una mentira pura, sino un fantasma nacido á conseqüencia del error. No es así verdad? *Adim.* Ciertamente. *Soc.* Luego la verdadera mentira es igualmente aborrecida de los hombres y de los dioses. *Adim.* Yo tal pienso. *Soc.* Pero qué? no hay circunstancias en que la mentira en las palabras pierde lo que tiene de odioso, por lo que

llega á ser útil? No tiene su utilidad, quando uno se sirve de ella, por exemplo, para engañar á un enemigo, ó aún á los tenidos por amigos, á quienes el furor ó la demencia les provoca á cometer alguna accion de suyo mala, siendo entónces la mentira un remedio que se aplica para distraerle de su designio? Y aún en la mitologia de que hablamos arriba, la ignorancia en que estamos sobre la historia antigua, no nos autoriza para recurrir á la mentira que hacemos nosotros útil dándole los colores que mas se acercan á la verdad? *Adim.* Esto es muy cierto. *Soc.* Mas por quál de estas razones seria la mentira útil á Dios? Acaso por ignorar lo que pasó en tiempos antiguos, se veria precisado á disfrazar la mentira, baxo las apariencias de la verdad? *Adim.* Ridículo sería el decirlo. *Soc.* Dios no es pues un poeta mentidor. *Adim.* Creo que no. *Soc.* Pero mentiria acaso por temor de sus enemigos? *Adim.* No por cierto. *Soc.* Ó á causa de sus amigos furiosos é insensatos? *Adim.* Ninguno de los furiosos é insensatos es amado de los dioses. *Soc.* Ninguna razon hay pues que obligue á Dios á mentir. *Adim.* En efecto no la hay. *Soc.* Luego los dioses y génios por naturaleza son enemigos de toda mentira. *Adim.* Enteramente. *Soc.* Luego Dios es por esencia recto y veráz en palabras y en acciones; y no muda su forma natural, ni engaña á los otros, ni con fantasmas, ni con discursos, ni enviándoles señales, ora sea por la noche, ora por el dia.

Adim. Paréceme que vos teneis mucha razon en lo que hablais. *Soc.* Aprobareis pues nuestra segunda ley, que prohibe que se hable, ó que se escriba de los dioses de modo que nos los hagan mirar como hechizeros que toman diferentes formas, y que andan tras de engañarnos con sus discursos, ó con sus acciones? *Adim.* Yo la apruebo. *Soc.* Por tanto aunque haya muchas otras cosas que alabar en Homero, nosotros no aprobaremos de modo alguno aquel pasage donde dice que Júpiter envió un sueño á Agamenón (*a*); ni el lugar de Eschylo donde hace contar á Thetis lo que Apolo cantó en sus bodas asistiendo al festin, á saber: *que seria madre afortunada y amada de los dioses, y que mis hijos exêntos de enfermedades llegarian á una felíz vejéz. Cuyas predicciones me colmaban de alegría, no creyendo que la mentira pudiese salir de esta boca divina de donde salen tantos oráculos. Entre tanto este Dios, que habia cantado mis glorias, este Dios, que testigo de mi himeneo, me habia anunciado una suerte tan digna de envidia, este mismo Dios fué el homicida de mi hijo.* Quando alguno profiriese cosas tales, nos indignaremos contra él, y no le daremos lugar en nuestra (41) república: ni permitiremos de modo alguno semejantes discursos en boca de los maestros encargados de la juventud, si hemos de tener como deseamos defensores piadosos y pare-

(*a*) 2. Ilia. al principio.

cidos á los dioses, en quanto permite la flaqueza humana. *Adim.* Yo encuentro estos reglamentos muy sábios, y me valdré de ellos como de otras tantas leyes.

COLOQUIO TERCERO.

Soc. Tales son, tocante á los dioses, los discursos que conviene, ó no conviene que oiga la juventud, cuyo objeto principal debe ser honrar á los dioses y á sus padres, y mirar la concordia entre los ciudadanos, como uno de los mas grandes bienes de la sociedad. *Adim.* Lo que nosotros hemos disputado en este punto, me parece muy acertado. *Soc.* Ahora pues, si queremos que ellos sean esforzados, no será preciso que quanto se les diga se ordene á hacerles no temer la muerte? Ó pensais vos que pueda uno ser esforzado, teniendo consigo este temor? *Adim.* Par diez que no lo pienso. *Soc.* Pero cómo un hombre persuadido de la existencia de los infiernos (1) y del horror que reyna en estos lugares, podria no temer la muerte? *Adim.* Esto es imposible. *Soc.* Nuestra obligacion pues parece que es cuidar tambien de los que se ocupan en discurrir sobre este asunto, y encargar á los poetas que conviertan en elogios todo el mal que dicen comunmente de los infiernos; tanto mas que lo que ellos cuentan ni es verdadero, ni conducente para inspirar confianza a los guerreros (2). *Adim.* Sin duda debemos hacerlo. *Soc.* Borremos pues de las obras de Homero todos los

versos que siguen, empezando por estos (a): *Preferiria yo al imperio de los muertos la condicion de esclavo de un hombre pobre, que viviese del trabajo de sus manos.* Y (b), *Pluton temió que esta vasta y hedionda mansion de tinieblas y de horror odiada de los mismos dioses, no se descubriese á las miradas de los mortales é inmortales.* Y (c), *ay! no queda mas de nosotros despues de la muerte, que una sombra, una vana imágen privada de sentido y de razon.* Y aún (d), *el solo Tiresias* (3) *piensa; los otros no son sino sombras errantes á la ventura.* Y estos (e) : *Su alma volando de su cuerpo, se huyó á los infiernos lamentando su destino, apesadumbrada por dexar su fuerza y su juventud.* Y (f), *su alma, como si fuese humo, se huyó baxo tierra gimiendo.* Y por último (g): *Estas almas iban de compañía rechinando, al modo de aquellas aves lúgubres, que quando se desprenden del hueco de un peñasco donde estaban juntas, vuelan llenando el ayre de sus gritos funestos.* Pediremos pues encarecidamente á Homero y á los otros poetas, que no lleven á mal que borremos de sus escritos estos pasages y otros de esta naturaleza. Y no es porque no sean muy poéticos, y que no lisongeen agradablemente los oidos del pueblo; sino porque quanto mas hermosos son, tanto es mas pe-

(a) 11. Odys. v. 488. (b) 20. Ilia. v. 64.
(c) 23. Ilia. v. 103. (d) 10. Odys. v. 495.
(e) 22. Ilia. v. 362. (f) 23. Ilia. v. 100.
(g) 24. Odys. v. 6.

ligroso que sean oidos en qualquier edad que sea, de aquellos que deben estár libres de todo temor, y preferir la muerte á la esclavitud. *Adimant.* Teneis muchísima razon.

Soc. Borraremos aún todos estos nombres odiosos y formidables del *Cocyto* y de la *Estigia*, de *manes* y de *infiernos*, y otros semejantes que hacen tiritar á los que oyen pronunciarlos. Acaso tienen ellos su utilidad para otros fines (4); pero nosotros tememos que el horror que ellos inspiran, no resfrie y enmollezca demasiado el valor de nuestros guerreros. *Adim.* Es muy bien fundado este temor. *Soc.* Luego los quitaremos. *Adim.* Ciertamente. *Soc.* Y nos serviremos, sea ya de palabra, ya por escrito, de expresiones todas contrarias. *Adim.* Es evidente. *Soc.* Cortemos tambien estos lamentos y pesares, que se ponen á veces en boca de hombres grandes. *Adim.* Esta es conseqüencia necesaria de lo que acabamos de decir. *Soc.* Veamos pues si la razon autoriza ó no este cercenamiento. No es verdad que el sábio no mirará la muerte como un mal, respecto de otro sábio su amigo? *Adim.* Esto es cierto. *Soc.* No llorará pues sobre él, como si le hubiese acaecido alguna cosa funesta. *Adim.* Por cierto que no. *Soc.* Nosotros decimos tambien que si hay algun hombre que pueda estár satisfecho consigo mismo y no necesite de los demas hombres para ser felíz, éste sobre todos es el sábio (5). *Adim.* No hay cosa mas cierta. *Soc.* Luego para él no será una desgracia perder un hijo,

un hermano, las riquezas, ó algun otro bien de esta naturaleza. *Adim.* En efecto que no. *Soc.* Luego quando le acaeciere semejante accidente, no se afligirá y lo sufrirá con toda la paciencia posible. *Adim.* Es muy cierto. *Soc.* Razon pues tuvimos de quitar á los hombres ilustres los lamentos y gemidos, y reservarlos para las mugeres y no las fuertes entre éstas, como tambien para los hombres de un carácter afeminado; á fin que aquellos que destinamos á la custodia de nuestra ciudad, se averguenzen de semejantes debilidades. *Adim.* Hicimos muy bien.

Soc. Otra vez pues pediremos á Homero y á los otros poetas que no nos representen á Aquiles hijo de una diosa (*a*), *tan pronto echado de lado, ó boca abaxo, ó el rostro vuelto al cielo; tan pronto errante en la ribera del mar sumergido en tristeza : ni tomando el abrasado polvo á dos manos y llenandose la cabeza* : ni llorando y sollozando, como se vé que lo hizo aquel en Homero. Ni á Priamo rey respetable, casi igual á los dioses (*b*), *revolcandose sobre estiercol, abatiendose á los mas humildes ruegos, llamando á cada uno por su nombre para que tomase parte en su desgracia.* Aún con mas encarecimiento le pediremos que no nos represente á los dioses llorones y exclamando (*c*) : *Ay infelíz de mí! quán desgraciada es mi suerte! en que mal hado di á*

(*a*) 24. Ilia. v. 10. (*b*) 22. Ilia. v. 414.
(*c*) 18. Ilia. v. 54. Thetis.

luz tan buen hijo! Y si esto es cosa indecente respecto de los otros dioses, con mas fuerte razon es una temeridad en Homero que no merece perdon, haberse atrevido á imitar tan impropiamente al mas grande de los dioses, haciendole decir (*a*): *Ay! veo yo con mis ojos á pesar mio, á Hector, mortal para mí tan amado, huyendo en torno de las murallas de Troya: mi corazon se acongoja por el peligro que le amenaza.* Y en otro lugar (*b*): *Desdichado de mí! Los hados han dispuesto que Sarpedón, á quien mas amo de todos los mortales, perezca á manos de Patroclo hijo de Menecio.* Vos veis en efecto, mi amado Adimanto, que si nuestros jóvenes oyen sériamente esta especie de relaciones y no se burlan de todas estas debilidades, como que son indecorosas á los dioses, les seria muy dificil de tenerlas por indignas de sí mismos, porque al cabo son hombres, ni hacerse reprehensiones de cobardía, quando les viniese en pensamiento decir ó hacer algo semejante: ántes bien á los menores contratiempos se abatirian de ánimo y se abandonarian sin verguenza á los gemidos y á las lágrimas. *Adim.* No hay cosa mas cierta que la que vos decís.

Soc. Pero pues que acabamos de ver que esto seria del todo indecente, nosotros daremos crédito á nuestras razones, miéntras no se nos opongan otras mejores. *Adim.* Sin duda. *Soc.* Ni tam-

(*a*) 22. Ilia. v. 168. (*b*) 16. Ilia. v. 433.

poco es conveniente que sean ellos dados á la risa. Porque una risa descompuesta es señal de una grande alteracion en el alma. *Adim.* Á mí así me parece. *Soc.* No debemos pues sufrir que se nos representen hombres graves, y mucho ménos dioses deshechos en risa que no puedan moderar. *Adim.* Seguramente que no. *Soc.* Ni aprobaremos en Homero lo que de los dioses dixo (a): *Una risa interminable se movió entre los dioses, quando vieron á Vulcano andar afanado cojeando por la sala del festin. Adim.* Razon tendremos de no aprobarlo, segun lo que vos decís. *Soc.* No solo, segun lo que yo digo, sino segun la verdad exâcta que debe ir sobre todo. Porque si no nos hemos engañado quando diximos, que en realidad la mentira es inútil á los dioses, y útil á los hombres quando se valen de ella como especie de remedio; claro está que su uso debe confiarse á los médicos y no indiferentemente á todo el mundo. *Adim.* Es evidente. *Soc.* Á los magistrados pues con preferencia á toda otra persona les corresponde mentir (6), engañando al enemigo ó al ciudadano por el bien de la república. Á los otros nunca les debe ser permitida la mentira: y diremos nosotros que un particular que engaña á los magistrados es mas culpable que un enfermo que engaña á su médico, que un discípulo de la gymnástica que oculta al que le exercita los defectos de su cuerpo, que un

(a) 1. Ilia. v. 599.

marinero que disimula al piloto el estado del navio y del equipage suyo, ó de sus compañeros. *Adim.* Es mucha verdad. *Soc.* De consiguiente si el magistrado pilla en mentira á qualquier ciudadano que sea de condicion privada, ahora sea adivino, ora médico, ora carpintero, le castigará severamente, como introductor en el estado, así como en un navio, de un mal capáz de arruinarle y destruirle. *Adim.* Sin duda que este mal arruinaria el estado, si las acciones correspondiesen á las palabras.

Soc. Y qué? no debemos tambien criar á nuestros jóvenes guerreros en la escuela de la templanza? *Adim.* No puede ménos. *Soc.* Los principales efectos de la templanza no son por dicha el hacernos sumisos á los que gobiernan, y señores de nosotros mismos en órden á todo lo que concierne al comer y beber, y á los placeres de los sentidos? *Adim.* Así me parece. *Soc.* Segun esto, aprobaremos nosotros aquel pasage de Homero, en donde Diomedes dice á Esthenelo (a): *Amigo, oye sin chistar y sigue mis consejos.* Y este otro (b): *Caminaban los griegos llenos de enojo y esfuerzo, escuchando temerosos con silencio las órdenes de sus capitanes*, y todos los demas pasages semejantes á estos. *Adim.* Muy bien. *Soc.* Diremos acaso lo mismo de estas palabras (c): *Borrachon, ojos de perro, corazon de*

(a) Ilia. 4. v. 412. (b) Ibi. v. 431.
(c) 1. Ilia. v. 225.

ciervo (7), y lo demas que sigue; como tambien de todas las injurias que los poetas y otros escritores hacen proferir inconsideradamente á los súbditos contra sus superiores? *Adim.* Por cierto que no. *Soc.* En efecto que tales discursos no son muy propios para inspirar moderacion á nuestros jóvenes. Aunque por otra parte no es de maravillar que estos pasages causen algun deleite. Qué os parece á vos? *Adim.* Yo pienso lo mismo. *Soc.* Y qué? pensais vos que inspirará gran templanza á un jóven el oir alguna vez lo que Homero hace decir al sábio Ulises (*a*), que le parecia no haber cosa mas deleitable *que ver las mesas cubiertas de manjares regalados, y al escanciador derramar á la redonda el vino en las copas*: y en otro lugar (*b*): *que el género de muerte mas triste y aciaga es perecer de hambre*: ó quando nos representa á Júpiter desvelado de amor, miéntras que los demas dioses y los hombres gozaban de las dulzuras del sueño (*c*), olvidado por el exceso de su lasciva pasion de quantos designios habia formado, y de tal modo herido al ver á Juno, que no le sufre el retirarse á un lugar secreto para satisfacer sus deseos; sino que se acuesta con ella sobre el mismo monte Ida, protestándole *que jamás se habia sentido tan enamorado de ella, ni aún quando por la vez primera se vieron á escondidas de sus padres*: ó

(*a*) Odys. 9. al principio. (*b*) Odys. 12. v. 432.
(*c*) Ilia. 14.

quando cuenta la aventura de Marte y de Venus sorprendidos en las redes de Vulcano, y otras cosas tales como éstas (*a*): creeis vos acaso que todo esto sea muy propio para inclinar nuestros jóvenes á la templanza? *Adim.* Por cierto que me parece no es decente. *Soc.* Pero quando nos pintan sus héroes en la adversidad, hablando y obrando con grandeza de alma, entónces es quando debemos admirarle y escucharle. Como quando dixo (*b*), que *Ulises hiriendose el pecho, reanimó su esfuerzo con estas palabras. Sufre alma mia esta desgracia; tú que probaste ya otras mayores.* *Adim.* Ciertamente que sí.

Soc. Tampoco hemos de sufrir que nuestros jóvenes sean avaros, ni que se dexen corromper por los regalos. *Adim.* De ninguna manera. *Soc.* Que no se cante pues en su presencia (*c*): *Los regalos, creeme, ganan las voluntades á los reyes y á los dioses.* Ni se apruebe como moderado y sábio el consejo que Phenix ayo de Aquiles le dió, de socorrer á los griegos, si le hacian regalos, y de mantener su enojo, sino se los hacian. Rehusaremos tambien creer y confesar que Aquiles haya sido avaro hasta el extremo de recibir regalos de Agamenón, y de no querer restituir el cuerpo de Hector á su padre, hasta despues que le hubo pagado el rescate. *Adim.* Ni son brillantes estos rasgos, ni dignos

(*a*) Odys. 8. (*b*) Odys. 20. v. 17.
(*c*) 9. Ilia. v. 600.

de loa. *Soc.* Con gran pena me determino á decir, que Homero hizo mal en aplicar á Aquiles semejantes acciones, ó en dar fé en esto á lo que otros ántes de él habian publicado: y otro tanto digo de las amenazas que este héroe hizo á Apolo (*a*): *Tú me has perdido, de todos los dioses el mas cruel; yo tomaria de tí venganza, si estuviese en mi mano*: y de su resistencia al rio dios Escamandro (8), contra el qual estaba pronto á pelear, y de lo que dixo con motivo de sus cabellos que estaban consagrados al rio Esperchio (*b*), *que los ofreceria sobre el sepulcro de su amado difunto Patroclo.* No es creible que él hubiese dicho nunca, ni hecho jamás cosa semejante (*c*), ni que arrastrase el cadáver de Hector en torno del sepulcro de Patroclo, ni que hubiese sacrificado sobre la hoguera cautivos troyanos reservados de intento para este cruel suplicio. Nosotros sostendremos que todo esto no es verdad, y no permitiremos que se haga creer á nuestros guerreros, que Aquiles hijo de Tetis y del moderado Peleo, viznieto de Júpiter, discípulo del muy sábio Centauro (9) Chiron, haya tenido el alma tan en extremo desconcertada que se dexase dominar de dos tan contrarias pasiones, como son una sórdida avaricia y un orgullo que insultaba á los hombres y á los dioses. *Adim.* Vos teneis razon.

(*a*) 22. Ilia v. 12. (*b*) 23. Ilia. v. 151.
(*c*) 22. Ilia. v. 400.

Soc. Guardemonos bien de creer tampoco, ni aún permitir que se diga, que Theseo hijo de Neptuno, y Pirithoo (10) hijo de Júpiter, formaron el designio del atróz rapto que se les atribuye, ni que ningun otro hijo de los dioses, ningun héroe haya sido osado de cometer las crueldades é impiedades de que son acusados con mentira. Y obliguemos á que reconozcan los poetas que los héroes ó jamás han incurrido en semejantes acciones, ó si las cometieron, no fueron ellos de la raza de los dioses: pero nunca les permitamos que digan que son á un tiempo hijos de los dioses y culpables de tales delitos; ni que emprendan persuadir á nuestros jóvenes, que los dioses han hecho algunas cosas malas, y que los héroes en nada se aventajan á los meros hombres. Porque como deciamos mas arriba esta especie de discursos ni son ciertos, ni religiosos, y hemos manifestado ser imposible que los dioses sean autores de mal alguno. *Adim.* No puede ménos. *Soc.* Añadamos aún que los tales discursos son muy nocivos á los que los oyen. Porque qué hombre no justificaria á sus ojos su maldad, estando persuadido que él no hace sino lo que hacian y hacen los hijos de de los dioses, parientes del gran Júpiter, *cuyo altar á Júpiter pátrio se levanta en los ayres sobre la cima del monte Ida, y cuya sangre corre aún en sus venas.* Por todas estas razones se han de ahuyentar de nuestra ciudad semejantes ficciones, no sea que ellas engendren en nuestra juven-

tud una desgraciada facilidad en cometer los mayores delitos. *Adim.* Así debemos hacerlo.

Soc. Habiendo empezado pues á determinar qué discursos deban tenerse y quáles no en presencia de nuestros jóvenes, réstanos aún por fortuna alguna especie de que debamos hablar? Porque tratado está ya lo que debe decirse en orden á los dioses, á los génios y á los héroes, y á lo que pasa en los infiernos. *Adim.* Así es. *Soc.* Acaso pues éste seria el lugar oportuno de arreglar la materia de los discursos que miran á los hombres? *Adim.* Sin duda. *Soc.* Pero, mi amado amigo, esto nos es imposible por ahora. *Adim.* Por qué? *Soc.* Porque pienso que hemos de decir, que los poetas y oradores se engañan respecto de los hombres en cosas de la mayor importancia, quando dicen ellos, que los malos por lo comun son felices, y los hombres de bien desdichados: que la injusticia es útil, con tal que se tenga de oculto; que al contrario la justicia es provechosa á los demas, y nociva á solo aquel que la practica. Nosotros les prohibiriamos semejantes discursos, obligandoles en lo sucesivo á decir lo contrario, ahora sea en verso, ahora en prosa. No es así verdad? *Adim.* Estoy convenido. *Soc.* Pues si vos confesais que tengo razon en esto, yo concluiré que habeis convenido en lo que disputamos desde el principio de esta conversacion. *Adim.* Vuestra reflexion es justa. *Soc.* Dilatemos pues el probar que estos son los discursos que deben tenerse tocante á los hombres,

para quando hayamos descubierto qué cosa sea la justicia, y si es en sí provechoso el ser justo, ora sea tenido por tal, ora no. *Adim.* Me parece muy acertado.

Soc. Bastante hemos dicho ya en órden á los discursos: pasemos ahora á lo que mira á la *locucion*, y con esto habremos tratado á fondo lo que debe ser la materia del discurso, y de la forma que conviene darle. *Adim.* Yo no os entiendo. *Soc.* Conviene pues que lo entendais, y así veamos si me comprehendereis mejor de este otro modo. Todo quanto dicen los poetas y mitologistas es por dicha otra cosa que una relacion de cosas pasadas, presentes, ó por venir? *Adim.* Qué otra cosa puede ser? *Soc.* Para esto no se valen ellos, ó de la relacion sencilla, ó de la imitativa, ó de la relacion compuesta de entrambas? *Adim.* Ruegoos que me expliqueis aún esto con mayor claridad. *Soc.* Segun parece, debo de ser yo un preceptor ridículo, que no me sé dar á entender. Á exemplo pues de aquellos que no tienen facilidad en explicarse, voy á intentar el haceros comprehender mi pensamiento proponiendole no por entero, sino parte por parte: respondedme. Sabeis vos los versos primeros de la Iliada, donde cuenta Homero que Chryses suplicó á Agamemnón que le restituyese su hija, y que éste se lo negó ásperamente? Visto lo qual por Chryses se retiró y con encarecimiento suplicó á Apolo que le vengase de este agravio sobre el exército de los griegos? *Adim.* Sé

muy bien esto. *Soc.* Vos sabreis tambien que hasta estos versos, *él suplicó á todos los griegos y en particular á los dos hijos de Atreo, gefes del exército*, el poeta habla en su nombre y no intenta hacernos creer, que sea otro que él mismo el que habla. En vez que en adelante habla en persona de Chryses y se vale de todo su arte para persuadirnos que no es ya Homero el que habla, sino este anciano sacerdote de Apolo. De este género son la mayor parte de las relaciones de los sucesos acaecidos en Troya y en Itaca, y de lo que se cuenta en toda la Odysea. *Adim.* Todo es muy cierto. *Soc.* Mas por ventura no es siempre una narracion, ora hable el mismo, ora haga hablar á los otros, ora cuente la seguida del suceso, ora los incidentes? *Adim.* Sin duda. *Soc.* Pero quando pone algun discurso en boca de otro, no diremos que procura acomodarse lo mas que puede al carácter de aquel que introduce como interlocutor? *Adim.* Sí. Y por qué no? *Soc.* Acomodarse al carácter de otro, ya sea en el gesto, ya sea en la voz, no es imitar á aquel á quien se asemeja? *Adim.* Sin disputa. *Soc.* En estos lances pues, las relaciones tanto de Homero, como de los otros poetas, son relaciones imitativas. *Adim.* Convengo en ello.

Soc. Por el contrario, si el poeta no se disfrazase nunca baxo la persona de otro, todo su poema y su narracion, serian sencillos y sin imitacion ninguna. Mas para que no digais que no comprehendeis cómo pueda hacerse esto, voy á

explicaroslo. Si Homero en diciendo que Chryses (11) vino al campo con el rescate de su hija é hizo su súplica á los griegos, en especial á los dos Reyes, hubiese continuado la relacion en nombre suyo y no en nombre de Chryses, ya no seria esto entónces una imitacion, sino una sencilla relacion. Ved, por exemplo, como lo habria contado. Dirélo en prosa, porque yo no soy poeta. *El sacerdote de Apolo venido al campo, pidió á los dioses, que los griegos ganada Troya, se volviesen salvos á su tierra. Al mismo tiempo suplicó encarecidamente á los griegos, en nombre de Apolo, que le restituyesen su hija, aceptando el rescate. Todos los otros griegos movidos del respeto ácia este anciano, condescendieron en su súplica. Solo Agamemnón se enfureció contra él, y mandó que se retirase y no pareciese en su presencia, porque si volvia, ni el cetro ni las insignias del Dios le libertarian de su cólera: asegurandole que primero que le fuese restituida su hija, envejeceria ella en Argos en compañía suya. Por tanto mandóle marchar, y que no le irritase mas, si es que queria volver sano y salvo á su casa. En oyendo esto el anciano se amedrentó, y se retiró sin decir palabra. Pero despues que estuvo separado del exército, hizo su ferviente oracion á Apolo, invocandole por todos sus nombres, recordandole y pidiendole que si en algun tiempo habia hecho algo de grato á sus ojos, ya edificandole un templo, ya sacrificandole víctimas escogidas, le rogaba que en recompensa*

de su piedad, descargase sus flechas sobre los griegos y vengase de este modo las lágrimas que ellos le habian hecho derramar. Ved aquí, ó amigo, lo que yo llamo relacion sencilla y sin imitacion. *Adim.* Ya lo entiendo. *Soc.* Sabed vos tambien que hay una especie de narracion contraria á ésta, quando suprimiendo el poeta todo lo que entremezcla en nombre suyo, en los discursos de aquellos á quienes hace hablar, no dexa sino el diálogo. *Adim.* Tambien entiendo esto. Esta narracion es propia de la tragedia. *Soc.* Justamente es así. Y ahora espero que me será fácil haceros entender lo que ántes no podia explicaros; á saber, que en la poesía y en la mitologia hay tres especies de narraciones. La primera, que es enteramente imitativa, y como vos acabais de decir, pertenece á la tragedia y á la comedia: La otra, que se hace en nombre del poeta, y la encontrareis comunmente empleada en los dithyrambos; y la tercera que está mezclada de lo uno y de lo otro, y se sirven de ella en la epopeya y en otras oraciones, si es que por fortuna me entendeis. *Adim.* Sí, ahora entiendo lo que vos queriais decir entónces.

Soc. Acordaos tambien de lo que deciamos nosotros mas arriba, que despues de haber arreglado lo que tocaba á la materia del discurso, nos restaba aún exâminar la forma. *Adim.* Me acuerdo. *Soc.* Esto pues era lo que yo queria deciros, que debiamos discurrir entre nosotros, si por suerte convendria dexar á los poetas la

libertad de usar de las narraciones del todo imitativas, ó en parte solamente; y qué regla les prescribiriamos para esta especie de relaciones, ó si les prohibiriamos toda imitacion. *Adim.* Sospecho que vuestro designio es, querer averiguar si se ha de recibir, ó no en nuestra ciudad la tragedia y la comedia. *Soc.* Puede ser, y aun algunas otras cosas mas; porque al presente todavia no lo sé: pero yo me dexaré llevar adonde me echase el soplo de la razon. *Adim.* Está muy bien dicho. *Soc.* Exâminad ahora, mi amado Adimanto, si será del caso que nuestros guerreros sean imitadores, ó no. De lo que ántes diximos se sigue, que cada qual no puede desempeñar bien, sino una sola cosa, y que si se aplica á muchas, no saldrá aventajado en ninguna de modo que se haga célebre. *Adim.* Así debe de ser. *Soc.* Lo mismo pues sucede respecto de la imitacion, que un mismo hombre no puede imitar tan bien muchas cosas, como una sola. *Adim.* Ciertamente que no. *Soc.* Aún ménos podrá él aplicarse á qualquier arte sério y de importancia, y al mismo tiempo imitar muchas cosas y ser imitador de profesion; tanto mas que el mismo hombre no puede executar bien dos imitaciones, las quales al parecer tienen mucho la una de la otra; como la tragedia (12) y la comedia. Á éstas, hace poco, no las llamabais imitaciones? *Adim.* Sí, y vos teneis razon de decir, que no pueden salir aventajados á un mismo tiempo en estos dos géneros. *Soc.* Tam-

poco se encuentra nadie que sea á un tiempo buen (13) recitante y buen actor. *Adim.* Esto es verdad. *Soc.* Ni aún los mismos actores son igualmente buenos para lo trágico y para lo cómico. Pues todo esto qué otra cosa es que imitaciones? No es así? *Adim.* En efecto lo son. *Soc.* Paréceme aún, amado Adimanto, que los talentos del hombre están divididos en porciones mas pequeñas; de manera que es imposible imitar bien muchas cosas, ó hacer seriamente las cosas mismas que se imitan. *Adim.* No hay cosa mas cierta.

Soc. Si nos hemos pues de atener á nuestro primer reglamento, por el qual nuestros guerreros libres de toda otra ocupacion, deben aplicarse únicamente á conservar y defender la libertad del estado, y no pensar en otra cosa que en lo que se encamina á este objeto; no les convendria ciertamente hacer, ni remedar qualquiera otra cosa que fuese: mas si por acaso imitasen algunas, que imiten desde jóvenes las que pueden conducirles á este fin, esto es, la fortaleza, la templanza, la santidad, la grandeza de alma y las demas virtudes. Pero de las viles y vergonzosas ni hagan ninguna, ni siquiera tengan el talento de imitarlas, no sea que ellos lleguen á ser tales, quales aquellos á quienes remedan. No habeis vos advertido que la imitacion, quando se contrae el hábito desde la juventud, pasa á costumbre, y se convierte en naturaleza, y se toma poco a poco el tono, los gestos, y el modo de pensar de aquellos á quienes se contrahace?

Adim. No hay cosa mas comun. *Soc.* No sufriremos pues que los que están baxo nuestro cuidado á quienes imponemos la obligacion de ser virtuosos, siendo hombres, se diviertan en contrahacer una muger (14), ora sea jóven, ora sea vieja, ya injuriando á su marido, ó ya orgullosa igualandose á los dioses quando se tiene por feliz, ó en las desgracias abandonandose á los quexidos y lamentos. Mucho ménos sufriremos que la remeden, ó enferma ó amorosa, ó en los dolores del parto. *Adim.* De ningun modo se ha de permitir. *Soc.* Que tampoco imiten ellos á los esclavos de ambos sexôs, en las acciones propias de su condicion. *Adim.* Tampoco esto. *Soc.* Ni á los hombres malos y cobardes, que hacen cosas contrarias á las que ahora deciamos, injuriandose, insultandose y diciendose groserías unos á otros, sea que estén embriagados, ó bien sóbrios y á sangre fria; ni los otros discursos y otras acciones en que faltan las tales personas á lo que se deben á sí mismos y reciprocamente unos á otros. Soy de parecer tambien, que no deben acostumbrarse á contrahacer lo que dicen y hacen los que están enfurecidos; porque es cierto que se deben conocer los locos y los malos, tanto hombres como mugeres, pero ninguna de sus cosas deben hacerse ni imitarse. *Adim.* Es muy cierto.

Soc. Mas por dicha deben ellos contrahacer á los caldereros, latoneros, ó qualquier otro artífice que sea, ó á los remeros y patrones de galeras, ó en fin alguna otra cosa semejante?

Adim. Cómo deberian ellos hacerlo, quando no les es aún permitido entender en ninguna de estas cosas? *Soc.* Y qué? les convendrá acaso imitar el relincho (15) de los caballos, el mugido de los toros, el murmullo de los rios, el bramido del mar y del trueno, y así de todo lo demas? *Adim.* No, puesto que no le es permitido ser insensatos, ni asemejarse á los que lo son. *Soc.* Si mal no entiendo vuestro pensamiento, hay un modo de hablar y referir, del qual se sirve el hombre honrado quando se le ofrece decir alguna cosa; y hay otro modo contrario de que se valen aquellos que son mal nacidos y mal criados. *Adim.* Quáles son estos modos? *Soc.* Paréceme que el hombre honrado, quando su discurso le conduce á la relacion de lo que dixo ó hizo un hombre de bien, se esforzará á representarle en su propia persona, y no se avergonzará de semejante imitacion, sobre todo quando tendrá ella por objeto pintarle en una situacion en que manifiesta sabiduría y prudencia: pero lo hará pocas veces, y con ménos aplicacion, quando le ocurra representarle, ó abatido por la enfermedad, ó vencido por el amor, ó por la embriaguéz, ó por qualquier otro accidente enojoso. Mas quando se le ofrezca la ocasion de contrahacer algun personage despreciable é indigno de su persona, jamás se abatirá á imitar seriamente á uno peor que él, sino es que sea como de paso y quando hubiese hecho alguna accion buena: al contrario se llenará de

rubor, no estando exercitado en imitar semejantes personages, y se querria muy mal, si se vaciase y se formase por el modelo de los malos; y como los desprecia, nunca los remedará, á ménos que esto sea por juego y pasatiempo. *Adim.* Es muy probable.

Soc. Su narracion pues será qual aquella que poco ántes deciamos de Homero, en parte sencilla, en parte imitativa, de modo no obstante que se encuentre rara vez la imitacion en la seguida de un largo discurso. Por ventura tengo razon en lo que digo? *Adim.* Y mucha. Asi debe hablar un orador de este carácter. *Soc.* Luego el que tenga un carácter opuesto, quanto mas liviano fuese, tanto se inclinará mas á imitarlo todo, y no habrá cosa que la crea indigna de su persona; de modo que hará un estudio de contrahacer en público todas aquellas cosas, que ahora deciamos, los truenos, el ruido espantoso de los vientos y del granizo, el rechinar de los exes y de las ruedas, el sonido de las trompetas, flautas, chirimías, y de toda especie de instrumentos, el ladrido de los perros, el balido de las ovejas y el canto de las aves: y todo su discurso se empleará en imitar el tono y expresiones de otro, y apénas tendrá lugar en él la simple narracion. *Adim.* No podria ser de otro modo. *Soc.* Tales son pues, las dos especies de narracion, de que yo queria hablar. *Adim.* Muy bien. *Soc.* De estas dos, la primera admite pocas transiciones, y en dando uno á la locucion

la armonía y número (16) que le conviene, casi no tiene necesidad el que bien habla de emplear otra frase ni armonía, porque mudanzas muy pequeñas y número muy parecido bastan por lo comun. *Adim.* Así es como vos decís. *Soc.* Pero qué? la segunda por el contrario, no tiene necesidad de todas las armonias y de todos los números, para explicar bien lo que quiere decir, por quanto ella abraza toda especie de transiciones (17) imaginables? *Adim.* Mucho que es así. *Soc.* Mas á dicha los poetas todos, y en general quantos cuentan alguna cosa, no se valen del uno de estos modos de decir, ó del otro, ó de entrambos mezclados? *Adim.* Es como preciso.

Soc. Qué haremos pues? las recibiremos todas en nuestra república, ó alguna de las simples, ó la mixta? *Adim.* Si prevaleciese mi opinion, nosotros nos contentariamos con la narracion simple, inventada para representar al hombre de bien. *Soc.* Sí: pero mi amado Adimanto, la mixta tiene muchísima gracia; y la opuesta á la que vos escogeis es infinitamente agradable á los muchachos, y aún á los mismos que se encargan de la juventud, y sobre todo á la mayor parte del pueblo. *Adim.* Convengo en ello. *Soc.* Acaso alegareis vos por razon, que no se adapta ella á nuestro plan de gobierno, porque entre nosotros no hay hombre que reuna en sí los talentos de dos ó mas hombres, puesto que cada uno no hace mas de una sola cosa? *Adim.* Esta es

justamente la razon que tengo. *Soc.* Segun esto pues en sola nuestra ciudad encontraremos que el zapatero solamente es zapatero, y no juntamente con su oficio piloto; el labrador, labrador y no juez ademas; el guerrero, guerrero y no sobre esto comerciante, y así de los otros. *Adim.* Esto es verdad. *Soc.* Si pues alguno de estos hombres hábiles en el arte de imitarlo todo y de tomar mil formas diferentes, llegase á nuestra ciudad con ánimo de hacer ostentacion de su persona y de sus obras, nosotros le venerariamos como hombre divino, maravilloso y embelesador; pero le diriamos que nuestra ciudad no se fundó para poseer hombre de tan raro mérito, y que no nos es permitido tenerlos semejantes: luego le encaminariamos á otra ciudad, despues de haber derramado perfúmes sobre su cabeza y coronandole de lana (18): y nos valdriamos de un poeta y de un fabulista mas austéro y ménos gracioso; pero mas útil, que imitase el estílo que conviene al hombre honrado, y siguiese escrupulosamente las formulas que prescribimos ántes, dando el plan de educacion á nuestros guerreros. *Adim.* Nosotros prefeririamos este último sin dudar, si en nuestra mano estuviese la eleccion. *Soc.* Paréceme, mi amado amigo, que hemos tratado á fondo esta parte de la música que concierne á los discursos y á las fábulas; porque hemos hablado de la materia y del modo de decir. *Adim.* Soy de vuestro parecer.

Soc. Réstanos ahora hablar de la otra parte

de la música que mira al canto y melodía. *Adim.* Ciertamente. *Soc.* Á dicha pues no encontraria ya todo el mundo á primera vista lo que en órden á esto teniamos que decir, y qué reglas prescribiriamos yendo consiguientes á nuestros principios? Por lo que á mí toca, Sócrates, replicó Glaucon sonriendose, yo no soy de este número. Yo no podria atinar justamente por ahora (bien que lo sospecho), quáles son aquellas cosas que nosotros debieramos decir. *Soc.* Pero á lo ménos vos estareis en estado de asegurarnos que la melodía se compone de tres cosas, de palabras, de armonía y de número. *Glauc.* Oh! por lo que hace á esto, sí. *Soc.* En quanto á las palabras, ora estén puestas en música, ora no lo estén, no deben ellas disponerse siempre por las mismas leyes que poco ántes hemos establecido? *Glauc.* Es cierto. *Soc.* Necesario es tambien que la armonía y el número correspondan á las palabras? *Glauc.* No hay que hacer. *Soc.* Pero dexamos ya dicho, que se deben desterrar del discurso los llantos y lamentos. *Glauc.* Esto es verdad. *Soc.* Quáles son pues las melodías lamentables? decidmelo; porque vos sois músico. *Glauc.* Estas son, la lydia mixta y la aguda, y algunas otras semejantes. *Soc.* Luego separarse deben como inútiles, no solo para los hombres, sino aun para aquellas mugeres, que se precian de ser sábias y moderadas. *Glauc.* Enteramente. *Soc.* Tampoco hay cosa mas indecente á los guerreros, que la embriaguéz, la molicie y la indo-

lencia. *Glauc.* Sin contradiccion. *Soc.* Quáles son pues las melodías afeminadas, y usadas en los festines? *Glauc.* La jónica y la lydia, que algunos llaman laxas (19) ó bémoles. *Soc.* Pero de estas armonías, amigo, puede resultar alguna utilidad á los guerreros? *Glauc.* Ninguna; y así no os quedan otras que la dorica y la frigia. *Soc.* Yo no conozco las armonías por sus nombres; pero dexad á un lado dos, la una fuerte, que imite el tono y expresiones de un hombre de esfuerzo, ora sea en la peléa, ora en qualquier otra accion violenta, como quando se arriesga volando al frente de las heridas y de la muerte, ó quando caido en algun desastre, rechaza en todas ocasiones con serenidad y valentía, los asaltos de la fortuna: la otra mas tranquila, propia de las acciones pacíficas y no violentas, sino voluntarias, y que conviene al estado de un hombre que invoca á Dios, ó que persuade, ruega, instruye ó aconseja á los otros hombres; ó al contrario que condesciende á sus suplicas, y se presenta afable á escuchar sus lecciones y sus consejos; y que aún saliendo á pedir de boca en quanto emprende, léxos de engreirse, se porta con sabiduria y moderacion en todos estos lances, mostrandose siempre contento de lo que le sucede. Reservadnos estas dos armonías, la violenta y la voluntaria, que expresen mas al natural el caracter de los hombres sabios y esforzados, ora se hallen en buena, ora en mala fortuna. *Glauc.* Las que vos

pedís son precisamente las dos últimas que he nombrado.

Soc. Nosotros pues no necesitaremos en nuestros cantos y en nuestra melodía de instrumentos de muchos tonos, ni de muchas armonías. *Glauc.* Paréceme que no. *Soc.* Luego no permitiremos que haya artífices de trigonos, de pectidas, ni de ningun otro instrumento de muchas cuerdas y consonancias. *Glauc.* Por cierto que no. *Soc.* Pero qué? recibiremos en nuestra república á los hacedores y tocadores de flautas? No equivale este instrumento á los que tienen gran número de cuerdas? y los que hacen todos los tonos, qué otra cosa son que imitaciones de la flauta? *Glauc.* Es evidente. *Soc.* La lyra pues y el laud os quedan para usarlos en la ciudad, y algun pífano ó zampoña que sirva á los pastores en el campo. *Glauc.* Así se infiere de lo que nosotros acabamos de decir. *Soc.* Por último, mi amado amigo, no haremos mal en preferir Apolo á Marsyas (20), y los instrumentos de los quales aquel dios es inventor, á los del satyro. *Glauc.* Par diez que estoy en que no. *Soc.* Por el can (21), que sin advertirlo hemos purgado bien esta ciudad, que poco ántes deciamos, que rebozaba en delicias. *Glauc.* Y lo hicimos sábiamente.

Soc. Acabemos pues de purificarla enteramente, y digamos del número lo mismo que de la armonía, que se debe desterrar la variedad y multiplicidad de cadencias, y buscar los numeros que expresan el carácter del hombre sábio y

valeroso : y una vez encontrados sujetar el pie y el canto á las palabras , y no las palabras al pie y al canto. Mas quáles sean estos números á vos os toca decirlo , como hicisteis en las armonías. *Glauc.* En verdad , que no puedo satisfaceros. Yo bien os diria , como que lo sé , que todas las cadencias se forman de tres tiempos , como todas las armonías resultan de quatro tonos principales ; pero yo no sabria explicaros , que cadencias corresponden á los diferentes caractéres que se quieren expresar. *Soc.* Despues exâminaremos con Damon (22) , que cadencias expresan la avaricia , la insolencia , el furor y los otros vicios , así como las que convienen á las virtudes opuestas. Yo creia haberle oido hablar bastante confusamente de ciertos pies que él llamaba *enoplo* (23) , *datylo* , *heroico* , y que él disponia yo no sé cómo : otro pie que empezaba y acababa por la misma medida ; otro que se componia de una breve y una larga , y al que creo él llamaba *yambo* ; y de no sé qué otro que nombraba *trocheo* y se componia de una larga y una breve. Tambien advertí que en algunas ocasiones aprobaba ó condenaba tanto las inflexîones de cada pie , como los números mismos , ó yo no sé qué mezcla de lo uno y de lo otro (24): porque yo no me puedo explicar bien, y así dexemoslo, como ya he dicho , para conferenciarlo con Damon , pues que el distinguir todo esto, pide un dilatado discurso. Qué pensais vos? *Glauc.* Á fé que creo lo mismo.

Soc. Pero á lo ménos podreis vos decirme que la decencia se encuentra en todo aquello donde hay belleza de locucion, y la indecencia en donde no la hay. *Glauc.* Sin duda. *Soc.* Mas la belleza del número, así como de la armonía, sigue de ordinario la hermosura de la locucion, y la deformidad, al contrario; porque, como desde luego deciámos, el número y la armonía se hicieron para las palabras, y no las palabras para el número y la armonía. *Glauc.* Es cierto que lo uno y lo otro debe acomodarse al discurso. *Soc.* Pero el género de la diccion y el discurso mismo, no siguen el carácter del alma? *Glauc.* No tiene duda. *Soc.* Y todo lo demas acompaña al discurso? *Glauc.* Si. *Soc.* Segun esto, la belleza, la armonía, la gracia y el número del discurso son conseqüencias de la *bondad de costumbres*. No entiendo por esta palabra la estupidéz, que por una especie de moderacion se llama bondad de costumbres (25); sino el carácter de una alma, cuyas costumbres son verdaderamente hermosas y buenas. *Glauc.* Enteramente es así. *Soc.* Pues nuestros jóvenes guerreros no deben aplicarse en todas ocasiones á seguir todas estas qualidades, si quieren desempeñar sus obligaciones? *Glauc.* Sin duda deben hacerlo. *Soc.* Este mismo objeto tiene la pintura y todas las nobles artes; como tambien el arte de texer, de bordar, de edificar, y todas las demas artes mecánicas, y aún la misma naturaleza en la produccion de los cuerpos y de las plantas. La gracia ó deformidad

que se encuentra en sus obras, aumenta ó disminuye su valor: y como el defecto de gracia, de número, de armonía es inseparable de una mala alma y de un mal corazon; asimismo las qualidades opuestas son la imágen y expresion de un ánimo y de un corazon bien hechos. *Glauc.* Todo es como vos decís.

Soc. Será pues suficiente que velemos nosotros sobre los poetas, y les obliguemos á presentarnos en sus versos un modélo de buenas costumbres, ó á que no escriban entre nosotros? No será menester aún echar ojo sobre todos los demas artistas, y prohibirles que nos dén sea ya en pintura, sea en arquitectura ó en qualquier otro género obras imperfectas que ni tengan gracia, ni correccion, ni nobleza, ni proporciones? Y en quanto á los que no pueden hacerlo de otro modo, no les impediremos que trabajen entre nosotros, con el temor que los guardas de nuestra república criados en medio de tan viciosas imágenes, como entre malas yerbas, nutriendose, por decirlo así, con esta vista, tomando cada dia un poco, contraigan al fin sin sentirlo algun gran vicio en su alma? Nos es pues muy necesario buscar artífices hábiles, capaces de seguir como por las huellas, la naturaleza de lo hermoso y lo decente, á fin que nuestros jóvenes criados entre sus sombras, como en un ayre puro y sano, reciban saludables impresiones de todos los objetos que les hieran los sentidos de la vista y del oido, y que desde la niñéz todo

les incline insensiblemente á imitar, á amar la recta razon, y establecer entre ella y ellos una perfecta consonancia. *Glauc.* No habria cosa mejor que semejante educacion. *Soc.* No es tambien esta la razon, Glaucon mio, de ser la musica (26) la parte principal de la educacion, porque el numero y la armonía insinuandose desde luego en lo mas interior del alma, se apoderan de ella, llevando consigo la gracia y la decencia, quando se da esta parte de la educacion como conviene darla, en lugar que sucede lo contrario, quando se la descuida? Y ademas porque un hombre joven educado en la musica segun conviene, percibirá con la mayor agudeza lo que hay de imperfecto y defectuoso en las obras de la naturaleza y del arte, é indignandose contra esto justamente con una aversion de la qual no es dueño, alabará con entusiasmo lo que en ellas note de hermoso, con gusto y ansia lo recibirá en su alma, se alimentará con ello y se formará por este medio hombre honrado y virtuoso; mientras que de otro lado tendrá un desprecio y una repugnancia natural á lo que allí encuentre de vicioso, y esto aún en la edad mas tierna, ántes de ser alumbrado con las luces de la razon, la qual apénas llegada, se abrazará con ella por la relacion secreta que habrá puesto la música entre la razon y él. *Glauc.* Ved aquí, á mi parecer, las ventajas que se presentan de educar á los hijos en la musica.

Soc. Á la manera pues que nosotros no es-

tamos bien instruidos en la gramática, sino quando no se nos escapa ninguno de los elementos, que siendo pocos se encuentran repetidos en la muchedumbre de palabras de que usamos ; y que en qualquier carácter , sea grande , sea pequeño , que se hallen escritos , no solo no creemos poder sin conseqüencia dexar de poner atencion , sino que nos aplicamos á reconocerlos por todas partes , como que no estando en esta disposicion , nunca llegariamos á ser buenos gramáticos. *Glauc.* Esto es verdad. *Soc.* Del mismo modo tambien si nosotros no conocemos las letras en sí mismas , jamás reconoceremos la imágen representada en las aguas ó en los espejos, siendo lo uno y lo otro , objeto de la misma ciencia y del mismo estudio. *Glauc.* Sin disputa. *Soc.* Pues, por los dioses inmortales , no es lo mismo respecto de lo que acabo de decir , esto es, que no seremos jamás excelentes *músicos* (27), ni nosotros , ni los guerreros que nos proponemos criar para custodios , sino nos familiarizamos con las idéas de la templanza , de la fortaleza , de la generosidad , de la grandeza de alma y de las otras virtudes hermanas de éstas , y conocemos sus contrarios los vicios, idéas que se nos ofrecen en mil objetos diferentes , y las distinguimos de un golpe á ellas y á sus imágenes donde quiera que se encuentren , sea en grande, sea en pequeño , sin despreciar nunca su conocimiento , persuadidos de que baxo qualquier forma que ellas se presenten , son el objeto de la

misma ciencia y del mismo estudio? *Glauc.* No pende ser de otro modo. *Soc.* Por consiguiente, no seria el mas hermoso espectáculo para el que fuese capaz de probarle, aquel de una alma en la qual se encontrasen todas las virtudes, y un concierto perfecto entre ellas y las acciones exteriores, formadas sobre el mismo modélo? *Glauc.* Ciertamente que sí. *Soc.* Pues lo que es muy hermoso, es tambien muy amable. *Glauc.* No puede ménos. *Soc.* Luego el que es verdaderamente músico no podria ménos de amar á los hombres en quienes encontrase este hermoso concierto; y dexar de amar á aquellos en quienes no le descubriese. *Glauc.* Si este defecto de consonancia estuviese en el alma, convengo en ello; pero si solo se encuentra en el cuerpo no se desdeñará de amarles. *Soc.* Conozco que vos habeis amado, ó que amais al presente alguna persona de este carácter, y lo apruebo; pero decidme, la templanza y el placer excesivo pueden encontrarse juntos? *Glauc.* Cómo podria ser esto, quando el exceso del placer no turba ménos al alma, que el exceso del dolor? *Soc.* Se encuentra á lo ménos con las otras virtudes? *Glauc.* Nada ménos que eso. *Soc.* Y qué? se advierte junto el excesivo deleite con la insolencia y la disolucion? *Glauc.* Muchísimo. *Soc.* Conoceis por suerte un placer mas grande y mas vivo que el del amor sensual? *Glauc.* No, ni tampoco conozco ninguno mas furioso. *Soc.* Al contrario, el amor que es conforme á razon, es un amor sábio y

concertado de lo honesto y de lo hermoso. *Glauc.* Esto es verdad. *Soc.* Luego á este amor racional no se le debe añadir nada de furioso, nada que sepa á disoluto. *Glauc.* Ciertamente que no. *Soc.* Luego no debe pegarseie el deleite sensual; y las personas que se aman con un amor legítimo, deben desterrarle absolutamente de su trato. *Glauc.* En verdad, Sócrates, que deben excluirle enteramente. *Soc.* Segun esto, parece, que en el estado, cuyo plan formamos aquí, establecereis vos una ley expresa que mande, que las muestras de benevolencia que el amante diese al objeto amado en su amistad, compañía y trato, sean de la misma naturaleza que las de un padre á su hijo y por fines honestos; de suerte que en el comercio que tenga con aquel á quien ama, jamás dé lugar á sospechas de que aspire á cosas mayores: pues de otro modo pasará por la nota de desconcertado y deshonesto. *Glauc.* Convengo en ello. *Soc.* Os parece que nos falta aún por decir alguna cosa tocante á la música? Nuestro discurso á lo ménos acabó donde debia acabar; porque toda conversacion sobre la música debe terminarse en el amor de lo hermoso. *Glauc.* Así es.

Soc. Despues de la música, hemos de exercitar nuestra juventud en la gymnástica. *Glauc.* No hay inconveniente. *Soc.* Es menester pues, que se dediquen á ella sériamente desde la niñéz y continúen por toda la vida: voy á exponer mi modo de pensar sobre esto; prestadme vos aten-

cion. Á mí no me parece, que el cuerpo por muy bien acondicionado que sea, haga por su virtud buena al alma; ántes al contrario que el alma buena por su virtud propia comunica al cuerpo toda la perfeccion de que es capáz. Á vos qué os parece? *Glauc.* Yo siento lo mismo. *Soc.* Luego, si despues de haber cultivado el alma con el mayor cuidado, dexasemos al suyo el formar el cuerpo, contentandonos con indicarle el modo, por no alargarnos demasiado, no hariamos nosotros bien? *Glauc.* Perfectamente. *Soc.* Pues ya diximos, que no se habia de permitir la embriaguéz á nuestros guerreros, porque á ninguno ménos que á un custodio le conviene embriagarse y no saber dónde está. *Glauc.* En efecto seria cosa ridicula que un custodio necesitase de guarda. *Soc.* En quanto á la comida qué diremos? no es cierto que nuestros guerreros son unos atletas destinados al mayor de los combates? *Glauc.* No tiene duda. *Soc.* El régimen de los atletas ordinarios convendriales á dicha? *Glauc.* Podria ser. *Soc.* Este régimen es muy soñolento y poco seguro para la salud. No veis vos que nuestros atletas pasan la vida durmiendo, y que por poco que se excedan del régimen que tienen prescripto, caen en grandes y muy peligrosas enfermedades? *Glauc.* Esto se vé todos los dias. *Soc.* Necesitaremos pues de un régimen ménos escrupuloso para nuestros atletas militares, que deben estár, como los perros, siempre alerta, verlo todo y oirlo todo, mudar

freqüentemente en los exércitos de comida y de bebida, sufrir el frio y el calor, y tener por consiguiente el cuerpo á prueba de todas las fatigas, á fin de no enfermar con facilidad. *Glauc.* Yo pienso lo mismo.

Soc. Pero la mejor gymnástica, acaso no seria hermana de la música simple, de que hablabamos nosotros apénas hace un momento? *Glauc.* Cómo decís vos? *Soc.* Yo entiendo una gymnástica simple, moderada, tal qual debe ser, sobre todo para los guerreros. *Glauc.* En qué consiste ésta? *Soc.* Qualquiera puede aprenderlo de Homero. Vos sabeis que en la mesa de sus héroes delante de Troya, no les sirve pescados, sin embargo de estár acampados junto al Helesponto, ni viandas cocidas, sino solamente asadas; aparejo cómodo para gente de guerra, á quienes, por decirlo en una palabra, es mas fácil asar inmediatamente al fuego sus viandas, que llevar tras sí una batería de cocina. *Glauc.* Esto es muy cierto. *Soc.* Ni tampoco creo que Homero hiciese mencion de guisados: los atletas mismos saben que deben abstenerse de todo esto, quando quieren conservar la salud. *Glauc.* Lo saben muy bien, y se abstienen. *Soc.* Si este género de vida os agrada, amigo mio, no serán de vuestra aprobacion las esplendidas mesas de Siracusa, ni la variedad de manjares tan de moda en Sicilia. *Glauc.* Ciertamente que no. *Soc.* Pues tambien reprobareis la glotonería y afeminado luxo Corintio (28), en gentes que

quieran disfrutar de una salud robusta? *Glauc.* Y mucho. *Soc.* Igualmente despreciareis las golosinas del Attica que parecen tan regaladas? *Glauc.* Sí, como por necesidad. *Soc.* Paréceme pues, que con razon puede decirse, que esta multitud y esta delicadeza de manjares, es en órden á la gymnástica, lo que respecto de la música una melodía en la qual entran todos los tonos y todos los numeros. *Glauc.* Esta comparacion es muy propia. *Soc.* Aquí la variedad produce el desórden; allí engendra la enfermedad. En la música, la sencilléz hace al alma sábia; en la gymnástica, dá salud al cuerpo. *Glauc.* Es mucha verdad.

Soc. Pero en una ciudad donde reynan la disolucion y las enfermedades, tardarán mucho en abrirse tribunales y curanderías sin número, y dexarán de estár bien pronto en gran reputacion la jurisprudencia y medicina, quando muchos de los ciudadanos se apresuren por ir á ellos? *Glauc.* Es regular que así suceda. *Soc.* Habrá pues en una ciudad señal mas segura de una mala y perversa educacion, que la necesidad de médicos y jueces hábiles, no solo para los artesanos y pueblo baxo, sino aún para los que se glorían de haber sido educados como personas libres? No es cosa vergonzosa y una prueba de muy mala crianza, verse obligado á recurrir á una justicia de prestado, por carecer de esta virtud en sí mismo, y establecer á los otros señores y jueces de su derecho? *Glauc.* No hay cosa mas vergon-

zosa. *Soc.* Mas no te parece que aún es mas feo y torpe, no solo el pasar gran parte de la vida en tribunales, siguiendo y defendiendo procesos, sino aún el que envanecido por una soez jactancia, conozca tan poco el verdadero mérito, que se glorie de ser sagáz, como si fuese cosa muy apreciable poder hacer mal á otros, y saber todos los rodéos y todas las astucias, y tener recurso á toda especie de subterfugios para evadirse de las penas merecidas, y esto que las mas veces no se trata sino de cosas despreciables y de nada, no sabiendo que es infinitamente mas hermoso y mas útil arreglar de tal modo su vida, que no tenga necesidad que un juez pase la noche en vela expresamente por él? *Glauc.* En efecto es, como vos decís, esto es el colmo de la vileza. *Soc.* Acaso parece ménos vergonzoso recurrir sin cesar á los médicos, que no sea en caso de heridas ó de alguna otra enfermedad estacionaria, y llenarse el cuerpo de humores y ventosidades, como si fuesen unos lagos, por llevar esta vida voluptuosa y holgazana que acabamos de describir, y de haber obligado á los discípulos de Esculapio á inventar para estas enfermedades los nombres nuevos de *flatos* y *fluxiones*? *Glauc.* En verdad que estos nombres de enfermedades son nuevos y extraordinarios. *Soc.* Y desconocidos, segun creo, en tiempo de Esculapio (29). Lo que me obliga pensar así, es que sus dos hijos que se encontraron en el sitio de Troya, y estaban presentes quando se le dió á

Eurypylo herido un brevage compuesto de vino pramnio (a), de harina y de queso, cosas todas muy propias para fomentar la pituita, no riñeron á la muger que lo presentó, ni á Patroclo que aplicó á su llaga el medicamento. *Glauc.* Sin embargo extraña bebida era ésta para un hombre que se hallaba en tal estado. *Soc.* Vos juzgareis de otro modo si reflexîonais que ántes de Herodico (30) los discípulos de Esculapio no se servian de este método de curar tan de moda hoy dia, de conducir como por la mano las enfermedades, en ademán de pedagogo. Porque Herodico habia sido maestro del gymnasio, y por el tiempo haciendose achacoso, hizo una mezcla de la medicina y de la gymnástica, de la que se sirvió primero para atormentarse á sí mismo, y despues para atormentar á otros muchísimos. *Glauc.* Cómo fué esto? *Soc.* Procurandose una muerte lenta: porque como su enfermedad era mortal, y no podia curarla enteramente, él se obstinó en seguirla paso á paso, descuidando todo lo demas por dedicar á medicinarse toda su atencion, devorado siempre de inquietudes á poco que se apartase de su régimen; de suerte que á fuerza de industria y de cuidados llegó hasta la vejéz, arrastrando una vida moribunda. *Glauc.* Hermoso fruto pues cogió de su arte. *Soc.* El que merecia, por no haber sabido, que Esculapio, no por ignorancia,

(a) 11. Ilia. v. 638.

ni por falta de experiencia, dexó de enseñar á sus descendientes este método de tratar las enfermedades, sino porque sabia que en toda ciudad bien civilizada cada qual tiene su ocupacion, que debe desempeñar, y que á nadie le queda tiempo para pasar su vida medicinandose. Nosotros mismos observamos lo ridículo de este abuso en las gentes de oficio, aunque en los ricos, y en los que son tenidos por felices no lo notamos. *Glauc.* Cómo es esto? *Soc.* Si enfermase un carpintero, para libertarse de su mal pediria al medico un vomitivo, ó un purgante, ó si fuese menester, que le aplicase el hierro y el fuego. Pero si le prescribiese un largo régimen, aplicándole cataplasmas en la cabeza y lo que á esto se sigue, bien pronto diria, que él no tiene tiempo para estár enfermo, ni le es ventajoso vivir renunciando á su trabajo para no ocuparse de otra cosa que de sus males. En seguida despediria al tal médico, y emprendiendo de nuevo su tréu de vida ordinario, ó bien recobrando la salud, se dedicaria á su oficio, ó si su cuerpo no pudiese resistir la fuerza de la enfermedad, vendria la muerte en su socorro y le sacaria del embarazo. *Glauc.* En verdad que á esta especie de gentes parece convenir este modo de curar las enfermedades. *Soc.* Y por qué es esto? porque tienen una ocupacion, sin cuyo exercicio ellos no pueden vivir. *Glauc.* Es evidente. *Soc.* En lugar que el rico, segun deciamos, no tiene oficio ninguno el qual no pueda abandonar sin

aventurar su subsistencia. *Glauc.* Así se dice.

Soc. Acaso no oiste lo que dice Phocylides, *que se debe cultivar la virtud miéntras dure la vida? Glauc.* Creo haberlo ya oido. *Soc.* No disputemos pues á Phocylides (31) la verdad de esta máxîma; pero veamos por nosotros mismos, supuesto que el rico debe aplicarse á la virtud y el que se descuida en este estudio no es digno de que viva, veamos, digo yo, si esta afectacion de mantener en su casa la enfermedad, que impide al carpintero y á los otros artífices dedicarse á sus oficios, no impide tambien el cumplir el precepto de Phocylides. *Glauc.* Por cierto, no hay cosa que ponga mayor obstáculo, que este excesivo cuidado de su cuerpo, que se adelanta á mucho mas que las reglas de la gymnástica. *Soc.* En efecto que este cuidado perjudica mucho á la administracion de los negocios domésticos y públicos, tanto en guerra como en paz: y lo que es mas, que es incompatible con el estudio de qualquier ciencia y con la meditacion y reflexîon, imaginandose tener á la contínua dolores y vahidos de cabeza, cuya causa nunca dexa de atribuirse á la filosofia; de suerte que en donde quiera que se encuentra este cuidado, impide enteramente exercitar la virtud y acrisolarla, porque hace que crea uno siempre estár enfermo y que no cese de quejarse de la mala disposicion de su cuerpo. *Glauc.* Esto es muy regular. *Soc.* Digamos pues que estos fueron los motivos que determinaron á Esculapio á no exercer la medicina, sino

en aquellos que siendo de buena complexîon y llevando una vida frugal, son sorprendidos de alguna enfermedad pasagera é impensada; y le movieron á expeler las causas del mal por medio de las medicinas, ó á cortarlas por medio de las incisiones, sin alterar en nada el trén de vida ordinaria, á fin que al estado no resultase daño alguno. Pero en órden á los cuerpos interiormente mal dispuestos, jamás tuvo por conveniente emprender prolongarles la vida y trabajos por un régimen seguido de remedios externos é internos propinados de intento, ni de ponerles en el caso de dar al estado como es consiguiente, otros tales hijos como ellos. Creyó tambien en fin que no debian curarse aquellos que por su mala constitucion no pueden llegar al término ordinario de la vida señalado por la naturaleza; porque esto ni les traia cuenta á ellos, ni tampoco al estado. *Glauc.* Vos me pintais á Esculapio como gran político. *Soc.* Es evidente que lo era, y sus hijos lo acreditan. No veis vos quan esforzados se mostraron en el sitio de Troya, y como en el exercicio de su arte siguieron las reglas que yo acabo de decir? No os acordais, que quando Menelao fue herido de una flecha por Pandaro, se contentaron ellos (*a*) *con chupar la herida, y aplicar apositos lenitivos*, sin prescribirle, no mas que á Eurypilo, lo que debia beber y comer. Como que bien sabian que remedios simples bastan para cu-

(*a*) 4. Ilia. v. 218.

rar guerreros, que ántes de sus heridas eran sóbrios y de un buen temperamento, aunque aconteciese haber bebido en aquel momento vinos compuestos (32). En quanto á los que están sujetos á enfermedades y á la intemperancia, creyeron ellos, que ni era interés suyo, ni tampoco del público que se les prolongase la vida, ni que la medicina se habia inventado para los tales, ni que ellos debian curarlos, aunque fuesen mas ricos que lo habia sido Midas (33). *Glauc.* Cosas maravillosas decís vos de los hijos de Esculapio. *Soc.* Nada digo, que no deba ser así: con todo los poetas trágicos y Pindaro no son de nuestra opinion. Dicen ellos de Esculapio que era hijo de Apolo, y al mismo tiempo que fué inducido por dinero á curar un hombre rico atacado de una enfermedad mortal; y que por esta causa fué herido de un rayo. Por lo que á nosotros hace, conforme á lo que mas arriba deciamos, no daremos fé á las dos partes de esta relacion. Si Esculapio era hijo de un Dios, diremos nosotros, no era codicioso de una ganancia sórdida; ó bien, si él era avaro, no era hijo de un Dios.

Glauc. Vos teneis mucha razon, Socrates; pero respondedme: no es preciso que nuestra ciudad esté provista de buenos médicos? y pueden ellos por ventura llegar á serlo, de otro modo que trabajando sobre toda especie de temperamentos buenos y malos? Del mismo modo, puede uno ser buen juez, sin haber experimentado hombres de todos los caractéres? *Soc.* Sin duda,

quiero yo que tengamos buenos médicos y buenos jueces. Pero sabeis vos acaso, á quienes tengo yo por tales? *Glauc.* No, si vos no me lo decís. *Soc.* Esto es lo que voy á hacer: bien que vos hayais comprehendido en la misma pregunta dos cosas muy diferentes. *Glauc.* Cómo? *Soc.* Aquellos por cierto saldrian excelentes médicos, que sobre haber aprendido á fondo los principios de su arte, se hubieran exercitado desde la juventud en un gran número de cuerpos enfermizos, y que fuesen ellos mismos de una complexîon mal sana, y hubiesen estado sujetos á toda especie de enfermedades; porque soy de sentir que no por medio del cuerpo (34), los médicos curan el cuerpo, de otro modo jamás estaria él enfermo; sino por medio del alma, la qual no podria curar qualquier mal que este fuese, estando ella misma enferma (35). *Glauc.* Está muy bien dicho. *Soc.* Pero el juez, amigo mio, aunque tenga que gobernar el alma de otro por la suya, no tiene necesidad de tratar desde su juventud con hombres corrompidos y perversos, ni de haber cometido él mismo toda especie de delitos; á fin de conocer con prontitud la injusticia de los otros por la suya propia, á la manera que el médico juzgaria por sus enfermedades de aquellas de los demas. Al contrario es menester que su alma sea pura en la juventud y exênta de todo vicio; á fin que su bondad le haga discernir mas seguramente lo que es justo. Esta es la causa por qué los hombres de bien en

su juventud parecen necios, y fácilmente son seducidos por los artificios de los injustos, como que nada observan en sí de lo que pasa en el corazon de los malos. *Glauc.* Es verdad que les sucede á menudo el ser engañados. *Soc.* Segun esto para que uno sea buen juez no conviene que sea jóven, sino anciano, que haya aprendido tarde lo que es la injusticia, que la haya estudiado por mucho tiempo no en sí mismo, sino en los otros, y que distinga el mal del bien, mas por el conocimiento y la reflexîon, que por su propia experiencia. *Glauc.* Es cierto que un juez de este carácter seria muy hábil. *Soc.* Sin duda; y ademas seria buen juez, que es lo que vos me pediais. Porque el que tiene el alma buena, es bueno. Pero las gentes sagazes y maliciosas, consumadas en la injusticia, y que se tienen por hábiles y sábias, solo se manifiestan astutas quando tratan con otras sus semejantes, porque su propia conciencia les advierte que estén alerta contra ellas. Mas quando se hallan con gentes de bien, avanzadas ya en edad, entónces se descubre su carácter fátuo y malvado en sus desconfianzas y sospechas fuera de propósito, y se vé que ellos ignoran lo que es la rectitud y la franqueza, por no tener en sí mismos un modélo de estas virtudes, y que si pasan mas por habiles que por ignorantes á sus ojos y á los del vulgo, es porque tratan mas con los malos que con los hombres de bien. *Glauc.* Esto es una verdad. *Soc.* No debemos pues buscar un juez de

este carácter, como bueno y justo; sino al que sea tal, qual yo dixe al principio. Porque la maldad no puede conocerse á fondo á sí misma, ni conocer la virtud; mas la virtud ayudada de la reflexîon y del largo trato de los hombres, se conocerá á sí misma, y conocerá el vicio. Por tanto, en mi opinion, la verdadera prudencia será propia del hombre virtuoso, y no del malo. *Glauc.* Yo pienso como vos. *Soc.* En conseqüencia, establecereis vos en nuestra república una medicina y una jurisprudencia, quales acabamos de decir, que se limitarán al cuidado de aquellos que recibieron de la naturaleza un cuerpo sano y una alma hermosa; y en quanto á los que recibieron un cuerpo mal complexîonado, se les dexará morir (36), y serán castigados con pena de muerte aquellos, cuyas almas malas son incorregibles. *Glauc.* Esto es lo que puede hacerse, como mas ventajoso para las tales personas y para el estado.

Soc. Es evidente tambien que nuestra juventud criada en los principios de esta sencilla música, que hace nacer en el alma la templanza, se portará de modo que no tenga necesidad ninguna de la jurisprudencia. *Glauc.* No hay duda. *Soc.* Y si ella sigue las mismas huellas en la gymnástica, conseguirá si quiere, pasarse sin médicos, sino en caso de necesidad. *Glauc.* Así lo pienso. *Soc.* En los exercicios del cuerpo que ella emprenderá, se propondrá sobre todo aumentar y despertar el valor, mas bien que acrecentar

las fuerzas: como hacen los otros atletas, que no atienden sino á esto, y no guardan régimen, ni se exercitan en los trabajos, sino para hacerse mas robustos. *Glauc.* Muy bien. *Soc.* Creeriais vos, mi amado Glaucon, como otros muchos se lo imaginan, que la música y la gymnástica hayan sido establecidas, la una para formar el alma, la otra para curar el cuerpo? *Glauc.* Por qué me haceis esta pregunta? *Soc.* Es que me parece que la una y la otra fueron establecidas principalmente para el alma. *Glauc.* Cómo es esto? *Soc.* Habeis vos advertido la disposicion del ánimo en aquellos que se han aplicado toda su vida solamente á la gymnástica ó á la música? *Glauc.* De qué disposicion hablais. *Soc.* De aquella por la qual los unos son duros y feroces, los otros blandos y afeminados. *Glauc.* Yo he notado que los que se dán puramente á la gymnástica contraen por lo comun mucha ferocidad, y los que no han cultivado sino la música son de una molicie que no les hace honor. *Soc.* Con todo, esta ferocidad no puede venir sino de un natural ardiente y fogoso, que bien cultivado produciria el valor y grandeza de alma; pero que si se agria mas de lo que es debido, degenera infaliblemente en dureza y brutalidad. *Glauc.* Así lo creo. *Soc.* Y la dulzura no es señal de un carácter filósofo? La qual si la relaxais demasiado, se convierte en molicie; mas si se la cultiva como es debido, en urbanidad y modestia. *Glauc.* Esto es cierto. *Soc.* Nosotros pues que-

remos que nuestros guerreros reunan en sí estos dos caractéres. *Glauc.* Así es. *Soc.* Luego es menester encontrar el medio de concertarlos entre sí. *Glauc.* Sin duda. *Soc.* Y su concordia hace al alma á un tiempo valerosa y moderada. *Glauc.* Sí por cierto. *Soc.* Pero su desunion la hace cobarde, ó feroz. *Glauc.* Y mucho.

Soc. Luego quando un hombre entregandose todo entero á la música, en especial á estas armonías dulces, moles y lúgubres, la dexa insinuarse y como correr dulcemente en su alma por el canal del oido, y que pasa toda la vida como distraido, por decirlo así, y encantando con la hermosura del canto: no es cierto que el efecto primero de la música es enmollecer su esfuerzo, casi del mismo modo que se ablanda el hierro, y doblar y hacer manejable esta dureza que le hacia ántes inútil ó de un trato áspero é indigesto? Mas si continúa por mucho tiempo entregandose con entusiasmo, este mismo valor se debilita y se derrite poco á poco hasta liquidarse, su alma se enerva, y en adelante no es mas que un guerrero cobarde y sin aliento. *Glauc.* Vos teneis mucha razon. *Soc.* Y si desde luego recibió de la naturaleza un ánimo débil y blando, dicho efecto se verifica muy pronto; pero si es naturalmente animoso, en debilitandose su esfuerzo, se hace precipitado, irritandose y aplacandose fácilmente por muy ligeros motivos; de modo que en lugar de ser valeroso, no es otra cosa que un colérico, irácundo y fantástico.

Glauc. En efecto esto sucede. *Soc*. Pero si este hombre se aplica y se exercita en la gymnástica, y se dedica á comer mucho, descuidando enteramente la música y la filosofia; desde luego, no tomará su cuerpo muchas fuerzas, y en su ánimo se hará mas atrevido, mas esforzado, y mas intrépido que lo era ántes? *Glauc*. No tiene duda. *Soc*. Mas si no hace otra cosa, y si no tiene comercio ninguno con las musas, su alma, que acaso sentia en lo interior de sí misma un deseo de aprender, no siendo cultivada con ciencia alguna, con ninguna indagacion, con ningun trato, ni con ninguna otra parte de la música, no llegará insensiblemente á hacerse débil, sorda y ciega, á causa del poco cuidado que se tomó en dispertar, fomentar y purificar los órganos de sus conocimientos? *Glauc*. Así debe suceder. *Soc*. Vedle pues ya constituido enemigo de las letras y de las musas: ya no se vale de la persuasion para conseguir sus fines, sino qual bestia feróz emplea á todo trance la fuerza y la violencia, y vive en la ignorancia y grosería, destituido de toda gracia y civilidad. *Glauc*. Enteramente se verifica lo que vos decís. *Soc*. Creo pues, que no para cultivar el alma y el cuerpo (porque si este último saca algun provecho es solo por casualidad); sino para cultivar el alma sola y perfeccionar en ella el valor y espíritu filosófico, regaló algun Dios á los hombres la música y la gymnástica; esto es, para concordarlas entre sí, tirandolas y afloxandolas á pro-

pósito y en una justa medida. *Glauc.* Apariencias hay que tal haya sido la intencion de los dioses. *Soc.* Aquel pues que encontró el temperamento justo de estas dos artes ; y que las aplica como conviene á su alma , merece con mas justo título el nombre de músico , y posee mejor la ciencia de la armonía , que aquel cuyo arte se limita á saber templar un instrumento. *Glauc.* Y con mucha razon , amado Sócrates. *Soc.* Pero , mi amado Glaucon , podrá subsistir nuestra república, sino tiene siempre al frente un hombre de este carácter para gobernarla? *Glauc.* No, absolutamente necesita de uno semejante. *Soc.* Ved pues aquí casi concluidos los modélos de la educacion y crianza de nuestra juventud ; porque seria inútil alargarse mas sobre lo que mira á los bayles , á la caza , en especial la de perros , y á los combates gymnicos y eqüestres ; siendo evidente que en todo esto se deben seguir los principios que hemos establecido , de los quales no seria dificil sacar las conseqüencias. *Glauc.* Creo seguramente que no fuese esto muy dificil.

Soc. Ea pues , qué es lo que tenemos que arreglar ahora ? No es por fortuna la eleccion de los que deben mandar , y los que deben obedecer ? *Glauc.* Sí. *Soc.* Claro está pues , que los viejos deben mandar , y los jóvenes obedecer. *Glauc.* Es evidente. *Soc.* Y que entre los viejos deben escogerse los mejores. *Glauc.* Tambien es cierto. *Soc.* Quáles son los mejores labradores? Sin duda aquellos que entienden mejor la agri-

cultura. *Glauc.* Sí. *Soc.* Ahora pues, debiendose elegir los mejores de los custodios del estado, á dicha no serán aquellos que tienen mas exâctitud y vigilancia por el bien de la república? *Glauc.* Ciertamente. *Soc.* Luego para esto es menester que con la prudencia y autoridad necesaria, junten mucho zelo por el bien público. *Glauc.* Es así. *Soc.* Pero de ordinario cada qual se interesa mas por aquello que mas estima. *Glauc.* Es como preciso. *Soc.* Y se estiman mas las cosas, cuyos intereses son inseparables de los nuestros, y quando se está en la persuasion que de la dicha ó desgracia de aquellos, pende nuestra felicidad ó desventura. *Glauc.* Esto es verdad. *Soc.* Elijamos pues entre todos los custodios, aquellos que precedido un duro exâmen, nos habrán parecido toda la vida mas solícitos en hacer lo que han creido mas útil al bien público, y á quienes jamás pudieron empeñar á que obrasen contra los intereses del estado por quanto tiene el mundo. *Glauc.* En efecto son estos los que mas nos convienen.

Soc. Pero á mí me parecia, que seria conveniente seguirles en todas sus edades, y observar de cerca, si son constantemente fieles á esta máxîma, y si acaso la seduccion, ó la violencia, olvidados de sí mismos, les hizo alguna vez perder de vista la obligacion de trabajar por lo mas provechoso al bien público. *Glauc.* Cómo podrian ellos perder de vista esta obligacion? *Soc.* Yo os lo diré. Las opiniones, creo yo, que

de dos modos salen de nuestro ánimo, ó de grado ó por fuerza. Renunciamos de buena voluntad las opiniones falsas, quando se nos desengaña: y abandonamos á pesar nuestro las que son verdaderas. *Glauc.* Comprehendo muy bien el primer modo: pero no alcanzo el segundo. *Soc.* Pues qué? no concebis vos que los hombres se privan del bien con repugnancia, y con gusto del mal? Por ventura, no es un mal apartarse de la verdad, y un bien encontrarla? Y á dicha no es encontrar la verdad, tener una opinion justa de cada cosa? *Glauc.* Vos teneis razon. Yo concibo que los hombres á pesar suyo renuncian las opiniones verdaderas. *Soc.* Pero este mal no puede acaecerles sino por sorpresa, ó por embahucamiento, ó por violencia. *Glauc.* No os entiendo. *Soc.* Yo debo valerme de expresiones extraordinarias. Digo pues, que por renunciar alguno por sorpresa la opinion, entiendo la disuasion y el olvido. Este es obra del tiempo, aquella de las razones que insensiblemente se introducen en lugar de las nuestras. Me entendeis ahora? *Glauc.* Sí. *Soc.* Por la violencia entiendo el tormento y el dolor que obligan á algunos á mudar de opinion. *Glauc.* Comprehendo esto y vos teneis razon. *Soc.* Por el embahucamiento, creo yo, y sin trabajo entendereis vos, que son aquellos que mudan de opinion, ó seducidos por el atractivo del placer, ó por el temor de algun mal. *Glauc.* En efecto que puede mirarse como un encanto quanto nos hace ilusion. *Soc.* Á no-

sotros pues nos toca el observar, segun poco ántes decia, quales se manifiestan mas fieles á la máxîma, de que se debe hacer todo lo que se tenga por mas útil al estado. De consiguiente, se les ha de probar desde la infancia, poniendoles en ocasiones en que puedan fácilmente olvidar este precepto, y dexarse engañar; y se ha de elegir aquel que mas fielmente le conserve en su memoria, y sea mas dificil de seducir, y desecharse los demas. No es así? *Glauc.* Así es.

Soc. En seguida se les ha de poner á la prueba del trabajo y del dolor, y observar como los sufren. *Glauc.* Muy bien. *Soc.* Por último, se les ha de ensayar en el prestigio y seduccion, practicando con ellos, lo que se hace con los potros, que los acercan á los ruidos y estrépitos para ver si son tímidos: del mismo modo, siendo aún jóvenes se les ha de meter en medio de objetos terribles y seductivos, probandolos con mas cuidado que se prueba el oro en el fuego, para descubrir si hay algunos sobre quienes en todos estos lances nada puede el atractivo, y si atentos siempre á velar sobre sí mismos, y á conservar en la memoria las lecciones de música que recibieron, hacen ver en toda su conducta, que su alma está arreglada por las leyes del número y de la armonía, y que son tales, en una palabra, quales deben serlo para ser útiles á sí mismos y á la pátria. Y estableceremos por cabeza y defensor de la república, al que en la infancia, en la juventud, y en la edad varonil ha-

brá pasado siempre por todas estas pruebas, saliendo incorrupto: y le colmaremos de honores en vida, y despues de su muerte le erigiremos un magnífico sepulcro, con todos los otros monumentos que puedan ilustrar su memoria: pero á los que no sean de este carácter los reprobaremos. Tal es á mi parecer, amado Glaucon, el modo con que debemos portarnos en la eleccion é institucion de nuestros gefes y custodios, manifestado en globo (37) y confusamente, y no con la exâctitud que debiera decirse. *Glauc.* Lo mismo me parece á mí. *Soc.* Luego con razon se deben mirar estos como los primeros y legítimos defensores del estado, tanto en órden á los enemigos externos, quanto respecto de los ciudadanos en lo interior, para quitar á estos la voluntad, y á aquellos el poder de ofenderle; pues los jóvenes, á quienes ántes dabamos el titulo de custodios, no son sino ministros y executores de las resoluciones de los magistrados. *Glauc.* Yo así lo pienso.

Soc. De qué maña nos valdriamos ahora para persuadir á los magistrados, ó á lo ménos á los otros ciudadanos, una de aquellas mentiras, que hemos dicho nosotros que eran de grande provecho, quando se decian á propósito? *Glauc.* Quál es esta mentira, si no lo llevais á mal? *Soc.* No es nueva (38), tuvo ya principio en Phenicia, y segun dicen los poetas y parece lo persuadieron, éste es un hecho real y efectivo acaecido en varias partes. Mas en nuestros dias no ha sucedi-

do, ni tampoco sé si sucederá jamás; y el persuadir á alguno de su realidad, no es negocio de pequeña importancia. *Glauc.* Quánto trabajo os cuesta decir lo que es! *Soc.* Quando lo hayais entendido, vereis vos que no me detengo sin fundamento. *Glauc.* Decidlo, y no temais. *Soc.* Voy á decirlo: pero en verdad no sé dónde tomar la osadía y las expresiones de que es preciso valerme. Procuraré primero persuadir á los magistrados y á los guerreros, despues al resto de los ciudadanos, que ellos no han recibido, sino en sueños la educacion que nosotros les hemos dado, que en realidad ellos han sido formados y criados en el seno de la tierra, ellos, sus armas y todos sus haberes: que despues de haberles formado, la tierra su madre los dió á luz, y que ahora deben mirar como á su madre y nodriza la region que ellos habitan, para defenderla contra qualquiera que se atreviese á tomarselas con ella, y tratar á los otros ciudadanos como á hermanos suyos, nacidos, como ellos, de la misma tierra. *Glauc.* No sin motivo dudabais vos al principio contarnos esta fábula. *Soc.* Convengo en ello: pero pues que he empezado, escuchad lo demas. Vosotros todos sois hermanos les diria yo: mas el Dios que os ha formado hizo entrar el oro en la composicion de aquellos de vosotros que son propios para gobernar; por lo qual son ellos los mas preciosos. Mezcló plata en la formacion de los guerreros: y en la de los labradores y demas artesanos hierro y cobre.

Luego pues que teneis vosotros todos un orígen comun, vosotros tendreis regularmente hijos que se os asemejen. Pero podrá suceder que un ciudadano de raza de oro tenga un hijo de raza de plata, y que otro de raza de plata dé al mundo un hijo de la de oro, y que suceda lo mismo respecto de las otras razas. Por tanto, manda Dios principalmente á los magistrados, que se ocupen sobre todo en conocer de qué metal está compuesta el alma de cada uno de sus hijos: y si encontrase en ellos alguna mezcla de hierro ó de cobre, que no les hagan ninguna gracia, sino que los echen al estado que corresponda á su naturaleza, ora sea de artesano, ora de labrador. Tambien quiere Dios, que si estos últimos tienen hijos que participan del oro, ó de la plata, que los levanten á estos á la condicion de guerreros, y á aquellos á la dignidad de magistrados: porque hay un oráculo (39), que dice, que la república perecerá, quando sea gobernada por el hierro, ó por el cobre. Sabeis vos algun medio de persuadirles que esta fabula es una verdad? *Glauc.* Yo no encuentro ninguno de convencer á estos de quienes hablamos: pero bien creo que se podrá persuadir esto á sus hijos, y á los que nacerán despues. *Soc.* Pues esto nos bastará para inspirarles el amor de la pátria y de sus conciudadanos, porque algo entiendo de lo que vos quereis decir: y esta invencion tendrá los buenos efectos que quisiese darle la fama (40).

Armemos ahora estos hijos de la tierra, y

hagamosles abanzar baxo la conducta de sus gefes. Acerquense ellos, y escojan en nuestro estado el lugar mas á proposito para acampar, de donde puedan reprimir mejor las sediciones de los de dentro, en caso de no querer obedecer á las leyes, y rechazar los ataques de los de fuera, si el enemigo viene como un lobo á caer sobre el rebaño. Fixados ya los reales y hechos los sacrificios á quien conviene que se hagan, levantarán para ellos las tiendas de campaña. No es así ? *Glauc.* Así es. *Soc.* Tales que puedan ellas defenderles del frio y del calor. *Glauc.* Sin disputa ; porque me parece que hablais vos de posadas. *Soc.* Sí, de posadas de militares, pero no de banqueros. *Glauc.* Qué diferencia poneis de lo uno á lo otro ? *Soc.* Yo os lo explicaré. No habrá cosa mas triste y vergonzosa para los pastores que criar para la guarda de sus ganados perros, cuya intemperancia, hambre ó algun otro apetito desordenado, les incitase á maltratar las reses que se les habian confiado, y de perros que debian ser, convertirse en lobos rapaces. *Glauc.* No podia menos de ser cosa muy triste. *Soc.* Cuidemos pues de todos modos que nuestros guerreros no hagan lo mismo respecto de los otros ciudadanos, tanto mas, que tienen ellos la fuerza en la mano; y que en vez de ser sus defensores y protectores, se conviertan en duros despotas. *Glauc.* Es muy esencial prevenir este desórden. *Soc.* Pero el modo mas seguro de prevenirle, no seria darles una

excelente educacion? *Glauc.* Ellos ya la han recibido. *Soc.* No me atreveria yo á asegurarlo, mi amado Glaucon. Mas lo que hay de cierto es, como poco hace deciamos, que una buena educacion, qualquiera que ésta sea, les es necesaria para el punto mas interesante, que es tener dulzura para consigo mismos y para con aquellos á quienes están encargados de defender. *Glauc.* Esta es mucha verdad. *Soc.* Sobre esta educacion, todo hombre de juicio convendrá en que las casas y posesiones que se les señalen, deban ser tales, que no les impidan, que sean excelentes custodios, ni les inciten á hacer mal á sus conciudadanos. *Glauc.* Y con razon convendria. *Soc.* Ved pues, si el género de vida y especie de alojamiento que yo les propongo, son adaptados á este fin. Yo quiero primeramente que ninguno de ellos tenga cosa que le sea propia, á ménos que esto sea absolutamente necesario. Ademas que ni tengan casa, ni despensa, donde todo el mundo no pueda entrar. En quanto á comestibles, estarán encargados los otros ciudadanos de subministrarles lo conveniente á guerreros sóbrios y esforzados, como justa recompensa de sus servicios, en términos que ni les sobre, ni les falte para el año. Á las horas de comer, que se vayan juntos al rancho, y que hagan (41) vida comun qual conviene á guerreros acampados. Deseles á entender que los dioses pusieron en su alma oro y plata divinos, y de consiguiente que no necesitan del

oro y plata de los hombres, ni les es permitido contaminar la posesion de este oro inmortal, con la liga del otro terrestre ; por quanto el oro que tienen ellos es puro y acrisolado, en vez que aquel de los hombres ha sido en todos tiempos orígen de muchas impiedades. Por tanto ellos son los solos á quienes no es lícito manejar, ni siquiera tocar el oro ni la plata, ni aún introducirlos donde habitan, ni ponerlos sobre sus vestidos, ni beber en copas de oro ó de plata: y que este es el único medio de conservarse ellos y el estado. Pero que en el momento que ellos tengan tierras, casas y caudales propios, en vez de defensores, se convertirán en mayordomos y labradores ; y en vez de auxîliares del estado, en enemigos y tiranos de sus compatriotas : pasarán la vida en aborrecerse mútuamente y armarse asechanzas unos á otros, y tendrán mas que temer de los enemigos de adentro, que de los de afuera, corriendo ya entónces apresuradamente á su ruina, así ellos, como toda su república. Estas son las razones que me han precisado hacer este reglamento tocante á la habitacion y posesiones de nuestros guerreros. Os parece que hagamos de esto una ley, ó no?
Glauc. Convengo en ello.

COLOQUIO QUARTO.

Tomando aquí la palabra Adimanto, qué responderiais, dixo, ó Sócrates, si alguno os objetase, que no os ocupabais mucho en hacer felices á estos hombres, y que aún siendo ellos los verdaderos y únicos apoyos de la república, les privabais de todos los bienes de la sociedad? pues que vos no quereis que tengan ellos, como los otros, tierras y heredades, ni que edifiquen casas grandes, hermosas, y las tengan bien amuebladas, ni que puedan ofrecer á los dioses sacrificios domésticos, ni alojar á sus huéspedes, ni que posean oro ni plata, ni nada de todo aquello que poco ántes deciais, que se cree puede servir para pasar una vida cómoda y agradable. En verdad, se os diria, que vos los tratabais como extrangeros á sueldo de la república, que no tienen otra subsistencia que la que sacan ellos de su servicio. *Soc.* Añadid aún por cierto, que su sueldo no consiste sino en la racion, y que fuera de esto no reciben ningun prest como las tropas ordinarias: de suerte que si les viene en voluntad el viajar, no es lícito á ninguno de ellos salir de los límites del estado, ni dar nada á otros, ni disponer de cosa alguna á su grado, como lo hacen los ricos y los tenidos por felices. Estos y muchos otros capítulos de acusacion

dexais vos pasar por alto. *Adim.* Añadidlos pues, si os parece, á lo que ya llevo dicho.

Soc. Pero vos me preguntareis qué tengo que responder á esto? *Adim.* Es cierto. *Soc.* Siguiendo el camino que hemos llevado hasta aquí, encontraremos, á lo que pienso, en nuestro plan mismo con que justificarnos. Nosotros diriamos, que no seria de admirar que la condicion de nuestros guerreros fuese muy felíz á pesar de todos estos inconvenientes. Que al cabo, formando una república, no nos hemos propuesto nosotros por objeto la felicidad de un cierto órden de ciudadanos, sino la de la república entera; porque hemos creido poder encontrar la justicia en una república gobernada de este modo, y la injusticia en la mal administrada, y ponernos por este descubrimiento en disposicion de decidir la qüestion que hace rato nos ocupa. Al presente nos empleamos en concebir un gobierno felíz, por lo ménos en nuestro modo de entender, en el qual no ande repartida la dicha entre un pequeño número de particulares, sino que sea comun á toda la sociedad. Luego despues exâminaremos la forma de gobierno opuesta á éste. Á la manera pues, que si haciendo nosotros un retrato viniese alguno á objetarnos, que no empleabamos los mas hermosos colores para pintar las partes mas hermosas del cuerpo, puesto que los ojos que son lo mas hermoso, no los pintabamos con púrpura, sino con color negro; creíamos nosotros responder bien á este censor,

diciendole : no os imagineis , buen hombre , que debamos pintar los ojos hermosos en tanto grado , que no se descubra siquiera que son ojos; y lo que digo de esta parte del cuerpo debe entenderse de todas las demas : exâminad mas bien si dando nosotros á cada parte el color que le corresponde , sacamos un todo perfecto. Lo mismo os digo yo , Adimanto. No nos forceis á aplicar á la condicion de nuestros guerreros una dicha , que les haga ser qualquier otra cosa que lo que ellos son. Podriamos , si quisiesemos vestir á nuestros labradores de preciosos vestidos, bordados de oro , y mandarles que no cultivasen la tierra salvo por recreo : y que los alfareros recostados sobre su derecha junto al horno , comiesen y bebiesen á su placer , dexada á un lado la rueda , con la libertad de trabajar quando tuviesen gana. Podriamos del mismo modo hacer dichosas todas las otras condiciones , á fin que el estado todo gozase de una perfecta felicidad. Mas no nos deis semejante consejo ; porque si le seguimos , el labrador dexaria de ser labrador , el alfarero dexaria de ser alfarero , todos saldrian fuera de su condicion , y no habria ya sociedad. Pero al fin , que los otros se contengan ó no dentro de su estado , no es de la mayor conseqüencia. Porque que los zapateros hagan mal su oficio , que ellos se dexen corromper , ó que alguno se venda por zapatero no lo siendo , al pueblo no resultará gravísimo perjuicio. Pero si los que están puestos para guardas

de las leyes y de la república, no son guardas sino en el nombre, ya veis vos que este desórden acarrearia trás sí la ruina del estado, siendo ellos solos los que tuviesen la facilidad de alojarse bien y procurarse una vida regalada. Si pues la condicion que nosotros señalamos á los verdaderos guerreros les impide ofender en nada al bien público, el que es de contrario parecer y quiere formar labradores no como miembros de una sociedad, sino como gente ociosa únicamente ocupada en sus festines y placeres, no tiene idea ninguna de lo que es una república. Por tanto, veamos si nuestro designio en el establecimiento de estos custodios, es de acumular sobre ellos toda la felicidad pública, ó mas bien de extender nuestra vista sobre toda la sociedad, á fin que toda ella sea felíz; y ademas de obligar y persuadir á los custodios y defensores de la pátria, y á todos los otros ciudadanos, á trabajar cada qual en su oficio y con todo su poder por la felicidad comun: de suerte que quando el estado haya tomado su aumento, y esté ya bien administrado, se permita entónces á cada uno de sus miembros que disfrute aquella parte de felicidad pública, que corresponde á la naturaleza de su empleo. *Adim.* Esto que vos decís, me parece muy juicioso.

Soc. No sé si lo que voy á decir y que tiene una conexîon inmediata con lo que llevo dicho, os lo parecerá ménos. *Adim.* De qué particularmente se trata? *Soc.* Exâminad, si no es esto lo

que pierde y corrompe de ordinario los otros artífices. *Adim.* Qué es lo que les pierde y corrompe? *Soc.* La opulencia y la pobreza (1). *Adim.* Cómo es esto? *Soc.* Vedlo aquí. El alfarero que llegó á ser rico, os parece á vos que querrá ocuparse mucho en su oficio? *Adim.* Creo que no. *Soc.* Luego de dia en dia se hará mas holgazan y mas descuidado? *Adim.* Sin duda. *Soc.* Y por consiguiente mas mal alfarero? *Adim.* Es muy cierto. *Soc.* De otro lado, si la pobreza le quita el medio de proveerse de herramientas y de todos los utensilios que son necesarios á su arte; sus obras lo padecerán, y los hijos y otros artífices que él forme, saldrán mal enseñados. *Adim.* Esto es verdad. *Soc.* De este modo las riquezas y la pobreza perjudican igualmente á las artes y á los que las profesan. *Adim.* Así parece. *Soc.* Ved pues aquí otras dos cosas, que con todo cuidado deben procurar nuestros magistrados, que no se introduzcan en nuestra ciudad. *Adimant.* Quáles son? *Soc.* La opulencia y la pobreza: porque aquella engendra molicie, desidia y novelería; y ésta otra sobre el espíritu de novedad, baxeza y ansia de hacer mal. *Adimant.* Ciertamente es así, pero os ruego, Sócrates, que considereis una cosa. Cómo podrá nuestra república sostener la guerra, si no tiene fondos, y sobre todo si se vé obligada á hacer frente á una república rica y poderosa? *Soc.* Claro está, que le será muy dificil defenderse contra una sola; pero muy fácil defenderse contra

dos. *Adim.* Qué es lo que vos decís? *Soc.* Lo primero, si fuese necesario llegar á las manos, nuestras gentes exercitadas en la guerra no tendrian que pelear con enemigos ricos? *Adim.* Lo confieso. *Soc.* Pero, Adimanto, un luchador bien instruido en su arte, no os parece que triunfará fácilmente de dos contrarios ricos, llenos de lozanía y poco exercitados en la lucha? *Adim.* Acaso no, si tiene que ver con los dos á un tiempo. *Soc.* Qué! si tuviese la libertad de huir, y evitando el primer golpe, hiriese recargando al que le sigue de mas cerca, y emplease repetidas veces esta astucia al sol y en el riguroso calor, por suerte le seria muy dificil vencer á muchos como estos uno trás otro? *Adim.* Ciertamente que en esto nada habria que admirar. *Soc.* Pero creeis vos que los ricos de quienes hablamos no estén mas instruidos y mas exercitados en la lucha, que en la guerra? *Adim.* Yo no lo dudo. *Soc.* Luego, segun las apariencias, nuestros atletas se batirán sin trabajo con un exército de ricos dos ó tres veces mas numeroso. *Adim.* Convengo en ello; porque me parece que teneis razon.

Soc. Y qué, si enviasen á pedir socorro á los habitantes de un estado vecino, diciendoles, lo que al cabo seria mucha verdad: nosotros no necesitamos de oro ni de plata, ni nos es permitido el tenerlos, como á vosotros: venid pues en nuestra ayuda, que nosotros os abandonamos los despojos de nuestros enemigos: creeriais vos que aquellos á quie-

nes se hiciesen tales ofertas estimarian mas hacer la guerra á perros enjutos y robustos, que con ellos pelear contra ovejas gordas y delicadas? *Adim.* Pienso que no. Pero si alguna ciudad vecina recoge dentro de sí todas las riquezas de las demas, guardaos que la nuestra pobre como ella es, no corra algun riesgo grande. *Soc.* Qué buen hombre sois en pensar, que alguna otra ciudad que la nuestra merezca llevar este nombre? *Adim.* Por qué no? *Soc.* Es menester dar á las otras ciudades nombre de significacion mas ámplia; porque cada una de ellas no es una ciudad, sino muchas ciudades como dicen los niños quando juegan (2). Por lo ménos allí hay siempre dos que se hacen mútuamente la guerra, una de ricos, otra de pobres: mas cada una de éstas se subdivide aún en otras muchas. Si vos las combatis todas como si fuesen una sola ciudad, errariais en gran manera y se os frustraria vuestro intento. Pero si contemplais á cada una de estas ciudades como compuesta de muchas, y abandonais á los unos las riquezas, el poder, y aún la vida de los otros, tendreis vos siempre muchos aliados y pocos enemigos. Toda ciudad gobernada por sábias leyes, tales como las nuestras, será muy grande. No digo esto por alabarla, sino que en verdad será grande, aunque no pudiese poner en pie arriba de mil combatientes. No encontrareis vos con mucha facilidad una tan grande ni entre los griegos, ni entre los bárbaros, por mas que haya muchas

que parezcan mas poderosas. Pensais vos lo contrario? *Adim.* Par diez que no. *Soc.* Por fortuna pues, no serian estos los justos límites que nuestros magistrados podian dar al aumento de su ciudad y de su territorio, fuera de los quales no debian ellos extenderse mas? *Adim.* Quáles son estos límites? *Soc.* Esto es, á lo que yo creo, el dexarla engrandecer miéntras que pueda sin dexar de ser una; mas allá nada. *Adim.* Muy bien. *Soc.* Segun esto, prescribiremos tambien á nuestros magistrados que hagan de manera, que su ciudad no parezca grande ni pequeña, sino que guarde un justo medio y sea siempre una. *Adim.* Y en esto no les mandaremos cosa de gran peso. *Soc.* Aún es cosa mas liviana, aquella de que hicimos mencion poco ántes, quando les deciamos que era menester hacer pasar á las condiciones mas baxas los hijos de los guerreros que parecian degenerar, y elevar á la clase de guerreros los hijos de los otros que se tuviesen por dignos. Con esto queriamos darles á entender, que cada ciudadano no debe ser destinado sino á una sola cosa, para la qual es inclinado por naturaleza; á fin que cada particular siguiendo el impulso de la suya, sea uno: que por este medio, el estado entero sea tambien uno, y que no haya ni muchos ciudadanos en un solo ciudadano, ni muchos estados en un solo estado. *Adim.* Verdad es que este punto es aún de ménos monta que el otro.

Soc. Todo lo que nosotros les prescribimos

aquí, mi amado Adimanto, ni es tanto, ni tan grande como podria imaginarse alguno; pues al cabo no es nada, si como suele decirse, observasen un solo punto, el único grande, ó mas bien en vez de grande, el único suficiente. *Adim.* Quál es este punto? *Soc.* La educacion de la juventud y crianza de la niñéz: porque si nuestros ciudadanos son bien criados, y llegan á ser ellos hombres de bien, discernirán fácilmente por sí mismos la importancia de todos estos puntos y de otros muchos que omitimos al presente, como lo que mira á las mugeres, al matrimonio y á la procreacion de los hijos: ellos verán, digo yo, que segun el proverbio, todas estas cosas deben ser comunes entre amigos (3). *Adim.* Esto seria perfectamente bien hecho. *Soc.* En una república todo depende del principio. Si ella empezó una vez bien, ella irá siempre engrandeciendose bien como el círculo (4). Una buena educacion forma bellos naturales: los hijos caminando desde luego sobre las huellas de sus padres llegan bien pronto á ser mejores que aquellos que les precedieron, y entre otras ventajas tienen la de engendrar hijos que les exceden á ellos mismos en mérito, como sucede en los otros animales. *Adim.* Esto es muy regular. *Soc.* Al fin, por decirlo todo en dos palabras, los que estén al frente de nuestra república, velarán con gran cuidado, para que la educacion se conserve en toda su pureza; sin permitir que se innove nada tocante á lo dispuesto sobre la

gymnástica y la música, sino que lo observe todo el mundo del mejor modo posible: y quando alguno dixese (a), *que los cantos mas nuevos son los que mas agradan*, temerán ellos no se imagine alguno, que habla el poeta, no de las canciones nuevas, sino de un nuevo método de cantarlas, y apruebe semejantes innovaciones. Ello es, que ni se deben alabar ni adoptar; porque el introducir nueva especie de música seria arriesgarse á perderlo todo. Pues, como dice Damon (5), y en esto soy de su parecer, no se puede llegar á las reglas de la música, sin desquiciar las leyes fundamentales del gobierno. *Adim.* Contadme á mí tambien entre los que piensan lo mismo.

Soc. Nuestros magistrados pues, segun parece, han de hacerse de la música como la ciudadela y salva guardia del estado. *Adim.* Sí; pero el desórden se introduce allí facilmente sin que se perciba (6). *Soc.* Esto es verdad: parece desde luego, que esto no es sino un juego, y que no hay ningun mal que temer. *Adim.* El desórden no hace tampoco otro mal al principio, que insinuarse poco á poco, é introducirse suavemente en las costumbres y en los usos. Despues vá siempre en aumento, y se mezcla en los tratos que tienen entre sí los miembros de la sociedad, de allí se adelanta hasta las leyes y fundamentos del gobierno, que combate, mi ama-

(a) 1. Odys. v. 351.

do Sócrates, con la mayor insolencia, hasta tanto que viene á dar cabo con la ruina del estado y de los particulares. *Soc.* De veras que así sucede? *Adim.* Por lo ménos á mí me lo parece. *Soc.* Esta será por consiguiente otra razon demas para sujetar desde los primeros años á nuestros jóvenes á la mas exâcta y rigurosa disciplina; porque por poco que venga á relaxarse, y que nuestros mancebos se descarrien, imposible es que en la edad madura sean ellos virtuosos, y estén sujetos á las leyes. *Adim.* Cómo podrian estarlo? *Soc.* En lugar que si la educacion de los niños que al pronto parece un juego, empieza bien; si el amor del órden se entra en su corazon con la música, sucederá por un efecto contrario que todo irá de bien en mejor: de suerte que si la disciplina hubiese decaido en algun punto, ellos mismos la restablecerán algun dia. *Adim.* Esto es mucha verdad.

Soc. Tambien restablecerán ellos las prácticas que tenidas por menudencias, fueron enteramente descuidadas de sus predecesores. *Adimant.* Quáles son éstas? *Soc.* Por exemplo, la de callar los jóvenes en presencia de los viejos, levantarse quando ellos entran, cederles en todas partes el mejor lugar, las que conciernen al respeto debido á los padres, al modo de vestirse, de cortarse el pelo y de calzarse, y de todo lo que mira al cuidado del cuerpo, y otras mil cosas semejantes. No os parece que lo harán ellos por sí mismos todo esto? *Adim.* Sí. *Soc.* Seria pues

una locura establecer leyes sobre el particular, que por estár escritas no serian mejor observadas; agregandose el no haber descendido hasta ahora ningun legislador á estos por menores. *Adim.* Es muy cierto. *Soc.* Parece, mi amado Adimanto, que todas estas prácticas son una conseqüencia natural de la educacion: en efecto, lo semejante no atrae siempre á sí á su semejante? *Adim.* Sin duda. *Soc.* Por consiguiente creo que diremos, que nuestra conducta en órden á esto, viene á terminar en ser ó extremadamente buena, ó extremadamente mala, segun la naturaleza de nuestras costumbres. *Adim.* Así debe ser. *Soc.* Esta es la causa por qué jamás querria yo establecer leyes sobre esta especie de cosas. *Adim.* Vos teneis razon.

Soc. Mas, por los dioses os ruego me digais, nosotros emprenderemos disponer algo, tocante á los contratos de compra y venta, á los pactos en las manufacturas, á los insultos, á las violencias, á los procesos, á las jurisdicciones de los jueces, á la subida ó imposicion de tributos por la entrada y salida de las mercaderías, ahora sea por tierra, ahora por mar; en una palabra por todo lo que concierne al mercado, á la ciudad, ó al puerto? *Adim.* No hay necesidad de prescribir nada acerca de esto á los hombres de bien. Ellos encontrarán por sí mismos sin trabajo todos los reglamentos que será del caso que se establezcan. *Soc.* Sí, mi amado amigo, si Dios les concede el dón de conservar en toda su pu-

reza las leyes que hemos referido poco (7) ántes. *Adim.* De lo contrario, ellos pasarán la vida en publicar cada dia nuevos reglamentos sobre todos estos artículos, en añadir correcciones sobre correcciones, imaginandose siempre que ellos descubrirán lo que hay mas perfecto en el asunto. *Soc.* Esto es decir, que su conducta se asemejará á la de aquellos enfermos, que no quieren por intemperancia, renunciar á un órden de vida que destruye su salud. *Adim.* Justamente. *Soc.* La conducta de estos enfermos es cosa muy graciosa. Ellos andan siempre á vueltas con los remedios, y en vez de adelantar su curacion, aumentan y multiplican sus enfermedades, esperando no obstante siempre á cada remedio que se les propone, que les ha de restituir la salud. *Adim.* Precisamente son estos los afectos de los tales enfermos. *Soc.* Pues qué! no es aún lo mas gracioso en ellos, el mirar como á su mortal enemigo al que les dice la verdad, y les declara que si no dexan de comer y beber con exceso, y de vivir entregados al libertinage y á la ociosidad; ni las medicinas, ni los cauterios, ni el hierro, ni los encantos, ni los amuletos (8), ni cosas semejantes, les servirán de nada? *Adim.* Yo no veo que tenga ninguna gracia indignarse de este modo contra los que les dán buenos consejos. *Soc.* Me parece que vos no sois apasionado á esta clase de gentes. *Adim.* Par diez que no.

Soc. Ni tampoco aprobareis, segun ántes deciamos, la conducta de toda una republica que

hiciese lo mismo. Mas qué os parece? no es esto lo que hacen todas las repúblicas mal gobernadas, quando prohiben baxo pena de muerte á los ciudadanos de llegar á la constitucion del gobierno? quando el que sabe lisongear mas suavemente los vicios del estado, y anticipa los deseos de aquellos que gobiernan, que prevee de léxos sus intenciones, y tiene bastante habilidad para satisfacerlas, le tienen allí por un ciudadano virtuoso, por un consumado político, y se vé colmado de honores? *Adim.* Ellos hacen precisamente lo mismo, y estoy muy distante de aprobarlo. *Soc.* Pero qué! no os admirais del valor y de la facilidad de los que consienten, y aún se acaloran en corregir los defectos de semejantes repúblicas? *Adim.* Sí, yo me admiro: exceptuando aquellos, que dexandose engañar por la multitud, se imaginan en verdad ser grandes políticos á causa de los aplausos que les dá el vulgo. *Soc.* Qué decís vos? No quereis escusarles? Pensais acaso, que un hombre que no sabe medir, pueda dexar de creer de sí mismo que es alto quatro codos, quando lo oye decir á muchas otras personas? *Adim.* Yo no lo creo. *Soc.* No os indigneis pues contra ellos. Esta es la gente mas extraña del mundo, siempre ocupada en hacer reglamentos y reformas, persuadidos que remediarán por este medio los abusos que reynan en el trato humano sobre todos los puntos de que yo he hablado; sin pensar que en realidad ellos cortan las cabezas de una hidra (9). *Adim.* Por cierto que no hacen

otra cosa. *Soc.* Esta es la causa por qué yo juzgo, que en qualquier estado que éste sea, mal ó bien gobernado, no deba un sábio legislador entrar en este por menor de leyes y reglamentos: en el uno, porque es inutil, y no se adelantará nada: en el otro, porque qualquiera encontrará facilmente una parte, y la otra se seguirá como por sí misma de las leyes ya establecidas.

Adim. Qué otra ley pues nos falta que establecer? *Soc.* Á nosotros ninguna. Pero dexamos al cuidado de Apolo delfico el promulgar las mas grandes, las mas hermosas y las mas importantes. *Adim.* Quáles son estas? *Soc.* Las que miran á la construccion de templos, á los sacrificios, al culto de los dioses, de los génios y de los héroes, á los funerales, y á las ceremonias que sirven para aplacar los manes de los difuntos: porque en realidad ignoramos lo que debe disponerse sobre esto, y pues que nosotros fundamos una república, no seria cosa prudente el referirnos á otros hombres, ni consultar otro intérprete que al Dios del pais: por quanto este Dios es en materia de religion, el intérprete natural de todos los hombres, habiendo expresamente escogido el medio de la tierra para dar desde allí sus (10) oráculos. *Adim.* Vos decís bien: y así hemos de hacerlo.

Soc. Supongamos pues, hijo de Aristón, que está ya formada nuestra ciudad. Apelad ahora á vuestro hermano, á Polemarco y á todos los que aquí están, á fin de que procureis con el socor-

ro de alguna suficiente luz, descubrir en ella en qué parage residen la justicia é injusticia, en qué se diferencian la una de la otra, y á quál de las dos debe uno atenerse para ser sólidamente feliz, ora se oculte, ora no de la vista de los dioses y de los hombres. *Glauc.* En vano nos empeñais en esta averiguacion, sino entrais vos en ella con nosotros. Vos nos lo habeis prometido, declarandonos al principio como que era una impiedad no defender la justicia con todo vuestro poder. *Soc.* Mis propias palabras son las que me traeis á la memoria: voy á cumplirlo como lo he dicho; pero es menester que vosotros me ayudeis. *Glauc.* Así lo haremos. *Soc.* Espero que encontraremos de este modo lo que buscamos. Si las leyes que nosotros hemos establecido son buenas, creo, que nuestra ciudad debe ser perfecta. *Glauc.* Es como preciso. *Soc.* Es pues cosa clara, que ella es prudente, fuerte, templada y justa. *Glauc.* Es evidente. *Soc.* Luego qualesquiera que sean de estas quatro calidades las que descubramos en ella, lo restante será lo que nos falte descubrir. *Glauc.* Sin disputa. *Soc.* Como si de otras quatro cosas buscasemos una en determinado sugeto, y la encontrasemos desde luego, habriamos hecho quanto habia que hacer: y si conociesemos de pronto las tres primeras habriamos conocido por lo mismo la quarta; pues que es evidente que ésta seria la que nos faltaba descubrir (11). *Glauc.* Vos teneis razon. *Soc.* Aplicaremos pues este método á la averiguacion de

estas virtudes, puesto que son tambien quatro. *Glauc*. Que me place.

Soc. No es dificil en primer lugar descubrir allí la prudencia, y encuentro que en órden á ella hay algo de singular. *Glauc*. Qué? *Soc*. La prudencia reyna en nuestra república, porque reyna allí el buen consejo: no es así? *Glauc*. Ciertamente. *Soc*. No es ménos claro, que la ciencia preside al buen consejo; pues que no es la ignorancia, sino la ciencia la que hace tomar justas medidas. *Glauc*. Es evidente. *Soc*. Mas hay en nuestra ciudad ciencias de toda especie. *Glauc*. No tiene duda. *Soc*. Acaso pues se llamará prudente y sábia en sus consejos, á causa de la ciencia de los carpinteros? *Glauc*. De ninguna manera á causa de ella: este elogio recaeria sobre el arte de carpintear. *Soc*. Luego no se la ha de llamar prudente, porque delibere con acierto sobre el modo de hacer excelentes obras de ensambladura en la madera, segun las reglas de dicho oficio. *Glauc*. No por cierto. *Soc*. Mas será á dicha por su ciencia en las obras de cobre, ó de qualquier otro metal? *Glauc*. Por ninguna de éstas. *Soc*. Ni por el conocimiento en la produccion de los frutos de la tierra; porque esto corresponde á la agricultura. *Glauc*. Así me parece. *Soc*. Hay pues por fortuna en la república que acabamos de establecer, una ciencia que resida en algunos de sus miembros, cuyo objeto sea deliberar, no sobre cierta parte del estado, sino sobre el estado entero, y sobre su buen gobierno tanto inte-

rior como exterior? *Glauc.* Sin duda que la hay. *Soc.* Quál es esta ciencia, y en quiénes reside? *Glauc.* Esta es la que tiene por objeto la conservacion del estado, y ella reside en los magistrados, de quienes hace poco deciamos que son los verdaderos custodios. *Soc.* En virtud pues de esta ciencia cómo llamais vos á nuestra república? *Glauc.* Verdaderamente prudente y sábia en sus consejos. *Soc.* Creeis vos que deba haber entre nosotros mas excelentes herreros, que de estos verdaderos magistrados? *Glauc.* Muchos mas. *Soc.* Y en general, de todos los cuerpos que toman su nombre de la profesion que ellos exercen; el cuerpo de magistrados no será el ménos numeroso? *Glauc.* Sí. *Soc.* Por consiguiente, toda república gobernada por las leyes de la naturaleza debe toda su prudencia á la ciencia que reside en la mas pequeña parte de sí misma, es decir en aquellos que están á su frente y tienen el mando. Y parece que la naturaleza anda escasa en producir estos hombres á quienes corresponde mezclarse en esta ciencia, que sola ella entre todas las ciencias merece el nombre de prudencia. *Glauc.* Esto es muy cierto. *Soc.* Mas no sé por qué buena suerte hemos encontrado esta primera cosa de las quatro que buscabamos, y la parte de la sociedad en donde ella reside. *Glauc.* Yo creo que lo que hemos dicho basta.

Soc. En quanto á la fortaleza, no es dificil descubrirla á ella y al cuerpo en donde reside, á cuya causa se le dá al estado el nombre de

fuerte. *Glauc.* Cómo es esto ? *Soc.* Hay acaso otro medio de asegurarse si una república es fuerte, ó debil, que el de exâminar el carácter de aquellos que están encargados de militar y defenderla ? *Glauc.* Ninguno. *Soc.* Que los otros ciudadanos sean cobardes ó esforzados, poco importa para concluir en órden á la fuerza ó debilidad del estado. *Glauc.* En efecto que no. *Soc.* Luego nuestra ciudad es fuerte por aquella parte de sí misma, en quien reside una cierta virtud que conserva en todo tiempo sobre las cosas que son de temer la idéa que ha recibido del legislador en su educacion. No es ésta en efecto la definicion de la fortaleza? *Glauc.* No he comprehendido muy bien lo que vos acabais de decir : explicaos algo mas. *Soc.* Digo que la fortaleza es una especie de conservacion ? *Glauc.* De qué conservacion hablais? *Soc.* De la idéa que las leyes nos han dado por medio de la educacion, en órden á las cosas que se han de temer y de qué modo. Añado *en todo tiempo*, porque conserve ella siempre esta idéa y no la pierda jamás de vista, ni en el dolor, ni en el placer, ni en los deseos, ni en los temores. Yo voy, si es que gustais de ello, á explicaros esto por medio de una comparacion. *Glauc.* Que me place. *Soc.* Vos sabeis el modo de que se valen los tintoreros, quando quieren teñir la lana de purpura. Primeramente entre las lanas de toda especie de colores escogen la blanca : en seguida la preparan con mucho cuidado, á fin que reciba mejor lo acen-

drado del color de que se trata ; trás lo qual, la tiñen. Esta especie de tintura no se borra : y la tela, ahora se lave simplemente, ahora se jabone, nunca pierde la hermosura de su color. En lugar que si la lana que se tiñe tiene ya otro color, ó si se valen de la blanca sin prepararla ; vos sabeis muy bien qué tinte toma ella entónces. *Glauc.* Yo sé que el color se pierde con facilidad, y que no tiene hermosura. *Soc.* Imaginaos pues que nosotros nos hemos esforzado hacer lo mismo, escogiendo nuestros guerreros con tantas precauciones, y preparandoles por medio de la música y de la gymnástica. Nuestra intencion en esto no ha sido otra, que la de que ellos tomen una tintura profunda de las leyes, á fin que su alma bien nacida y bien criada, quedase de tal modo penetrada de la idéa de las cosas que son de temer, así como de todas las otras, que ninguna lavadura pudiese borrarla, ni la del placer, que es para esto mas eficáz que la cal y el jabon ; ni la del dolor, ni la del temor, ni la del deseo, mas fuertes que todo otro purgante. Á esta justa y legítima idéa de lo que es de temer y de lo que no lo es ; idéa que nada puede borrar, es á lo que yo llamo fortaleza, y lo aseguro ; á no ser que vos digais otra cosa. *Glauc.* No se me ofrece que decir : porque me parece que vos sin duda dais otro nombre que el de fortaleza, á esta idéa, quando no es fruto de la educacion, y á este esfuerzo brutal y feróz, quando no le veis dirigido por las leyes.

Soc. Teneis mucha razon. *Glauc.* Admito pues la definicion de la fortaleza, tal como vos la habeis dado. *Soc.* Entended tambien que esta es una virtud política, y no os engañareis. Nosotros hablaremos en otra ocasion mas á lo largo, si es que vos gustais de ello. Por ahora, creo, que hemos dicho lo bastante; porque no es ésta á quien buscamos, sino á la justicia. *Glauc.* Decís muy bien.

Soc. Dos cosas nos faltan aún que encontrar en nuestra república, la templanza y la justicia, que es el objeto principal de todas nuestras investigaciones. *Glauc.* Es muy cierto. *Soc.* Cómo lo hariamos para encontrar directamente la justicia, sin ocuparnos en buscar la templanza? *Glauc.* Yo ni lo sé, ni quisiera que se nos descubriese ella primero; porque de lo contrario, no nos ocupariamos despues en exâminar qué cosa sea la templanza: por tanto si me quereis dar gusto, empezad ántes por ésta que por aquella. *Soc.* Os haria un agravio de no consentir en ello. *Glauc.* Exâminad pues. *Soc.* Esto es la que voy á hacer: y en quanto puedo yo descubrir desde aquí, esta virtud consiste mas en una cierta consonancia y en una cierta armonía, que las precedentes. *Glauc.* Cómo es esto? *Soc.* La templanza no es otra cosa, que un cierto órden, y como dicen, un cierto freno que se pone uno á sus placeres y á sus pasiones. De allí viene esta expresion, *señor de sí mismo* y algunas otras semejantes, que son, por decirlo así, otros tantos vestigios de esta virtud. No te parece?

Glauc. Sí seguramente. *Soc.* Pero esta expresion, señor de sí mismo, tomada á la letra no es cosa ridícula? Porque el mismo hombre seria entónces señor y esclavo de sí mismo, y al contrario esclavo y señor: por quanto esta especie de expresiones se refieren á la misma persona. *Glauc.* No tiene duda. *Soc.* Ved pues en qué sentido se la deba tomar. Hay en el alma del hombre dos partes, la una superior, la otra inferior: quando la parte superior manda á la otra, se dice de un hombre que es señor de sí mismo y se hace de él un elogio; pero quando por defecto de educacion, ó por algun mal hábito, la parte inferior toma el imperio sobre la superior, se dice de este hombre que es descarriado en sus apetitos y esclavo de sí mismo, lo que es un vituperio y un desprecio. *Glauc.* Paréceme arreglada esta explicacion.

Soc. Echad ahora los ojos sobre nuestra nueva república y vereis que de ella puede decirse con justo título, que es señora de sí misma, si es cierto que debe llamarse templado y señor de sí mismo todo hombre, todo estado en el qual la parte mas apreciable manda á la que es ménos. *Glauc.* Yo la observo, y conozco que decís verdad. *Soc.* Esto no es decir que no se encuentren allí pasiones sin número y de toda especie, placeres y penas en las mugeres, en los esclavos, y aún en la mayor parte de aquellos que se tienen por de condicion libre entre la gente vulgar y despreciable. *Glauc.* Se encuentran sin

duda. *Soc.* Pero vos no encontrareis en ella deseos sencillos y moderados, fundados sobre opiniones justas y gobernadas por la razon, sino en muy pocos, y estos de aquellos que juntan á un buen natural una excelente educacion. *Glaucon* Verdad es. *Soc.* Mas no veis vos al mismo tiempo que en nuestra ciudad los apetitos y las pasiones de la multitud, que es la parte inferior del estado, son refrenadas por la prudencia y los deseos del pequeño número, que es el de los sábios? *Glauc.* Yo así lo veo. *Soc.* Si pues de alguna sociedad puede decirse que es señora de sí misma, de sus placeres y de sus pasiones, debe particularmente decirse de ésta. *Glauc.* No tiene duda. *Soc.* Y que por esta razon ella es templada; no es así? *Glauc.* Es muy cierto. *Soc.* Y si en qualquier otra sociedad que sea, se tiene una idéa justa de los que deben mandar, y de los que son nacidos para obedecer, esta idéa se encuentra tambien en la nuestra. Qué os parece? *Glauc.* Yo no lo dudo. *Soc.* Quando los miembros pues de la sociedad están dispuestos de este modo, en quiénes direis vos que reside la templanza? en los que mandan, ó en los que obedecen? *Glauc.* En los unos y en los otros. *Soc.* Vos veis ya que nuestra conjetura estaba bien fundada, quando hemos comparado la templanza á una cierta armonía. *Glauc.* Por qué razon? *Soc.* Porque no se verifica en ella, lo que en la prudencia y en la fortaleza, que no se encuentra cada una sino en una parte del estado, y le hacen con

todo prudeute y fuerte ; en lugar que la templanza está esparcida en todos los miembros del estado desde la condicion mas baxa, hasta la mas alta ; entre las quales establece ella una consonancia perfecta, ora sea en prudencia, ora en fortaleza, ora se trate de arreglar el número ó las riquezas de los ciudadanos, ora qualquier otra cosa que ser pueda. De suerte que con razon puede decirse que la templanza consiste en esta concordia : que es un concierto establecido por la naturaleza entre la parte superior y la parte inferior de una sociedad, ó de un particular, para decidir quál de las dos partes debe mandar á la otra. *Glauc.* En todo soy de vuestro parecer.

Soc. Hemos por fin encontrado, en mi sentir, las tres cosas que hacen á nuestra ciudad prudente, fuerte y templada. Mas la que nos falta descubrir, por cuyo medio se haria virtuosa, quál seria? Claro está, que es la justicia. *Glauc.* Esto es evidente. *Soc.* Hagamos pues como los cazadores, mi amado Glaucon : cerquemos el matorral donde se ha retirado la justicia, tomemos todas nuestras medidas para impedir que se escape y desaparezca de nuestra vista, porque es cierto que ella está aquí. Mirad pues y registrad con ahinco, y enseñadmela, si por fortuna la descubrís ántes que yo. *Glauc.* Pluguiese al cielo que yo la descubriese. Pero no : aún seria demasiado para mí, si yo os pudiese seguir, y percibir las cosas al paso que vos me las

mostrareis. *Soc.* Seguidme, invocando ántes conmigo á Dios: *Glauc.* Esto es lo que voy á hacer: solo os pido que me sirvais de guia. *Soc.* El parage me parece de dificil acceso y lleno de tropiezos, pues en verdad es obscuro é inescrutable: abanzemos no obstante. *Glauc.* Abanzemos. *Soc.* Despues de haber registrado algun tiempo: ay, ay, exclamé yo, mi amado Glaucon! paréceme que yo he descubierto ya las huellas, y creo que no se nos ha de escapar. *Glauc.* Buenas nuevas me dais. *Soc.* En verdad, somos bien poco perspicaces el uno y el otro. *Glauc.* Por qué decís esto? *Soc.* Hace ya mucho tiempo, mi amado amigo, que nos anda entre los pies, y no la hemos visto. Tan dignos de risa, como los que buscan en otra parte lo que tienen entre sus manos, dirigiamos á lo léxos nuestra vista, en vez de registrar cerca de nosotros donde ella estaba; á cuya causa sin duda se nos ocultó por tanto tiempo. *Glauc.* Cómo decís vos? *Soc.* Yo digo que hablamos nosotros aquí hace mucho tiempo de la justicia, sin considerar que es de ella de quien nosotros hablamos. *Glauc.* Largo preámbulo, para quien con ansia espera oir lo que desea. *Soc.* Ahora bien, escuchad si yo tengo razon. Lo que nosotros hemos establecido al principio, quando fundabamos nuestra república, como una obligacion universal é indispensable, es, á lo que pienso, ó la justicia misma, ó á lo ménos una imágen suya muy parecida. Pues nosotros deciamos y hemos repetido mu-

chas veces, si es que os acordais, que cada ciudano no debia tener sino una ocupacion, á saber, aquella para la qual por naturaleza tenia mas disposicion. *Glauc.* Esto es lo que deciamos. *Soc.* Y hemos oido decir á otros, y tambien nosotros lo hemos dicho muchas veces, que la justicia consistia en meterse únicamente en sus negocios, sin mezclarse para nada en los de otro. *Glauc.* Ciertamente lo hemos dicho. *Soc.* Vaya otro paso, amigo mio, paréceme que la justicia consiste segun esto, en que haga cada uno lo que tiene que hacer: sabeis lo que me mueve á creerlo? *Glauc.* No, decidmelo vos. *Soc.* Me parece que despues de haber visto lo que es la templanza, la fortaleza y la prudencia; lo que nos falta exâminar en nuestra república, debe ser el principio mismo de estas tres virtudes, lo que las produce y lo que las conserva por todo el tiempo que él subsiste. Pues, nosotros diximos, que si encontrabamos las otras tres virtudes, la que nos restaria dexadas ellas aparte, seria la justicia. *Glauc.* Muy preciso es que ella fuese. *Soc.* Si tuviesemos necesidad de decidir, qué cosa es la que mas contribuye á hacer perfecta nuestra república, si la concordia de los magistrados y de los ciudadanos; ó en nuestros guerreros la idéa legítima é inalterable de lo que es de temer, y de lo que no lo es; ó la prudencia y vigilancia que residen en los del gobierno; ó en fin esta virtud por la qual todos los ciudadanos, mugeres, niños, libres, esclavos, artesanos, señores

y súbditos, se limita cada uno á su negocio, sin meterse en el de otro: nos seria muy dificil de juzgar. *Glauc.* Dificilísimo por cierto. *Soc.* De consiguiente, esta virtud, que contiene á cada ciudadano en los límites de su deber, anda á la par con la prudencia, la fortaleza y la templanza, en órden á la perfeccion de la sociedad civil. *Glauc.* No tiene duda.

Soc. Qué otra cosa pues que la justicia podria competir en este punto con las ventajas de las otras tres virtudes? *Glauc.* Ninguna otra. *Soc.* Convenzamonos de esta verdad de este otro modo. Los magistrados en nuestra república no estarán encargados de pronunciar sobre las diferencias de los particulares? *Glauc.* Sin duda. *Soc.* Qué otro fin se propondrán ellos en sus juicios, que el de impedir que nadie se apodere del bien de otros, ó que no sea despojado del suyo? *Glauc.* Ningun otro. *Soc.* Cómo que esto es justo? *Glauc.* Ciertamente. *Soc.* Esta es aún otra prueba de que la justicia asegura á cada uno la posesion de lo que es suyo, y el libre exercicio del empleo que le corresponde. *Glaucon* Así es. *Soc.* Ved si sois vos del mismo parecer que yo. Que el carpintero se ingiera en el oficio del zapatero, ó el zapatero en el del carpintero, que hagan ellos una permuta de su herramienta y del jornal, ó que el mismo hombre trabaje en los dos oficios á un tiempo, y que todos los demas oficios anden así trocados; creeis vos que este desórden causase algun grave

daño á la sociedad? *Glauc.* No por cierto. *Soc.* Pero si aquel que la naturaleza ha destinado á ser artesano ó mercenario, hinchado con sus riquezas, con su crédito, con su fuerza, ó con qualquier otra ventaja, se ingiriese en la profesion del militar, ó el militar en las funciones del magistrado y del custodio, sin tener capacidad para ello; si cambiasen entre sí los instrumentos propios de su empleo, y las ventajas que llevan anêxas; ó si el mismo hombre quisiese desempeñar á un tiempo estos empleos diferentes: entónces yo creeria, y vos creeriais sin duda conmigo, que tal desórden y semejante confusion acarrearia infaliblemente la ruina de la sociedad. *Glauc.* No tiene duda.

Soc. La confusion pues y mezcla de estas tres clases es la cosa mas funesta que puede suceder á un estado, y con razon se llamaria su verdadero exterminio. *Glauc.* Esto es verdad. *Soc.* Pues el mas grande, el verdadero mal de la sociedad, no es la injusticia? *Glauc.* Sí. *Soc.* Luego en esto es en lo que consiste la injusticia: de donde se sigue por el contrario, que quando cada clase del estado, la de los mercenarios, la de los guerreros y la de los magistrados, se contiene en los límites de su empleo, sin pasar un punto de allí; esto debe ser la justicia, y lo que hace que una república sea justa. *Glauc.* Me parece que no puede ser de otro modo. *Soc.* No lo aseguremos todavia: veamos ántes si lo que acabamos de decir de la justicia consi-

derada en la sociedad, puede aplicarse á cada hombre en particular: y si la aplicacion es justa entónces nosotros lo aseguraremos, sin que nos quede arbitrio de decir otra cosa; sino volveremos de otro lado nuestras pesquizas. Pongamos ahora fin á la investigacion en que nos hemos metido, persuadidos que nos seria mas fácil conocer la naturaleza de la justicia en el hombre, si emprendiesemos contemplarla ántes en algun modélo mayor en donde hubiese muchos justos. Hemos creido que una república nos ofrecia un modélo qual nosotros deseamos: y sobre este fundamento hemos formado una la mas perfecta que nos ha sido posible, porque sabiamos de cierto que la justicia se encontraria necesariamente en una república bien gobernada. Apliquemos pues á nuestro pequeño modélo, es decir al hombre, lo que hemos descubierto en el grande; y si corresponde todo de una parte y de otra, la cosa irá bien: pero si encontramos en el hombre alguna cosa que no convenga á nuestro gran modélo, volviendo de nuevo á la república, la sondearemos otra vez; y comparandolos y frotandolos, por decirlo así, uno contra otro, haremos saltar la justicia, como se hace saltar la chispa del pedernal, y por el resplandor que arrojará la conoceremos sin recelo de engañarnos, y la aseguraremos entre nosotros. *Glauc.* Esto es proceder con método, y creo que no podemos hacerlo mejor.

Soc. Quando pues de dos cosas, la una mas

grande, la otra mas chica, se dice que son lo mismo; son por ventura desemejantes, ó semejantes por aquello que obliga á decir que son una misma cosa? *Glauc.* Ellas son semejantes. *Soc.* Segun esto el hombre justo, en quanto justo en nada se diferenciará de una república justa; ántes bien le será perfectamente semejante. *Glauc.* Es cierto. *Soc.* Es así, que nosotros hemos concluido que nuestra república era justa, porque las tres clases que la componen, obraba cada una conforme á su naturaleza y su destino: hemos visto ademas que ella recibia de estas tres clases y no de ningun otro afecto, ó disposicion, su prudencia, su fortaleza y su templanza. *Glauc.* Esto es verdad. *Soc.* Si pues encontramos nosotros, amigo mio, en el alma del hombre, tres partes que correspondan á los tres órdenes de la república, y entre las quales reynen los mismos afectos y subordinacion, daremos al particular los mismos nombres que hemos dado á la sociedad. *Glauc.* No podremos rehusarselos. *Soc.* Vednos pues metidos, estimado amigo, en una qüestion muy implicada respecto del alma: trátase de saber, si ella tiene, ó no en sí las tres partes de que acabamos de hablar. *Glauc.* Ciertamente, que esta qüestion es muy embarazosa: veo muy bien, Sócrates, que lo que se dice comunmente es cierto, *las cosas hermosas* (12) *son dificiles.* *Soc.* Pienso como vos, y sabed ademas, amado Glaucon, que continuando baxo el mismo órden que hemos llevado hasta aquí, soy de

sentir, que nos será imposible descubrir exâctamente lo que nosotros buscamos: porque el camino que debe conducirnos al término es mucho mas largo. Entretanto, puede ser que el método de que nos valgamos, nos haga conocer la justicia de un modo proporcionado á lo que hemos ya descubierto (13). *Glauc.* Yo quedaré contento: porque por ahora me parece que esto debe bastarnos. *Soc.* Tambien á mí me bastará lo mismo que á vos. *Glauc.* Entrad pues en materia, y no os acobardeis.

Soc. En verdad nos vemos precisados á confesar, que los afectos y costumbres de una sociedad se encuentran en cada uno de sus individuos, porque no puede ser sino que de aquí pasaron ellos á la sociedad. En efecto, seria cosa ridícula el creer, que este carácter iracundo y feróz, propio de ciertas naciones, como de los Thraces, de los Scytas y en general de los pueblos que están al norte de la Grecia; ó este espíritu curioso y ambicioso de ciencia que con razon puede atribuirse á nuestra nacion; ó en fin este espíritu de interés que caracteriza á los Phenices y á los Egipcios, tomen su orígen de otra parte que de los particulares que componen cada una de estas naciones. *Glauc.* No tiene duda. *Soc.* Esto seguramente es cierto, y no es precisamente en este punto en el que consiste la dificultad. *Glauc.* Ciertamente que no. *Soc.* Lo que verdaderamente es dificil de decidir, es si son en el hombre tres principios diferentes, ó si es el mis-

mo principio, el que conoce, el que se irrita, el que se inclina ácia el placer adicto al alimento y á la conservacion de la especie, y ácia los otros placeres de esta naturaleza; ó si es el alma toda entera ó una sola parte del alma, lo que produce en nosotros cada uno de estos efectos. Ved aquí lo que es muy dificil de definir de un modo que satisfaga. *Glauc.* Convengo en ello. *Soc.* Probemos á decidir por este camino, si son en el alma tres principios distintos, ó uno solo y un mismo principio. *Glauc.* Por qué camino? *Soc.* Es cierto que un mismo sugeto no es capáz á un mismo tiempo y en órden al mismo objeto, de acciones ó pasiones contrarias. Si encontramos pues que sucede algo parecido á esto en el alma, concluiremos con certeza, que hay en ella tres principios diferentes. *Glauc.* Muy bien. *Soc.* Poned atencion en lo que digo. *Glauc.* Decid. *Soc.* Un mismo cuerpo considerado baxo el mismo respecto, puede estár á un mismo tiempo en quietud y en movimiento? *Glauc.* De ningun modo. *Soc.* Aseguremonos mas aún, no sea que nos encontremos embarazados en lo sucesivo. Si alguno nos objetase que un hombre que está fixo en pie, moviendo solamente las manos y la cabeza, está á un mismo tiempo en quietud y en movimiento: diriamos que esto no es hablar con exâctitud, y que debia decirse que parte de su cuerpo se movia, y parte estaba quieta. No es así? *Glauc.* Así es. *Soc.* Y si para aparentar cierto ayre de gracejo y sutileza, insistiese en

sostener que los trompos y peones, ó qualquiera de estos cuerpos que dán vuelta sobre su exe, sin mudar de sitio, está todo entero en quietud y en movimiento á un tiempo mismo; de ningun modo reconoceremos que estos cuerpos estén entónces en quietud y en movimiento baxo del mismo respecto. Diriamos que se deben distinguir en ellos dos cosas, el exe y la circunferencia: que segun su exe ellos están quietos, pues que este exe no se inclina á un lado ni á otro; pero que segun su circunferencia ellos se mueven con un movimiento circular: que si el exe llegase á declinar á la derecha ó á la izquierda, ácia delante ó ácia trás, entónces seria absolutamente falso el decir que estos cuerpos estaban en quietud. *Glauc.* Y esta respuesta seria sólida. *Soc.* No nos confundamos pues por ninguna de estas dificultades: jamás nos persuadirán ellos, que una cosa misma, mirada baxo el mismo respecto, sea á un tiempo mismo capaz de acciones ó pasiones contrarias. *Glauc.* Por lo que á mí toca, seguro está que me lo persuadan. *Soc.* Con todo, para no detenernos demasiado en recorrer todas estas objeciones, y manifestar su falsedad: pasemos adelante, sentando por verdadero el principio de que nosotros hablamos. Convengamos solamente, que si en lo sucesivo se nos descubriese falso, desde aquel momento todas las conclusiones que nosotros habremos sacado serán nulas. *Glauc.* Esto es lo mejor que podemos hacer.

Soc. Decidme ahora: hacer señal que se quiere una cosa, y hacer señal que no se quiere, apetecerla y aborrecerla, atraerla á sí y recharzarla, son por ventura cosas opuestas, bien sean acciones, bien sean pasiones? porque esto nada importa. *Glauc.* Téngolas por opuestas. *Soc.* Ahora bien. El hambre, la sed y en general los apetitos naturales, el deseo, la voluntad, todo esto no está comprehendido baxo el género de cosas de que nosotros acabamos de hablar? Por exemplo, no se dirá de un hombre que tiene algun deseo, que su alma apetece lo que desea, que ella atrae á sí la cosa que quisiera tener, ó que en tanto que ella quiere que una cosa le sea dada, le hace señas, por decirlo así, de que se le acerque á manera de persona enamorada (14), por el violento deseo que ella tiene de poseerla? *Glauc.* Es muy cierto. *Soc.* Pero el no querer, el no desear, el no apetecer (15), no es por suerte lo mismo que despreciar, y desechar de sí, cuyos afectos del alma son contrarios á los precedentes? *Glauc.* Sin disputa. *Soc.* Esto supuesto, no diremos que hay en nosotros cierta especie de apetitos naturales, y entre estos, dos mas sensibles que los otros, que llamamos el hambre y la sed? *Glauc.* Sí. *Soc.* El uno no tiene por objeto la bebida, y el otro la comida? *Glauc.* Es cierto. *Soc.* Pero la sed, en quanto sed, es por ventura otra cosa en el alma, que el deseo de beber precisamente? *Glauc.* No. *Soc.* La sed en sí misma tiene por objeto una bebida ca-

liente ó fria, en grande ó en pequeña cantidad, y en general de tal y tal bebida? ó mas bien, no es cierto que si se junta á la sed una qualidad caliente, esta qualidad añade al deseo de beber, el de beber frio; y si la qualidad es fria, el de beber caliente; que si la sed es grande, se quiere beber mucho; si es pequeña, se quiere beber poco? Pero que la sed tomada en sí misma no es otra cosa que el deseo de beber, que es su objeto propio, al modo que el de comer, lo es del hambre? *Glauc.* Esto es verdad. Cada deseo, tomado en sí mismo, es solamente de su objeto natural, tomado tambien en sí mismo: pero las qualidades accidentales que se juntan á cada deseo, hacen que éste se mueva ácia tal ó tal objeto. *Soc.* Nadie venga pues á inquietarnos, como á gente desprevenida, diciendo que ninguno desea simplemente el beber, sino una buena bebida, ni el comer, sino una buena comida; porque todos desean las cosas buenas. Si pues la sed es un deseo, este deseo es de alguna cosa buena, qualquiera que sea su objeto, sea la bebida, sea otra cosa, y lo mismo es de los demas deseos. *Glauc.* Con todo, esta objecion parece ser de alguna importancia.

Soc. Pero no obstante, advertid que las cosas que tienen con otras una relacion de quantidad ó de qualidad, son tales, porque consideran ellas sus objetos baxo este respecto: y al contrario, las cosas tomadas en sí, miran sus objetos tomados en sí mismos y despojados de

todas sus qualidades accidentales. *Glauc.* No lo entiendo. *Soc.* Pues qué! vos no entendeis que lo que es mayor, no es tal sino á causa de la relacion que tiene á otra cosa mas pequeña? *Glauc.* Ya lo entiendo esto. *Soc.* Y que si es mucho mayor, esto es respecto de otra cosa mucho mas pequeña. No es así verdad? *Glauc.* Es cierto. *Soc.* Y que si ó ha sido, ó ha de ser algun dia mayor, es porque tiene relacion á una cosa que ó ha sido, ó será mas pequeña? *Glauc.* No tiene duda. *Soc.* Del mismo modo, lo mas tiene relacion con lo ménos, el doble con la mitad, lo pesado con lo ligero, lo mas veloz con lo mas lento, lo caliente con lo frio y así de lo demas. No es así como yo digo? *Glauc.* Enteramente. *Soc.* En órden á las ciencias no sucede tambien lo mismo? La ciencia en general tiene por objeto todo lo que puede ser sabido, ó algun otro objeto qualquiera que este sea: pero una determinada ciencia en particular tiene por objeto tal ó tal conocimiento; entendiendo por este tal alguna cosa determinada. Por exemplo; luego que se hubo inventado la ciencia de construir edificios, no se le dió el nombre de arquitectura, porque se diferenciaba de las otras ciencias? *Glauc.* Esto es verdad. *Soc.* Y por dónde se distinguió ella, sino porque ella era tal, que no se asemejaba á ninguna otra ciencia? *Glauc.* Convengo en ello. *Soc.* Mas por dónde fué ella tal, sino porque tenia tal objeto en particular? Y otro tanto digo de las otras artes

y de las demas ciencias. *Glauc.* Esto es así. *Soc.* Vos comprehendereis sin duda ahora quál era mi pensamiento, quando decia que las cosas tomadas en sí mismas, consideran en sí mismo el objeto al qual se refieren; y que las cosas tales tienen relacion á un objeto tal. No quiero decir con esto, que una cosa sea tal como su objeto: por exemplo, que la ciencia de las cosas que aprovechan ó que dañan á la salud, sea sana, ó dañosa, ni que la ciencia del bien ó del mal, sea buena ó mala: pretendo solamente que pues que la ciencia de la medicina no tiene el mismo objeto que la ciencia en general, sino un objeto determinado, es decir, lo que es útil ó dañoso á la salud, esta ciencia es tambien determinada; lo que hizo que no se le diese simplemente el nombre de ciencia, sino el de medicina, caracterizandola por su objeto. *Glauc.* Comprehendo vuestro pensamiento, y le tengo por verdadero.

Soc. No colocais la sed en el número de cosas que tienen relacion á alguna otra? *Glauc.* Sí, y esto es á la bebida. *Soc.* De consiguiente, tal sed tiene relacion á tal bebida: en lugar que la sed en sí misma no es sed de una tal bebida, ni buena ni mala, ni en grande ni en pequeña cantidad, ni por decirlo de una vez, revestida de ninguna otra qualidad; sino simplemente de la bebida, de lo que naturalmente es la sed. *Glauc.* Enteramente es así. *Soc.* Luego el alma de un hombre que tiene simplemente sed, no

desea otra cosa que beber ; esto es lo que apetece, á esto únicamente se inclina. *Glauc.* La cosa es evidente. *Soc.* Si pues quando ella se inclina á beber, la retrae alguna cosa, este no puede ser el mismo principio, sino distinto de aquel que excita en ella la sed y la arrastra como á una bestia ácia la bebida : porque nosotros decimos, que un mismo principio no puede producir dos efectos opuestos en órden al mismo objeto. *Glauc.* Ciertamente que no. *Soc.* Á la manera que se haria muy mal en decir de un flechero, que con sus manos tira el arco ácia sí, y le separa al mismo tiempo : pero se dice muy bien de él, que tira el arco á sí con la una mano, y que le separa con la otra. *Glauc.* En todo teneis mucha razon. *Soc.* No se encuentran por ventura algunas gentes que tienen sed, y no quieren beber ? *Glauc.* Se encuentran con freqüencia y en gran número. *Soc.* Qué pensariamos de estas gentes, sino que hay en su alma un principio que les manda beber, y otro que se lo prohibe, el qual predomina al primero ? *Glauc.* Por lo que á mí hace, así lo pienso. *Soc.* Este principio que les prohibe el beber, no es á dicha, la razon? mas aquel que les mueve y les impele, no es una conseqüencia de la enfermedad ó de algun otro afecto del cuerpo ? *Glauc.* Es evidente. *Soc.* Con justicia pues decimos, que estos son dos principios distintos el uno del otro, y que nosotros llamamos razon á esta parte de nuestra alma que es un principio del raciocinio ; y

apetito sensitivo, privado de razon, amigo de regocijos y de placeres, á esta otra parte que es en ella el principio del amor, de la hambre, de la sed y de los otros deseos, trás los quales se va precipitada. *Glauc.* No sin mucha razon los miramos como distintos.

Soc. Demos pues por sentado que en nuestra alma se encuentran estos dos principios diferentes: mas por lo que hace á la ira (16), y á lo que causa en nosotros la cólera es acaso un tercer principio? ó, por suerte, seria de la misma naturaleza que alguno de los otros dos? *Glauc.* Tal vez pertenece al apetito sensitivo. *Soc.* Creolo muy bien, por lo que en otro tiempo oí decir, que Leoncio hijo de Aglayon, subiendo un dia del Pireo á la ciudad por lo largo de la muralla del norte, descubrió de léxos los cadáveres que de la parte de afuera estaban echados en la cloaca, y sintió al mismo tiempo un deseo vehemente de acercarse á verlos, y una repugnancia mezclada con aversion á semejante objeto. Resistió por largo tiempo, y se cubrió el rostro; pero vencido al fin por la violencia de su deseo, corrió ácia estos cadáveres, y abriendo los ojos quanto pudo, les dixo: *Ahora bien! infelices, saciaos á vuestro placer, con la vista de tan hermoso espectáculo.* *Glauc.* Tambien yo he oido contar lo mismo. *Soc.* Esto nos hace ver que la ira se opone en nosotros muchas veces á los deseos, y por consiguiente que lo uno es muy distinto de lo otro. *Glauc.* Así es la verdad. *Soc.* No

advertimos tambien en muchas ocasiones, que quando alguno se siente arrastrado de sus deseos á pesar de la razon, se reprehende á sí mismo, y se irrita contra aquello que le hace violencia, y que en esta especie de sedicion la cólera se pone siempre de parte de la razon? Pero jamás habreis experimentado en vos mismo, ni advertido en los otros, que la ira se oponga á la razon, quando por su órden ayuda á nuestros deseos en la consecucion de su objeto. *Glauc.* Por cierto que no. *Soc.* No es tambien cierto, que quando uno cree hacer mal, quanto mas generoso fuese su modo de pensar, tanto ménos se ofende de lo que tenga que sufrir de parte de otro, como hambre, frio, ó cosas tales, quando considera que aquel tiene razon de tratarle de este modo; en términos que segun decia, su cólera no sabria irritarse contra él? *Glauc.* No hay cosa mas cierta. *Soc.* Pero quando estamos persuadidos que se nos hace injusticia, nuestra ira no se inflama y se embravece entónces, y toma el partido de lo que le parece justo? y en vez de dexarse avasallar de la hambre, del frio, ó de otras tales incomodidades, no las sufre y las vence, sin cesar un momento de hacer generosos esfuerzos, hasta que se haya vengado, ó que la muerte le haya quitado el aliento, ó que, á la manera que un pastor apacigua su perro, la razon le haya aplacado y suavizado? *Glauc.* Esta comparacion es tanto mas natural, quanto, segun lo que hemos dicho, en nuestra república los

guerreros deben estár sujetos á los magistrados, como los perros á sus pastores.

Soc. Vos comprehendeis muy bien lo que yo quiero decir : mas os ruego que hagais aun otra reflexîon. *Glauc.* Qué reflexîon es ésta? *Soc.* Que la ira nos parece ahora cosa muy diferente de lo que la hemos creido de pronto. Nosotros pensabamos que ella era parte del apetito sensitivo; ahora estamos muy distantes de creerlo , y nosotros vemos que quando se levanta alguna sedicion en el alma , ella toma siempre las armas en favor de la razon. *Glauc.* Enteramente es así. *Soc.* Pero es diferente de la razon , ó tiene algo comun con ella ; de suerte que no haya en el alma tres , sino dos partes , la racional y la concupiscible? ó mas bien , como nuestra república consta de tres clases , de mercenarios, de guerreros y de magistrados ; el apetito irascible es tambien en el alma un tercer principio cuyo destino sea por naturaleza el de ayudar á la razon, á ménos que se haya él corrompido por una mala educacion? *Glauc.* Necesariamente es un tercer principio. *Soc.* Muy bien: pero nos es forzoso manifestar que es distinto de la razon , así como hemos demostrado que lo era del apetito sensitivo. *Glauc.* Esto no es dificil : porque qualquiera puede observar que los niños , casi al punto que han nacido , están muy dominados de la ira. Mas la razon no les llegó aún , y en mi sentir jamás les viene á algunos , y aún á la mayor parte no les llega sino muy tarde. *Soc.* Par diez

que vos decís muy bien: y aún en prueba de ello, podia alegar alguno lo que se observa en los animales. Podiamos tambien traer en testimonio el verso de Homero citado mas arriba (a): *Ulises se hirió el pecho, y alentó con estas palabras su corazon abatido*: porque es evidente que Homero representa aquí como dos cosas distintas; de una parte la razon que riñe despues de haber reflexionado sobre lo mejor y peor; de otra, la cólera ciega que experimenta sus reprehensiones. *Glauc.* Esto está perfectamente bien dicho.

Soc. En fin, aunque con gran trabajo, hemos conseguido manifestar con bastante claridad, que en el alma del hombre hay tres principios que corresponden á cada uno de los tres órdenes del estado. *Glauc.* Así es. *Soc.* No es ahora como preciso, que la república y el particular sean prudentes del mismo modo y por el mismo principio? *Glauc.* No tiene duda. *Soc.* Y que el particular sea fuerte de la misma manera y por la misma razon que la república: en una palabra, que todo lo que contribuye á la virtud se encuentre del mismo modo en el uno que en el otro? *Glauc.* Es muy necesario. *Soc.* Por tanto, pienso que diremos, mi amado Glaucon, que lo que hace á la república justa, hace igualmente justo al particular. *Glauc.* Tambien esto es muy preciso. *Soc.* Pues no nos hemos olvidado,

(a) Odys. 20. v. 17.

de que la república es justa, quando cada uno de los tres órdenes que la componen hace únicamente lo que es de su oficio. *Glauc.* Creo que lo tengamos muy presente. *Soc.* Debemos pues tener en la memoria que cada qual de nosotros será justo y vivirá arreglado, quando cada una de las potencias del alma obre allá en su interior del modo que mas conviene á su naturaleza. *Glauc.* Y mucho que deberemos acordarnos. *Soc.* Luego á la razon conviene el mandar, siendo ella en quien reside la prudencia, y la que tiene inspeccion sobre toda el alma; y á la ira el obedecer y ayudarla. *Glauc.* Todo es así como decís. *Soc.* Por qué otra via pues se podrá conservar una perfecta consonancia entre estas dos partes, sino por esta mezcla de la música y de la gymnástica de que hemos hablado mas arriba, cuyos efectos serán, de un lado, alimentar, dilatar, y fortificar la razon con discursos hermosos y con el estudio de las ciencias; de otro lado, remitir, suavizar, y apaciguar la cólera con el encanto del número y de la armonía? *Glauc.* Yo no veo otro medio de concordarlas entre sí. *Soc.* Estas dos partes del alma, de este modo adiestradas é instruidas de su verdadera obligacion, tendrán á raya al apetito sensitivo, que ocupa la mayor parte de nuestra alma en órden á todo, y que por su naturaleza es insaciable. Ellas cuidarán, no sea que repleto de los placeres corporales se aumente y fortifique de manera, que no solo se salga de los límites de

su deber, sino que pretenda esclavizarlas y tomarse sobre ellas una autoridad que no le compete, y que causaria en las costumbres un extraño desórden. *Glauc.* Enteramente es así. *Soc.* Si pues los enemigos de afuera vienen á atacar á este hombre, ellas le defenderán muy bien; por quanto la razon con su consejo tomará medidas convenientes para la seguridad del alma y del cuerpo: y la irá combatiendo baxo sus auspicios, y ayudada de la fortaleza, executará las órdenes de la razon. *Glauc.* Es muy cierto.

Soc. Creo pues que el hombre merece el nombre de fuerte, quando su ánimo incapáz de ser conmovido por el placer y por el dolor, teme ó desprecia los peligros que la razon le manda temer ó despreciar. *Glauc.* Muy bien. *Soc.* Él es prudente por esta pequeña parte que manda en él, y dá las órdenes; la qual sola sabe lo que es útil á cada una de por sí y á toda la comunidad compuesta de estas tres partes. *Glauc.* No tiene duda. *Soc.* Y qué! no es él templado por la amistad y armonía que reynan entre la parte que manda y las que obedecen; quando estas dos últimas están de acuerdo en que á la razon le toca el mandar, y no se revelan contra ella? *Glauc.* La templanza no puede tener otro principio ora sea en el estado, ora en el particular. *Soc.* En fin por todo esto será él tambien justo, como hemos dicho muchas veces. *Glauc.* Sin disputa. *Soc.* Hay, por ventura, al presente alguna cosa que nos impida reconocer que la justicia

en el hombre es la misma que en la república? *Glauc.* Me parece que no. *Soc.* Si nos quedase aún alguna duda sobre esto, nosotros la desvaneceremos, exâminando las conseqüencias de la doctrina precedente. *Glauc.* Quáles son estas conseqüencias? *Soc.* Por exemplo, si se tratase respecto de nuestra república y del particular formado sobre su modélo por la naturaleza y por la educacion, de exâminar entre nosotros si este hombre podria convertir en provecho suyo un depósito de oro ó de plata; pensais vos que hubiese alguno que le creyera otro tanto ó mas capáz de una accion tal, que aquellos que no se criaron de este modo? *Glauc.* Yo no lo pienso. *Soc.* No seria igualmente incapáz de despojar los templos, de robar, de hacer traicion al estado, ó á sus amigos? *Glauc.* Sí lo seria. *Soc.* Y de faltar de ningun modo á sus juramentos y á sus promesas? *Glauc.* Cómo es posible? *Soc.* El adulterio, la falta de respeto á los padres y de piedad para con los dioses, son aún delitos que á qualquier otro convienen mas que á éste. *Glauc.* En efecto es así. *Soc.* La causa de todo esto, no es la subordinacion establecida entre las partes de su alma, y la aplicacion de cada una de ellas á cumplir sus obligaciones, unas de mandar y otras de obedecer? *Glauc.* No puede ser otra. *Soc.* Pero conoceis vos alguna otra virtud que la justicia que pueda formar hombres y repúblicas de este caracter? *Glauc.* En verdad que no. *Soc.* Ahora pues vemos con toda clari-

dad, lo que de pronto no haciamos sino mirar como un sueño, que algun dios nos habia dirigido en el plan de nuestra república, y guiado sobre las huellas de la justicia. *Glauc.* Esto es cierto.

Soc. Por tanto, mi amado Glaucon, quando exîgiamos nosotros que el que nacia para zapatero, carpintero y así de los demas, desempeñase bien su oficio, sin meterse en otra cosa; diseñábamos, sin saberlo, la imágen de la justicia, la qual ha contribuido para hacernos descubrir la justicia misma. *Glauc.* Así parece. *Soc.* La justicia, en efecto, se asemeja perfectamente á esta imágen, con tal que ella no se limite á las acciones exteriores del hombre; si no que arregle su interior, no permitiendo que ninguna de las partes de su alma haga otra cosa que lo que le corresponde, y prohibiendoles entremeterse en sus derechos respectivos. Ella quiere que el hombre despues de haber bien dispuesto todas las cosas de adentro, de haberse hecho dueño y amigo de sí mismo, de haber establecido el órden y la correspondencia entre estas tres partes, puesta entre ellas una perfecta consonancia, como entre los tres tonos extremos de la armonía la octava, la baxa y la quinta, y si hay aún algunos otros tonos intermedios, de haberlas unido y liado unas con otras, de suerte que de este conjunto resulte un todo bien dispuesto y bien concertado; ella quiere, digo yo, que entónces el hombre empieze á obrar de este modo, ora

trate de juntar riquezas, ora de cuidar de su cuerpo, ora lleve una vida privada, ora se mezcle en los negocios públicos, que en todas estas circunstancias, dé el nombre de accion justa y honesta á toda accion que produce y mantiene en él este bello órden, y el nombre de prudencia á la ciencia que preside á las acciones de esta naturaleza: que al contrario llame accion injusta, la que destruye en él este órden, é ignorancia la opinion que dirige semejantes acciones. *Glauc.* No hay cosa mas cierta, mi amado Sócrates, que lo que vos decís. *Soc.* Por tanto no temeremos engañarnos mucho, asegurando que hemos encontrado lo que es un hombre justo, una sociedad justa y en qué consiste su justicia. *Glauc.* Por cierto, no tendremos nada que temer. *Soc.* Lo aseguraremos? *Glauc.* S. *Soc.* Sea así pues. Réstanos ahora, pienso yo exâminar la injusticia. *Glauc.* Claro está.

Soc. Ella debe ser una sedicion entre las tres partes del alma que se dirigen á lo que no es de su inspeccion, usurpando el destino de otra, y una insolente sublevacion de una parte contra el todo, para tomarse una autoridad que no le corresponde, siendo de su naturaleza nacida para obedecer. De este principio pues, diremos nosotros, que nacen la turbacion, el error, la injusticia, la intemperancia, la cobardía y la ignorancia, en una palabra todos los vicios. *Glauc.* Esto es cierto. *Soc.* Pues que nosotros conocemos la naturaleza de la justicia y de la injusticia, nos será co-

nocido tambien lo que son las acciones justas y las injustas. *Glauc.* Cómo es esto ? *Soc.* Porque ellas son respecto del alma, lo que las cosas sanas y dañosas en órden al cuerpo. *Glauc.* En qué? *Soc.* En que las cosas sanas dán la salud, y las dañosas engendran enfermedades. *Glauc.* Ciertamente. *Soc.* De la misma manera las acciones justas, producen la justicia; y las acciones injustas, la injusticia. *Glauc.* Es preciso. *Soc.* Dar la salud, es establecer entre los humores del cuerpo el equilibrio natural que sujeta los unos á los otros: engendrar la enfermedad, es hacer que un humor domine sobre los otros, contra las leyes de la naturaleza. *Glauc.* Esto es verdad. *Soc.* Por la misma razon, producir la justicia no es otra cosa que establecer entre las partes del alma la subordinacion que la naturaleza ha querido que allí reyne: promover la injusticia, es dar á una parte sobre las otras un imperio que es contra naturaleza. *Glauc.* Está muy bien.

Soc. La virtud pues, si puede hablarse así, es la salud, la belleza y buena disposicion del alma: el vicio al contrario, la enfermedad, la fealdad, y la languidez. *Glauc.* Esto es así. *Soc.* Las acciones honestas no contribuyen á excitar en nosotros la virtud, y las acciones torpes á producir en nosotros el vicio ? *Glauc.* No tiene duda. *Soc.* No nos falta por consiguiente sino exâminar si es útil hacer acciones justas, aplicarse á lo que es honesto, y ser justo, ora sea

conocido por tal, ora no: ó cometer injusticias y ser injusto, aún quando no se tubiese el temor de ser castigado, y de arrepentirse mejorado con la correccion. *Glauc.* Pero, Socrates, me parece cosa ridicula detenernos mas en semejante exâmen: porque, si quando la complexîon del cuerpo está enteramente arruinada, la vida llega á ser insoportable, aún en la abundancia de las mas delicadas comidas y bebidas, en el seno mismo de la opulencia y de los honores, y aún en el mando de todo el mundo; con mas poderosa razon, quando el alma principio de nuestra vida, está alterada y corrompida, debe sernos pesado el vivir aún quando por otra parte se tenga el poder de hacerlo todo, salvo de libertar al alma de su injusticia y de sus vicios y procurarle la adquisicion de la justicia y de la virtud, sobre todo despues del juicio que hemos hecho de la naturaleza de la una y de la otra. *Soc.* Seria en efecto cosa ridicula detenernos en este exâmen; pero pues que nosotros hemos llegado al punto de poder convencernos de esta verdad con la mayor certeza, no debemos pararnos aquí, ni perder ánimo. *Glauc.* Por Dios, que nos guardemos mucho de apocarnos.

Soc. Acercaos pues, y registrad baxo quantas especies diferentes y curiosas se divierte en disfrazarse el vicio. *Glauc.* Ya os sigo: mostradmelas. *Soc.* En quanto yo puedo descubrir de la altura á donde el hilo de esta conversacion nos ha

conducido, me parece que la forma de la virtud es una (17), y las del vicio son innumerables: con todo pueden reducirse á quatro, de las quales es del caso hablar aquí. *Glauc.* Qué es lo que vos quereis decir? *Soc.* Quiero yo decir, que el alma tiene otros tantos caractéres diferentes, quantas son las diferentes formas de gobiernos. *Glauc.* Quántas contais vos? *Soc.* Cinco especies de gobiernos, y cinco caractéres del alma. *Glauc.* Nombradmelas. *Soc.* Vedlas aquí: la primera forma de gobierno es la que acabamos de exponer; pero se le pueden dar dos nombres: si uno solo gobierna se llamará *monarquía*, y si la autoridad está dividida entre muchos, *aristocracia*. *Glauc.* Muy bien. *Soc.* Comprehendo yo estos dos nombres baxo una sola forma de gobierno; porque bien sea que el mando esté en manos de uno solo ó en las de muchos, no se alterarán en nada las leyes fundamentales del gobierno, miéntras que los principios de la educacion que hemos dado estén allí en práctica. *Glauc.* Es muy regular.

NOTAS

Á LA REPÚBLICA DE PLATÓN.

COLOQUIO PRIMERO.

(1) *Justicia*. Se ha de entender por este nombre en quanto es objeto del presente diálogo, lo que en comun llamamos virtud, y de otro modo hombría de bien, ó concierto y armonía universal de las acciones: es decir, aquel hábito de vivir en un todo conforme al dictámen de la recta razon, y constituye al que le posee en la clase de hombre justo. Tomada la justicia en este sentido generalísimo, se identifica con la república concertada y estrechamente unida, de forma que parezca no mas de una sola alma; y la verdadera república equivale á la justicia de todos los ciudadanos, por la qual cada uno desempeña su cargo ú oficio como es debido. En algo no obstante pueden distinguirse, en quanto la república es como el argumento y materia de que se vale; y la justicia es como el fin y término: de modo que Platón toma por objeto una república, con el fin de manifestar en grande en términos que á nadie se le oculte la naturaleza de la justicia.

(2) *Pireo*. Célebre puerto de Aténas distante de esta ciudad cosa de cinco mil pasos. Fué edificado por Themistocles, en vista de la poca capacidad de puerto Falero. Dice Plinio qne era capaz de abrigar mil naves; pero Estrabón, que es mas exâcto en esto, no le dá mas ámbito que para quatrocientas. De los bellos pórticos que refiere Pausanias y de los hermosos edificios de la poblacion antigua, solo subsiste el que sirve de aduana y almacen, y de las largas murallas que se extendian desde el puerto á la ciudad y fueron destruidas por Syla, apénas se descubren los cimientos.

(3) *A orar.* Cinco puntos insinúa Platón en la introduccion de este diálogo, que son como otras tantas piedras fundamentales sobre que se sustenta una república; á saber, las solemnidades sagradas, la amistad, la prudencia y consejo de los ancianos, el afecto moderado de las riquezas y la utilidad de ellas para sostener los derechos de la verdad, compañera inseparable de la justicia. En este primer punto, con la oracion y la adoracion, sacrificios y votos de los asistentes á las solemnidades sagradas, se indican la piedad y religion, dos firmes fundamentos del estado y de la justicia y demas virtudes necesarias á la sociedad; añadiendose á estos como tercero la esperanza de los premios y temor de las penas, que acaso es el mas poderoso de los tres para contener la multitud.

(4) *Diosa.* Creese comunmente que se trata aquí de Minerva, llamada en Atenas por antonomasia la diosa: pero mas bien se puede creer con Orígenes que habla aquí Platón de Diana, en cuyo honor se celebraba la fiesta que dió motivo á Sócrates, y á una multitud de atenienses para baxar al Pireo. A causa de esto en la pompa, ó procesion se hace mencion de los traces que estaban á sueldo de los atenienses para custodiar el puerto, y que honraban á Diana con el nombre de *Bendis*; de donde esta fiesta es llamada por Thrasimaco al fin de este coloquio, *Bendideia.* Muy parecida era á la de los Bacanales, y segun Proclo, se celebraba el diez y nueve del mes *Targelion*, que corresponde á parte de nuestros meses Mayo y Junio. Su institucion declaraba, que se aplicaria por los dioses presidentes de la fiesta, la aversion exterior que manifestaban los griegos á todo descendiente de raza de bárbaros. Sin duda la introduxeron allí los traces conforme al uso y costumbre de su país, y adoptaronla en tiempo de Platón los atenienses por extremo zelosos de todo lo extrangero, hasta de los dioses de los bárbaros; de modo que por temor que alguno de ellos se quexase de que le despreciaban, levantaron tambien ara al Dios desconocido.

(5) *Procesion.* En griego *pompe.* Ceremonia pagana

en la qual se llevaban procesionalmente las estatuas de los dioses, y como estas ceremonias se hiciesen con magnificencia y grande aparato, se usó posteriormente de dicha palabra en este último sentido. *Grou.*

(6) *Nicias.* Este es el famoso Nicias que pereció en el sitio de Siracusa, durante la guerra del Peloponeso. *Grou.*

(7) *Hachas á caballo.* Certamen equestre lampadario que se celebraba en Atenas en las fiestas de Minerva, de Prometheo y de Vulcano. Pausanias en su attico refiere que en la académia habia un altar dedicado á Prometheo, desde el qual ácia la ciudad corrian los competidores llevando en su mano una hacha encendida. Aquel que la conservaba así hasta llegar al término de su carrera, ganaba la victoria: pero si se apagaba en manos del que corria primero, perdia ya toda esperanza de vencer. Un segundo ocupaba su lugar y luego un tercero, y si por desgracia se apagaba el hacha en mano de todos los concurrentes á nadie se adjudicaba el premio. Á este certamen hace alusion Lucrecio, quando en el libro 2. dice, hablando de las generaciones que se suceden unas á otras: *et quasi cursores vitai lampada tradunt*, y como corredores se entregan unos á otros la antorcha de la vida. Paréceme con Simplicio que los atenienses en obsequio de la diosa Diana resolvieron ofrecer al público este espectáculo en su solemnidad. Juan Meursio era de sentir que el certamen de que habla Platón en este lugar, fué el que dió principio á las *Panateneas* menores, que se celebraban todos los años, á diferencia de las mayores que eran cada cinco. Pudieron muy bien celebrarse en seguida de la fiesta *Bendideia* el 20 del mes targelion, como insinúa Proclo en el comentario primero al Timeo de Platón; pero del texto de este filósofo no puede inferir Meursio lo que pretende, siendo cierto que el certamen lampadario, y la fiesta *charisia* ó *pannychida*, se refieren allí como partes continuadas de las fiestas *Bendideas*.

(8) *La fiesta.* Llamada en griego παννυχὶς, porque la celebraban, pasando toda la noche en vela,

divirtiendose con bayles y danzas en obsequio de las Gracias, á cuya causa fué llamada tambien esta fiesta *charisia.* Al vencedor, que era el que mas sufrimiento tenia para resistir el sueño y cansancio, se le asignaba por premio una torta. La pieza intitulada *pervigilium veneris*, ó vigilia de las fiestas de Venus, debió componerse en ocasion muy semejante á esta: no pudiendose dudar que los latinos hubiesen tomado el modélo de los griegos.

(9) ***Lisias.*** Célebre orador griego, nacido en Siracusa año 459 ántes de Jesu Christo y llevado á Aténas por Céphalo su padre, donde le educó con particular esmero. Con sus arengas se adquirió una reputacion extraordinaria, y con sus lecciones y escritos formó muchos discípulos en la eloquencia. Á la exposicion clara y suelta del asunto, juntaba una elocucion pura y escogida, una noble sencillez, un hermoso natural y una exâcta pintura de las costumbres, y de los caractéres. Puede formarse algun concepto, por el discurso que se halla en la primera parte del Phedro de Platón. Estando el Senado de Aténas para sentenciar á Sócrates, le llevó Lisias una defensa muy t abajada y patética, adaptada á su desgraciada situacion. Leyóla Socrates con gusto y le dixo: »Como si me hubieseis traido unos zapatos á la sicyonana (que entónces eran de moda) no me serviria yo »de ellos, por no convenir á un filósofo; así vuestra »defensa me parece eloquente y conforme á las reglas de »la retórica, pero no muy conveniente á la grandeza y »firmeza de alma dignas de un sábio.» Murió en edad muy abanzada el año 374 ántes de Jesu-Christo.

Eutidemo era un sofista, de quien se burla Platón en el diálogo que lleva su nombre.

(10) ***De Calcedonia.*** Serrano traduce cartaginés, aunque sin fundamento, porque las ediciones de Enrique Estefano y la de Dos-puentes escriben Χαλκηδόνιον, bien que la verdadera ortografía sea Χαλχηδόνιον, como se encuentra en el M. S. de la Real Biblioteca estante N. cod. 36. fol. 1. b. y lo atestigua Espahem con las medallas, Memnon citado por Phocio y la coleccion de

cánones de la Iglesia universal. De esta escritura se infiere claramente que habla de un hombre natural de Calcedonia de Asia sobre el Bósphoro, y de consiguiente que está equivocada la version de Serrano, que solo tendria lugar leyendose Καρχηδόνιον. Era un sofista atrevido, insolente y desvergonzado, carácter propio de los de su profesion, que á toda costa y sin buenas razones queria sostener el partido de la injusticia, esparciendo mas de quatrocientos años ántes de Jesu-Christo las perversas semillas de los monstruosos sistémas de Machiavelo y Tomas Hobes.

(11) *Sacrificio doméstico.* En tiempo de Platón estaba ya introducido entre los griegos el tener la gente principal y acomodada altares domesticos, donde ofrecian sus sacrificios. Xenophonte lib. 1. Memo. dice de Sócrates: »Que se le veia muchas veces sacrificando en »casa; pero muchas mas sobre las aras públicas de la »ciudad.» Este lugar de Platón confirma lo mismo en la persona del anciano Céphalo, á quien encontró Sócrates en trage de sacrificador, y dexó la conversacion por acudir al sacrificio que ofrecia en su casa. Esta costumbre que en los de abanzada edad, ó imposibilitados de acudir á los templos públicos seria tolerable, la reprehende Platón en el lib. 10. de las leyes diciendo: »Que »ningun particular tenga en su casa capilla ó altar: y »quando quiera ofrecer sacrificios, vaya á los templos »públicos, y ponga sus victimas y ofrendas en manos »de los sacerdotes, á quienes está confiada la santidad »de los altares, y haga su oracion, á la qual podrán »juntarse los asistentes; porque el consagrar altares no »pertenece á todo el mundo, sino que es obra de una »inteligencia muy ilustrada.»

(12) *Amigos.* La amistad es otro de los fundamentos de una república insinuados por Platón, siendo el vínculo que mas une y estrecha entre sí á sus miembros por la benevolencia y deleite que engendra el trato reciproco de los amigos. Por desgracia de las sociedades es tan rara esta virtud, que siendo no pequeño el número de personas que cada uno de sus individuos se vé necesitado

á tratar, apénas se encuentra un verdadero amigo. Para discernirle del que no lo es, convendrá tener presente las quince maneras de amor con que se aman los hombres, á saber: »Amor cumplido, amor de linage, amor de »deudo, amor verdadero, amor de igualdad, amor de »provecho, amor de menester, amor de barata, amor »de ventaja, amor del tiempo, amor de palabra, amor »de corte, amor de ficcion, amor de daño, amor de en»gaño, » segun enseña Don Juan Manuel, nieto del Santo Rey Don Fernando en el libro de los consejos que dió á su hijo, intitulado *Enfenido*, donde al concluir hablando de los amigos verdaderos dice: »aves »vos podria decir que falle de tales amigos mas de uno, »et non lo quiero nombrar por non me perder con los »otros.»

(13) *Ancianos.* La prudencia y consejo de los ancianos es el tercer cimiento sobre que especialmente estriban los estados; habiendose visto algunos reparados por los viejos, y arruinados muchos por los jóvenes. De aquí la máxima de Eschines, »que entónces se salvará con especialidad la república, quando al conse»jo de los ancianos se junte la fuerza de los jovenes.

(14) *Umbral de la vejez.* *Γήραος οὐδός*, como si dixesemos el último término de la vida humana, del qual á la muerte solo queda un paso que andar. Frase muy usada en Homero y Hesiodo, y atribuida por Julio Polux á Hyperides, como esta otra su equivalente: *Ἐπὶ δυσμαῖς βίου, en el ocaso de la vida.* Tómalo aquí Platón como por proverbio, y atendiendo solo á los usos y respetos del mundo, tendriase á gran imprudencia y por muy mal cumplido hablarle á un viejo de su edad, y decirle en su cara que no estaba léxos de la muerte; pero es un filósofo en cuyo nombre se tiene este lenguage con un viejo sábio, y así no es inoportuno.

(15) *Me sucede.* Cicerón traduce casi entero todo este discurso de Céphalo, en su tratado de la vejéz, poniendole en boca del viejo Catón. *Grou.*

(16) *Misma edad.* La semejanza es madre de la be-

nevolencia y fomentadora del trato familiar, por lo quál se observa que los niños naturalmente gustan de juntarse con los niños, los mozos con los mozos, los ancianos con los ancianos, los doctos con los doctos, los malos con los malos, los ricos con los ricos, y en general el semejante se complace con su semejante. Á esto se refieren muchos proverbios griegos, como el de que hace mencion Platón en este lugar, ἧλιξ ἥλικα τέρπει, »el igual gusta del igual. Ὅμοιον ὁμοίῳ, ἴσον ἴσῳ φίλον, »lo semejante ama su semejante: cada qual con su cada »qual: cada oveja con su pareja. Κολοιὸς ποτὶ κολοιόν, »el grajo al grajo, la cigueña á la cigueña, la hormiga »á la hormiga, todas las aves con sus pares, » como se dice en castellano.

(17) *Sophocles* Célebre poeta griego, apellidado la abeja y la sirena Atica, por la dulzura de sus versos. En la traslacion de los huesos de Teseo á Aténas, celebrada con exercicios de ingenio, llevó la superioridad sobre Eschylo. No ménos se distinguió por su talento en gobernar, quando elevado á la dignidad de Arconte, mandó en calidad de tal los exércitos de la república con Pericles, señalándose su esfuerzo en diferentes ocasiones. Realzaba al mismo tiempo la gloria del teátro griego, llevandose con Eurípides su contemporaneo y rival los sufragios de los atenienses. Fué coronado veinte veces, y compuso cerca de ciento veinte tragedias, de las quales no nos quedaron mas de siete. Murió de edad de 90 años, por el de 404 ántes de Jesu-Christo.

(18) *Themistocles*. General ateniense, entregado en los primeros ardores de la juventud á todos los desórdenes que sugiere un temperamento vicioso, por cuyo libertinage le desheredó su padre. Para borrar esta deshonra se consagró por entero al servicio de la república trabajando con extremo cuidado en adquirir amigos y reputacion. Admirados los compañeros de su desórden de tan extraordinaria y pronta mudanza, preguntaronle la causa y les dixo, que las *hazañas de Miltiades no le dexaban dormir*. En efecto el deseo de obscurecerlas se enardeció en él de tal modo, que se retiró de un todo

de las diversiones y placeres, ocupado enteramente en engrandecer á Aténas, dándole el imperio del mar. Por sus cuidados se estableció el puerto Pireo, y se destinaron fondos para construir navios todos los años, debiéndose á su profunda habilidad la interesante y gloriosísima victoria de Salamina. Fueron mal recompensados sus servicios, pues levantandose intrigas contra él, fué desterrado por la ley del ostracismo; y errante de una en otra parte, vino á refugiarse al rey de Persia, que le colmó de bienes y quiso confiarle el mando general de sus exércitos. El buen ateniense no queriendo guerrear contra su pátria, ni disgustar tampoco á Artaxerxes se envenenó á sí mismo el año 464 ántes de Jesu-Christo, á los 63 de su edad.

(19) *Riquezas.* Las medianas comodidades y moderado afecto de las riquezas es otro de los fundamentos de la felicidad de las repúblicas. Donde reyna esta moderacion por pobre que sea un estado, todos tienen con que vivir, son mejores ciudadanos, y se observa mas regularidad en las costumbres. Los extremos de abundancia en los unos y escasez en los otros, son ocasion de infinitos males en la república, excesos en la comida, bebida y vestido, disolucion en las acciones, dureza con los miserables, y en estos por su profundo abatimiento, sordidéz en toda su conducta, hurtos, latrocinios, envidias y rebeliones originadas de la poca ó ninguna union de unos con otros.

(20) ***Pindaro.*** Príncipe de los poetas lyricos, nacido en Thebas en la provincia de Beocia, ácia el año 500 ántes de Jesu-Christo. Aprendió el arte de hacer versos de Laso de Hermiona y de Myrtis dama griega. Compuso gran número de poesias de las quales no nos quedan mas de sus odas, en que celebra á los que en su tiempo habian conseguido el premio en los quatro juegos solemnes de los griegos, Olympicos, Istmicos, Pythicos y Nemeos. Alexandro tuvo en tanta veneracion la memoria de este gran poeta, que en la destruccion de Thebas conservó su casa y familia. No fué tenido en ménos consideracion miéntras vivia, pues condenado á una mul-

ta por su pátria Thebas á causa de los excesivos elogios que habia hecho de Aténas, esta ciudad mandó pagar dicha suma del erario público. En sus obras, la vehemencia de las figuras, lo atrevido de las imágenes, la vivacidad de las expresiones, la osadía de las metáphoras, la armonía de las innumerables frases, la magestuosa precipitacion del estilo, todo concurre á constituirle por el mayor poeta que jamás se ha visto en el género lyrico. Se cree que murió en el teátro por los años 436 ántes de Jesu-Christo. En la coleccion de fragmentos de Pindaro, se aplica éste á los threnos ó cantos lúgubres, á cuyo lugar aluden tambien Plutarco en los Morales, Synesio en los sueños, Niceforo Gregoras en los anales y Themistio en las oraciones.

(21) *Sábio.* Para que las riquezas sean útiles al público y á los particulares es menester primeramente que recaigan en personas de probidad, y que por otra parte no tengan muy puesto su corazon en ellas. Con estas dos circunstancias se hará de ellas el uso que corresponde, y se sacaran los provechos posibles, protegiendo siempre la verdad compañera inseparable de la justicia, que es el quinto de los fundamentos que estableció Platón para la seguridad de los estados. Sobre esto proporcionarán al juicioso poseedor mil ocasiones de manifestarse religioso y piadoso para con Dios, y para con sus próximos caritativo; libertandole de los riesgos de faltar á la buena fé y hombría de bien, á lo que expone á muchísimos su extremada pobreza.

(22) *Conversacion.* Finura de Platón en haber hecho salir á Céphalo al principio de la conversacion: porque no era natural que un hombre de su edad se empeñase en una disputa tan larga; y de otro lado su presencia hubiese podido dar sujecion á Sócrates y demas interlocutores. *Grou.*

(23) *Simonides.* Fué natural de Ceos, hoy Zea, isla del mar Egeo, y floreció en tiempo de Dario rey de Persia. Fué llamado á Siracusa por Hieron, en cuya corte habló como filósofo. Su principal mérito consistió en la poesia, aventajandose sobre todo en el género

elegíaco: pero dexó obscurecida su memoria por su avaricia y por la venalidad de su pluma, de modo que los epitetos de sábio y divino que le dá Sócrates deben estimarse por unos de los finos rasgos de ironía que usa en todo este primer coloquio. Murió á los 89 años de su edad el de 460 ántes de Jesu-Christo.

(24) *Al parecer*. No se debe extrañar que Sócrates se sirva con frequencia de las expresiones, »al parecer, »en mi sentir, en quanto se me alcanza, tal vez, &c. porque ellas son muy acomodadas á su génio modesto. *Grou.*

(25) *Zapatería*. Sócrates en sus inducciones toma por lo comun los exemplos y comparaciones de las artes mecánicas, cuyo conocimiento es proporcionado al comun de las gentes. Reprehensible delicadeza seria el ofenderse de esto, pues que los escritores griegos, Platón en especial, tienen el g.sto tan delicado y las idéas tan nobles como puedan tenerlas los que se atrevan á criticarles en este punto. *Grou.*

(26) *A las tablas*. El juego llamado *petteia* entre los griegos era muy parecido al nuestro de las tablas reales, ó chaquete, cuyo tablero constaba de onze lineas, cinco de cada lado de la llamada sagrada que estaba enmedio, de la qual no se movia la pieza sino en extrema necesidad, y de aquí el proverbio: *κινῶ τόν (τὴν) ἀφ᾽ ἱερᾶς*, *movere talum á sacra linea*, mover la pieza de la sagrada, para manifestar que se toma aquel partido en el último apuro; como si dixeramos en el dia mover la pieza de las senas. Dícese que el inventór fué Palamedes para divertir la molestia y hambre de los griegos en el sitio de Troya. No se opone á esto Platón quando en su Phedro dice, que el inventor de la petteia fué *Tecth* adorado como dios en Egipto; porque sin duda habla de otra especie de juego parecido al de las tablas, que se jugaba en el tablero llamado *astronómico*, en el qual se expresaban los movimientos del sol y de la luna, y tambien los eclipses. Equivócase en mi sentir Juan Meursio quando en el libro de *Ludis graecorum* dice, que la *petteia* de los antiguos griegos era

lo mismo que el *dsatricion* de los modernos, siendo casi evidente que la *petteia*, era juego que constaba de suerte y de ingenio, como sucede al de las tablas ó chaquete, y que el dsatricion corresponde al que conocemos en el dia con el nombre de axedréz, ó de los escaques, que imitaba cierta especie de guerra, y en el qual solo tiene parte el ingenio y la industria. De esta equivocacion y confusion de juegos, se originó la de atribuir á Palamedes la invencion del axedrez, que en sentir de Pedro Texeira debe atribuirse á los indios, de donde pasó á los persas, de estos á los arabes, y de los arabes á nosotros. Entte otras razones le inclina á esto el ver que en qualquiera parte donde este juego se usa retiene los mismos nombres de los lances y de las piezas, ó con poca corrupcion casi los mismos con que los llamaron los persas. Parece tambien muy regular que de la voz persa *xatrank* que equivale á juego ó entretenimiento del rey, formaron los griegos modernos su *ζατρίκιον*, y nosotros los españoles axedréz que al principio seria *al-xatreng*, segun observa Pedro Escriberio celebrado por Daniél Souterio en su Palamedes. De todo lo qual se infiere que los antiguos griegos y romanos no conocieron el juego de axedréz, sino el de las tablas ó chaquete los primeros, y los segundos el de tablas, y el de damas llamado en latin *latrunculorum*.

(27) *Guardar*. El equívoco que se encuentra en estas dos palabras del texto griego, *φυλάξασθαι* y *κλέψαι*, se procuró conservar en la traduccion en quanto fué posible. Sócrates se vale de las diferentes significaciones de estas voces y concluye de la una á la otra, para obligar á su contrario á que confiese un absurdo palpable. Esto como se vé, no es sino una burla, pero una burla maligna de parte de Sócrates, que emplea las armas de los sophistas para combatirles á ellos y á sus discípulos.

(28) *Homero*. Padre de la poesía griega, que floreció ácia el año 300 despues de tomada Troya y 980 ántes de Jesu-Christo. Fué llamado desde luego Melesigene,

por haber nacido junto á las corrientes del rio Meles; pero no se sabe el lugar de su nacimiento. Siete ciudades se disputaron esta honra, Smyrna, Rodas, Altabasco, Salamina, Chio, Argos, y Aténas; bien que la opinion mas comun es que anduvo errante por estas ciudades recitando sus versos, y procurandose por este medio su subsistencia. La sagacidad con que describe todo lo concerniente al arte de la guerra, los usos y costumbres de pueblos extrangeros, las leyes y la religion de varias provincias de la Grecia, la situacion de las ciudades y de los países, prueba que habia viajado mucho, que era un gran génio y el primero y mas bello pintór de la naturaleza. Sus dos poemas de la *Iliada y Ulysea* sòn la primera y mas antigua historia de los griegos, y la pintura mas verdadera de las costumbres antiguas. La Grecia reconocida al poeta que la habia inmortalizado le erigió estatuas y templos, como á los dioses y á los héroes Se le atribuye tambien el poema burlesco intitulado la *Batrachomyomachia*. Platon le censura en esta obra algunas veces, por las idéas tan baxas que con la lectura de sus poemas, podia formarse la juventud en orden á los dioses y á la religion, y por los estragos que de resultas debian seguirse en las costumbres. Murió lleno de miseria y necesidad por los años 920 ántes de Jesu-Christo.

(29) *Obligar*. Otra explicacion de la esencia de la justicia reprobada tambien por una razon que deben tener muy presente los que se sientan injuriados de sus próximos para no volverles mal por mal; á causa de que en vez de mejorarse, se empeoran y se hacen mas injustos, lo que no es propio que haga el varon justo. Entiendese aquí por *mal*, aquel daño que se hace al enemigo fuera de la justa repeticion del agravio recibido, que aún los malos suelen llevar á bien y corregirse por este medio, indignandose y encrudeciendose no poco, quando se sienten ofendidos por otros medios que no tienen ninguna conexîon con la injuria que ellos hicieron.

(30) *Mas injustos*. Por este modo de conversar se descubre fácilmente, que Sócrates no hace aquí mas que divertirse, y que no tiene otro objeto que el de convencer á Polemarco de su ignorancia en el asunto que se trata. Pero como esta jocosidad podria fastidiar al lector sério, que busca otra cosa muy distinta en Platón, que el ver á los sofistas prendidos en sus propias redes; me parece del caso advertirle que este tono burlon é irónico de Sócrates no se estiende mas allá de este primer coloquio, y que en los otros nueve trata su asunto á fondo, con toda la gravedad que se merece. *Grou*.

(31) *Dañar á nadie*. Ya comprehendió Platón por las luces de su despejada razon natural que nunca podria ser accion de justicia dañar á nadie, aunque fuese su enemigo. De gran número de males se verian libres la humanidad y en general todos los estados, si sus individuos cuidasen, cada qual por su parte, de gobernarse por estos principios, desterrando de su corazon la venganza. Pero como esto es muy difícil siempre que se abrigue en el corazon humano el resentimiento del agravio y ódio á la persona que le causó; por eso el sábio médico de las almas nuestro maestro Jesu-Christo nos mandó, que amasemos á nuestros enemigos, é hiciesemos bien al que nos aborrece, con cuya divina y saludable máxîma puesta en práctica, se cortarian de raiz un infinito número de disensiones, pleitos voluntarios, pérdida de honras, calumnias, muertes y otras mil atrocidades.

(32) *Bias*. Natural de Priene ciudad de Caria, uno de los siete sábios de la Grecia, y segun algunos antiguos el mas sábio, que floreció ácia los años 608 ántes de Jesu-Christo. Empezó á darse a conocer por el rescate de algunas doncellas cautivas, y se le atribuyen muy buenos dichos. Durante el sitio de su pátria, preguntado, por qué solo él se retiraba de la ciudad sin llevarse nada, respondió: *todo lo llevo conmigo*. Siendo ya muy anciano abogaba en una causa, y habiendo enmudecido como para reposar, apoyó la cabeza sobre su nieto y espiró en esta disposicion. Sus conciudadanos le consagraron un templo.

(33) *Pittaco.* Otro de los siete sábios de Grecia, natural de Mitylene ciudad de la isla de Lesbos. Arrojó de su pátria al tirano Meleagro, y se encargó del mando en la guerra contra los atenienses, á cuyo general Phrynon batió y quitó la vida, valiendose del ingenio y de la fuerza. Sus conciudadanos le agradecieron este servicio, dándole la soberanía de su ciudad. Pittaco los gobernó como filósofo y como padre, presentándoles leyes sábias què puso en verso, y se desprendió inmediatamente del soberano poder. Para recompensarle le ofrecieron grandes posesiones y haciendas, de las quales no quiso aceptar mas que las comprehendidas en un tiro de su dardo. *La parte*, les dixo, *vale mas que el todo*, y el exemplo de mi desinterés aprovechará mas á la pátria, que la posesion de las mayores riquezas. Murió este digno ciudadano año 579 ántes de Jesu-Christo.

(34) *Periandro.* Tirano de Corinto, por adulacion colocado entre los siete sábios de la Grecia. Este sábio fué un monstruo, mudó el gobierno de su país, oprimió la libertad de su pátria, y usurpó la soberanía por los años 628 ántes de Jesu-Christo. Los principios de su reynado fueron bastante suaves; pero empuñó un cetro de hierro luego que consultó al tirano de Siracusa sobre el modo mas seguro de gobernar. Este sacó á un campo á sus enviados y por respuesta arrancó en su presencia las espigas que descollaban sobre las demas. El tirano de Corinto aprovechandose de la leccion, se aseguró con una buena guardia, y quitó la vida á los mas distinguidos de los corintios. Sus máxîmas favoritas eran: »Que »se debe guardar la palabra, y con todo no hacer es»crupulo de quebrantarla, quando lo prometido es con»tra sus intereses: Que no solo debe castigarse el crí»men, sino aún prevenir las intenciones de los que podrian »cometerle :» máxîmas perniciosísimas adoptadas despues por Machiavelo. Algunos historiadores griegos no tuvieron reparo de alabarle, por lo que tuvo de politico, de sábio, de protector de las letras; pero se desentendieron de que habia sido un homicida, un disoluto y un tirano, que obscureció aquellas buenas prendas con los excesos

mas bárbaros y mas vergonzosos. Murió el año 585 ántes de Jesu-Christo.

(35) No he podido adquirir noticia de otro Perdiccas, que de un general de Alexandro el grande, cuya vanidad, orgullo, dureza é imprudencia sublevaron sus principales oficiales y le degollaron en su tienda año 322 ántes de Jesu-Christo. Esta época no puede convenir al tiempo en que se supone tuvo Sócrates los coloquios sobre la justicia en casa de Céphalo, que por lo ménos debió de ser 410 años ántes de Jesu-Christo, y de consiguiente seria acaso algun ascendiente suyo del mismo nombre y carácter, que conviene mucho con el que insinúa Platón en este lugar.

(36) *Xerxes*. Rey de Persia, hijo de Dario, á quien sucedió año 485 ántes de Jesu Christo. Su primer cuidado fué de continuar los preparativos que su padre habia hecho contra Egipto, reduciendole baxo su poder, y dexando allí á su hermano Achemenes para gobernarle. Animado con este suceso emprendió su marcha contra los griegos, llevando un exército de 8000 hombres y una armada de 10 velas. Llegado al estrecho de las Termopilas, donde le esperaba Leonidas rey de Esparta con 40 hombres, que fuéron reducidos en breve á solos 300, le disputaron estos el paso por mucho tiempo, é hicieron en su exército una horrible carnicería. En seguida le ganaron los atenienses la famosa batalla naval de Salamina; y esta pérdida seguida de diferentes naufragios de los persas, le obligo á retirarse vergonzosamente á sus estados, en donde disgustado de la guerra se abandonó á los atractivos del luxo y del deleite. Artabano capitan de la guardia de inteligencia con su camarero, le mató durmiendo año 465 ántes de Jesu-Christo. No tenia mas que el exterior y el aparato del poder; faltandole aquellas qualidades que hacen á los reyes verdaderamente poderosos. Dueño del imperio mas vasto que hubo entónces en el mundo, y cabeza de innumerables exércitos, se miraba como el soberano de la naturaleza, pretendiendo sujetar hasta los elementos: pero vió estrellarse sus fuerzas y su orgullo contra un puñado de hombres

dirigidos por un hábil general, y acabó vergonzosamente una carrera empezada con tanta gloria.

(37) *Ismenias.* De dos Ismenias tengo noticia, el primero fué un excelente músico de Thebas, de quien se cuenta que hecho prisionero por Atheas rey de los scytas, tocó la flauta en presencia de este príncipe, que burlandose de la admiracion de sus cortesanos, dixo en alta voz, que preferia los relinchos de su caballo á los sonidos de la flauta de Ismenias. El segundo fué cabeza de los beocios, y enviado por sus conciudadanos por embaxador á la corte de Persia, les sirvió con grande utilidad, despues de haber evitado diestramente una dificultad que se presentó á su llegada. Advirtiéronle que no podia hablar al gran rey sin adorarle, y aunque tenia resuelto no deshonrar el nombre griego con semejante baxeza, con todo se hizo presentar, y al entrar en el salon donde esperaba el rey, dexó caer su anillo en el suelo, pasando por acto de adoracion la inclinacion que hizo para recogerle. Satisfecho el rey, oyó favorablemente á Ismenias, y creyó que nada debia negar á un hombre que le habia hecho sin dificultad, una honra que todos los otros griegos se obstinaron en rehusarle. No sé si Platón hablaria de alguno de estos dos en persona de Sócrates, inclinandome mas al segundo que al primero

(38) *Thrasimaco.* Baxo las personas de Thrasimaco y de Sócrates, se expresan las imágenes de un disputador improbo, arrogante, temerario y vano en el primero, y en el segundo de otro bueno, modesto y disimulado.

(39) *Sardonica.* Risa fingida y afectada con que se saca burla y se hace desprecio de una persona, y aún algunas veces quando se está enfadado é irritado con ella, siendo como una señal exterior de amenazarla. Hízose proverbio de ella entre griegos y latinos, empezando desde Homero, aunque en órden á su origen sean varias las opiniones que pueden verse en Erasmo centur. 5.ª del tercer millar, adagio 1.º

(40) *Ventajoso al mas fuerte.* Este sistema de Thra-

simaco es muy parecido al que profesaban los impíos que en el lib. 2. de la Sabiduria v. 11. dixeron para consigo no pensando bien : »sea nuestra fuerza la ley »de justicia : » sus fundamentos los mismos que Tomas Hobes estableció en su lib. de Cive, y las máximas que aconseja muy conformes á las que Nico. Machiavelo dió á su príncipe; de modo que sobre haber sostenido estos filósofos unos sistémas enteramente absurdos, ni aún siquiera tuvieron la gloria de ser sus inventores.

(41) *Polydamas.* Famoso atleta que desquartizó un leon sobre el monte olympo. Se cuenta que sujetaba con su mano al toro mas furioso y detenia enmedio de su carrera un carro tirado por los mas vigorosos caballos; pero confiando demasiado de sus fuerzas, quedó estrellado debaxo de un peñasco, que tuvo la jactancia de poderle sostener. Hubo otro capitan troyano de este nombre hijo de Antenor y de Theante, de quien se tuvieron sospechas de haber entregado Troya á los griegos: pero Sócrates en este lugar seguramente habla del primero.

(42) *Si es que tu.* Serrano lo ha trastornado todo en este lugar. Pone en boca de otro lo que dixo Clitophon, que en su traduccion no habla sino una vez, siendo evidente por el texto griego que habla hasta tres veces. Tambien es inteligible este pasage de su traduccion, como otros muchos que descubrirá fácilmente quien quiera tomarse el trabajo de confrontarla con ésta y con el griego. Tampoco sé por qué ni él, ni Marsilio Ficino tuvieron á bien de no contar á Clitophon entre los interlocutores, aunque sea muy poco lo que habla. Entre los diálogos dudosos de Platon se encuentra uno imperfecto, en el qual solo habla Clitophon explicando mas por extenso su modo de pensar en órden á la justicia, y dando á Sócrates como una especie de satisfaccion del partido aparente que aquí manifestó tomar á favor de Thrasimaco.

(43) *Mas poderoso.* Aquí hay un equívoco en la voz griega κρείτων, que significa mas fuerte, mas po-

deroso, y mejor, mas excelente. El sofista para salir del apuro la emplea ahora en este último sentido despues de haberla tomado en el primero. Me ha sido imposible encontrar en nuestro castellano una voz que expresase este equívoco como en el griego, fuera de la de poderoso que se toma á veces por el mas excelente.

(44) *Sycofanta.* Denuesto proverbial contra los calumniadores y suscitadores de querellas por ligeros motivos. Dicen unos que tomó su orígen, de que entre los atticos eran muy estimados los higos, que en griese llaman *σῦκοι*, *sycoi*, y que se impusieron penas, siendo, segun Festo Pompeyo la de muerte contra los que los hurtaban. Á los descubridores de estos ó delatores, empezaronles á llamar por oprobio sycofantas. Plutarco en su comentario sobre la curiosidad, dá á entender que tuvo principio, de que en Aténas se prohibió la extraccion de higos, y que habiendo ciertos hombres descubierto algunos que los extraian furtivamente los delataron al gobierno; y de aquí la burla popular de llamarles sycofantas, como si dixeramos, descubridores de los higos. Y bien fuese uno ú otro el origen, llamaron tambien á estos delatores con otros varios nombres, como »denunciahigos, papahigos, guardahigos, »cuentahigos, amahigos, higosos, niñigosos.

(45) *El pelo á un leon.* *Λέοντα ξυρεῖν*, *leonem radere*, cortar el pelo al leon. Proverbio que se dice de aquellos que tratan con arte y burlan a los poderosos y desalmados con grandísimo riesgo suyo: porque los corderos sin riesgo se trasquilan, mas el leon no quiere ser tocado de modo alguno. Aristides en los Panatenaicos, hablando de Pericles, se refiere á este lugar de Plátón con decir: »Advierte no intentemos rapar al »leon, no quando queramos acusar á Thrasimaco, sino »quando emprendamos censurar á Pericles, en especial de »timidéz.»

(46) *Ahora la medicina.* Las enfermedades en el cuerpo humano y el uso de los remedios fueron cosas tan antiguas como el mismo mundo. Por tanto la in-

vencion del arte de curar insinuada aquí por Sócrates como acaecida en su tiempo, debe referirse al eminente grado de perfeccion, á que, juntando el raciocinio á la observacion, y la observacion al raciocinio, supo elevar el sábio Hipocrates la medicina, colocando entre las ciencias á la que habia encontrado sumergida en confusion, sin órden ni método; por lo que fué mirado desde entónces como el primer autor y padre de la medicina dogmática.

(47) *En las otras artes.* Es cierto y evidente que todas las ciencias y artes en quanto tales, no se ocupan de otra cosa que de la perfeccion y ventaja de sus objetos y artefactos, como puede convencerse qualquiera que las recorra en particular: debiendose atribuir los defectos que en ellos se encuentran á falta de ciencia ó arte en el profesor, y no á las ciencias y artes que permanecen siempre perfectas en sí mismas, y de su naturaleza no se proponen otra cosa que la total perfeccion de sus objetos.

(48) *Ama de leche.* Pregunta insulsa y gran despropósito, pero muy comun en todos los que revestidos del carácter de Thrasimaco se hallan cortados en una disputa, sin saber qué responder, ni encontrar otra mejor salida; que por cierto no puede ser peor, para los que tienen un poco de juicio y algo de crianza.

(49) *No me persuadiriais.* No es de extrañar que Sócrates aún oidas las aparentes ventajas que alegó Thrasimaco á favor del injusto y de su injusticia, no se pudiese persuadir á que su estado fuese mas feliz y dichoso que el del hombre justo. Porque Platón baxo la persona de Sócrates quiso encubrir la de un verdadero y juicioso filósofo, que no se dexa llevar con facilidad de apariencias y exterioridades; sino que sabe apreciar por medio de su razon libre de afectos lo substancial y sólido de las cosas, despreciado lo vano y aunque á primera vista provechoso, en realidad perjudicial que llevan consigo. Lo que sí se debe admirar es, que Thrasimaco haya tenido en todos tiempos y tenga en los presentes tantos partidarios especulativos y muchísimos

mas prácticos, que olvidados unos de su pretendida filosofia, y otros de la religion que profesaron por seguir tan detestable máxîma, hayan acarreado tantos males á los hombres, y sido causa de daños tan graves en las sociedades.

(50) ***Profesion del pastor.*** Así lo dice Jesu-Christo eu el cap. 10. de San Juan v. 11. que el buen pastor dá la vida por sus ovejas: pero los malos, cuyas condiciones se expresan en el capitulo 34. de Ezequiél con decir, que no se ocupan de otra cosa que de comerse la leche de sus ganados, cubrirse con sus lanas, y matar las reses mas gordas, y en una palabra de apacentarse á sí mismos; no son tenidos por pastores, sino por mercenarios, que solamente tienen en vista su propia utilidad, lo que se opone al cargo de verdadero y legítimo pastor.

(51) ***Gustosos de mandar.*** Es muy de temer que los que se encargan de los empleos no solo con gusto, sino que los apetecen con ansia y se los procuran á toda costa y por todos medios, no desempeñen como es debido su obligacion, ni se hagan acreedores á los honrosos títulos con que son condecorados; y de consiguiente que los oficios se hallen mal servidos y peor gobernados los pueblos puestos á su cuidado. Por esta razon dispuso el Señor que para el gobierno de su Iglesia, desechados los entremetidos, fuesen elegidos los buscados y llamados como Aaron: acreditando la experiencia los buenos efectos de esta sábia disposicion en lo eclesiástico y civil, siempre que se observó con puntualidad, y al contrario los trabajos y desastres que cargaron sobre los pueblos, quando fué descuidada.

(52) ***Hombre de bien.*** Es cierto que para el hombre de luces, honrado é instruido no puede haber mayor ni mas cruda pena que la de verse gobernado por un necio é injusto, que sin preveer inconvenientes y atropellando por qualesquiera medios se arroja á cometer toda especie de violencias.

(53) ***Malignidad.*** Κακοήθεια, malignidad de carácter, opuesta á la εὐήθεια, bondad de carácter, y al

gunas veces como aquí á la simplicidad é idiotismo. *Grou.*

(54) *Lo que comunmente.* Por exemplo, si dixesemos en castellano: el que con tales condiciones quiera la injusticia: allá se lo haya, con su pan se lo coma y buen provecho le haga.

(55) *Accion justa.* Debe tomarse aquí el hombre justo en aquel estado de justicia perfecta al qual no quede nada que añadir; sin esto el argumento de Sócrates no tendria fuerza ninguna. Y lo que dice un poco mas abaxo del médico y del músico, debe entenderse igualmente del médico y del músico perfectos. *Grou.*

(56) *Sábio.* O instruido en su arte, φρόνιμον. Valgome del término sábio aunque impropio en este pasage, para que mejor se entienda la seguida del discurso. *Grou.*

(57) *Efectos naturales.* Dixose en la nota primera que la justicia consistia en la armonía y concierto universal de las acciones del hombre. Andan estas arregladas miéntras que en sus pasiones y afectos conserva nuestra alma aquel debido órden que corresponde á cada uno, sin apetecer ni dexar de desear cosa alguna contra el dictámen de la recta razon. En descuidandose en esto, inmediatamente saca la cabeza y descolla, ó se abate mas de lo que debiera aquel afecto ó pasion en órden á los demas, y de aquí el desórden y desconcierto en las acciones, y como un alboroto y trastorno en lo interior del alma. De manera que serán mayores ó menores estos malos efectos á proporcion del mayor ó menor número de afectos que salen fuera de su justa medida, y si llegasen á desconcertarse todos se causaria una confusion y sedicion universal en el hombre, como lo puede experimentar qualquiera por poco que se observe á sí mismo. Esta misma oposicion que se nota en los afectos de un hombre quando van discordes, se observa de un hombre á otro, siendo ella la causa de la aversion y ódio que el injusto manifiesta siempre al hombre de bien.

(58) *Diana.* Véase la nota quarta.

COLOQUIO SEGUNDO.

(1) *Sierpe.* Alude esta expresion á lo que se dice de los marsos, así llamados de Marso hijo de Circe, especie de encantadores, que mediante ciertos cantos ó secretos físicos, poseían el arte de extraer de sus cavernas y manejar sin riesgo las mas venenosas serpientes. Véase San Agustin sobre los vr. 5. y 6. del Salmo 57. y Plinio lib. 28. cap 3.

(2) *Del trono.* Esta maravillosa relacion no es otra cosa que un tallo de la fabula mal inxerto en el tronco de la historia. Herodoto lib. 1. n. 8. cuenta de otro modo la elevacion de Gyges al trono de Lydia. Dice que Candaules último rey de los heraclidas amaba por extremo á su muger y se le figuraba la mas hermosa del mundo. Tomó el empeño por su mal hado, de persuadirselo á Gyges uno de los principales de su corte y de toda su confianza; adoptando para esto el infame partido de hacersela ver desnuda. Descubierto Gyges por la reyna, ora fuese por amor, ora por venganza, le propuso dos medios para elegir el que tuviese por mejor, ó aceptar su mano y el reyno quitando la vida á Candaules, ó morir él prontamente. Admiróse de oir semejante proposicion y suplicó á la reyna que no le pusiese en tan dura necesidad; pero viendo que no aprovechaban sus ruegos no dudó en aceptar el partido de matar al rey, y apoderarse de la reyna y del reyno, por los años 718 ántes de Jesu-Christo.

(3) *El justo.* Parece un vaticinio de lo que se verificó 400 años despues en nuestro redentor Jesu-Christo, el qual por haber tomado para redimirnos las apariencias de pecador, siendo la misma justicia, sufrió en su humanidad casi al pie de la letra los malos tratamientos que atendida la perversa condicion del mundo supone Glaucon que sobrevendrian al varon verdaderamente justo, que fuese reputado por iniquo.

(4) *Eschylo.* Nació en Aténas de una de las mas ilustres familias del Attica, y se distinguió por su valor

en las batallas de Marathon, de Salamina y de Platea; aunque fué mas celebrado por sus poesías dramáticas, que por las hazañas militares. Perfeccionó la tragedia griega que habia inventado Thespis, dió máscara á los actores, un vestido mas decente, y calzado mas alto, llamado coturno. Eschylo fué único señor del teátro hasta que Sophocles le disputó el premio y consiguió la victoria. El buen viejo no pudo soportar la afrenta de haber sido vencido por un jóven y se retiró á la corte de Hieron rey de Siracusa, el mayor protector que conocian por entónces las letras. De noventa y siete piezas que habia compuesto no nos quedaron mas que siete: »Prometheo, los siete delante Thebas, los Persas, »Agamemnón, las Eumenides, las Suplicantes, las »Choephoras.» Tiene elevacion y energía, pero degenera en hinchazon y aspereza. Sus pinturas ofrecen grandes rasgos, é imágenes muy poco escogidas: sus ficciones no son naturales y sus personages son monstruosos. Escribió como un enérgumeno y un beodo; lo que dió lugar á pensar que bebia ménos en la fuente del dios del verso, que en la del dios del vino. Murió ácia el año 477 ántes de Jesu-Christo.

(5) *Proyectos.* Eschylo Sep. contr. Theb. v. 39. usa de la expresion: »en los profundos surcos de su alma, » y Platón alude á esto mismo con decir: concibiendo en el profundo y fecundo surco de su alma, y pariendo felizmente los mas brillantes proyectos. Expresion poética por la qual se dá á entender la travesura y profunda habilidad de un sugeto para aparentar una cosa y pensar interiormente otra, á fin de grangearse la opinion de los hombres y hacer impunemente quanto se le antoje.

(6) *El justo mismo.* [Lo que aquí dice Glaucon, y quanto mas abaxo dice su hermano Adimanto en nombre de los defensores de la injusticia, sobre las prosperidades de los malos y adversidades de los buenos en esta vida, parece tomado con poca diferencia de los discursos que tenian los impios de quienes se habla en casi todo el cap. 2. de la Sabiduría, y de lo que ob-

servaron el Santo Job cap. 21., y el Profeta Jeremías cap. 12. en órden á las suertes diferentes que por lo comun les caben en este mundo á los impíos, comparados con los justos. Causabales esto alguna admiracion; mas inquiriendo la causa vinieron á concluir que el malo se guarda para el dia de la »perdicion y de la matanza,» lo que debe amedrentar á los impíos; y los justos consolarse con que »sus almas están en mano de Dios, y no »les empecerá el tormento de la muerte, y por mas »que á los ojos de los necios parezca que mueren, y »que su salida se tenga por pena, y por exterminio la »separacion de nosotros, con todo ellos viven en paz,» segun se nos asegura en el cap. 3. de la Sabiduría.

(7) *El hermano.* Se suele tomar este adagio en los socorros confidenciales, á causa de que en los peligros rara vez un hermano dexa de favorecer al otro. En el *Protagoras* atestigua Platón que tuvo principio en Homero, quando dice que Escamandro estrechado por Achiles pedia socorro á Simoentes, y Hector sin fuerzas ya contra Achiles, clamaba á su hermano Deiphobo que le ayudase.

(8) *Hesiodo.* Poeta griego natural de Cumas, que en sentir de algunos fué contemporaneo de Homero, y segun Veleyo Paterculo vivió 120 años despues. Fué el primero que escribio en verso sobre la agricultura, intitulando su poema: *Las obras y los dias.* Mas poeta que filósofo, indica allí al modo de nuestros almanaqueros los dias felices y aciagos. Este poema le sirvió á Virgilio como de modélo para componer sus geórgicas, segun lo atestigua él mismo. Las otras obras de Hesiodo son, la »Theogonia, ó la genealogía de los dioses, »y el escudo de Hércules,» de las quales la primera es una produccion sin arte, sin invencion y sin otra cosa grande que su asunto, pero junta á las de Homero, deben mirarse como los archivos y el monumento mas seguro de la teología de los antiguos, y de la opinion que tuvieron de sus dioses. La segunda se tiene por un pedazo de otra obra mayor, donde pretenden algunos que celebraba las heroinas de la antiguedad. Lláma-

se el escudo de Hércules, porque toda entera se versa sobre la descripcion de este escudo, y nos refiere de este héroe una aventura particular. En tiempo de Platón se hacia aprender á la juventud retazos de sus poesías y de las de Homero, de lo que se quexa el filósofo, por las idéas tan baxas de la divinidad que allí bebian.

(9) *Museo.* Celebrado poeta griego, que se cree haber vivido en tiempo de Orpheo, y ántes de Homero, ácia el año 1180 ántes de Jesu-Christo. Creese tambien que Onomacrito qué vivia 654 años despues fué autor de las poesias atribuidas á Orpheo y Museo. En el siglo quarto de la era christiana hubo otro Museo, á quien los juiciosos criticos tienen por autor del exôtico poema de *Leandro y Hero*, tan celebrado de los literatos y traducido en casi todas las lenguas vivas de Europa, y á nuestra castallana por Don Josef Conde, Bibliotecario de S. M.

(10) *En una cribo.* Alusion á las hijas de Danae condenadas á sacar agua de la Estigia con cántaros horadados.

(11) *A los malos.* Véase mas arriba la nota sexta de este coloquio.

(12) *A muy poca costa.* Desde los tiempos mas remotos se hace mencion de esta especie de mágicos, sortilegos, encantadores ó hechizeros, que andaban circulando por el mundo, embaucando las gentes. Y es tal la inclinacion del hombre ácia lo portentoso y ácia todo aquello que se le ofrece fuera del curso regular de las cosas naturales, que á pesar de las leyes así divinas como humanas que prohiben tales exercicios, no han faltado siempre algunos de estos que con sus prestigios alucinaron y engañaron á muchos del pueblo y las mas veces muy á costa suya, aunque con poca enmienda. Efecto todo de la suma ignorancia que por lo regular reyna y reynará siempre en el vulgo, junta con el deseo que es natural en todos de lo singular y maravilloso.

(13) *Orpheo.* Natural de Tracia, hijo de Oenagro y Polymnia, discípulo de Lino y maestro de Museo, anti-

guo poeta griego que floreció ántes que Homero y ántes tambien de la guerra de Troya. Fué tan grande su destreza en tocar la lyra, que dixeron algunos, sin duda por encarecimiento, que los rios suspendian sus corrientes, los árboles y las rocas se movian, y las bestias le cercaban por oirle. El gran número de fábulas que se han contado sobre Orpheo, fueron causa de que algunos autores con Aristóteles y Vosio hayan dudado de su existencia. Pero es cierto que hubo un hombre así llamado, que sobresalió en la poesía y de cuyas obras han hablado los antiguos y citado algunos fragmentos; aunque hay motivos de dudar si los hymnos y demas poesías que corren en su nombre, sean suyas, sin embargo que Platón en el lib. 8. de las leyes hable de los hymnos de Orpheo, y Pausanias diga que eran cortas sus composiciones, cuya circunstancia conviene con las que tenemos hoy dia. Su poema de los Argonautas se cree compuesto por Onomacrito que vivia en tiempo de Pisistrato, ó por Pitagoras, ó algun otro filósofo pitagórico.

(14) *Pindaro.* Las palabras de Pindaro que cita aquí Platón, acaso pertenecerán á los threnos, o cantos lúgubres, de los quales se hizo mencion en la nota 20 del primer coloquio

(15) *Archiloco.* Poeta griego, nacido en la isla de Paros, una de las cycladas, por los años 664 ántes de Jesu-Christo. Fué de los poétas mas satíricos de la antigüedad, en términos que quando se cansaba de despedazar á sus amigos y enemigos, se maldecia á sí mismo. Por sus versos sabemos que era hijo de una esclava, que el hambre le obligó á dexar su país, que se hizo detestable por donde quiera que se dio á conocer, y que vivia entregado á toda especie de vicios. Se desencadenó con tan envenenada rabia contra Lycambo, porque habiendole ofrecido su hija, se la dió despues á otro concurrente mas rico; que el buen hombre se ahorcó desesperado. Su furor se extendió á la hija de este miserable con tanta violencia, que la desdichada no quiso sobrevivir á las sátiras de este encarnizado. Cicerón llamó por su nombre los pasquines injuriosos fixados contra César,

Archilochia edicta. Sus poesias tan licenciosas como maldicientes fueron prohibidas en Lacedemonia. El lenguage está lleno de fuerza, de arrogancia, de fuego, de vehemencia y energía. Este satírico asesino, murió asesinado, vengandose con el hierro, del puñal que sus yambos metian hasta el corazon.

(16) *O no los hay.* Lenguage que en todos tiempos usaron los impíos para amortiguar los estímulos de su depravada conciencia, y entregarse con mas libertad á todos sus deseos. Como la existencia de un Dios y su providencia sean dos verdades muy eficaces, para contener en quien las cree el desórden de sus apetitos, lo qual no acomoda á los malos: vienen á tomar neciamente el miserable partido de negarlas, ó quando ménos ponerlas en duda.

(17) *Sacrificios.* Persuadidos de este principio los hipócritas en qualquier religion por un efecto de su crasa ignorancia, ó lo que es mas cierto por la ceguera que en el humano entendimiento causan las pasiones, se entregan aún enmedio del christianísmo, á toda especie de desórdenes, fiados en que por medio de algunas piegarias y ofrendas hechas á Dios, ora sea en vida, ora en muerte, han de conseguir la feliz suerte de los justos. Miserable engaño que ha perdido, pierde y perderá á muchos por no acabar de entender las verdaderas disposiciones de corazon que deben acompañar dichas obras de piedad, para que sean agradables á los ojos de Dios, y meritorias de vida eterna.

(18) *De buena gana.* Estos son dos de los motivos que mueven los hombres á huir el mal claramente enunciados; el instinto ó sentimiento moral, y el conocimiento que dá la filosofía de la diferencia específica del bien y del mal. Si Platón no habló aquí del tercero y mas poderoso motivo, que es la voluntad de Dios, se vé bien, supuesto lo que hace decir á Adimanto tocante á los dioses, que este motivo no podia ser de mucha fuerza en los principios de la teología pagana: pues la lectura de esta obra mostrará sin que pueda dudarse, que Platon reconoció la influencia de este tercer motivo sobre

nuestras acciones. Pero los partidarios de la injusticia resumen en sí solos todos los errores capitales que la descarriada razon del hombre pudo inventar para satisfacer sus pasiones : ellos son ateistas, materialistas, supersticiosos, hipócritas, libertinos, para quienes no hay nada bueno ni santo, colocando por único fin de todas sus acciones el satisfacer sus gustos y su propio interés.

(19) *Ahora no.* Platón quiso manifestar en estos discursos la diferencia que hay entre el modo de disputar de un sofista, y el de un hombre honrado. Glaucon y Adimanto son mas modestos, mas civilizados que Thrasimaco, al paso que sus objeciones son mucho mas fuertes y mas convincentes. Á primera vista parece que presentan ellas la apología de la injusticia ; pero en realidad encierran la mas sólida refutacion de la teología pagana. Porque el probar, como hace Adimanto, que ella conduce directamente á la hipocresía, es decir, á todos los crímenes revestidos con la apariencia de la virtud, esto es haber demostrado su falsedad. No dudo que éste haya sido el objeto de Platón, y que haya él desplegado con este intento toda la fuerza de su raciocinio, y toda la hermosura de su eloquencia. Con este fin tambien reduxo toda la disputa á manifestar la diferencia esencial del bien y del mal ; porque este punto, una vez probado, se llevaria trás sí la ruina del paganismo, que hacia á los dioses autores y patronos de los mayores desórdenes, y limitaba la religion al culto exterior, á las ofrendas y sacrificios, que nada costaban á la injusticia opulenta. *Grou.*

(20) *Megara.* Acaso Megara de Sicilia, en donde pudieron hallarse los hermanos de Platón en los combates que tuvieron los atenienses contra los siracusanos por los años 413 y 414 ántes de Jesu-Christo, 17 y 18 de la guerra del Peloponeso.

(21) *Costumbres.* Las buenas costumbres y arreglada conducta de un hombre, son una prueba moralmente demostrativa de su justificado modo de pensar ; pero no siempre las opiniones justificadas en un sugeto van acompañadas de acciones justas y honestas.

(22) *Ciudad.* El modo con que Sócrates explica el orígen de las sociedades pudo tener lugar respecto de algunos pueblos que vivian errantes y dispersos, ántes que fuesen reunidos, que se les civilizase y que se les fixase su asiento. Pero se haria muy mal de aplicar al orígen de la sociedad en general el de algunas sociedades particulares. La sociedad natural tuvo principio con el género humano. La sociedad civil se formó á medida que se multiplicaron las familias, y que llegando á ser muy numerosas para subsistir en el lugar de su orígen, se separaron unas de otras, y poblaron de inmediacion en inmediacion las diferentes partes de la tierra, segun dice Platón mismo en su diálogo de las leyes. *Grou.*

(23) *Primera ciudad.* Cotéjese la ciudad moderada y reducida á los términos precisos de la naturaleza, con la luxuriosa y entregada á todo lo que lisongea el apetito y los sentidos; y á poco se descubrirá de quanta gente inútil, y superflua estan sobrecargadas las repúblicas, la qual si se ocupase en otros destinos de absoluta necesidad, se minorarian en mucho los males que las inundan, y seria mas feliz el género humano. Adviertase que la voz πόλις unas veces la he traducido *ciudad*, otras *estado*, otras *república* y otras *sociedad*, por contener en sí todas estas significaciones.

(24) *De tablas.* Véase la nota 26 del colóquio primero.

* (25) *Es contraria.* No son incompatibles, sino algo raras, aunque muy esenciales en el buen militar las dos qualidades reunidas de ser dulce y pacífico para con sus conciudadanos, y valeroso, esforzado é iracundo para con los extraños, enemigos de su estado.

(26) *Con la música.* Debese entender por este término el conjunto de todas las ciencias que sirven para formar el espíritu del hombre. Platón se vale de él con frequencia en este sentido, durante el discurso de esta obra. *Grou.*

(27) *Fábulas.* La palabra fábula, en griego μῦθος, no se restriñe aquí solamente á significar el apólogo: ella significa en general todo lo que se comprehende baxo el nombre de historia poética, ó de mitología. *Grou.*

(28) *Mas rara.* Hace aquí Sócrates alusion á los misterios de Eleusis. Se debia sacrificar un puerco ántes de ser iniciado. Por esta víctima extraordinaria dá á entender Sócrates que con ménos facilidad se han de admitir los niños al conocimiento de las fábulas de que aquí se trata, que se les admitia á los misterios de Eleusis. *Grou.*

(29) *Alegorías.* Cinco especies de teopeas se descubren entre los griegos, segun los varios dioses de nombre que ellos se formaron. Primera, la de los pueblos sin cultura que adoraron el sol, la luna y los astros como cosas utilísimas independientes del hombre, y de las quales dependen en cierto modo. Segunda, la de los pueblos civilizados, que por idéas políticas decretaron honores divinos á débiles mortales indignos algunos de este nombre. Tercera, la de los poetas, que por encantar al pueblo que es uno de los fines principales de su arte, hicieron los dioses de la mitologia mas viciosos, mas corrompidos, y por esta parte mas despreciables que el vulgo mismo. Quarta, la de la alegoría que es como un barniz sobre la mitologia: porque los hombres de juicio y doctos del paganismo mirando con horror los dioses de la fábula, se vieron obligados á imaginar y publicar que la religion poética no era otra cosa que la historia natural: Júpiter el ayre, Vulcano el fuego, Neptuno el agua, Céres la tierra, y así de los demas. Tentativa que no tuvo ningun efecto, continuando el pueblo en tomar al pie de la letra las aventuras mitologicas para lisongearse en sus descarrios; no queriendo ni metáforas, ni fisica. Quinta, la teopea moral, por la qual algunos ingenios festivos erigieron en divinidades las pasiones y las flaquezas humanas: Venus fué el deleite, Cupido el amor, Marte la cólera, Baco la embriaguéz, Mercurio el latrocinio. Teopea, que segun Teodoreto llenó las medidas del furor y de la locura humana, haciendo adorar directamente los vicios y los mas horrendos desórdenes.

(30) *Otra cosa.* Alguno se inclinaria á creer que Platón reconoce en este lugar los dos principios de los mani-

queos. Estos hereges se apoyaban en otro tiempo de su autoridad para establecer sus sistémas; pero Platon ciertamente no piensa como ellos. Bastante se dá á entender para que se conozca que no tiene al mal físico por un mal verdadero, y que haga infelices á los que le sufren: al contrario mirale como un bien que envia Dios á los malos para que se mejoren castigandoles. En el mal moral pues constituye Platón la infelicidad del hombre: y quanto dista él de decir que Dios sea el autor del crímen, puesto que condena á Homero y á Eschylo porque lo dixeron; otro tanto está léxos de pensar que el mal moral venga de un principio malo: estableciendo por fundamento de toda su ciencia moral que el hombre es libre, á quien imputa sus malas acciones, y se explica sobre la unidad de Dios de un modo mas claro y mas terminante que ningun otro filósofo *Grou.*

(31) *Niobe.* Hija de Tántalo y muger de Amphion rey de Thebas. Ensoberbecida de verse tan poderosa reyna y madre de doce ó catorce hijos, tuvo la osadía no solo de tenerse por mas que Latona que no tenia mas de dos, sino aún de impedir que se le hiciesen sacrificios. Irritada la diosa del orgullo de Niobe, imploró los socorros de sus hijos Apolo y Diana, los quales por vengar la afrenta hecha á su madre, atravesaron á flechazos todos los hijos de Niobe en su misma presencia. Á vista de este espectáculo quedó la desgraciada madre penetrada de tan vivo dolor, que se quedó inmovil y los dioses la convirtieron en un peñasco cerca de la ciudad de Sipila su pátria.

(32) *Pelope.* Hijo de Tántalo rey de Frigia, casado con Hippodamia, hija de Enomao rey de Elida. Se hizo en ella tan poderoso, que todo el país que está comprehendido dentro del Istmo, y compone una parte considerable de la Grecia, se llamó el *Peloponeso*, es decir, isla de Pelope. Los poetas fingieron que Tantalo su padre habiendo hospedado en su palacio á los dioses que viajaban por la tierra, y queriendo asegurarse de su divinidad, degolló á su hijo siendo aún niño

y le hizo presentar en el gran banquete que les dió. Todos los dioses miraron con horror tan exêcrable manjar. Sola Céres á quien devoraba el hambre, fué la única que se comió una espalda sin advertirlo. Júpiter recogió al instante los separados miembros del pequeño Pelope, y habiendoles reanimado, le substituyó una espalda de marfil que tenia virtud para curar los males de los que la tocaban.

(33) *Le recibieron.* Tres especies de males distinguen los filósofos, metafísicos, físicos, y morales. Los males metafísicos y físicos vienen de mano de Dios, que los dispensa á las criaturas, segun mas conviene al bien esencial de ellas mismas y al sistema general del universo. Los morales deben atribuirse solo al libre alvedrio del hombre como á única causa.

(34) *Dioses.* Platón tan pronto dice Dios, como dioses. Se sabe que reconocia un supremo hacedor de todas las cosas, pero no excluía por esto las otras divinidades subalternas y dependientes de aquel Dios supremo y único en su clase. Aunque en este punto no osaba explicarse con claridad, por estár muy reciente el exemplo de Sócrates, y temia beber la cicuta.

(35) *Las cosas.* Dios es causa de todas las cosas en quanto tienen sér, y se colocan en la clase de los entes. Y así concurre como á primera causa á lo físico del pecado, aunque no al defecto de rectitud propia de la voluntad libre, que es en lo que consiste su malicia.

(36) *Que le es propia.* Las razones de Platón son muy eficaces en órden á la esencia propia de los seres espirituales que por su naturaleza simplicísima son inmutables. Pero no se infiere que estos espíritus permaneciendo en su esencia los mismos sin ninguna alteracion de mejora ó empeoramiento, no puedan unirse á otra naturaleza ó asumir una forma visible, que manifieste á los hombres la sabiduría, justicia, poder ó bondad de su Criador para con ellos, como se verificó en la encarnacion del hijo de Dios, y en las apariciones de los espíritus angélicos que constan de la sagrada Escritura.

(37) *Proteo.* Dios marino, hijo del Occeano y de Thetis segun algunos mitologistas, y segun otros de Neptuno y de Fenicia, que tenia el cargo de guardar y apacentar los rebaños marinos del dios de las aguas. Recibió en su nacimiento la ciencia de lo por venir, con el poder de mudar su cuerpo baxo todas las formas que quisiese, y como acudiesen de todas partes á consultarle se hacia invisible, y si alguna vez le descubrian, echaba mano á mil trasformaciones para eludir la importuna pesadez de los curiosos. Quanto mas ligero, sutil y versatil era para deslumbrar ó aturdir, otro tanto se debian redoblar los esfuerzos y firmeza para detenerle; pues entonces rendido de la fatiga recobraba su primer figura, y satisfacia el deseo de los que le consultaban. Se han dado varias explicaciones de esta fábula de Proteo, de las quales ninguna satisface.

(38) *Thetis.* Hija de Nereo y de Doris y nieta de Thetis muger del Occeano. Como fuese la ninfa mas hermosa de su tiempo, Júpiter quiso tomarla por muger; pero no se atrevió, á causa de haber predicho Prometheo que seria madre de un hijo que algun dia vendria á ser mas ilustre que su padre, y en consequencia se casó con Peleo. Jamas hubo bodas tan brillantes y magnificas: pues todo el Olimpo, las divinidades infernales, aquaticas y terrestres todas concurrieron, excepto la discordia que no fué convidada. Esta diosa se vengó echando sobre la mesa una manzana de oro con esta inscripcion: *A la mas hermosa.* Juno, Palas y Venus la disputaron y se refirieron al juicio de Paris, que la entregó á Venus. Thetis tuvo muchos hijos de Peleo, los quales con la prueba de ponerles baxo de un brasero por la noche para consumir lo que tenian de mortal, perecieron todos, salvo Achiles, porque se le habia frotado con la ambrosia. Quando este héroe se vió en la precision de ir al sitio de Troya pidió Thetis á Vulcano que le hiciese armas y un escudo, y se los regaló á su hijo y le libertó no pocas veces de la muerte, transformandose de varios modos.

(39) *Inaco.* Rio del Peloponeso, que pasaba por jun-

to á Argos su capital, de quien dice Luciano en su diálogo intitulado *Charon*: »que las ciudades tienen su destino como tambien los hombres, y lo que es aún mas »extraño los rios mismos, como el Inaco, del que ni »siquiera se descubren los vestigios en Argos.» Se dice que pertenece esta sentencia á la *psycostasia*, ó peso de las almas de Eschylo.

(40) *Con exâctitud.* La mentira en sentido riguroso y segun la entienden los teólogos es una manifestacion exterior por palabras ó por acciones, contra lo que interiormente sentimos en nuestra alma. La ignorancia tocante á la naturaleza de las cosas en el ánimo del que la padece, no es mentira sino error, y expresada esta ignorancia por palabras, tampoco se encuentra en ellas el fantasma de la mentira, sino del error. Y de consiguiente el que las oye sufre un engaño, como el que las profiere padece un error, uno y otro contra su voluntad, experimentando en esto los efectos de la limitacion de nuestro entendimiento. Mas el que en rigor miente lo hace voluntariamente, y en esto consiste el defecto de esta accion, que de este modo siempre es prohibida, sin que haya utilidad alguna que pueda cohonestarla.

(41) *En nuestra república.* En todo buen gobierno deben cuidar los magistrados de impedir baxo rigurosas penas, que se discurra ó hable con libertad é indecencia ni de Dios, ni de las cosas de la religion, que vienen á ser despreciadas, siendo poco respetadas. Y de aquí las malas resultas que en todas edades, naciones y gobiernos se han visto en los estados; porque menoscabado en el concepto de la multitud el respeto á lo que realmente es mas, fácilmente se atreve á lo que es ménos.

COLOQUIO TERCERO.

(1) *Infiernos.* No se trata aquí de los infiernos, sino baxo la idea que los imaginaron los poetas. Porque Socrates creyó que habia otra vida, y tambien el dogma de los premios y de las penas despues de la muerte, como puede verse en el Phedon, en el Gorgias, y en el coloquio décimo de la república. *Grou.*

(2) *A los guerreros.* El dogma católico sobre la eternidad de las penas y de los premios, léxos de intimidar es el mas á propósito para alentar el esfuerzo de los militares al desempeño de sus obligaciones; sabiendo que Dios tiene prometida una corona eterna al que viviendo con justicia, sale gloriosamente de este mundo, sacrificando su vida debidamente por los intereses de la religion y de la pátria, y que al contrario destina á los tormentos eternos las almas de aquellos que movidos de las ventajas humanas abandonan cobardemente las obligaciones que contrageron como christianos, como militares, como miembros de un estado.

(3) *Tiresias.* Famoso adivino de Thebas, que vivia ántes del sitio de Troya, y fué hijo de Evero y de la ninfa Chariclе. Habiendo visto cierto dia sobre el monte Citheron dos serpientes juntas, mató la hembra y al instante fué transformado en muger. Siete años despues encontró otras dos serpientes del mismo modo, mató al macho y se volvió hombre luego al punto. Júpiter y Juno disputando en cierta ocasion sobre las ventajas del hombre y de la muger tomaron á Tiresias por juez, que decidió en favor de los hombres; aunque añadió que las mugeres eran con todo mas sensibles. Júpiter reconocido le concedió la gracia de saber lo venidero: pero un dia miró á la diosa Palas quando se estaba vistiendo, y cegó inmediatamente. Refiere Estrabón que el sepulcro de Tiresias estaba junto á la fuente de Tiphusa, donde murió muy anciano, huyendo de Thebas. Fué mirado como inventor de los agueros, y

se le honró como dios en Orcomena, donde tenia su oráculo muy celebrado.

(4) *Para otros fines*. Todo este aparato formidable de los infiernos fué inventado por los antiguos poetas, que fueron al mismo tiempo legisladores, para contener al pueblo en la obediencia, sobre el qual no hubiera obrado con tanta fuerza qualquier otro motivo. Véanse las disertaciones sobre la union de la religion, de la moral y de la política sacadas de una obra de M. Warburton, tom. 1. disertacion 3. 4. 5., donde está perfectamente bien descubierto el plan de la política de los antiguos. Por lo demas, en nada interesa al fondo del asunto, lo que la imaginacion de los poetas añadió de suyo. La política se ha servido astutamente de esta creencia comun; pero ella no es la primer causa. Esta creencia, esparcida entre todas las naciones, viene necesariamente de arriba. *Grou.*

(5) *El sábio*. Este principio fundamental de la filosofia estóica es verdadero hasta cierto punto; pero tomado con rigor, como hacian los estóicos, es falso, enemigo de la sociedad, propio para inspirar orgullo, contrario á la razon, á la experiencia y á las máximas de la verdadera religion, sobre la qual debe dirigirse toda moral filosófica. *Grou.*

(6) *Mentir*. Aunque en la nota 40 del segundo coloquio se dixo algo sobre la naturaleza de la mentira, convendrá dilatar aquí un poco mas su explicacion para que mejor se entienda. La mentira formal consiste en hablar de modo que las palabras signifiquen otra cosa diferente de lo que pensamos. Como pues las palabras sean signos de nuestros pensamientos, y por una especie de convencion entre los hombres se hayan establecido ciertas y determinadas palabras para ciertos y determinados pensamientos; fácil es de inferir que en toda especie de mentira, ora sea *jocosa*, ora *oficiosa*, ora *perniciosa*, hay una especie de violacion del pacto dicho ó convenio, en virtud del qual tiene derecho qualquiera de exigir la verdad del que le debe responder, y de quexarse si no le habla como piensa. Porque la sociedad

no puede subsistir sin el comercio del lenguage, y éste pide necesariamente la conformidad de las palabras con el pensamiento en el que habla, y en el que oye la creencia, que no se funda en otra cosa que en la fidelidad del otro. De donde se sigue que aún en las mentiras oficiosas, ó que se dicen por el bien particular de alguno, siempre hay una violacion de aquella fidelidad que interesa mas á la fé pública de la sociedad, que el bien de un particular. Y así aún quando no haya gran culpa en las mentiras oficiosas y jocosas, con todo no están sin ella, como dice San Agustin. Ahora, quando al bien público ó particular no se sigue ningun perjuicio, ántes al contrario están interesados en que se oculte la verdad, podrá hacerse esto valiendose de aquellos términos que ó solos, ó juntos entre si, suelen comprehender muchos sentidos, ya sea en el uso publico, ya en el estilo de algun arte, ó ya por alguna figura comun y fácil de entender; porque basta que nuestro pensamiento corresponda á una de estas significaciones, á fin que se salve la fidelidad del convenio social, y que no se mienta, aunque se crea que el que escucha tomará las palabras en otro sentido; puesto que se verifica la conformidad de las palabras con el pensamiento. Por tanto, ni aún á los magistrados con pretexto del bien público les es lícito mentir; porque este mal exemplo acarrearia acaso mas daños á la sociedad que la privacion de aquel bien; sobre no estár autorizados con derecho ninguno para esto, contra lo que pretende Grocio con poca razon, en el lib. 3. cap. 1. del Derecho de la guerra y de la paz.

(7) *De ciervo.* Estas son las injurias que Achiles dice á Agamemnón al principio de la Iliada. Pudieran traducirse en español con mas nobleza, diciendo, ***destemplado***, ***insolente***, ***cobarde***; pero suavizandolas y quitando lo que tienen de grosero, se disminuiria el horror que Platón quiso inspirar. No ignoro que aquellas palabras no se acostumbran decir entre la gente noble y bien criada de nuestra nacion, especialmente en sus querellas. Pero tales eran las costumbres antiguas, que en

lugar de atravesarse de parte á parte y á sangre fria en un duelo, desahogaban su cólera por medio de una inundacion de afrentas.

(8) *Escamandro.* Rio del Asia menor en la Troada, famoso en la historia del sitio de Troya.

Esperchio. Rio de la Macedonia en la Phtiotida, al qual Apolodoro dá el sobrenombre de Boro. En Homero se lee que Peleo ofreció al Esperchio el cabello de Achiles, si volvia con felicidad á su pátria, concluido el sitio de Troya.

(9) *Centauro Chiron.* Hijo de Saturno y de Phylira, cuyo padre sorprendido en sus amores por su muger Ops, de repente se convirtió en caballo por no ser conocido; y por esto el hijo que nació de esta adulterina union, fué un monstruo medio hombre y medio caballo que se llamó Centauro. Siendo ya crecido se retiró á los montes y arboledas, donde se ocupó en adquirir conocimientos de las plantas y de las estrellas. Fué verosimilmente uno de los antiguos personages célebres de la Grecia, pues que precedió á la conquista del vellocino de oro y á la guerra de Troya. La fábula hizo de él un hombre monstruoso; pero sea lo que fuese Chiron se distinguió por su conocimiento y sus talentos en la medicina y cirugía. Enseñó estas ciencias á Esculapio, y tuvo tambien por discípulos á Castor y Polux, Hércules, Jason, y Achiles. Habiendole hecho Hércules una llaga incurable que le causaba dolores violentos, suplicó Chiron á los dioses que le privasen de la inmortalidad y le quitasen la vida. Júpiter oyó sus ruegos y le colocó en el Zodiaco, formando la costelacion llamada *Sagitario.*

(10) *Theseo y Pirithoo.* Theseo á quien la fábula pone en el número de los semidioses, fué hijo de Egeo rey de Aténas, y subido al trono declaró guerra á las amazonas, hizo prisionera á la reyna y se casó con ella. Destruyó á Oreon, rey de Thebas, mató á los bandidos que devastaban el Attica, maltrató al Minotauro, y encontró la salida del laberinto, ayudado de Ariadna hija de Minos rey de Creta. Pirithoo hijo de Ixion, sabida la infinidad de maravillas de Theseo, le robó un rebaño,

para obligarle con esto á que le persiguiese. En el combate que ellos tuvieron, se tomaron tanta estimacion uno á otro, que juraron no abandonarse. Pirithoo socorrió á Theseo contra los centauros que querian robarle á Hippodamia su muger. Muerta ésta, se convinieron entrambos de no casarse sino con hijas de Júpiter, y para verificar esta idéa robó Theseo á Helena hija de Júpiter y de Leda. Pirithoo que le habia ayudado en este robo, baxó á los infiernos á robar á Proserpina, donde fué devorado por el Cancerbero. Theseo que tambien le acompañó fué aherrojado por órden de Plutón, hasta que Hércules baxó á libertarle. Creese que todas estas fábulas tienen algun fundamento en la historia, y que vivieron por los años 1236 ántes de Jesu-Christo.

(11) *Chryses*. Sucedió en la isla de Smintha á su abuelo materno en el cargo de gran sacerdote de Apolo. Achiles en el saco de Lyrnesa, le arrebató á su hija Chriseis, por otro nombre Astynomea, y el rey Agamemnón se la apropió para sí. Chryses revestido de los adornos pontificales, fué á pedir su hija, y sucedió lo que refiere aquí Platón, de cuyás resultas Apolo afligió al exército de los griegos con una enfermedad contagiosa. Los griegos, por consejo del adivino Chalcas, restituyeron á Chryseis, y la peste cesó.

(12) *La tragedia y la comedia*. Aristóteles dice en su poética, que así la comedia como la tragedia vienen á ser imitaciones, que se hacen por los mismos medios de número, armonía y verso, y de la misma manera, á saber, practicando ú obrando; pero que se diferencian en quanto la tragedia procura imitar los hombres mejores, y la comedia los peores.

(13) *Recitante*. *Rapsodoi* se llamaban, y eran aquellos que recitaban de memoria los versos heróicos de Homero, ó de qualquier otro poeta, haciendo oficio de esto, como puede verse en el Ion de Platón.

(14) *Una muger*. Sábese que entre griegos y romanos no hubo costumbre de salir las mugeres al teatro. *G-ou.*

(15) *El relincho*. Léanse las comedias de Aristopha-

nes, y se verá que éstas y otras muchas cosas parecidas á ellas entraban en la antigua comedia. *Grou.*

(16) *Y número.* »Hay mas de una diferencia, dice »Quintiliano lib. 9. c. 4. entre el número (rytmo) y la »medida (metro).» Así un dactilo, un anapesto, hacen el mismo rytmo; mas no tienen la misma medida. El rytmo es para la prosa lo que la medida para el verso. *Grou.*

(17) *Transiciones. La mudanza*, μεταβολὴ, dice aún Quintiliano en el lugar citado, »es el tránsito de un gé»nero de rytmo á otro. Válgome de la palabra *transicion* ó *paso*, que en la música tiene una significacion análoga á la de que aquí se trata. *Grou.*

(18) *Perfumes sobre su cabeza y coronadole de lana.* Lo uno para manifestar que los compositores de fábulas obscenas deben mirarse como personas infectadas de mal contagioso, cuyo aliento les hiede y apesta; lo otro, como por burla de la corona apolinar que constituia el adorno y la distincion de las cabezas poéticas. Maxîmo Tyrio en su disertacion 7. dice que Platón conoció muy bien todo el mérito poético de Homero; pero que le excluyó de su república por contemplarle inútil, y aún pudiera haber añadido por tenerle por perjudicial á la buena educacion de sus ciudadanos. Dion Chrisóstomo en la oracion 53., y Theodoreto en los discursos 2. y 10. de su *Therapéutica*, citando este lugar de Platón añaden siempre, »como las mugeres ahuyentan »las golondrinas.» Símbolo de los habladores importunos, con quienes Pitagoras aconseja que se tenga poco trato, siendo el octavo de sus preceptos simbólicos. »No »sufrir las golondrinas en su casa.»

(19) *Laxas.* Χαλαρὰι de Χαλᾶν, *laxar*, *aflojar*. Esto corresponde al bemol. *Grou.*

(20) *Marsyas.* Hijo de Hyagnis de conocida habilidad en tocar la flauta, y dicen que fué el primero que pasó en música los hymnos de los dioses. Quiso disputar á Apolo el premio de la armonia, concertando que el vencido quedaria á discrecion del vencedor. Costole

bien caro su arrojo, porque Apolo á quien se adjudicó el premio, mandó que amarrado á un roble le desollasen vivo.

(21) *Por el can.* Juramento muy comun en Sócrates. Unos quieren que este fuese un juramento egipcio, y que entendia por esto al dios Anubis. Otros pretenden que no entendia sino un perro ordinario, y esto era por mofarse del juramento por Júpiter y otros tan comunes entre los griegos. *Grou.*

(22) *Damon.* Célebre músico, y maestro de Sócrates en este arte *Grou.*

(23) *Enoplo.* El enoplo, era segun unos, lo mismo que *cretico*, que es un pie compuesto de una breve entre dos largas: segun otros, era un número ó rytmo compuesto de dos dactilos y un espondeo. *Grou.*

(24) *Y de lo otro.* Todo este pasage está obscuro y embrollado, porque Sócrates habla solo á medias palabras, como hombre que afecta no saber la materia de que se trata. Se descubre solamente que hablaban aquí de ciertas convinaciones de largas y de breves para formar los pies, los rytmos y las cadencias. *Grou.*

(25) *Bondad de costumbres.* Como quando decimos en castellano, *es un buen hombre*; se entiende de alguno, que es de muy buena indole, pero de pocos alcances.

(26) *Música.* Téngase presente que debe tomarse aquí el nombre de música en el significado que le dió Platón en el coloquio segundo; esto es, por el conjunto de las ciencias y artes que forman y civilizan el ánimo. De modo que este filósofo queria que en su república todos los objetos que se presentasen á la juventud guardasen el decoro, consonancia y proporciones, que les corresponden por su naturaleza; á fin de que acostumbrandose el alma á la decencia en quanto veía, conociese la deformidad y desconcierto en las acciones, y se esforzase á ponerlas en perfecta armonía, confrontandolas con la recta razon.

(27) *Músicos.* Músico no es otra cosa en el lenguaje de Platón que el verdadero filósofo, que conoce y ama

lo hermoso y lo honesto donde quiera que se encuentre. *Grou.*

(28) *Luxo corintio.* Hay algun equívoco en la palabra griega *κόρη*, que significa tambien una *moza.* Como si dixesemos que se debe reprobar la correspondencia á los alhagos de las mozas corintias en quien quiera conservar su salud.

(29) *Esculapio.* Se tuvo por hijo de Apolo y de la ninfa Coronis. Cuenta Ovidio que informado este dios de que amaba ella al jóven *Iphis*, se irritó en tanto grado, que sin consideracion á su embarazo la pasó de una flecha y la mató. Miéntras se disponia la pyra para quemar su cadáver, sacó prontamente de su seno al pequeño Esculapio, y le dió á criar á Chiron el Centauro, que le enseñó todos los secretos de la medicina. Hizo tantos progresos, que en lo sucesivo fué honrado como el dios del arte de curar. Irritado Júpiter contra él, porque con sus medicamentos dió la vida al desgraciado Hipolito herido de enfermedad mortal, le mató de un rayo. Apolo lloró amargamente la muerte de su hijo, y Júpiter por consolarle le colocó en el cielo, donde forma la constelacion de la serpentaria. Fué principalmente honrado en Epidauro ciudad del Peloponeso, y se le erigió allí un templo magnífico, á donde se dirigieron los diputados de Roma en una peste que destruía su ciudad, para pedir la estatua de este Dios y llevarla á Roma. No pudiendolo conseguir, estaban á punto de partirse, quando vieron entrarse en la nave una disforme serpiente que la tomaron por Esculapio y la llevaron consigo. Llegados al Tiber, la serpiente se salió del navio, y se fué á la isla que forman sus dos brazos, y se llamó despues sagrada, porque se edificó allí un templo en honor de este dios representado baxo la figura de una serpiente y le ofrecian huevos, y sacrificaban pollos y gallos.

(30) *Herodico.* Fué maestro del grande Hipócrates, como atestigua Sorano en su vida, y vivió antes de la guerra del Peloponeso, que empezó el año 431 ántes de Jesu-Christo.

(31) *Phocylides.* Poeta griego y filósofo de Mileto, que vivia por los años 540 ántes de Jesu-Christo. Corre en su nombre una poesía que no es suya, sino de algun autor del tiempo de Adriano, ó de Trajano, en el qual se forjaron los versos sibylinos, de los quales se hallaban algunos en Phocylides. El poema pequeño que se le aplica, se encuentra en muchas colecciones, y entre otras con Theognides en Heidelberg año 1597. No se halla en todo este poema intitulado los *Consejos de Phocylides*, el precepto que insinúa aquí Platón; de donde podemos inferir que la obra de Phocylides, de la que sin duda le tomaria nuestro filósofo, se perdió por la calamidad de los tiempos, y que sobre los dichos que nos conservaron los antiguos de este sábio poeta, se fabricó despues el poema que se le atribuye.

(32) *Vinos compuestos. Cyceona.* Bebida compuesta de una confusa mezcla de licores, en la qual entraban la miel nueva, el queso y la harina, segun Ateneo lib. 11., y de aquí el proverbio griego es un *cyceon*, para denotar un confuso cahos de cosas ó de negocios, y tambien á un sugeto que todo lo perturba y confunde.

(33) *Midas.* Fué hijo de Gordio, rey de Phrigia, y se cuenta que recibió á Baco en sus estados con gran magnificencia. Reconocido el dios á este buen oficio le prometió concederle todo quanto le pidiese. Midas pidió la gracia de que se convirtiera en oro todo lo que tocase, y á poco se arrepintió de semejante solicitud; porque quanto tocaba se convertia en oro, aún hasta los alimentos. Suplicó de nuevo á Baco que le quitase este dón tan funesto, y por órden suya fué á lavarse en el Pactolo, desde cuya época llevaron sus corrientes fragmentos de oro. Algun tiempo despues dió otra señal de su poco gusto, quando le eligieron por juez entre Marsyas y Apolo; pues prefirió los cantos rústicos del dios de los pastores, á los suaves y llenos de melodía de Apolo. Irritado este dios del verso y de la música, hizo que le saliesen orejas de asno. Midas corrido y desesperado, á nadie confió su aventura mas que á su barbero con prohibicion de divulgarla. Este no,

pudiendose contener hizo un agujero en tierra, y baxandose gritó: *Midas tiene orejas de asno*; trás lo qual rellenó el agujero. Salieron en lo sucesivo de este paraje gran multitud de cañas, que secadas y agitadas por el viento repitieron y publicaron el secreto á todo el mundo.

(34) *Del cuerpo.* Si el cuerpo de otro pudiese curar el mio, podria el mio curarse á sí mismo, y con mas razon podria precaver las enfermedades, y de consiguiente jamás estaria enfermo. *Grou.*

(35) *Enferma.* Quiere decir Sócrates que el alma del médico es la que cura al enfermo. Si pues la misma alma está enferma, es decir, está llena de ignorancia y poco versada en su arte, jamás podrá curar á nadie. *Grou.*

(36) *Dexará morir.* Es bárbara, cruel é inhumana esta disposicion, por mas que quiera encubrirse con la capa del bien del estado. *Grou.*

(37) *En globo.* Aquí solo se dá como en bosquexo la educacion de los magistrados, la qual en los coloquios sexto y séptimo se hallará mas por extenso. *Grou.*

(38) *No es nueva.* En Phenicia tuvo principio la fábula de que Cadmo, (otros quieren que fuese Minerva) sembró en aquel país dientes de dragon, de los quales provino una abundante cosecha de hombres armados, y de aquí el nombre *spartous*, como si dixesemos hombres sembrados. Bien que dicen otros que tomaron este apellido porque salidos de Phenicia en compañía de Cadmo, fixaron con separacion sus hogares. Á esta fábula alude y se funda en ella el proverbio griego, *ficcion phenicia*, para manifestar que el dicho de alguno tiene ménos de verdad que las mentiras phenicias Tambien pudo tomar principio el adagio de la costumbre de los mercaderes phenicios, que fueron los primeros que por comerciar corrieron tierras extrañas, los quales para dar buen despacho á sus géneros, se valian de innumerables mentiras corroboradas á veces con juramento

(39) *Un oráculo.* Este oráculo que insinúa aquí Platón, en realidad es un axîoma político confirmado con la experiencia de todos los siglos y estados; en los quales

constantemente se observó que la época de su decadencia empezó desde el momento en que sugetos destituidos de las prendas necesarias para gobernarlos, que son los comprehendidos en la masa de hierro y de cobre, se apoderaron de los primeros empleos de la república.

(40) *La fama.* Quiere decir que corriendo de boca en boca, deberá su fruto al cuidado que tendrán los magistrados en divulgarla. Lo qual como se verifique, nunca dexa de producir el efecto deseado en el populacho, que al cabo de algunos años de inventada la ficcion le dá el mismo crédito que á las verdades mas ciertas; sin que sea poderosa ninguna razon para disuadirselo. De donde se infiere quán perfectamente conocia Platón el corazon humano y el génio de la multitud.

(41) *Vida comun.* Se vé claro que esto está sacado de las leyes de Lycurgo. *Grou.*

COLOQUIO QUARTO.

(1) *La pobreza.* »Mas vale un poco al justo, que »muchas riquezas á los pecadores. Salm. 36. v. 16. Mendiguez y riquezas no me deis á mí: dadme solo lo necesario para mi sustento. Prov. 30. v. 8.» Quán acreditado tenemos por la experiencia los estragos que una y otras causan en la sociedad, y quánto seria de desear que todos sus miembros se gobernasen por tan saludable máxîma, que indubitablemente seria la fuente de su felicidad.

(2) *Quando juegan. Jugamos á las ciudades*, πόλεις παιζομεν· Este juego parece ser el que nosotros llamamos de *damas*, cuya descripcion se encuentra en el lib. 9. del onomasticon de Julio Polux, diciendo: que es un juego de muchas piezas en úna tabla dividida en varias regiones, ó casas situadas entre rayas; cuyo tablero, dice, que se llamaba ciudad, el qual por estár dividido en quadritos menores donde se colocan las piezas para disponer el juego, hablando de éste, dirian los jugadores, no ciudad, sino muchas ciudades, por contener el tablero en sí otros muchos tableritos. Á lo qual compara Platón una república que encierra en sí otras varias, á causa de la variedad de intereses y fines particulares de los miembros que la componen.

(3) *Entre amigos.* Platón dexa caer aquí de intento una palabra sobre los matrimonios y sobre la comunion de las mugeres, de lo qual hablará mas á lo largo en el coloquio siguiente. En órden al proverbio: »Entre amigos todas las cosas deben hacerse comunes, » Cicerón lib. de las leyes y Timeo en Diogenes Laercio, le atribuyen á Pitagoras la invencion. Aulo Gelio cap. 9. del lib. 1. de las noches atticas asegura, que Pitagoras no solo fué el inventor de esta sentencia, sino que ademas introduxo una especie de comunidad de bienes y modo de vivir respectivamente semejante, al que en los principios tuvieron los christianos, y se refiere en los cap. 2. y 4. de los hechos apostólicos; del qual se con-

serva alguna especie en las comunidades religiosas, particularmente en las de vida comun, y por eso en los primeros tiempos, del griego κοινόβιον, se llamaron estas casas *cenobios*, y las personas que allí se retiraban *cenobitas*. Erasmo en sus Chiliadas de Adagios le pareció empezar por éste, como mas celebrado y provechoso, del qual dice, que si estuviese tan fixo en las almas de los hombres, como anda en la boca de todos, de la mayor parte de males se veria libre nuestra vida. Un anónimo dixo festivamente en latin: »Sunt »tria quæ nusquam vel amicus credat amico. Ensis, »equus, mulier, cætera κοινὰ φίλων. Todo entre amigos »comun debe ser, salvo la espada, caballo y muger. »Entre amigos no hay pan partido,» decimos en castellano.

(4) *Como el círculo.* Si para formar un círculo grande se toma un pequeñito modélo bien acabado, y gobernandose por su circunferencia, se va haciendo siempre mayor y mayor; indubitablemente se conseguirá el fin, sin otra diligencia que haberle empezado bien.

(5) *Damon.* Poeta músico, preceptor de Pericles, sofista hábil, que juntaba al estudio de la eloquencia el de la filosofía, sobre todo de la política. Poseía perfectamente la música y juntaba á su habilidad todas las qualidades que podian desearse en un hombre á quien se confiaba la educacion de la gente distinguida. Habia cultivado en especial aquella parte de la música, que trata del uso que debe hacerse del rytmo, ó de la cadencia, y creyó hacer ver que los sonidos, en virtud de una cierta relacion ó semejanza que adquirian con las qualidades morales, podian formar en la juventud y aun en las personas de edad costumbres, que ántes no existian, ó no se habian explicado. Era igualmente político, y baxo los exteriores agradables de la música, queria ocultar á la multitud su profunda capacidad. Tuvo mucha intimidad con Pericles, y le instruyó en el gobierno; pero fué descubierto y desterrado por la ley del ostracismo, como intrigante y protector de la tirania, por los años 430 ántes de Jesu-Christo.

(6) *Se perciba.* Serrano trastornó el diálogo en este pasage haciendo hablar á Sócrates en lugar de Adimanto, y á Adimanto en lugar de Sócrates, aunque las dicciones ἔφην, ἔφη, debiesen preservarle del error. *Grou.*

(7) *Poco ántes.* Claramente dice aquí Platón, que es un dón de Dios la conservacion de las leyes fundamentales de un estado, y que bien informados de éstas sus buenos gobernadores, fácilmente encontrarán por si mismos los reglamentos y disposiciones que se deben tomar en todos los pormenores de una sociedad, la qual no debe abrumarse con el excesivo número de leyes.

(8) *Amuletos.* Eran comunmente unas medallas con figuras y caractéres, que por supersticion las llevaban como remedio para preservarse de alguna enfermedad, ó peligro.

(9) *Hidra.* Monstruo fabuloso, de quien fingian los poetas que habitaba en el lago de Lerna en el infierno, y que en cortandole una cabeza renacian otras muchas.

(10) *Sus oráculos.* Por la resistencia que hace aquí Platón de entrar en esta parte muy esencial de la legislacion, reconoce que debe dexarse á Dios el cuidado de prescribir el modo con que quiere ser honrado. No se lisongeaba de haber tenido inspiracion, como Orpheo, Pitagoras y tantos otros legisladores, habian hecho ántes. Lo que no se le puede perdonar son las culpables atenciones que tuvo por la religion de su país, siendo así que él no reconocia sino un solo Dios, y que no daba mas fé á los oráculos de Apolo Délfico, que la que se dá hoy dia. En órden á su situacion creyeron los griegos que el celebrado templo de Delphos estaba enmedio de toda la tierra. Pindaro, Euripides, Sophocles, Estrabón, y Agatemero lo dicen expresamente, y advirtió Pausanias que los de Delphos enseñaban una piedra blanca y aseguraban que era ὀμφαλον, el ombligo del mundo. Á los griegos, así como en todos sus estudios, imitaron tambien en esta opinion los romanos, segun puede verse en Tito Livio y Ovidio. El fundamento de su opinion no le tomaron tanto de la geometría como de las fabulas: porque siendo el mundo de figura redonda ú

sual, tiene en todas sus partes igual la superficie, en la qual ni hay principio, ni medio, ni fin. Y aún entendiendose este medio respecto de la tierra habitable, tampoco tiene esto facil salida; pues aunque en el Occidente tengamos un término cierto, no puede fixarse ninguno por los lados del Oriente, Mediodia y Septentrion. Recurrieron pues á la fábula, fingiendo que Júpiter para averiguar donde estaba el medio de la tierra, despachó á un tiempo dos aguilas, una ácia el Oriente, y otra ácia el Occidente, las quales volando sin cesar se juntaron en Delphos, en cuyo templo se conservaban dos aguilas de oro en memoria de este acontecimiento. Parecida es á esta opinion de los griegos la de los judios y christiauos antiguos, que creyeron lo mismo de Jerusalén, y del monte Calvario: siendo ésta mas arreglada y conforme á las razones geométricas que se toman por los grados, de los quales se numeran cerca de 60 de Jerusalén hasta la España ulterior limite del Occidente, y otros tantos hasta el rio Ganges termino de la India citerior, conocida desde la expedicion de Alexandro: quando la Phocida está separada de la Palestina 20 grados ácia el Poniente. Confirman esta opinion, de los judios Kimchi con aquello de Ezequiel cap. 38. v. 12 »habitantes in umbilico terræ: »y de los christianos San Geronimo por aquello del Salmo 74. v. 12. Operatus est salutem in medio terræ: y »comentando lo del cap. 5. de Ezequiel v. 5. ista est Jerusalem: in medio gentiun posui eam et in circuito ejus »terras, dice: » en este lugar atestigua el Profeta que Jerusalén está situada enmedio del mundo, demostrando que ella es el ombligo de la tierra: por quanto de parte del Oriente la ciñe el Asia, por el Occidente la Europa, la Libia y Africa por el Mediodia, y por el Septentrion la Scytia, Armenia y Persia y todas las naciones del Ponto. De consiguiente en medio de las gentes, á fin que como era conocido Dios en la Judéa, y grande su nombre en Israél, todas las naciones al rededor siguiesen sus exemplos. Y en favor de esta pía interpretacion no debe despreciarse la antigua opinion de la Iglesia, de que Jerusalén está en medio del mundo y de

que en este mismo punto nació, murió y resucitó el Redentor del genero humano, á fin que se hiciese notoria á todo el mundo tanta salvacion, y pudiesen por igual anunciarse á todos los beneficios divinos.

(11) *Descubrir.* Es evidente que Socrates, ó por mejor decir Platón, habla aqui de quatro cosas de las quales una encierre las otras tres, como la justicia encierra la prudencia, la fortaleza y la templanza, sin lo qual lo que aquí dice no haria ningun sentido razonable. Aunque es cierto que estos son unos principios ó axiomas parecidos á las verdades de Perogrullo; con todo en un génio matemático como el de Platón, que las aplica para demostrar sus investigaciones pueden muy bien disimularse. En efecto habia supuesto Platón que para establecerse una buena república debia encontrarse en ella el buen consejo y vigilancia por el bien general del estado entero en los que la gobiernan: la perfecta concordia entre los magistrados y los ciudadanos: la idea legítima é inalterable de lo que es de temer y de lo que no lo es: y por último aquella virtud por la qual cada uno de los ciudadanos se limitaba a desempeñar su ocupacion sin meterse en la de otro: de consiguiente averiguado que aquellas tres primeras propiedades pertenecian a las virtudes de la prudencia, templanza y fortaleza; se inferia claramente que la quarta que estaba por averiguar y que realmente las incluía á todas, no podia ser otra cosa que la justicia.

(12) *Hermosos.* Χαλεπά τά καλά. ***Dificiles son las cosas que son hermosas.*** En varios pasages de sus diálogos se vale Platon de este proverbio, cuyo orígen se atribuye á que Periandro Corintio, habiendo gobernado á los principios afable y moderadamente, vueltas sus costumbres, empezó á obrar como tirano. Sabido esto por Pittaco de Mityiene y desconfiando de su constancia, renunció el mando y se expatrió. Preguntandole despues algunos, por qué causa se habia retirado, respondió: que era cosa muy árdua el ser bueno, puesto que se habia mudado Periandro. Lo qual divulgandose llegó á noticia de Solón, y añadió este su apotegma,

dificiles son las cosas hermosas, á que equivalen los castellanos: "Todo lo bueno cuesta. Á buen bocado, buen "grito. Todo lo bueno se hace desear. Mucho vale lo "que mucho cuesta. Las cosas grandes son dificiles de "conseguir," y algunos otros usados en nuestra lengua.

(13) *Descubierto.* Se verá claramente en lo sucesivo y sobre todo en un pasage del coloquio sexto, por qué razon no quiere Sócrates empeñarse en este largo rodéo que le conduciria á un conocimiento mas exâcto y mas completo de aquello que busca. Hace el personage de un hombre que no quiere desde luego descubrir todo lo que piensa, y que pasa muy por encima en ciertos puntos que prevee han de alborotar á aquellos con quien habia, esperando que sus ánimos se hallen mejor dispuestos para escucharle; ó que se le obligue á explicarse á pesar de la repugnancia que aparenta tener de hacerlo. Este es un admirable artificio de que se vale para dispertar y sostener la atencion. El lector juzgará en empezando el coloquio quinto de la destreza con que Sócrates ha sabido emplearle. *Grou.*

(14) *Enamorada.* No me parece que tiene razon el P. Grou quando asegura con la ediccion de Enrique Esteban, que debe leerse ὁρῶντος, esto es, como si aquella cosa tuviese vista; y no ἐδῶντος, (segun se lee en el Cod. num. 38. de la Real Biblioteca citado ántes,) que no puede hacer buen sentido. Porque en mi opinion se expresaria muy bien el pensamiento de Platón, con la frase, ὥσπερ ἐρῶντος, *á manera de persona enamorada*; de la qual todo el mundo sabe que en viendose á presencia de la cosa amada le queda tan poco arbitrio para disimular su afecto, que parece se le salen al rostro todos los movimientos de su alma. Y en este caso querria decir Platón que lo que notoriamente se observa en los amantes por la vehemencia de esta pasion, se verifica tambien en todos los demas apetitos en quanto residen en nuestra alma. No oponiendose tampoco la particula ὥσπερ, *como, al modo que*, la qual puede referirse al τοῦτο y al ψυχὴν, esto es, á la cosa deseada y al alma.

(15) *No apetecer.* No debe entenderse por esto una negacion de voluntad, de deseo, de apetito; sino la accion por la qual el alma no quiere, no desea, no apetece.

(16) *A la ira.* Yo traduzco así el θυμὸς, en latin *animus*; por ser propiamente el apetito irascible. *Grou.*

(17) *Es una.* La virtud siendo perfecta es una y consiste en la determinacion de seguir siempre el dictámen de la recta razon. Por esto los filósofos dixeron que las virtudes están enlazadas unas con otras, de modo que Ciceron lib. 2. de las questiones tusculanas, dice, »que »en confesando tú que no tienes una virtud, es preci»so que no tengas ninguna.» Coincide con esto lo de San Gregorio lib. 22. de los Mora. c. 1. »Una virtud, sin »las otras, ó enteramente es ninguna, ó es imperfecta.» Lo mismo viene á decir San Ambrosio sobre el cap. 6. de San Lucas, y San Agustin lib. 6. de Trinit. cap. 4. Las formas del vicio al contrario son varias é innumerables, segun son diversos é inconêxos los bienes aparentes que se llevan la atencion del hombre, que se aparta de la recta razon.

ERRATAS.

Pag.	Lin.	Errata.	Correccion.
V.....	5.	respeto......... ..	respecto
XVI.	7.	haciendole.......	haciendoles.
LIV.	23.	Escapulario.....	Esculapio.
10...	23.	Lo que da.......	La que da.
27...	15.	rigorosamente.	rigurosamente.
61...	14.	estraño...........	extraño.
73...	4.	persuadido.......	persuadidos.
74...	7.	uno de ellos.....	una de ellas.
103...	7.	disputado.........	dispuesto.
111...	7.	pintan..............	pinta.
129...	17.	*datylo*...............	*dactylo.*
149...	13.	encantando.......	encantado.
212...	30.	aplicaria..........	aplacaria.
213...	10.	attico...............	attica.
227...	26.	inteligible:.......	ininteligible.



